

MEDIOEVO III

FRAGMENTOS



LUIS RENÉ GONZÁLEZ LÓPEZ

MEDIOEVO 03 - FRAGMENTOS

Luis René González López

MEDIOEVO 03 - FRAGMENTOS

[MEDIOEVO 03 - FRAGMENTOS](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[081 Desafinada \[L\]\[O\]](#)

[091 Outcasts \[F\]\[X\]](#)

[101 Píxeles \[S\]](#)

[111 El de la pipa \[X\]\[L\]](#)

[APÉNDICE REGISTROS TÉCNICOS](#)

[NOTA FINAL](#)

MEDIOEVO 03 - FRAGMENTOS

title: “MEDIOEVO: FRAGMENTOS Libro III” author: “Luis René González López”



Dedicado a Diana y a mis hijas Y al que lo lea



INTRODUCCIÓN

En tus manos tienes un artefacto. No cualquiera. Dentro de él hay otro. Es un portal o una brújula, dependiendo de cómo lo utilices. Si lo abres buscando respuestas, te perderás. Si lo abres buscando preguntas, encontrarás caminos que no sabías que existían.

Pedazos que no encajan del todo. Bordes que no coinciden. Silencio donde esperabas palabras.

Cada uno es un mundo. Todos somos el electrón.

Bienvenido a Medioevo. # TEMPORADA 9: SANGUISBURG

081 Desafinada [L][O]

La Biblioteca de Sanguisburg olía a formol y a papel viejo.

Malika llevaba cuatro horas en el mismo rincón, entre estantes de madera negra que contenían libros que nadie leía. No era invisibilidad eso requería energía, dejaba rastro. Era algo más simple: ocupar el espacio que nadie mira. El ángulo muerto de la atención. El lugar donde los ojos resbalan porque el cerebro decide que ahí no hay nada interesante.

El hombre entró a las 14:32. Alto, cabello oscuro con mechones grises prematuros, caminaba como alguien que carga peso invisible, hombros ligeramente hacia adelante, pasos que absorben impacto en lugar de generarlo, y sus ojos escaneaban el espacio con el automatismo de quien ha aprendido a buscar amenazas.

Malika inclinó la cabeza porque la frecuencia del hombre era incorrecta.

No incorrecta como error. Incorrecta como una nota que no pertenece a la escala pero que el compositor insiste en tocar porque sabe lo que la audiencia ignora. Una disonancia deliberada. Una semilla plantada en el lugar equivocado que va a crecer de todas formas.

432 Hz base, pero con armónicos que no deberían existir. Ecos de lo antiguo. Lo que reconocía.

Linaje Tyr.

El hombre se acercó al mostrador. La bibliotecaria Elara, aunque él no lo sabía, aunque él no sabía nada de lo que importaba, le entregó un libro sin que él lo pidiera. El Voynich. Claro. Siempre el Voynich.

Malika observó cómo sus dedos tocaban la cubierta con un temblor casi imperceptible, el libro hablándole en un idioma que su

cuerpo entendía antes que su mente, y eso era interesante, pero también problemático.

El escáner de frecuencia del Gobierno Mundial pasaría pronto, y el hombre, Leonardo, aunque usar su nombre implicaba una familiaridad que ella no se había ganado, era una anomalía ambulante cuya frecuencia base gritaba “aquí hay algo” a cualquier sistema diseñado para detectar lo que no debería existir. Si el escáner lo encontraba, empezaría un proceso que terminaría con su desaparición administrativa, porque el sistema no mataba: el sistema procesaba.

Malika se movió.

No hacia él, sino hacia el panel de control ambiental que estaba detrás de la sección de Manuscritos Perdidos, moviéndose sin ruido hasta el teclado numérico donde ingresó el código.

Dentro, cables de fibra óptica. Ella veía la lógica. Veía el flujo de datos. Veía el pulso que se acercaba.

Sus dedos encontraron el cable correcto. No lo cortó, eso dejaría evidencia. Lo dobló. Lo suficiente para crear una micro-interrupción que el sistema interpretaría como ruido ambiental, no como sabotaje.

El escáner pasó.

0.12 Hz barriendo la Biblioteca como una lengua invisible lamiendo cada superficie.

Leonardo seguía tocando el Voynich. Ajeno. Sus dedos trazaban los bordes de una ilustración que Malika conocía de memoria: plantas que no existían, estrellas que no correspondían a ningún cielo, mujeres flotando en líquido verde que no era agua.

El escáner lo ignoró, ruido ambiental, interferencia menor, nada que reportar, y Malika cerró el panel, volvió a su rincón y ocupó de nuevo el espacio que nadie mira.

El hombre cerró el libro. Se frotó los ojos con el dorso de la mano, gesto de fatiga, pero también de sobrecarga sensorial: el Voynich le había dado demasiada información y su cerebro estaba intentando procesarla sin las herramientas correctas.

Se levantó y caminó hacia la salida mientras Malika lo observaba irse sin seguirlo, porque seguirlo ahora sería precipitado.

Pero lo haría. Lo seguiría. Lo observaría cometer cada error que iba a cometer, tomar cada decisión equivocada que iba a tomar, perder cada cosa que iba a perder.

Y en los momentos correctos, solo en los momentos correctos, solo cuando el costo de no intervenir superara el costo de intervenir, ella doblaría otro cable. Movería otra pieza. Crearía otro ángulo muerto.

No para salvarlo, el linaje Tyr no se salvaba, se manifestaba, ardía y dejaba cenizas que fertilizaban el siguiente ciclo, sino porque la nota desafinada era necesaria, Leonardo Daedalus era eso: un error que Malika iba a mantener vivo lo suficiente para que cambiara todo.

La Biblioteca se vació lentamente y Malika permaneció en su rincón hasta que las luces automáticas se apagaron, hasta que Elara cerró con llave la puerta principal y sus tacones se perdieron en la niebla perpetua de Sanguisburg. Hasta que el único sonido era el zumbido de los servidores en el sótano procesando datos que nadie leía. Entonces se movió, no hacia la salida, sino hacia abajo.

La escalera de servicio estaba oculta detrás de un estante que contenía copias de tratados comerciales del siglo XV. Nadie los

consultaba. Nadie notaba que el estante se movía si presionabas el lomo del tercer libro de la segunda fila.

El sótano olía a humedad y a cobre, los servidores operaban con frecuencias bajas, constantes que Malika percibía como el pulso del edificio, y el aire era diferente aquí, más frío pero más limpio. Como si el sistema Jardinero rezumara por las grietas del piso, filtrando aire que se acordaba de cuando Sanguisburg respiraba un oxígeno diferente.

Malika había notado esa discrepancia la primera vez que bajó. Los planos arquitectónicos mostraban un espacio pequeño. El sótano real era cuatro veces más grande. El espacio extra no existía en ningún registro oficial. No aparecía en ningún mapa. Era uno de esos lugares que el sistema había olvidado o fingía haber olvidado.

Los servidores ocupaban la mayor parte del espacio visible.

Eran viejos. Tecnología de hace décadas que nadie había actualizado porque nadie recordaba que existían. Procesaban datos continuamente, registros de la Biblioteca, escaneos de frecuencia, patrones de movimiento de los visitantes, pero nadie lesía esos datos. Nadie los analizaba. Se acumulaban, año tras año, esperando a que alguien les prestara atención. Malika era ese alguien.

Había pasado semanas estudiando los archivos, buscando patrones, identificando anomalías. La mayoría de la información era ruido, visitantes normales haciendo cosas normales. Pero de vez en cuando aparecía algo interesante. Una frecuencia que no debería existir. Un patrón de movimiento que sugería intención oculta. Un nombre que aparecía demasiadas veces en demasiados contextos.

Leonardo Daedalus.

Su nombre aparecía cientos de veces en los registros de la Biblioteca.

El número que aparecía en todas partes. El número que nadie podía explicar pero que todos intuían era importante. Malika no creía en coincidencias.

Se acercó a la terminal principal.

Sus dedos no tocaron el teclado. No hacía falta. El sistema la reconocía, no a ella como persona, a ella como patrón: la frecuencia correcta, la temperatura correcta, la presión correcta en los puntos correctos del aire. La pantalla se encendió.

REGISTRO DE ESCANEEO 14:39

ANOMALÍAS DETECTADAS: 0

PERSONAS DE INTERÉS: 0

ESTADO: NOMINAL

Malika no dijo nada.

Había funcionado. El cable doblado había creado la interferencia necesaria para que Leonardo pasara desapercibido. Una intervención mínima con máximo impacto. La clase de movimiento que no dejaba huella.

Excepto que sí dejaba huella.

Cada intervención tenía costo. Cada vez que doblaba la realidad para proteger a alguien, la realidad se volvía un poco más frágil. Un poco más propensa a quebrarse en los lugares incorrectos.

Malika había calculado el costo hace mucho tiempo. Sabía exactamente cuántas intervenciones podía hacer antes de que el sistema notara el patrón. Antes de que la acumulación de pequeñas anomalías se convirtiera en una anomalía grande. Antes de que alguien o algo empezara a buscar la fuente, tenía margen. Todavía.

Pero el margen se reducía con cada cable doblado, con cada escáner evadido, con cada nota desafinada que permitía seguir sonando.

La pregunta no era si el costo valía la pena.

La pregunta era si Leonardo Daedalus iba a hacer algo con el tiempo que ella le estaba comprando. La niebla de Sanguisburg era espesa esa noche.

Malika caminó por calles que no aparecían en ningún mapa, entre edificios que existían solo cuando nadie los miraba directamente. La ciudad tenía sus propias reglas. Sus propios ángulos muertos. Ella los conocía todos.

Se detuvo frente a un café que no tenía nombre. Las ventanas mostraban el interior: mesas de madera oscura, velas que ardían sin consumirse, una barra donde un hombre servía bebidas que cambiaban de color según el estado emocional del cliente.

Don Humo.

Estaba sentado en la mesa del fondo, fumando una pipa que producía humo azul. A su lado, un plato con restos indefinibles - pan o algo más. Frente a él, un tablero de ajedrez con piezas que no correspondían a ningún juego conocido.

Malika entró.

El hombre de la barra no la miró. Los otros clientes tres, todos con la mirada perdida de quienes han visto demasiado, tampoco. Solo Don Humo levantó los ojos.

Llegas tarde dijo.

Llego cuando llego.

Malika se sentó frente a él. No pidió nada. El hombre de la barra le sirvió de todas formas: un líquido transparente que olía a alcohol

barato.

¿Lo viste? - preguntó.

Lo vi.

¿Y?

Malika tomó el vaso. No bebió. Solo el frío le llegó del cristal contra sus dedos.

Es peor de lo que pensaba.

El viejo exhaló humo azul. El humo formó figuras que podrían haber sido rostros o podrían haber sido mapas.

¿Peor cómo?

La frecuencia es inestable. Los armónicos se superponen en patrones que no deberían existir. Si no aprende a controlar lo que percibe, va a quemarse antes de que sirva para algo.

¿Puedes enseñarle?

Malika finalmente bebió. El líquido sabía a nada y a todo al mismo tiempo.

No. Tiene que aprenderlo solo. O no aprenderlo. Esa es la naturaleza del linaje.

El viejo movió una pieza en el tablero. Un rey pero tenía demasiadas cabezas.

El Voynich lo está llamando.

Lo sé.

Si lo descifra antes de tiempo...

Lo sé.

El café seguía llenándose de clientes que no miraban a nadie. La vela en su mesa ardía sin consumirse. Afuera. La niebla se espesaba.

Hay algo más - dijo Malika.

El viejo esperó.

Lo están observando. No solo el sistema. Alguien más. Alguien que sabe lo que él es antes de que él lo sepa.

¿Quién?

Malika puso el vaso vacío sobre la mesa. El cristal no hizo ruido al contactar la madera.

Todavía no lo sé. Pero voy a averiguarlo.

Se levantó.

No intentó detenerla. No preguntó adónde iba. Había aprendido, hace mucho tiempo, que Malika no respondía preguntas que consideraba innecesarias.

Cuídalo - dijo mientras ella caminaba hacia la puerta.

Malika se detuvo. No se volteó.

No lo cuido. Lo observo. Hay diferencia.

¿La hay?

Ella no respondió, salió a la niebla.

La ciudad se la tragó, como tragaba todo lo que no quería ser visto.

SANGUISBURG VIGILANCIA NOCTURNA

Antes de salir de la ciudad, Malika hizo una última parada.

El edificio donde Leonardo dormía estaba sin hablar. Las ventanas oscuras. Las calles vacías. La niebla era menos densa aquí.

Malika se detuvo en la esquina opuesta. Podía ver la ventana de su habitación. El segundo piso. La tercera desde la izquierda. Sabía dónde estaba porque había memorizado los planos del edificio hace semanas, cuando empezó a observarlo.

La ventana estaba cerrada, las cortinas corridas. Pero a través del cristal, a través de la tela, podía percibir su frecuencia. 432 Hz base, con esos armónicos imposibles que lo hacían ser lo que era.

Dormido. La frecuencia era más estable, menos caótica. Como si su subconsciente supiera cosas que su mente despierta ignoraba.

Malika contó los segundos. 7... 14... 21... 28... La frecuencia osciló.

Un sueño. Leonardo estaba soñando. Los armónicos cambiaban de patrón, creando ondas que solo ella podía percibir. ¿Soñaba con Luna? ¿Con el accidente que no había presenciado pero que lo definía? ¿Con el Voynich y sus ilustraciones imposibles?

No lo sabía. No podía saberlo.

Los sueños eran el único territorio donde su observación no podía llegar. La frecuencia se estabilizó.

El sueño había terminado. O había cambiado a algo más profundo, más allá de donde las ondas podían registrarse. Malika dio un paso atrás.

Había visto lo que necesitaba ver: Leonardo seguía vivo. Leonardo seguía dormido. Leonardo seguiría existiendo mañana, al menos hasta que el siguiente escáner pasara y ella tuviera que doblar otro cable.

Era suficiente, por ahora.

Malika caminó hasta que sus pies encontraron el borde del mundo conocido.

Más allá, el Vacío. No era tiniebla, la oscuridad era solo ausencia de luz. Esto era ausencia de todo. Ausencia de espacio. Ausencia de tiempo. Ausencia de la posibilidad de que algo existiera.

Se sentó en el borde, sus piernas colgaban sobre la nada.

Desde ahí podía ver la Biblioteca, pequeña y distante, con sus luces apagadas y sus secretos intactos. Podía ver el café sin nombre donde Don Humo seguiría jugando ajedrez con piezas que no existían. Podía ver las calles donde Leonardo caminaría mañana,

ajeno a todo, ajeno a todo lo que ella hacía para que siguiera sin saber.

Podía ver todo, y todo lo que veía estaba muriendo lentamente.

La degradación no era visible todavía. No para ojos normales. Pero Malika podía sentir la: un tercio del tejido de la realidad ya había comenzado a deshilacharse. Los bordes se volvían menos definidos. Los colores menos saturados. Los sonidos menos nítidos.

Cada día que pasaba, el mundo se volvía un poco más como un recuerdo de sí mismo, y ella seguía doblando cables.

Seguía creando ángulos muertos.

Seguía protegiendo a un hombre que no sabía que necesitaba protección de cosas que no sabía que existían, la nota desafinada.

Malika cerró los ojos.

No dormía. Pero a veces cerraba los ojos y dejaba que el tiempo pasara sin ella, era lo más parecido a descansar que conocía. ## 082 Saliva [L][X]

El café estaba a 200 metros de la Biblioteca y Malika había seguido el mismo recorrido tantas veces que ya no necesitaba pensar en él, así que se sentó tres mesas detrás de Leonardo y pidió un té que no iba a beber. El mesero joven, con cicatriz en la ceja izquierda, adicto a los hemocronos si los temblores en sus manos significaban algo, tomó la orden sin mirarla, porque nadie la miraba y ese era el punto.

Leonardo estaba con Don Humo.

Desde su posición, Malika podía ver el perfil del viejo: nariz aguileña, barba descuidada que ocultaba más de lo que revelaba, ojos dormidos que registraban cada movimiento. Sabía que ella estaba ahí. No había volteado, no había dado ninguna señal, pero lo sabía.

Habían trabajado juntos el tiempo suficiente para que ese tipo de conocimiento fuera automático.

La conversación entre ellos era inaudible desde esa distancia, pero no importaba: Malika podía leer los labios de Leonardo “Voynich”, “plantas”, “no tiene sentido” y llenar los vacíos con contexto, porque el hombre estaba confundido. Fascinado y asustado de maneras que no sabía nombrar, que era exactamente como el linaje Tyr siempre reaccionaba al primer contacto con el código.

Lo que no era normal era el hombre en la mesa junto a la ventana.

Camisa gris. Pantalones oscuros. Zapatos que costaban más de lo que el café facturaba en un mes. Leía un periódico que no existía. Malika reconocía la tipografía: era una publicación del GM, distribuida solo a personal de cierto nivel, impresa en papel que se autodestruía 24 horas después de ser tocado por manos no autorizadas.

El hombre no miraba a Leonardo directamente, pero su cuerpo estaba orientado hacia él y sus ojos se movían del periódico a la mesa del viejo cada 8.7 segundos con un patrón demasiado regular para ser casual, demasiado irregular para ser entrenamiento profesional. Observador amateur, probablemente contratado localmente, probablemente desechable. La pregunta era quién lo había enviado.

Malika tomó nota mental. Rostro ovalado. Mentón débil. Lunar en el pómulos derecho. Manos de alguien que no hacía trabajo físico. Cuando terminara aquí, buscaría en los registros. Encontraría un nombre. Seguiría el hilo hasta quien lo había contratado. Pero eso era para después.

Ahora tenía un problema más inmediato.

Leonardo se levantó. Dejó dinero en la mesa demasiado, típico de alguien que no sabe cuánto cuestan las cosas en Sanguisburg y caminó hacia la puerta. El viejo no lo siguió. El viejo se quedó fumando su pipa, mirando el humo formar figuras que nadie más podía ver.

El observador también se levantó.

Dejó el periódico en la mesa. Caminó hacia la puerta con un ritmo que intentaba parecer casual y fallaba miserablemente. Malika esperó tres segundos.

Luego se movió, las calles de Sanguisburg tenían su propia lógica.

Los turistas se perdían constantemente. Los locales aprendían, después de años de vivir aquí, que algunas calles solo aparecían cuando las necesitabas y otras desaparecían cuando más las buscabas. La ciudad no era maliciosa. Era indiferente. Existía para sí misma, y los humanos que caminaban por ella eran, en el mejor de los casos, un inconveniente tolerable.

Pero había calles donde la ciudad dejaba de existir. Zonas donde el adoquín volvía a ser piedra común, donde las paredes no se movían ni recordaban nada. Bloques enteros donde la biología de Sanguisburg había muerto y lo que quedaba era concreto frío, inerte, con grietas que no sanaban. Los locales las llamaban las cicatrices. Malika las conocía: marcas de algo que el Gobierno Mundial había intentado y que la ciudad no había perdonado ni reparado.

Leonardo caminaba sin rumbo.

Malika lo sabía porque reconocía el patrón: pasos que se alargaban en las esquinas, pausas frente a escaparates que no contenían nada interesante, cambios de dirección que no seguían ningún destino. El hombre estaba procesando. Su cerebro intentaba

ordenar la información que el Voynich le había dado, y mientras lo hacía, su cuerpo vagaba.

El observador lo seguía a 40 metros.

Demasiado cerca. Demasiado obvio. Quien lo había entrenado si es que alguien lo había entrenado había hecho un trabajo mediocre.

Malika lo seguía a 60 metros.

La distancia perfecta: lo suficientemente cerca para intervenir si era necesario, lo suficientemente lejos para que nadie la asociara con ninguno de los dos. Leonardo dobló hacia la izquierda.

La calle no tenía nombre. Tenía adoquines irregulares y faroles de gas que producían una luz amarillenta que hacía que todo pareciera viejo. Las paredes de los edificios mostraban capas de pintura descascarada rojo sobre azul sobre verde sobre lo que podría haber sido blanco hace décadas, al final de la calle, un callejón.

Si Leonardo entraba al callejón, el observador lo seguiría. El callejón no tenía salida.

¿Pero confrontación de qué tipo?

El observador no estaba armado. Su postura no sugería entrenamiento de combate. Si quería hacerle daño a Leonardo, había elegido el lugar y el momento incorrectos. Más probable: quería información. Quería ver adónde iba, con quién hablaba, qué hacía, quería confirmar algo.

Leonardo entró al callejón. El observador aceleró el paso.

Malika tomó una decisión.

El callejón olía a orín y a metal oxidado.

Leonardo se había detenido frente a una puerta que no conducía a ningún lado. Una cicatriz arquitectónica de lo que había sido

demolido hace tiempo. El observador apareció en la entrada del callejón.

Disculpe, dijo. Su voz era nasal, con el acento de alguien que había crecido en Ciudad Control e intentaba ocultarlo. ¿Tiene fuego?

Leonardo se volteó.

No fumo.

Ah, el observador metió la mano en su bolsillo. Sacó un paquete de cigarrillos. Lo abrió. Sacó uno. Lo puso en sus labios. Mala costumbre, lo sé. Mi esposa siempre me lo dice.

Leonardo no respondió. El observador dio un paso hacia adelante.

Bonita ciudad, ¿verdad? Primera vez que vengo. Todo es muy... antiguo.

Sí.

Otro paso.

Estaba en el café hace un rato. Lo vi hablando con el viejo de la pipa. Interesante. ¿Familiar?

Leonardo tensó los hombros. El movimiento era pequeño, pero Malika lo vio.

—No lo conozco— mintió.

Curioso. Estaban conociéndose bien.

El observador dio otro paso. Malika se movió.

No hacia el callejón. Hacia arriba.

La escalera de incendios del edificio a su izquierda estaba oxidada pero funcional. Sus manos encontraron los barrotes sin hacer ruido. Sus pies treparon los peldaños como si estuviera caminando por una superficie plana. En cinco segundos estaba en el techo, desde arriba, podía ver todo.

El observador había sacado algo de su bolsillo. Pequeño. Brillante. Forma de encendedor pero no lo era. La forma estaba mal, el peso diferente por cómo lo sostenía, un escáner portátil.

Malika reconoció el modelo: GM-7, usado por agentes de campo para lecturas biométricas rápidas. Podía capturar frecuencia cardíaca, temperatura corporal, conductividad de la piel, y lo más importante una muestra de ADN si se acercaba lo suficiente.

Si el observador escaneaba a Leonardo, tendría todo lo que necesitaba para confirmar el linaje Tyr. Malika buscó opciones.

Opción A: Intervenir directamente. Bajar al callejón. Neutralizar al observador. Problema: dejaría evidencia. Preguntas. Leonardo sabría que alguien lo estaba protegiendo.

Opción B: Crear distracción. Ruido, movimiento, estímulos que distrajera al observador abortara la misión. Problema: solo pospondría lo inevitable. Volverían a intentarlo.

Opción C: Invalidar la muestra.

Malika eligió C.

El techo tenía acceso a las tuberías de agua del edificio.

Las tuberías de Sanguisburg eran antiguas, hierro fundido, juntas de plomo, válvulas que nadie había reemplazado en décadas. También eran inestables. La presión variaba según la hora del día, según la fase lunar, según factores que los ingenieros del GM habían dejado de intentar entender. Malika encontró la válvula correcta.

La giró.

El agua comenzó a acumularse en el sistema. La presión subió. Lentamente al principio, luego más rápido.

Abajo, en el callejón. El observador había levantado el escáner.

Solo quiero una lectura rápida, dijo. No duele. Es como un termómetro. Leonardo retrocedió.

No sé de qué habla.

Claro que no. El observador sonrió. Sus dientes eran demasiado blancos, el tipo de blancos que se conseguía con tratamientos caros. Solo será un segundo, se acercó.

Malika soltó la válvula.

El efecto fue inmediato: una tubería explotó en la pared del callejón. Agua fría helada, de hecho, porque el sistema de Sanguisburg sacaba agua de fuentes subterráneas que nunca veían el sol, brotó en un chorro horizontal que golpeó al observador en el pecho.

El hombre gritó. El escáner se le cayó de las manos.

Leonardo aprovechó la confusión para correr.

Malika dijo desde el techo mientras el observador intentaba recuperarse. El agua había empapado su ropa, su cabello, había entrado en sus ojos y sus oídos. El escáner estaba en el suelo, cubierto de agua sucia.

Aunque lo recuperara, la muestra sería inútil. El agua habría contaminado cualquier lectura, mezclando el ADN de Leonardo con el de docenas de otras personas que habían tocado esas tuberías en las últimas semanas. El observador se levantó.

Miró el escáner. Miró la tubería rota. Miró hacia ambos extremos del callejón. Leonardo ya no estaba.

Malika tampoco.

Siguió a Leonardo hasta que llegó a su departamento.

El edificio era gris, anónimo, el tipo de lugar donde vivía gente que no quería ser encontrada. El hombre entró sin mirar atrás.

Segundo piso.

La puerta se cerró, una luz se encendió en la ventana.

Malika esperó, la luz se apagó.

Leonardo dormía. O intentaba dormir.

La cocina olía a romero. Luna estaba de espaldas cortando algo en la tabla. El cuchillo sonaba a metal contra madera. Las niñas jugaban debajo de la mesa. Una de ellas le tiraba del pantalón pero cuando Leonardo bajaba la vista, la niña tenía las manos de otra persona. Manos grandes. Manos de adulto. Alzó la vista y Luna se había volteado pero su cara no estaba donde debían estar los ojos. Había una puerta y detrás de la puerta un corredor largo con paredes que respiraban.

Quiso decir algo. Abrir la boca y preguntar por qué no le habían avisado, eso le hubiera dado mucha tranquilidad.

El grifo del departamento goteó y Leonardo abrió los ojos en la oscuridad de Sanguisburg sin saber qué había perdido. Malika bajó del techo donde había estado observando.

Caminó hacia el café sin nombre donde el viejo todavía estaba sentado, fumando su pipa, moviendo piezas en un tablero que solo él entendía.

Se sentó frente a él.

El escáner está inutilizado, dijo.

El viejo movió una pieza.

¿Y el observador?

Vivo. Mojado. Confundido.

¿Quién lo envió?

Todavía no lo sé. Voy a averiguarlo.

Exhaló humo azul. Las figuras esta vez estaban barcos. O tal vez eran ataúdes. Era difícil distinguir.

La tubería dijo. Fue elegante.

Fue necesario.

Necesario y elegante no son excluyentes.

Malika no respondió. Tomó el vaso que el hombre de la barra había puesto frente a ella. El mismo líquido transparente de siempre. El mismo sabor a memoria y pérdida.

Lo están buscando dijo. Más de uno. Más de un grupo.

Lo sé.

Si lo encuentran antes de que esté listo...

También lo sé.

El viejo fumó la pipa vacía.

El café seguía llenándose de fantasmas que bebían cosas que no existían.

SANGUISBURG ESTRATEGIA

El viejo sacó un papel del bolsillo interior de su chaqueta.

Lo desplegó sobre la mesa, junto al tablero de ajedrez con piezas imposibles. El papel contenía nombres. Fechas. Ubicaciones.

El GM tiene tres equipos de observadores en la ciudad dijo. Rotación de 8 horas. Puntos de vigilancia en las entradas principales y en tres nodos secundarios.

Lo sé.

También hay un grupo independiente. Cazadores de recompensas. Alguien puso precio a la cabeza de Leonardo sin que el GM lo sepa.

Malika frunció el ceño.

¿Cuánto?

Suficiente para atraer a profesionales. No suficiente para atraer a los mejores.

¿Quién puso el precio?

No lo sé. Todavía. Pero tengo contactos trabajando en ello.

El hombre de la barra apareció junto a la mesa. Dejó un plato con algo que podría haber sido pan y una nota escrita a mano. La nota decía: “Cierre de caja a las 3. Si van a conspirar, conspiren rápido o pidan otra ronda.” Don Humo - pidió otra ronda.

Malika estudió el papel. Los nombres no le decían mucho, no conocía a los observadores individuales del GM, no seguía a los cazadores de recompensas. Pero las ubicaciones sí. Los puntos de vigilancia formaban un patrón que ella reconocía.

Están esperando que vaya a la Biblioteca dijo.

Obvio. Es el único lugar donde ha estado más de una vez.

Entonces dejamos de llevarlo a la Biblioteca.

¿Y cómo estudiará el Voynich?

No necesita estudiar el Voynich. Necesita que el Voynich lo estudie a él, El viejo levantó una ceja.

Explica.

El libro no es pasivo. Responde a frecuencias. Leonardo tiene la frecuencia correcta. Si dejamos fragmentos de información en lugares donde pueda encontrarlos lugares que no están vigilados el Voynich se adaptará. Buscará formas de comunicarse con él aunque no estén en la misma habitación.

Eso suena a teoría.

Es más que teoría. Lo he visto funcionar. Hace 423 años, con otro linaje Tyr.

¿Y funcionó?

Parcialmente. El sujeto murió antes de completar el proceso.
Tranquilizador.

No pretendo tranquilizarte. Pretendo que entiendas los riesgos.
¿Cuánto tiempo? - preguntó el viejo.

Meses. Tal vez un año. Depende de las decisiones que tome.
¿Y si toma las incorrectas?

Tomará las incorrectas. Siempre lo hacen. La pregunta es si sobrevivirá lo suficiente para aprender de ellas. Movi6 otra pieza.

Entonces lo mantenemos vivo.

Lo mantenemos vivo confirm6 Malika. Aunque no quiera. Aunque no sepa. Aunque el costo sea demasiado alto, bebi6 el resto del vaso.

Se levant6, el viejo no la detuvo.

Sali6 a la niebla de Sanguisburg, donde un hombre dormía alguien había roto una tubería para que pudiera seguir durmiendo.

SANGUISBURG OBSERVACIÓN

Malika camin6 por las calles vacías.

No hacia su refugio, no tenía refugio, no realmente. Hacia el edificio donde Leonardo dormía. Necesitaba verlo. Necesitaba confirmar que la maniobra había funcionado. Que el observador se había marchado. Que el hombre seguía vivo, el edificio era anodino.

Tres pisos de ladrillo gris. Ventanas que no dejaban pasar mucha luz. Una puerta que chirriaba cuando se abría. La clase de edificio donde la gente vivía porque no tenía mejores opciones, Leonardo estaba en el segundo piso. Habitación 7.

Malika no subi6.

Se qued6 en la calle, mirando hacia la ventana. Podía ver la silueta de alguien durmiendo. El movimiento casi imperceptible de la respiración.

Vivo, todavía vivo.

Algo parecido a alivio la atravesó. Otro día había pasado sin que Leonardo desapareciera en el sistema del GM. Pero cada día era más difícil.

Cada día el sistema se adaptaba.

Cada día Malika tenía que encontrar nuevas formas de crear ángulos muertos, de doblar cables, de romper tuberías.

¿Cuánto tiempo más podía continuar así?

La pregunta no tenía respuesta.

O la respuesta era: hasta que no pudiera continuar más.

Malika miró la ventana una última vez.

Después se dio la vuelta y desapareció en la niebla.

El juego continuaba. Pero por cuánto tiempo, nadie lo sabía.

El observador reportó la misión fallida a las 03:42.

La respuesta llegó a las 03:52: “Reintentar mañana. Nueva estrategia.”

Malika interceptó el mensaje a las 03:53, lo leyó. Lo memorizó. Lo dejó pasar.

Mañana habría otra estrategia. Y ella encontraría otra tubería. Otro cable. Otro ángulo muerto, el juego continuaba. ## 083 Auditoría [O][H]

Malika desplegó el mapa no papel, sino una membrana de bionanocelulosa que respondía a la temperatura de sus dedos, mostrando información que solo ella podía ver. Cada punto brillante era un momento, y cada línea que conectaba puntos era una consecuencia. La travesía astral de Leonardo Daedalus y su grupo, completa, vista desde arriba. Malika comenzó la auditoría.

El viejo había elegido la ruta norte, que en el mapa aparecía como una línea amarilla serpenteando entre zonas de estabilidad relativa segura. La ruta pasaba a 3.7 kilómetros de un nodo de frecuencia del GM, que emitía pulsos de rastreo cada 12 horas. Leonardo era una frecuencia anómala ambulante. El grupo había pasado desapercibido por pura suerte.

El pulso de las 14:00 los había encontrado a 3.8 kilómetros del nodo, 0.1 kilómetros fuera del rango efectivo. Si hubieran caminado 200 metros más rápido, o si Don Humo no hubiera insistido en esa pausa para fumar su pipa en el minuto 43 del trayecto, habrían sido detectados. Malika marcó el punto en el mapa.

Dibujó una nota: “Don Humo instinto correcto, razonamiento incorrecto. La pipa lo salvó. No lo sabe.”

Faith atacó primero. Su lanza atravesó el pecho del EX-líder antes de que Don Humo pudiera dar la orden de rodear y neutralizar. El ataque funcionó, pero el costo fue significativo: una de las unidades logró transmitir un pulso de emergencia antes de ser destruida. Malika marcó el punto.

“Faith rabia > táctica. Busca morir. No lo admite. El viejo no lo ve.”

Maku habló con Sentella. La fusión entre la niña y el perro era inestable. Malika lo sabía porque podía leer las frecuencias: dos patrones de consciencia superpuestos, compitiendo por el mismo espacio cognitivo, generando interferencia que ninguno de los dos podía controlar.

Maku le había dicho a Sentella: “Vamos a estar bien.” El problema no era la mentira. El problema era que Sentella lo creyó. La creencia

generó una descarga de oxitocina en el sistema compartido. Malika marcó el punto.

“Maku protege mintiendo. Sentella necesita la mentira. Ambas van a pagar.”

Leonardo descifró una página del Voynich. No debería haber podido. El código estaba diseñado para resistir desciframiento durante generaciones enteras. Pero Leonardo percibía de otro modo, y esa percepción le permitía detectar patrones que los ojos normales no podían ver. El error no fue el desciframiento.

El error fue lo que hizo después: se lo contó a todos. Don Humo. Faith. Anya. Maku. Cuatro personas que ahora sabían que el Voynich podía ser leído. Cuatro personas que podían ser capturadas, interrogadas, convertidas en fuentes de información para el enemigo. Malika marcó el punto.

“Leonardo confía demasiado. No entiende que la confianza es un lujo. Todavía.”

Anya cocinó para el grupo. En medio del Astral, con recursos limitados, con el Vacío acercándose lentamente desde los bordes del mundo conocido, Anya gastó dos horas preparando un estofado con ingredientes que había recolectado durante la marcha. El problema: esas dos horas eran dos horas que el grupo no avanzó. Dos horas que el Vacío ganó terreno. Malika marcó el punto.

“Anya alimenta porque ama. No entiende que amar a veces significa dejar de alimentar.”

Locke propuso dividir el grupo. La lógica era impecable: dos grupos pequeños eran más difíciles de rastrear que un grupo grande. Podían cubrir más terreno. Podían encontrar recursos en paralelo. Podían reunirse en un punto acordado cuando el peligro hubiera

pasado. Aceptó. El grupo se dividió durante 72 horas. Malika había seguido a ambos grupos, alternando cada 6 horas, monitoreando las frecuencias de cada subgrupo para asegurarse de que nadie se perdiera o fuera capturado sin que ella lo supiera.

Las 72 horas fueron productivas en cuanto a recursos: encontraron agua limpia, comida preservada, incluso algunos medicamentos que iban a ser necesarios más adelante. Pero también fueron destructivas. Durante la separación, Leonardo y Anya fortalecieron su vínculo. Pasaron de aliados a algo más cercano. Algo que podía complicar cada decisión por venir. El apego era una complicación. El apego era una debilidad que los enemigos podían explotar. Malika marcó el punto.

“Locke piensa en eficiencia, no en química. Don Humo no vio el riesgo emocional. Leonardo/Anya complicación formándose.”

Las gemelas aparecieron. Ilis e Iris. Malika las conocía. Las había observado durante años, monitoreando su deterioro, calculando cuándo dejarían de ser aliadas potenciales y se convertirían en amenazas activas. El grupo las había aceptado. El viejo había dicho: “Toda ayuda es bienvenida en tiempos oscuros.” Estaba equivocado.

No toda ayuda era bienvenida. alguna ayuda venía con cuchillos ocultos. alguna ayuda esperaba una abertura para clavarse en la espalda. Malika había considerado intervenir. Había calculado las probabilidades. Había decidido que no: las gemelas todavía eran útiles, todavía podían servir como información sobre las tácticas del enemigo, todavía no habían revelado su verdadera naturaleza. Dejar que el grupo las aceptara era un riesgo calculado. Un riesgo que iba a costar vidas. Malika marcó el punto.

“Don Humo ve bondad donde hay vacío. Las gemelas son espejos. Reflejan lo que quieres ver.”

Leonardo tocó a Anya. No sexualmente. No románticamente. Solo un toque: su mano en el hombro de ella, durante un momento de fatiga, cuando ella había tropezado y él la había sostenido. El toque había durado 2.3 segundos. En esos 2.3 segundos, las frecuencias de ambos se habían sincronizado brevemente. Sus corazones habían latido al unísono durante tres latidos. Sus patrones cerebrales habían mostrado coherencia temporal. Eso no debería haber pasado. Malika marcó el punto.

“Leonardo + Anya resonancia inesperada. Esto va a complicar todo.”

Iris murió. La muerte no fue el error. Iris había elegido su camino. Había elegido traicionar. Había elegido morir en el proceso. Esas eran consecuencias de sus decisiones, no errores del grupo. El error fue Ilis.

Cuando Iris murió, Ilis gritó. El grito fue en una frecuencia que Malika nunca había escuchado antes: entre el dolor humano y lo primordial, la angustia que existía antes del lenguaje y el sufrimiento. El grito dañó la estructura del Astral en un radio de 300 metros. Creó una grieta. La grieta iba a permanecer abierta durante semanas. Iba a permitir que cosas pasaran entre planos que no deberían poder pasar. Iba a hacer que la emboscada final fuera posible. Nadie del grupo lo notó. Estaban demasiado ocupados procesando la muerte de Iris, demasiado ocupados mirando a Ilis con mezclas de lástima y desconfianza. No vieron la grieta. No vieron lo que salía de ella. Malika marcó el punto.

“Ilis el dolor como arma. No sabe que lo es. O sí sabe. Imposible determinar.”

Sentella murió salvando a Leonardo. El perro o la niña que era perro, o el perro que era niña, la distinción había dejado de ser relevante, se había lanzado contra la Bestia. Había sacrificado su existencia para dar a Leonardo tres segundos de ventaja. El error: esos tres segundos no sirvieron para nada. Malika marcó el punto.

“Sentella sacrificio inútil. Leonardo siempre mira cuando debería actuar. Van a repetir este patrón.”

Ilis activó la Inversión Psi. Malika todavía no entendía cómo lo había hecho. El conocimiento necesario estaba guardado en los archivos más profundos del sistema, protegido por capas de encriptación que deberían ser impenetrables. Pero Ilis lo había hecho. Había invertido las frecuencias de Leonardo y Anya. Había desplazado sus conciencias a coordenadas que no correspondían con sus cuerpos. Había creado, en efecto, dos fantasmas que caminaban. Los fantasmas no preguntan si están vivos. El error del grupo: no matar a Ilis cuando tuvieron la oportunidad. Malika marcó el punto.

“El grupo compasión como debilidad. Ilis todavía vive. Ilis todavía es peligrosa. Ilis va a volver.”

Malika cerró el mapa. Los puntos brillantes se apagaron uno por uno. Las líneas se difuminaron. La membrana de bionanocelulosa volvió a ser opaca, guardando sus secretos para otro momento, diez errores. Diez puntos donde las cosas podrían haber sido diferentes. Diez momentos donde una decisión distinta habría cambiado todo. Pero no habían sido diferentes. Las decisiones se habían tomado. Las consecuencias se habían activado. Leonardo y Anya estaban en un callejón de Ciudad Control, amnésicos, con marcas en la frente que

nadie entendía, sirviendo mesas en un restaurante que no recordaban haber encontrado.

ASTRAL REFLEXIÓN

Malika caminó por el borde del mundo conocido. El Vacío estaba ahí. Podía sentirlo. No como sonido ni como luz ni como temperatura. Como ausencia. Como el espacio donde algo debería existir pero no existía. El Vacío avanzaba más rápido que hace un ciclo. Eso también era consecuencia de las decisiones. El hechizo de memoria que Ilis había lanzado, el hechizo que había borrado a Leonardo y Anya, había costado más de lo que nadie anticipaba. Había debilitado las barreras. Había abierto grietas, ahora el Vacío encontraba camino por esas grietas.

Malika se detuvo en el punto más cercano que podía acercarse sin ser consumida.

El borde era visible. Una línea donde el color terminaba y la nada comenzaba. No era negro, el negro era un color. Era la nada. Absoluta nada.

¿Cuánto tiempo? - preguntó en voz alta.

No esperaba respuesta. El Vacío no respondía.

Pero algo en el aire cambió. Una sensación. Una impresión.

Meses. semanas. Depende de cuántas más grietas se abran.

La voz no era voz. Era intuición transformada en palabras por una mente que había aprendido a interpretar lo que no podía ser interpretado.

Meses, semanas.

No era tiempo suficiente para lo que tenía que hacer.

Pero era el tiempo que tenía.

ASTRAL PRIORIDADES

Malika organizó los errores.

Algunos podían corregirse. Algunos requerían intervención. Algunos estaban rotos de maneras que no admitían reparación.

Leonardo y Anya necesitaban ser encontrados. Maku necesitaba ser estabilizada. Faith necesitaba lo que no fuera autodestrucción.

El Vacío se acercaba. La frontera se comprimía un poco más cada día.

El tiempo era el enemigo, y el tiempo estaba ganando.

Malika guardó el mapa.

Se levantó de la roca donde había estado sentada en el borde del mundo conocido, donde el Vacío lamía los límites de la realidad como una marea paciente, había visto los errores.

Ahora tenía que decidir cuáles podía corregir, cuáles tenía que dejar pasar, y cuáles los matarían si no hacía algo pronto.

La auditoría estaba completa, el trabajo real comenzaba ahora.

MEDIO 3:42 AM

La cocina olía a romero y a algo dulce que no podía identificar. Luna estaba de espaldas cortando algo en la tabla de madera, la tabla vieja con la marca de quemadura en la esquina izquierda, y las niñas estaban en el suelo con las piernas cruzadas, pintando con los dedos sobre hojas de periódico. Tenían tres años. Tenían las manos manchadas de azul y de rojo. Una de ellas levantó la vista y lo miró con ojos que eran los de Luna, y Leonardo quiso decir algo, quiso preguntar por qué no lo habían llamado, por qué no le habían dicho que estaban aquí, que eso le hubiera dado mucha

Luna se volteó, pero su cara no estaba. No faltaba: estaba ahí, ocupando el espacio correcto, sin embargo, los rasgos se movían como si los viera a través de agua. La puerta de la cocina daba a un

pasillo que no existía en ningún departamento donde hubieran vivido. Un pasillo largo con paredes de un material que brillaba con luz propia, que olía a ozono, y las niñas seguían pintando, pero ahora pintaban con los dedos sobre el suelo del pasillo, los dibujos se movían solos.

Leonardo abrió la boca.

El grifo del departamento goteó y él abrió los ojos en la oscuridad con el corazón golpeando las costillas, las sábanas mojadas de sudor y el olor a romero todavía ahí, todavía real, desvaneciéndose con cada respiración como se escapa entre los dedos.

Ana dormía a su lado. Respiración suave. No se había movido.

La sensación se fue antes del desayuno. El olor duró hasta mediodía. ## 084 Infraestructura [L][O]

El Voynich estaba en una vitrina de cristal templado.

Malika llevaba 17 minutos observándolo a través de la pantalla de monitoreo. La Biblioteca de Sanguisburg tenía cámaras en cada rincón, residuos de una época en que Elara todavía confiaba en la tecnología del GM para proteger sus secretos, y Malika había hackeado el sistema hace 4 años, 7 meses y 12 días. No lo llamaba hackear. Lo llamaba “acceso extendido”.

El libro descansaba abierto en una página que mostraba plantas imposibles. Raíces que se enroscaban en patrones fractales. Hojas con venas que formaban secuencias numéricas si las mirabas el tiempo suficiente. Flores que estaban órganos internos vistos desde ángulos incorrectos.

Leonardo había estado mirando esa página hace tres días.

Sus dedos habían trazado los bordes de una ilustración específica: una planta con siete tallos que terminaban en lo que podría ser fruta

o podrían ser ojos. La cámara había capturado el momento exacto en que su frecuencia cardíaca subió de 72 a 89 latidos por minuto.

El libro le había mostrado algo, Malika necesitaba saber qué, y la Biblioteca cerraba a las 22:00. A las 22:35, entró.

No por la puerta principal esa tenía sensores de movimiento, lectores biométricos, tres tipos diferentes de alarmas silenciosas. Entró por el conducto de ventilación del ala este, un túnel de 45 centímetros de diámetro que los arquitectos originales habían diseñado para mantenimiento y que nadie había usado en 23 años.

Sus hombros rasparon el metal mientras avanzaba por un conducto que no era cómodo ni estaba diseñado para serlo, donde el polvo acumulado de 23 años formaba una capa viscosa que se adhería a su ropa, a su piel, al interior de su nariz y que olía a metal oxidado y a algo orgánico que prefería no identificar, probablemente roedores muertos, probablemente más de uno.

A los 12 metros, el conducto giraba 90 grados hacia abajo.

Malika tuvo que contorsionar su cuerpo en un espacio que no permitía contorsiones. Codo izquierdo primero. Cadera rotando. Hombro derecho raspando contra una soldadura que alguien había dejado sin pulir hace décadas. Sintió la tela de su camisa rasgarse. Algo húmedo, sangre o condensación, deslizarse por su costado.

No se detuvo.

El calor aumentaba con cada metro. El sistema de ventilación de la biblioteca bombeaba aire caliente por estos conductos durante el día, y las paredes metálicas retenían la temperatura como un horno en enfriamiento lento. 34 grados, 36. Su respiración se volvió más superficial, más consciente, a los 27 metros, encontró el primer sensor.

No estaba en los planos originales. Alguien lo había instalado después, probablemente Elara, probablemente hace menos de un año. Un detector de movimiento infrarrojo apuntando al tramo que Malika necesitaba cruzar, se detuvo.

Calculó ángulos. El sensor tenía un cono de detección de 15 grados. El conducto tenía 45 centímetros de ancho. Si se pegaba al lado izquierdo, arrastrándose sobre el codo con el cuerpo plano contra el metal caliente, podría pasar por el borde del cono sin activarlo.

Podría, en teoría.

El metal quemaba a través de la tela de su camisa. Malika apretó los dientes y avanzó milímetro a milímetro, cada movimiento calculado para no generar calor corporal adicional que el sensor pudiera detectar.

Tardó 4 minutos en cruzar 3 metros.

El conducto terminaba en una rejilla que daba al Salón de Manuscritos Especiales. Malika la removi6 con movimientos practicados, primero el tornillo superior izquierdo, luego el inferior derecho, luego los otros dos en secuencia específica para no activar el sensor de vibración integrado, descendió.

Sus pies tocaron el suelo sin sonido.

La vitrina estaba a 12 metros de distancia. La luz de emergencia proyectaba sombras rojas sobre el cristal, dándole al Voynich un aspecto de 6rgano preservado en formaldehído. Malika se acercó.

El cristal templado tenía 4 centímetros de espesor.

Romperlo activaría tres alarmas independientes. Abrirlo requería una combinación de 12 dígitos que cambiaba cada 6 horas según un

algoritmo que Elara guardaba en su memoria, no en ningún sistema hackeable.

Malika no necesitaba abrirlo.

La vitrina era más que un contenedor de cristal. Era un sistema de preservación diseñado por ingenieros que entendían que algunos libros no eran solo papel y tinta. El interior mantenía una atmósfera de nitrógeno puro a 18.7 grados Celsius, con humedad controlada al 0.3%. Las condiciones perfectas para preservar lo que había existido durante siglos o milenios, dependiendo de a quién preguntaras.

Malika había estudiado vitrinas similares en museos de todo el mundo. La del Vaticano. La de la Biblioteca Bodleiana. La del Instituto Beinecke en Yale. Todas protegían manuscritos valiosos con tecnología de punta.

Pero ninguna protegía algo como el Voynich, porque el Voynich no necesitaba protección del ambiente.

El Voynich necesitaba protección de sí mismo.

Las páginas contenían información que no debería existir en forma escrita. Cada ilustración era un portal, cada símbolo una frecuencia, cada patrón de tinta una instrucción para lo que el papel apenas podía contener. Si el libro se dañaba si una página se rompía, si la tinta se desvanecía, las consecuencias irían más allá de la pérdida académica, las consecuencias serían estructurales.

Malika lo sabía porque había visto lo que pasaba cuando fragmentos del Voynich se perdían. Hace 423 años, una página había sido arrancada por un coleccionista que no entendía lo que tenía. Tres días después, un pueblo entero en el norte de Italia había desaparecido. No destruido. Desaparecido. Nunca existió. El sistema tenía mecanismos de autocorrección.

El sistema no perdonaba errores, solo necesitaba leer.

Sacó un dispositivo del bolsillo interior de su chaqueta. Un lápiz, pero el extremo tenía un cristal de cuarzo cortado en ángulos específicos. Frecuencia de resonancia: 432 Hz. El mismo número que aparecía en demasiados lugares para ser coincidencia, lo apoyó contra el cristal.

Y escuchó. El Voynich no era un libro.

Malika lo había sospechado desde hace tiempo, pero ahora tenía confirmación. Las páginas no contenían información en el sentido tradicional, no había texto que descifrar, no había código que romper, no había lenguaje que traducir, las páginas eran interfaces.

Cada ilustración respondía a frecuencias específicas. Cada planta imposible era un nodo de conexión. Cada secuencia de símbolos era una dirección, un camino, un acceso a lugares remotos del espacio.

A través del cristal de cuarzo, Malika podía “ver” las conexiones. No con los ojos, los ojos eran inútiles para esto. Con la percepción que había desarrollado durante siglos y que no tenía nombre porque nombrarlo la limitaría.

La página de las plantas de siete tallos estaba conectada a un nodo en el Plano Astral, coordenadas: 43 grados N, 83 grados O.

Profundidad: 3.7 capas de realidad, estado: activo.

Malika memorizó la información, pasó a la siguiente página.

Página 34: mujeres flotando en líquido verde.

No era agua. El líquido tenía propiedades de regeneración, el mismo tipo que los sistemas del GM usaban en sus laboratorios más secretos.

Las mujeres no estaban flotando, estaban siendo reconstruidas.

Conexiones identificadas: nodos distribuidos en los tres planos. Algunos activos, algunos dormidos, algunos destruidos.

Los nodos destruidos correspondían a fechas específicas: el incidente en el Sector 7 de Ciudad Control, hace 14 años. El día en que Caious heredó el control del sistema.

Las coincidencias no existían. Solo existían patrones que todavía no entendías.

El incidente del Sector 7. Los niños desaparecidos. Los padres que no recordaban haber tenido hijos. El sistema borrando existencias enteras nunca ocurrieron.

El sistema heredado. Caious tomando control de lo que no había creado pero que ahora operaba. La semilla plantada generaciones antes floreciendo en manos de alguien que no entendía del todo lo que tenía.

¿Cuál era el hilo?

Malika no lo sabía todavía. Pero el Voynich lo sabía.

El Voynich sabía todo, solo había que saber preguntar.

Siguiente página, página 67: estrellas en configuraciones imposibles.

El cielo que mostraba el Voynich no correspondía a ninguna época de la historia de la Tierra. Ni pasado, ni presente, ni futuro calculable. Era el cielo de otro lugar. O de otro tiempo. O de otra versión de la realidad donde las estrellas habían evolucionado de manera diferente.

Malika encontró un patrón, cientos de estrellas visibles en la ilustración.

El número que aparecía en las transmisiones de Tiny Almanacs. El número que Leonardo había mencionado sin saber por qué. El

número que el sistema intentaba suprimir de todos los registros públicos, cada estrella correspondía a algo.

Malika no sabía a qué. Todavía. Pero ahora sabía dónde buscar.

Página 112: diagramas de raíces.

Esta era la página que Leonardo había estado mirando. La planta de siete tallos. Las raíces que se enroscaban en patrones fractales.

Malika aplicó el cristal de cuarzo, y el libro respondió.

No con sonido. No con luz. Con algo más sutil: un cambio en la presión del aire, una variación en la temperatura, un desplazamiento microscópico en las moléculas que rodeaban la vitrina. El Voynich estaba vivo.

No en el sentido biológico. En el sentido de sistema: procesaba inputs, generaba outputs, mantenía estados, evolucionaba en respuesta a estímulos, era infraestructura.

Infraestructura de algo mucho más grande, Malika entendió.

El código no contenía conocimiento sobre el mundo. El código era parte del mundo. Una pieza de la arquitectura fundamental que sostenía la realidad. Un panel de control que había sido camuflado como libro para que nadie entendiera lo que realmente era, Leonardo no había estado descifrando el Voynich.

El Voynich había estado descifrando a Leonardo.

Leyendo su frecuencia. Analizando su linaje. Determinando si era compatible con los sistemas que la infraestructura necesitaba activar.

Y había decidido que sí.

Por eso Leonardo podía “entender” cosas que no debería poder entender. Por eso su percepción se había intensificado desde que tocó el libro. Por eso el GM lo estaba buscando con tanta urgencia.

Leonardo no se limitaba a ser un descendiente del linaje Tyr.

Leonardo era una llave, y el Voynich era la cerradura.

Malika retiró el cristal de cuarzo.

El libro volvió a su estado inerte. Las páginas dejaron de resonar. El aire recuperó su temperatura normal. Pero la información quedaba.

Cientos de nodos. 3 planos. Un sistema de infraestructura diseñado hace milenios para hacer lo que Malika todavía no podía determinar.

Y Leonardo Daedalus en el centro de todo. Cada decisión que tomaba estaba siendo monitoreada. El GM lo sabía. Malika lo sabía. Leonardo no.

Malika se movió hacia el conducto de ventilación, tenía lo que necesitaba.

Ahora venía la parte difícil: decidir qué hacer con ello.

SANGUISBURG REGRESO

El regreso a través del conducto fue más difícil que la entrada.

No físicamente el túnel era igual de estrecho en ambas direcciones. Mentalmente. La información que había obtenido pesaba. Las implicaciones se ramificaban en direcciones que Malika todavía no podía calcular, Leonardo era llave.

¿Llave de qué?

El Voynich era panel de control.

¿Control de qué?

Cientos de nodos formaban una red.

¿Red para qué propósito? Las preguntas se multiplicaban más rápido que las respuestas.

Malika emergió del conducto en el callejón trasero de la Biblioteca. La niebla de Sanguisburg la envolvió inmediatamente. El

frío que no era exactamente frío. La humedad que no era humedad. La sensación de estar en un lugar que existía solo a medias.

Caminó hacia el café.

Las calles estaban vacías a esta hora. Los habitantes de Sanguisburg habían aprendido hace mucho que la noche no era momento para estar afuera. Había cosas que caminaban cuando los humanos dormían. Cosas que Malika conocía pero que prefería no encontrar a menos que fuera absolutamente necesario. Sus pasos resonaban contra el empedrado.

El eco volvía distorsionado. La ciudad procesaba el sonido antes de devolverlo. Hasta que dejó de hacerlo. Un tramo donde sus pasos sonaban planos, secos, devueltos por piedra común que no procesaba nada. Una fachada con los ladrillos expuestos, sin la película orgánica que cubría el resto de los edificios. La argamasa entre los ladrillos era gris ordinario. Malika pasó rápido. La ciudad retomó el eco al doblar la esquina, distorsionándolo de nuevo, y el café estaba a dos calles de distancia.

El viejo esperaba. Las respuestas esperaban.

O al menos, más preguntas que llevaran a respuestas.

La esperaba en el café.

¿Qué encontraste?

Malika se sentó. El hombre de la barra ya le había servido.

El Voynich no es un libro.

¿Qué es entonces?

Malika bebió. El líquido sabía a la misma memoria de siempre. La misma pérdida.

Un panel de control.

El viejo exhaló humo azul. Esta vez las figuras eran engranajes. O tal vez eran corazones. Malika no estaba segura.

¿Y Leonardo?

La llave.

Nadie respondió, el café seguía llenándose de fantasmas.

El viejo movió una pieza en el tablero. Un alfil que no debería existir en ningún juego de ajedrez conocido.

¿Qué abre?

Malika puso el vaso vacío sobre la mesa.

Eso es lo que voy a averiguar.

SANGUISBURG CALLES

Las calles de Sanguisburg eran diferentes de noche.

Los edificios cambiaban de posición cuando nadie miraba. Las esquinas llevaban a lugares que no existían durante el día. La ciudad era organismo vivo, respirando en frecuencias que solo quienes la conocían podían percibir.

Excepto donde no lo era. Malika cruzó la Avenida Catorce y la ciudad se apagó. Un tramo de seis cuadras donde los edificios eran piedra y nada más. Las fachadas no se movían. El empedrado no respondía a las pisadas. El aire estaba quieto con la quietud de lo que nunca estuvo vivo. Una tubería rota goteaba sobre una pared que llevaba décadas absorbiendo el agua sin que le creciera nada. En las zonas vivas de Sanguisburg, ese goteo habría producido musgo, venas, algo. Aquí solo producía una mancha.

Malika aceleró el paso. Las zonas muertas la incomodaban más que las vivas. Lo vivo era predecible en su rareza. Lo muerto era un recordatorio de que la ciudad podía fallar.

Al final de la sexta cuadra, la piedra volvió a latir bajo sus pies. Sanguisburg retomaba. Malika caminó sin destino aparente.

Pero tenía dirección. Siempre tenía dirección. Cada paso calculado, cada giro planeado, cada pausa estratégica, buscaba lo que reconocería al encontrarlo.

Lo encontró en un callejón sin salida que tenía salida.

Una puerta que no debería estar ahí. Metal oxidado con marcas que formaban patrones. Símbolos que reconocía de los archivos más antiguos del sistema archivos que teóricamente no existían, que habían sido eliminados hace eones, pero que ella había encontrado, la puerta estaba cerrada.

No con llave. Con frecuencia.

Malika tocó la superficie. El zumbido le atravesó los dedos. Una frecuencia que reconocía el mismo número que aparecía en cada patrón, el mismo que Copérnico indicaba con cada vibración de su marca.

¿Qué eres? - dijo.

La puerta no dijo, las puertas no respondían.

Pero algo detrás de ella se movió. Un zumbido que esperaba.

Malika no intentó abrir la puerta, todavía no.

Pero memorizó su ubicación. Memorizó los símbolos. Memorizó el zumbido exacto de la frecuencia.

Si las líneas convergían, cuando Leonardo estuviera listo, cuando el costo ya no importara volvería, y entonces sabría qué había detrás.

Se levantó, el viejo no intentó detenerla.

Malika.

Ella se detuvo. No se volteó.

Ten cuidado. Los paneles de control a veces controlan a quienes los operan, Malika no respondió.

Salió a la niebla.

La niebla la tragó, como tragaba todo lo que no quería ser entendido. ## 085 Restos [F]

ASTRAL PERSECUCIÓN

La lancha no tenía motor.

Malika la había construido con lo que encontró en el puerto abandonado de Sanguisburg: casco de fibra de vidrio de una embarcación decomisada, vela de membrana bionanocelulosa que respondía a frecuencias en lugar de viento. El cristal de 7,83 Hz funcionaba como brújula, orientándola hacia el rastro que el grupo dejaba al moverse, una estela de frecuencias residuales que se disipaba en horas pero que para alguien con los instrumentos correctos era tan visible como humo en un día sin viento.

Tres kilómetros detrás. A veces cinco. Nunca más de ocho.

La distancia era intencional. Lo suficientemente cerca para monitorear. Lo suficientemente lejos para no alterar las frecuencias del grupo con su propia presencia. Malika era una anomalía de 7.000 años y su firma era difícil de ocultar a corta distancia.

El cristal señalaba noroeste. El grupo avanzaba por la costa del Astral, bordeando los acantilados que separaban la zona de estabilidad de las tierras fragmentadas. Ruta lógica. Ruta peligrosa.

El primer día fue silencioso.

El segundo día, el cristal empezó a vibrar con intermitencia. Interferencia. Otra frecuencia cruzando el campo de detección no del grupo, no del GM, algo más viejo, más caótico. Malika ajustó la vela y aceleró.

El tercer día, los piratas.

ASTRAL PÉRDIDA

Los vio antes de oírlos. Tres embarcaciones de casco negro, sin bandera, moviéndose en formación triangular hacia la posición del grupo. Piratas del Astral: saqueadores de frecuencias que capturaban viajeros para extraer resonancia residual y venderla en el mercado negro de Ciudad Central.

Malika calculó distancias. 1,4 kilómetros entre ella y el grupo. 800 metros entre los piratas y el grupo. No llegaba a tiempo.

Desde su posición podía ver el destello de la batalla en la costa. Fogonazos de energía. El pulso inconfundible de Faith atacando primero siempre primero y la respuesta coordinada del grupo desplegándose en la formación que Don Humo había ensayado con ellos durante semanas.

El combate duró once minutos.

Pero en esos once minutos, la interferencia de las frecuencias de combate las descargas de energía, los pulsos defensivos, la explosión de una de las embarcaciones piratas saturaron el cristal. La aguja de bionanocelulosa empezó a girar sin dirección. La estela del grupo desapareció bajo el ruido.

Malika ajustó frecuencias. Cambió cristales. Intentó filtrar el ruido de combate para aislar la firma del grupo.

El ruido no se disipaba.

Los residuos de frecuencia de la batalla iban a tardar horas en asentarse. Horas en las que el grupo seguiría moviéndose. Horas en las que la distancia entre ella y ellos crecería de kilómetros a decenas de kilómetros, y después a territorio que no podría cubrir sin perderlos definitivamente.

Malika recalculó. La última posición conocida del grupo era la costa norte. La dirección probable: continuar hacia el este, bordeando los acantilados. Si cortaba por el interior, pasando por el mar de mercurio, podía interceptar la ruta en el punto donde los acantilados terminaban y el terreno se abría hacia las llanuras.

El mar de mercurio.

Nadie cruzaba el mar de mercurio.

ASTRAL MAR DE MERCURIO

No era mercurio literal. Era un valle inundado de líquido metálico que reflejaba el cielo como un espejo roto, donde cada fragmento de reflejo mostraba un momento diferente pasado, presente, posible y la superficie se movía con corrientes propias que no respondían a viento ni gravedad.

El líquido era denso. La lancha avanzaba como a través de aceite, con la resistencia de lo que resistía ser atravesado. Cada metro costaba el doble de esfuerzo. La vela de bionanocelulosa se saturaba del metal en suspensión y perdía sensibilidad a las frecuencias que la impulsaban.

A los 400 metros, el líquido empezó a subir por el casco.

No por filtración, el casco estaba sellado. El mercurio trepaba. Se adhería a la superficie como algo con intención, buscando grietas, buscando puntos débiles, buscando la frecuencia que Malika emitía y que el líquido reconocía porque el mar de mercurio era, en esencia, un sistema de detección pasivo. Un charco inteligente que registraba todo lo que lo cruzaba.

Malika apagó los cristales. Todos. Sin instrumentos, sin frecuencia de propulsión, sin brújula.

La lancha se detuvo.

El silencio era absoluto. Ni viento. Ni corriente. Solo el reflejo roto del cielo moviéndose en la superficie y los sonidos que hacía el mercurio al lamer el casco, un sonido húmedo, metálico, paciente.

Sacó el remo.

Remó. Sin instrumentos. Sin frecuencia. Como una persona normal en una embarcación normal cruzando agua normal. El mercurio cedía al remo con reluctancia, soltando cada palada con un chasquido viscoso, y el avance era lento, metros por minuto en lugar de kilómetros por hora.

El cruce tomó cuatro horas y treinta y tres minutos.

Cuando la lancha tocó la orilla opuesta, el casco estaba cubierto de una película plateada que tardó días en desprenderse. Los cristales habían absorbido residuos metálicos que alteraban sus lecturas. El de 432 Hz marcaba 431,7. Impreciso. Suficiente.

Malika reactivó los instrumentos. Recalibró. Buscó la estela.

La encontró. Débil. Vieja. Pero ahí. El grupo había pasado por este sector hacía menos de seis horas. Todavía podía alcanzarlos.

Ajustó la vela. Aceleró.

ASTRAL LLEGADA

Llegó tarde.

El cristal detectó la descarga residual desde dos kilómetros: un fogonazo de frecuencia incompatible con cualquier combate normal. Algo más grande. Algo final.

A un kilómetro, el olor. Ozono. Plástico quemado. El olor que dejaba la realidad cuando era forzada a hacer lo que no quería.

A quinientos metros, dejó la lancha en la orilla y corrió.

A ciento cincuenta metros, vio el final.

El cuerpo luminoso de Sentella fragmentándose. Los filamentos apagándose. El pulso inconfundible de Faith atacando primero siempre primero y la respuesta coordinada del grupo desplegándose en la formación que Don Humo había ensayado con ellos durante semanas.

El combate duró once minutos.

Pero en esos once minutos, la interferencia de las frecuencias de combate las descargas de energía, los pulsos defensivos, la explosión de una de las embarcaciones piratas saturaron el cristal. La aguja de bionanocelulosa empezó a girar sin dirección. La estela del grupo desapareció bajo el ruido.

Malika no gritó. No llamó. Corrió en silencio los ciento cincuenta metros que la separaban del cuerpo que caía sobre la roca con los ojos de fibra óptica apagados, llegó sin aliento y se arrodilló junto a lo que quedaba.

Los demás la miraron. Nadie la conocía excepto el viejo, que la observó durante tres segundos sin decir nada y después miró hacia otro lado.

ASTRAL RESTOS

El aire olía a ozono, a plástico quemado.

Malika reconocía ese olor porque lo había sentido antes, en lugares donde la realidad había sido forzada a hacer lo que no quería, y significaba que algo había muerto aquí no solo algo, alguien.

El claro estaba destruido: árboles caídos en patrones radiales, hierba quemada en círculos concéntricos que alternaban entre negro absoluto y verde intacto, piedras fragmentadas con cortes limpios. Malika caminó entre los escombros sin hacer ruido porque el suelo estaba blando, saturado de la energía residual del combate.

En el centro del claro, encontró el cuerpo de Sentella.

Los ojos de fibra óptica apagados. La temperatura bajando. El pelaje perdiendo bioluminiscencia por los bordes, apagándose como una pantalla que se desconecta sección por sección.

Malika se arrodilló junto al cuerpo y extendió la mano. La piel todavía tenía calor residual. Todavía tenía masa, peso, presencia. Pero la frecuencia base la que sostenía la fusión entre Maku y el perro oscilaba entre 6,2 Hz y 9,4 Hz, incapaz de estabilizarse, porque las dos consciencias seguían ahí dentro. Atrapadas en un cuerpo que había dejado de funcionar.

Eso era lo importante. Sentella estaba muerta. Pero Maku y la consciencia del perro todavía existían dentro del cuerpo, tirando en direcciones opuestas, fragmentándose. Si Malika no hacía algo en las próximas horas, las perdería a ambas.

ASTRAL INVESTIGACIÓN

Malika activó sus instrumentos de análisis.

El primero era un resonador de cristal del tamaño de una nuez. Lo sostuvo entre el pulgar y el índice, girándolo lentamente mientras escuchaba las frecuencias que emitía. Cada material, cada tipo de materia, cada configuración energética producía un tono diferente cuando el resonador lo escaneaba. Malika había memorizado más de 43.000 tonos durante su existencia, este no correspondía a ninguno.

El resonador emitía un sonido que era casi silencio, pero no completamente. Era el sonido de lo faltante. El sonido de una ausencia con forma. Malika frunció el ceño.

Sacó el segundo instrumento: un espectroscopio de bolsillo, modificado para leer longitudes de onda que la física convencional consideraba imposibles. Lo apuntó hacia los restos de Sentella y

observó la pantalla diminuta, los números parpadeaban, incapaces de estabilizarse.

7,83. 9,1. 12,7. 4,2. 7,83 otra vez.

Las frecuencias saltaban. No había patrón. No había coherencia. Las lecturas no correspondían a nada registrado.

El tercer instrumento era el más delicado: un filamento de oro tan fino que apenas era visible, enrollado en una espiral de tres centímetros. Malika lo extendió con cuidado, demasiada tensión lo rompería, muy poca no activaría sus propiedades hasta que formó una antena temporal, el filamento vibró.

Y entonces Malika vio.

No con los ojos. Con algo más profundo. Vio el momento de la muerte: Sentella aullando mientras la Bestia la destrozaba. Vio a Maku dentro de ella, gritando sin sonido. Vio la fuerza del impacto no limpia, no rápida, solo... terminal.

El cristal de cuarzo primero. Lo sostuvo frente a los restos de Sentella y escuchó las frecuencias residuales. 7,83 Hz de base la firma Schumann que había identificado antes pero distorsionada, fragmentada, como una grabación reproducida al revés y a velocidad incorrecta. La frecuencia contenía información.

Malika la decodificó.

La inversión había ocurrido hace 51 horas. El vector de desplazamiento apuntaba hacia el Plano Base Ciudad Control, específicamente pero con una rotación de 23 grados que sugería interferencia deliberada. Alguien había redirigido el desplazamiento. Alguien había elegido el destino, Ilis.

Tenía que ser Ilis.

La gemela había usado la inversión como arma, pero también como herramienta. No solo había borrado las memorias de Leonardo y Anya eso habría sido cruel pero simple. Los había enviado a un lugar específico. Los había colocado donde el sistema los encontraría. Donde el sistema los procesaría.

¿Por qué?

La pregunta era importante.

Ilis no actuaba sin propósito. Era caótica, sí. Impredecible, sí. Pero nunca aleatoria. Cada movimiento tenía intención. Cada destrucción tenía objetivo.

¿Qué ganaba enviando a Leonardo y Anya a Ciudad Control?

¿Qué ganaba borrando sus memorias?

¿Qué ganaba dejando a Sentella muerta en medio de un claro destruido?

Malika no tenía respuestas. Pero tenía datos.

Los datos se convertían en patrones, los patrones revelaban intenciones.

Malika se puso de pie.

Examinó el resto del claro. Buscó señales de los otros: Don Humo, Faith, Anya, Leonardo, encontró huellas.

El viejo había estado aquí. Sus botas dejaban un patrón distintivo: tacón desgastado en el lado exterior izquierdo, suela con un corte en forma de media luna cerca del dedo pequeño. Las huellas indicaban movimiento rápido, caótico. Huida.

Faith había estado aquí. Sus huellas eran más profundas en la punta que en el talón. Corriendo hacia adelante, no hacia atrás. Atacando, no huyendo. Consistente con su perfil. No había huellas de Anya.

No había huellas de Leonardo. La inversión los había alcanzado antes de que tocaran el suelo.

En el borde del claro, Malika encontró otra cosa.

Cabello.

Largo, negro, con un brillo particular que no correspondía a pigmento natural. El cabello de Ilis. La gemela que había sobrevivido. La gemela que había activado la inversión, Malika recogió un mechón.

Lo guardó en un frasco pequeño que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta. El ADN podía ser útil. Podía rastrearla. Podía entender qué había hecho y cómo, siguió el rastro de cabello hacia el norte.

Las huellas de Ilis eran diferentes a las de los otros. Pasos controlados. Ritmo constante. No huía. Se retiraba. Con calma. Con propósito, Ilis sabía justo lo que había hecho.

El rastro terminaba a 53 metros del claro, donde el aire cambiaba de textura. Un punto de transición. Un portal improvisado. Ilis había escapado a otro plano, dejando atrás el desastre que había causado.

Malika se detuvo frente al punto de transición.

Todavía vibraba. Residuos de la energía usada para abrirlo. Si lo atravesaba ahora si se arriesgaba a seguir a Ilis sin saber adónde llevaba, podría encontrarla. Podría neutralizarla. Podría evitar que hiciera más daño.

ASTRAL REFLEXIÓN SOBRE ILIS

Malika conocía a Ilis.

No personalmente Ilis no permitía que nadie la conociera personalmente. Pero conocía su patrón. Su frecuencia. Su manera de

moverse por el mundo calculando tres movimientos por adelantado, siempre.

Las gemelas habían sido un experimento.

No del sistema el sistema no experimentaba, solo procesaba. De algo más antiguo. De alguien que había querido ver qué pasaba cuando dos conciencias compartían el mismo linaje pero desarrollaban personalidades opuestas, iris había sido la luz.

Ilis había sido la sombra, iris había muerto tratando de proteger al grupo.

Ilis vivía destruyendo todo lo que tocaba.

No por maldad Malika había dejado de creer en la maldad hace milenios. Por naturaleza. Ilis era caótica de la misma manera que el fuego era caliente. No podía ser de otra forma. No había elección en lo que era. Pero había elección en lo que hacía.

Y lo que Ilis había hecho invertir a Leonardo y Anya, enviarlos a un lugar donde no recordaban quiénes eran había sido decisión. Había sido acto deliberado. Había sido...

¿Qué había sido?

Malika no lo sabía todavía. Pero iba a averiguarlo.

O podría perderse, o podría ser una trampa.

Decidió no seguir. Todavía no, ilis podía esperar. Los restos de Sentella no.

Volvió al centro del claro.

El cuerpo de Sentella seguía ahí, inmóvil, enfriándose. Se arrodilló de nuevo.

Esta vez no intentó tocar. Intentó escuchar.

El cristal de cuarzo salió de su bolsillo. 432 Hz. La frecuencia que abría puertas, que revelaba conexiones, que mostraba lo que estaba

oculto.

Lo apoyó contra el aire donde debería estar el cuerpo de Sentella.
Y escuchó. No era silencio.

Era algo peor: el sonido de lo que intentaba existir sin lograrlo.
Un zumbido de baja frecuencia que vibraba en los huesos de Malika.
Una nota sostenida que no tenía origen ni destino.

Sentella estaba muerta. El cuerpo se enfriaba. Los ojos apagados.

Pero las dos consciencias seguían ahí dentro. Malika podía sentir las: dos frecuencias tirando en direcciones opuestas dentro de una estructura que ya no funcionaba. Maku a 6.2 Hz, bajando. La consciencia original del perro a 9.4 Hz, subiendo. Ambas degradándose, ambas perdiendo coherencia con cada minuto que pasaba sin un cuerpo que las sostuviera.

Tenía horas. No días. Horas.

Podía dejarlas morir. Dejar que las frecuencias se disiparan, que las consciencias se fragmentaran dentro del cuerpo muerto hasta convertirse en ruido. Era la opción limpia. La opción sin consecuencias.

O podía separarlas.

No traer a Sentella de vuelta eso era imposible, la fusión había destruido el patrón original. Pero sí dividir las dos consciencias atrapadas. Darle a cada una su propia forma. Su propia frecuencia. Su propia oportunidad.

Maku era importante. No sabía por qué los cálculos eran demasiado complejos, las variables demasiado numerosas, pero algo en su frecuencia base sugería que iba a ser necesaria. Más adelante. Para lo que Malika todavía no podía ver.

Tomó la decisión.

El proceso requirió los tres cristales, un triángulo de coherencia, cuatro horas de concentración inmóvil y cuarenta y siete segundos de frecuencia Schumann pura. Los detalles eran técnicos. El resultado no lo fue.

Donde había habido un cuerpo muerto hubo dos formas vivas. Una animal: pelaje azul-negro, ojos que se abrieron con bioluminiscencia nueva. La otra humana: una adolescente inconsciente.

Malika las cargó hacia el norte, buscando refugio.

No hacia el punto de transición donde Ilis había escapado. Hacia otro lugar. Un refugio que había preparado hace meses, por si necesitaba un lugar seguro para trabajar sin ser detectada, el camino era largo.

No importaba, tenía tiempo.

Y tenía preguntas que necesitaban respuestas, el refugio era una cueva.

No natural. Artificial. Excavada en la roca hace siglos por alguien que entendía la importancia de los espacios ocultos. Las paredes estaban cubiertas de símbolos que Malika no reconocía del todo pero que resonaban con frecuencias familiares. Depositó al animal primero, después a la chica.

Encendió una lámpara de bioluminiscencia. La luz azul llenó el espacio, revelando estantes con frascos, mesas con instrumentos, mapas colgados de las paredes.

Maku seguía inconsciente. Respiración estable. Frecuencia propia, débil pero presente.

Copérnico abrió los ojos a las 03:42.

Azules. Un azul que no existía en la naturaleza, que vibraba con una frecuencia que Malika reconocía: 7.83 Hz. La frecuencia Schumann. El latido de la Tierra. El animal la miró.

No habló. Pero algo en esa mirada comunicaba más que palabras.

¿Qué pasó?

¿Dónde estoy?

Malika no respondió. No había respuestas que pudiera dar. No todavía.

ASTRAL PRIMERA NOCHE

La primera noche después de la transformación fue difícil.

El perro Sentella, aunque ese nombre ya no capturaba lo que era no durmió. Los ojos azules permanecieron abiertos, absorbiendo información que no debería poder procesar, Malika tampoco durmió.

Se sentó cerca del animal, observando. Monitoreando. Esperando señales de que la transformación había fallado, de que la consciencia se estaba fragmentando, de que todo el trabajo había sido en vano.

Las señales no llegaron, lo que llegó fue otra cosa.

A mitad de la noche, el perro se levantó. Caminó hacia la entrada de la cueva. Se sentó mirando la niebla, y entonces las marcas azules empezaron a brillar.

No como antes no como simple bioluminiscencia. Como algo vivo. Como una entidad respondiendo a lo imperceptible. Como un mapa que se activaba cuando había un territorio, Malika se acercó.

¿Qué ves? - preguntó.

El perro no dijo con palabras. Pero algo cambió en el aire. Una impresión. Una sensación.

Líneas.

La palabra llegó directamente a la mente de Malika.

¿Líneas de qué?

De todo. Líneas que conectan cosas. Líneas que van a lugares. Líneas que duelen.

¿Convergen dónde?

El perro giró la cabeza. Los ojos azules mirándola con una expresión cercana a la sorpresa.

No sé. Pero es importante. Muy importante.

Malika el frío le llegó de la comprensión.

La frecuencia Schumann no solo había estabilizado a Sentella. Había creado algo nuevo. Algo que podía percibir los patrones de frecuencia que ella había pasado siglos intentando entender, una brújula viviente.

Un mapa que respiraba.

¿Puedes indicarme hacia dónde van las líneas?

Puedo intentar.

Se levantó, caminó hacia la entrada de la cueva.

Miró la niebla que se extendía más allá, cubriendo un mundo que se estaba fragmentando lentamente, el perro con ojos azules seguía mirándola.

Lo que importaba estaba frente a ella, respirando. ## 086
Coherencia [H]

Sentella no respiraba.

Malika había llegado ciento cincuenta metros tarde. Había visto la última emisión desde la distancia el fogonazo de 7.83 Hz, el cuerpo luminoso fragmentándose, los filamentos apagándose uno por uno y había corrido sin decir nada, directa al cuerpo que yacía sobre la roca con los ojos de fibra óptica apagados y la temperatura bajando.

No estaba completa y no estaba viva. Pero tampoco estaba vacía. La frecuencia residual oscilaba entre 6.2 Hz y 9.4 Hz, incapaz de estabilizarse, porque las dos consciencias perro y niña, Sentella y Maku seguían ahí dentro, atrapadas en un cuerpo que ya no funcionaba, tirando en direcciones opuestas, fragmentándose. Si Malika no hacía algo, las perdería a ambas.

El laboratorio improvisado tenía lo necesario.

Frascos con líquidos que cambiaban de color según la luz. Instrumentos de metal que no correspondían a ninguna tecnología conocida. Cristales de cuarzo en distintos tamaños, cada uno cortado para resonar en frecuencias específicas.

Malika seleccionó tres cristales: 7.83 Hz (resonancia base), 432 Hz (calibración), y 528 Hz (diagnóstico).

Cada cristal tenía que ser calibrado antes de usarse.

El de 7.83 Hz había perdido parte de su resonancia durante el viaje, una grieta microscópica en su estructura interna, invisible a simple vista pero devastadora para las frecuencias que producía. Malika pasó veinte minutos lijándolo con una piedra de grano ultrafino, removiendo capa tras capa de cuarzo hasta que la grieta quedó expuesta y pudo sellarla con una gota de resina que había sintetizado hace cuatro siglos.

El de 432 Hz estaba contaminado con frecuencias parásitas. Alguien lo había guardado junto a hierro magnetizado, y las ondas residuales distorsionaban su tono base. Malika lo sumergió en agua salada durante tres minutos exactos ni más ni menos y lo golpeó con la uña del pulgar hasta que la respuesta fue limpia. Tres intentos.

El de 528 Hz era el más frágil. Un cristal de diagnóstico que perdía coherencia si la mano que lo sostenía temblaba. Cualquier

vibración externa, pulso, respiración irregular, tensión muscular y el cristal absorbía la interferencia en lugar de emitir. Malika tuvo que mantener el pulso por debajo de sesenta durante cinco minutos, inmóvil, hasta que la lectura se estabilizó, cuando terminó, sus manos temblaban.

Nada la había preparado para esto.

Los colocó en triángulo alrededor del cuerpo de Sentella.

El cuerpo o lo que había sido perro, o lo que había sido niña yacía inmóvil. Los ojos apagados. La piel fría. Pero la frecuencia residual seguía ahí, débil, oscilando. Todavía había algo dentro. Malika se arrodilló en el centro del triángulo.

Cerró los ojos, y comenzó.

La descarga de coherencia no era magia.

Malika rechazaba cuando la gente usaba esa palabra. Magia implicaba lo sobrenatural, lo inexplicable, lo que existía fuera de las leyes del universo. Nada existía fuera de las leyes del universo. Todo podía explicarse si tenías suficiente tiempo, suficiente información, suficiente perspectiva, lo que Malika hacía era ingeniería.

Ingeniería de frecuencias.

El principio era simple: dos ondas que oscilaban en patrones incompatibles podían sincronizarse si se les aplicaba una tercera onda con la frecuencia correcta. El truco estaba en encontrar esa frecuencia. En calcular el punto exacto donde las dos ondas en conflicto podían coexistir sin destruirse mutuamente.

Sentella y Maku oscilaban en 6.2 Hz y 9.4 Hz respectivamente.

ASTRAL CÁLCULO

Malika había hecho estos cálculos antes.

No los mismos cada consciencia era única, cada frecuencia tenía sus propias características pero variaciones similares. Había estabilizado entidades fragmentadas en 14 ocasiones varias veces. 11 de esas ocasiones habían terminado bien. 3 habían terminado en catástrofe.

Las probabilidades estaban a su favor. Pero las probabilidades no garantizaban nada.

Sentella/Maku era un caso único. No era fusión voluntaria como las que había visto antes donde dos consciencias elegían unirse por elección o por necesidad. Era fusión accidental, provocada por el desplazamiento, sostenida por la desesperación. Las consciencias no habían elegido coexistir. Habían sido forzadas a hacerlo, eso complicaba todo.

La frecuencia de armonización tenía que ser perfecta. Un margen de error de 0.01 Hz podía significar la diferencia entre estabilización y desintegración. Malika no tenía instrumentos de precisión suficiente para medir a ese nivel. Tenía que confiar en su intuición.

Intuición, cerró los ojos.

Escuchó las frecuencias de Sentella y Maku. Las percibió vibrar en su propia consciencia. Buscó el punto medio. El equilibrio. El lugar donde las dos ondas podían tocarse sin destruirse, 6.2 Hz...

9.4 Hz...

El promedio era 7.8 Hz. Pero el promedio no era suficiente. El promedio era matemática muerta. Lo que necesitaba era resonancia viva.

7.83 Hz la frecuencia Schumann, el latido electromagnético de la Tierra, el mismo pulso que había sostenido la vida durante miles de millones de años y que ahora, en una cueva del Astral iluminada por

cristales. Resultaba ser el punto medio entre las dos consciencias que competían dentro de un cuerpo que era mitad perro y mitad cosa que Malika todavía no sabía nombrar.

Malika sonrió porque la respuesta siempre había estado ahí, esperando a que alguien dejara de buscarla para encontrarla.

Activó el primer cristal.

7.83 Hz llenó la cueva. No como sonido audible estaba muy por debajo del rango del oído humano, sino como vibración. Como presión. Como presión en los huesos, en los dientes, en el espacio entre los pensamientos, el cuerpo de Sentella tembló.

Las dos frecuencias internas comenzaron a responder. 6.2 Hz se elevó. 9.4 Hz bajó. Ambas se acercaron al punto de estabilización como imanes atraídos por un polo común, Malika activó el segundo cristal.

432 Hz se sumó a la ecuación, el temblor se intensificó.

Las dos frecuencias se acercaron más. 6.8 Hz. 8.7 Hz. Convergiendo pero no fusionándose. Todavía separadas por una brecha irreductible.

Malika activó el tercer cristal, 528 Hz. Diagnóstico.

Y la brecha se cerró. El proceso duró 4 minutos y 38 segundos.

Pero no cerró como Malika esperaba.

En lugar de fusionarse en una sola frecuencia estable, las dos ondas se separaron. Limpiamente. Como un nudo que al tensarse se deshace en dos cuerdas. El cuerpo de Sentella se sacudió una vez un espasmo que recorrió la columna de la cola al cráneo y después se dividió.

No había otra palabra. Se dividió.

Donde había habido un cuerpo hubo dos formas. Una era animal: más pequeña que Sentella, pelaje azul-negro, ojos que se abrieron con una bioluminiscencia que pulsaba a 7.83 Hz exactos. La otra era humana: una niña, adolescente, el pelo largo y oscuro, los ojos cerrados, respirando por primera vez en meses con sus propios pulmones.

Copérnico y Maku.

Malika extendió el cristal de cuarzo hacia las dos formas.

Midió.

Copérnico: 7.83 Hz. Estable. Coherente. Algo nuevo. Maku: 432 Hz base con armónicos Tyr residuales. Débil pero propia.

El animal abrió los ojos. Azules. Bioluminiscentes. La mirada no era de paciencia vacía. Había reconocimiento detrás.

¿Puedes oírme? - preguntó Malika.

Copérnico no habló. Pero cerró los ojos.

Un movimiento pequeño. Casi imperceptible. La cabeza bajando y subiendo una fracción de centímetro.

Junto a él, Maku seguía inconsciente. Respirando. Viva. Pero todavía no despierta.

Malika exhaló. Le tembló la mandíbula al hacerlo.

No había funcionado como esperaba. Había funcionado mejor. O peor. Todavía no lo sabía.

ASTRAL PRIMERA HORA

La primera hora después de la separación fue crítica, y Malika pasó cada minuto inmóvil: no habló, no se movió, no intentó comunicarse, porque cualquier estímulo externo podía desestabilizar las frecuencias recién establecidas y todo el trabajo los cristales, los

cálculos, la resina de cuatro siglos habría sido para nada. Solo observó.

Copérnico permanecía inmóvil. Los ojos azules abiertos pero no enfocados en nada específico. La respiración regular sin embargo, más lenta de lo normal. Un cuerpo nuevo procesando lo que era. Maku seguía inconsciente a medio metro, las manos cerradas en puños, la respiración de alguien que duerme hondo. Los cristales seguían en su lugar.

Las frecuencias seguían resonando. El triángulo de coherencia seguía funcionando.

15... 30... 45... a los 43 minutos, algo cambió.

Copérnico movió la cola.

No mucho. Solo un pequeño movimiento. Pero era movimiento voluntario. Era prueba de que algo dentro de esa forma estaba tomando decisiones. Estaba eligiendo actuar.

Malika permitió que algo parecido a alivio la atravesara.

Pero solo un momento. Todavía quedaba mucho trabajo.

Las siguientes horas fueron de observación.

Malika no dormía, así que se sentó entre las dos formas y esperó. Midió frecuencias cada 15 minutos. Documentó cambios en la respiración, en la temperatura, en la conductividad de la piel. De ambos.

Todo estaba estabilizándose. Pero había anomalías.

La más evidente: el tamaño de Copérnico. Era más grande de lo que Sentella había sido antes del desplazamiento. Un 23% más grande. El proceso de separación había concentrado masa de algún lugar.

La segunda anomalía: los ojos. El azul no era pigmentación normal. Era bioluminiscencia. Los ojos brillaban ligeramente en la oscuridad, pulsando con el ritmo de 7.83 Hz. La tercera anomalía: Maku.

La niña seguía inconsciente. Pero sus signos vitales eran estables. Su frecuencia propia débil, intermitente sugería que la consciencia humana estaba reconstruyéndose. No fusionada. Separada. Independiente por primera vez desde la fusión con Sentella.

A las 12:38, Copérnico se levantó.

El movimiento fue torpe. Las patas delanteras funcionaban bien, pero las traseras tardaron en coordinarse. Como un cachorro aprendiendo a caminar por primera vez. Malika no intervino.

Copérnico necesitaba aprender a usar su cuerpo. Un cuerpo que era nuevo, que contenía la memoria muscular de Sentella pero la frecuencia de algo diferente.

Copérnico caminó hasta la entrada de la cueva. Se detuvo.

Miró la niebla, y aulló.

El sonido no era normal. Era más bajo, más largo, más complejo. Contenía armónicos que Malika reconocía: 7.83 Hz como base, pero con capas adicionales que formaban algo parecido a una melodía. No era un aullido de dolor.

Era un aullido de anuncio: *estoy aquí, soy nuevo, soy diferente* tres declaraciones comprimidas en un sonido que duró cuatro segundos y que hizo vibrar los cristales de la mesa de trabajo con una frecuencia que Malika no había escuchado en 7.000 años de existencia.

La niebla pareció responder. Se arremolinó brevemente. Algo la hubiera perturbado desde dentro.

ASTRAL EFECTOS

Malika salió de la cueva para observar mejor.

La niebla del Astral normalmente era estática. Se movía con corrientes predecibles, siguiendo patrones que Malika había mapeado hace décadas. Pero ahora había algo diferente. El aullido de Copérnico había creado ondas.

Ondas visibles en la niebla. Círculos concéntricos que se expandían desde la cueva hacia el horizonte. Como una piedra lanzada a un estanque, pero en tres dimensiones.

Malika activó su cristal de cuarzo.

Las frecuencias eran claras: 7.83 Hz de base, con armónicos en 15.66 Hz, 23.49 Hz, 31.32 Hz. La secuencia Schumann completa. Copérnico no solo estaba conectado a la frecuencia de la Tierra, sino que podía transmitirla. Amplificarla. Usarla. Eres más de lo que esperaba - dijo Malika en voz alta. Su voz era aséptica, quirúrgica, cada palabra tan precisa como la punta de un bisturí, sin sílaba desperdiciada, sin énfasis innecesario: la voz de alguien que había aprendido a cortar el exceso.

Copérnico la miró. Los ojos azules parpadearon.

No sé lo que soy.

Pero sé lo que puedo sentir.

Y puedo sentir las líneas.

¿Qué líneas son?

Las líneas que conectan todo. Las líneas que van a lugares. Las líneas que duelen.

Malika sintió un escalofrío al comprender.

Copérnico no solo veía. Copérnico podía interactuar con la estructura misma de la realidad, lo que nadie controlaba.

Malika tomó nota mental.

El aullido tenía efecto sobre el entorno. Frecuencia activa, capaz de interactuar con la estructura del Astral.

Interesante.

Potencialmente útil, peligrosamente impredecible.

Copérnico volvió a entrar en la cueva.

Se acostó junto a Maku. La niña seguía inconsciente, respirando, las manos abiertas ahora. El cuerpo grande y cálido al lado de la forma humana pequeña.

Y por primera vez desde que los ojos azules se habían abierto, la criatura habló.

No con palabras. Pero con algo más: una impresión mental. Una sensación que llegaba al cerebro de Malika, saltándose los oídos, saltándose el lenguaje.

Gracias.

No recuerdo todo.

Recuerdo suficiente.

Recuerdo que hay que protegerlo.

Malika no preguntó a quién sabía la respuesta con la misma certeza con que sabía la frecuencia Schumann o la composición del cuarzo: Leonardo, el hombre cuya frecuencia desafinada había puesto todo esto en movimiento.

¿Puedes encontrarlo? - preguntó Malika.

Otra impresión mental:

Sí.

Pero todavía no.

Ella tiene que despertar primero.

Los ojos de Copérnico se movieron hacia Maku.

Lo sé - dijo Malika. Necesita tiempo.

No vacío. Lleno de lo que la criatura todavía no sabía cómo expresar.

ASTRAL CONVERSACIÓN

Don Humo apareció mientras Malika revisaba los signos vitales de Maku.

Entonces no era una. Eran dos dijo. Miraba a Copérnico y a Maku con la expresión de alguien que recalcula.

Siempre fueron dos. La fusión las mantuvo juntas. La muerte las habría destruido a ambas. Lo que hice fue separarlas antes de perderlas.

Convertir la muerte en otra cosa.

Redirigir. Es lo más preciso que puedo ser.

Faith se acercó. La lanza en la mano. La mirada de quien evalúa amenazas.

¿Quién eres?

Los vengo siguiendo desde Sanguisburg. Malika no levantó la vista de Maku. Vi todo. La biblioteca. Los piratas. El portal. Esto.

¿Y no hiciste nada?

Llegué ciento cincuenta metros tarde.

No contestó nada. No hacía falta. Faith miró al viejo, buscando confirmación. El viejo asintió.

Una vez, breve. Faith bajó la lanza. No la guardó.

Se sentó en una roca cercana.

Su pipa estaba apagada. El humo que normalmente lo rodeaba estaba ausente. Era raro verlo así expuesto, sin sus defensas habituales.

¿Y Leonardo? ¿Y la otra, Anya? El viejo miraba hacia el lugar donde había estado el portal.

No están muertos - dijo Malika.

La miró.

No hay polvo residual. Sentella dejó residuo de frecuencia cuando murió. Si Leonardo y Anya hubieran muerto en el portal, habría residuo. No lo hay.

¿Entonces?

Cruzaron. O fueron desplazados. Led y Lix pueden saber más. Tenemos que ir a Ciudad Central.

Consideró esto.

¿Y 891? ¿Qué es eso? ¿Consecuencia o destino?

Todavía no lo sé. Malika terminó de medir la frecuencia de Maku. Pero voy a averiguarlo.

Malika se levantó.

Maku iba a despertar. No sabía cuándo horas, días, pero la frecuencia propia se fortalecía con cada minuto. Cuando despertara, tendría preguntas. Tendría miedo. Tendría un cuerpo que era suyo por primera vez desde la fusión.

Copérnico la observaba desde el suelo, los ojos azules pulsando suavemente con el ritmo de la Tierra. Protegiéndola. ## 087 Copérnico [H]

La marca apareció al tercer día. Malika la notó durante la medición matutina de frecuencias: una línea de bioluminiscencia azul que recorría el lomo de Copérnico desde la base del cráneo hasta el inicio de la cola. Que no había estado ahí el día anterior ni hace 6 horas y que ahora pulsaba a un ritmo constante de 7.83 Hz, el mismo ritmo de los ojos, del corazón, el mismo que Malika había usado para

la separación. Se había vuelto parte de la criatura, no como añadido sino como expresión.

ASTRAL EVOLUCIÓN

Los cambios habían sido graduales al principio. El primer día fueron los ojos: bioluminiscencia que aparecía y desaparecía según la intensidad de las emociones si todavía podían llamarse emociones, azul cuando estaba calmado, azul brillante cuando algo lo alertaba, azul casi blanco cuando percibía lo que nadie más podía percibir. El segundo día, los sentidos: Copérnico empezó a reaccionar a cosas fuera de su rango normal de percepción, girando la cabeza hacia sonidos que no existían, olfateando el aire en busca de algo sin olor, mirando rincones vacíos como si alguien estuviera ahí. El tercer día, el movimiento: la criatura empezó a moverse de maneras que no correspondían a la anatomía canina, con articulaciones que rotaban grados adicionales y una columna que se flexionaba en curvas que habrían roto el espinazo de cualquier perro normal, caminando con una fluidez bella y perturbadora a partes iguales.

Malika lo observó subir una pared vertical. No escalando. No trepando. Caminando hacia arriba. La gravedad era una sugerencia que podía ignorar. Sus garras no se clavaban en la piedra. No había agarre visible. Solo movimiento ascendente, continuo, sin esfuerzo aparente.

Cuando llegó al techo, se quedó ahí durante veintisiete minutos, colgando boca abajo con los ojos cerrados. La marca azul pulsaba con ritmo hipnótico. Después bajó y se acostó junto a Malika.

Malika había documentado cada cambio. Notas en su libreta de bionanocelulosa. Frecuencias medidas con el cristal de cuarzo. Observaciones de comportamiento comparadas con lo que sabía de

perros normales, que admitidamente no era mucho, porque nunca había tenido tiempo ni interés en estudiar caninos.

Los datos revelaban una verdad inesperada: la frecuencia Schumann no solo había dado forma a Copérnico sino que lo había conectado con fuerzas mayores. La Tierra tenía frecuencia - todas las cosas con masa tenían frecuencia - pero la de la Tierra era especial. La frecuencia base sobre la cual todo lo demás se estremecía, el denominador común de la existencia física. Copérnico resonaba con ella de manera tal que convertía a la criatura en una antena viviente.

Un receptor que podía captar lo que la mayoría de los seres vivos ignoraba. Copérnico se movía diferente ahora. Los primeros dos días después de la separación habían sido de torpeza, de reaprendizaje, de un cuerpo que no sabía cómo funcionar. Pero algo había cambiado en las últimas horas. Los movimientos eran más fluidos. Más precisos. Más económicos.

Malika observó mientras la criatura caminaba hacia la entrada de la cueva. No había vacilación en las patas traseras. No había descoordinación entre la cabeza y el cuerpo. Todo funcionaba como una unidad. Todo resonaba con el mismo ritmo.

Copérnico se detuvo en el borde de la luz. La niebla del Astral se arremolinaba más allá, densa y cambiante. La criatura la dijo con esos ojos que no deberían existir. La marca azul pulsando suavemente en su lomo, y entonces hizo algo que Malika no esperaba.

Se sentó. No como un perro se sienta - patas traseras dobladas, peso en las ancas -. Como algo nuevo. Una postura que recordaba humanidad sin serlo. La cabeza erguida. El pecho expandido. Los ojos fijos en un punto del horizonte que Malika no podía ver - una

posición que combinaba observación, análisis y una comprensión perturbante. La criatura procesaba información por canales que ningún cristal de cuarzo podía medir.

La impresión mental llegó sin aviso.

Ya no soy Sentella.

Malika se quedó quieta. No interrumpió.

Sentella era el nombre de lo que fui. Perro guardián. Fragmento de algo más grande. Protector de alguien que no recordaba.

Pausa. El ritmo de la marca azul se aceleró ligeramente: 8.1 Hz, 8.3 Hz, luego vuelta a 7.83 Hz.

Lo que soy ahora es diferente. Lo que soy ahora necesita un nombre diferente.

¿Qué nombre? - preguntó Malika.

La respuesta tardó. No porque la criatura no supiera. Porque estaba eligiendo cómo comunicarlo.

Copérnico.

Malika parpadeó.

El nombre resonaba con algo. Con alguien. Un astrónomo del siglo XVI que había cambiado la forma en que la humanidad entendía su lugar en el universo. Que había demostrado que la Tierra no era el centro de todo. Que había movido el punto de referencia.

¿Por qué ese nombre?

Porque lo que veo ha cambiado.

Antes veía desde aquí. Desde este cuerpo. Desde esta existencia.

Ahora veo desde otro lugar.

Desde el centro de algo más grande.

Y lo que veo desde ahí es diferente.

Copérnico se levantó. El movimiento fue fluido, sin esfuerzo. La marca azul dejó un rastro momentáneo en el aire. La bioluminiscencia se extendía más allá de los límites del cuerpo, la criatura caminó hacia Malika.

Se detuvo a un metro de distancia.

Los ojos azules, los ojos de 7.83 Hz, los ojos que pulsaban con el latido de la Tierra encontraron los de Malika.

Sé lo que planeas hacer.

Malika no dijo.

Separar a Maku de mí. Darle su propio cuerpo. Su propia existencia.

Es necesario - contestó Malika.

Lo sé.

No me opongo.

Pero debes entender algo.

La criatura se acercó más. Ahora estaba lo suficientemente cerca para que Malika pudiera sentir el calor que emanaba de la marca azul. Calor que no correspondía a la temperatura ambiente. Calor que venía de otro lugar.

Cuando Maku salga de mí, algo quedará atrás. Lo que quede ya no será ni ella ni lo que yo fui antes. Algo nuevo.

¿Qué cosa?

No lo sé.

Pero sé que es necesario.

Sé que es parte de lo que viene.

Sé que sin eso, lo que intentas proteger no podrá sobrevivir.

ASTRAL REVELACIÓN

Malika se alejó de la criatura porque necesitaba espacio y necesitaba pensar, necesitaba procesar lo que acababa de escuchar, aunque procesar fuera una palabra generosa para el estado en que se encontraba su capacidad analítica en ese momento.

Copérnico o lo que quedaba de Sentella estaba diciendo que sabía cosas sobre el futuro, sobre Leonardo, sobre una serie de eventos que todavía no habían ocurrido pero que iban a ocurrir, y nada de lo que Malika había hecho ni la frecuencia Schumann, ni la estabilización, ni los cristales explicaba cómo una criatura que era mitad perro y mitad niña podía tener conocimiento de lo que todavía no existía.

A menos que las líneas que Copérnico veía no fueran solo líneas en el espacio sino también en el tiempo.

Malika volvió a sus instrumentos.

Tomó un cristal de cuarzo. Lo sostuvo frente a los ojos de Copérnico.

¿Qué ves?

Líneas.

¿Hacia dónde van?

Hacia adelante.

¿Qué tan adelante?

No sé medir el tiempo como tú lo mides.

Solo sé que las líneas continúan.

Y que todas terminan en el mismo lugar.

¿Dónde?

En el número que brilla más que todos los demás.

Malika sintió un frío en la espalda.

El número que aparecía en cada patrón de frecuencia. El número que había estado buscando durante milenios, ahora tenía algo más

que un número. Tenía una brújula que podía guiarla hacia él.

Copérnico no hablaba de Leonardo específicamente. Hablaba de algo más grande. De un sistema. De una estructura. De una serie de eventos que estaban conectados de maneras que Malika todavía no podía ver.

La criatura veía desde otro lugar ahora. Veía cosas que Malika, con todos sus milenios de experiencia, no podía ver.

¿Qué ves? - preguntó.

Copérnico cerró los ojos. La marca azul intensificó su brillo.

Veo líneas.

Líneas que conectan momentos.

Leonardo tocando el Voynich. Ilis activando la inversión. Tú rompiendo la tubería. Don Humo fumando su pipa en el momento exacto.

No sé qué significan.

La frecuencia alcanzó 9.2 Hz. El brillo era casi doloroso de observar.

El número duele.

No sé por qué.

La frecuencia bajó. 8.5 Hz. 8.0 Hz. 7.83 Hz. El brillo se estabilizó.

Copérnico abrió los ojos.

Ahora entiendes por qué necesito este nombre.

Porque ya no veo desde el centro que conocía.

Veo desde el centro real.

Y el centro real no es donde creíamos que estaba.

Malika inclinó la cabeza.

No entendía. Pero no había nada más que hacer.

Copérnico era diferente a Sentella. No solo en nombre. En perspectiva. En lo que podía percibir.

La descarga de coherencia había creado una percepción nueva: veía patrones, reaccionaba a frecuencias que nadie más detectaba, el número que aparecía en todas partes.

El número que Leonardo había mencionado, el número que el sistema intentaba suprimir.

Copérnico temblaba cada vez que aparecía.

Necesito que me muestres - dijo Malika.

Copérnico inclinó la cabeza. El gesto era extrañamente humano.

¿Qué cosa?

Las líneas. Las anomalías de frecuencia. Todo lo que puedas ver.

No funciona así.

No puedo mostrarte lo que veo.

Solo puedo decirte cuando estás cerca de una línea.

Solo puedo advertirte cuando te alejas del punto.

Malika frunció el ceño.

Entonces eres un detector.

Soy una brújula.

Una brújula que apunta hacia algo que ninguno de nosotros entiende todavía.

Pero que todos vamos a necesitar encontrar.

ASTRAL PRUEBAS

Malika pasó las siguientes horas probando los límites de Copérnico.

No con crueldad nunca con crueldad. Con curiosidad científica. Con la necesidad de entender qué había creado.

Le mostró objetos de diferentes frecuencias. Una piedra del Astral (respuesta: neutral). Un fragmento de tecnología del GM (respuesta: la marca se oscurecía). Un trozo del Voynich que había conseguido hace años (respuesta: la marca brillaba con intensidad casi dolorosa).

Reconoces el Voynich - dijo Malika.

Copérnico ladró. Un sonido que era mitad ladrido, mitad algo más.

¿Puedes comunicarte de otras formas?

El perro la miró. Los ojos que ahora tenían destellos azules en el iris procesaron la pregunta, después, algo cambió.

No en el perro. En el aire.

Las palabras llegaron directamente a la mente de Malika. No como sonido. Como impresión. Como pensamiento que no era suyo pero que entendía perfectamente.

Puedo intentar.

Telepatía - dijo Malika. La Schumann te dio telepatía.

No sé qué es eso. Solo sé que hay una forma de hablar sin hablar. Una forma de mostrar sin mostrar.

¿Desde cuándo puedes hacer esto?

Desde que desperté. Pero necesito que el otro esté dispuesto a escuchar.

Malika bajó la barbilla.

Siglos y todavía podía ser sorprendida. Todavía podía encontrar algo nuevo. Todavía podía crear lo que no había existido antes.

Un perro que era brújula, un perro que era intérprete. Un perro que era puente entre conciencias.

¿Puedes comunicarte con Maku de esta forma?

Lo intenté. Ella... ella no está lista. Hay demasiado ruido en su mente. Demasiadas voces que todavía no sabe cómo silenciar.

¿Y Don Humo?

El viejo escucha. Pero responde con humo. No sé qué significa eso todavía.

Malika casi sonrió. Respondiendo con humo. Por supuesto.

ASTRAL OBSERVACIÓN

Faith observaba desde la distancia.

No participaba en las pruebas de Malika. No se acercaba a Copérnico. Mantenía esa distancia que había mantenido desde que llegó presente pero separada, involucrada sin embargo, no comprometida. El viejo se le acercó.

No te gustan los perros dijo.

No me gustan las cosas que no entiendo.

Entonces no te gustan casi nada.

Faith no respondió.

Pero algo en su postura se relajó. Un milímetro. Dos.

Ese perro continuó podría ser la diferencia entre encontrar a tus gemelas y no encontrarlas.

Mis gemelas están muertas.

¿Estás segura?

Faith lo miró.

El viejo fumaba su pipa. El humo formaba figuras que podrían haber sido rostros infantiles o podrían haber sido cualquier otra cosa.

No estoy segura de nada - admitió Faith. Pero asumir que están muertas es más fácil que asumir que están sufriendo en algún lugar que no puedo alcanzar.

¿Y si están en algún lugar que Copérnico puede encontrar?

Faith volvió a mirar al perro.

La marca azul pulsando. Los ojos con destellos que no habían estado ahí antes. La postura que era mitad animal, mitad algo más.

¿Crees que puede?

Creo que no sabemos lo que puede hasta que lo intentemos.

Faith no se acercó a Copérnico esa noche.

Pero dejó de apartarse cuando el perro estaba cerca.

Algo. No sabía qué.

ASTRAL NOCHE PRIMERA

Esa noche, Copérnico no durmió.

Los perros normales dormían. Los perros normales soñaban con persecuciones y comida y juegos que solo tenían sentido en sueños.

Copérnico había dejado de ser normal.

Se quedó en la entrada de la cueva, mirando la niebla del Astral, sintiendo las líneas que conectaban todo con todo. Cada pulso de su marca azul era información. Cada temblor era dato que su cerebro transformado procesaba sin que él supiera cómo, Leonardo estaba vivo.

Anyu estaba viva.

Podía sentirlos. Débiles. Distantes. Como dos puntos de luz en un océano de oscuridad. No sabía dónde estaban, pero sabía que existían. Sabía que seguían respirando, seguían moviéndose, seguían siendo ellos aunque no supieran quiénes eran, eso era algo.

Eso era más de lo que tenían antes, Malika se acercó.

¿Puedes dormir?

No sé si necesito dormir.

Todos necesitan descansar.

¿Tú descansas?

Malika no dijo, Copérnico volvió a la entrada de la cueva.

Se sentó en esa postura extraña no perro, no humana, algo intermedio y observó la niebla.

La marca azul pulsaba con ritmo constante. 7,83 Hz. El latido de la Tierra. El centro que no era el centro, Malika lo observó desde el interior del laboratorio.

El perro gimió. Un sonido bajo, constante, algo le doliera sin poder localizarlo.

Cada vez que el número aparecía en los registros, en las frecuencias, en los patrones que nadie más podía ver Copérnico reaccionaba. Temblor en las patas. Tensión en el cuello. Las marcas azules pulsando más rápido. No era guía. Era malestar.

El dolor era lo único claro. ## 088 Manos [H]

El proceso de completar la separación requirió 7 horas en una cueva que se había vuelto insoportablemente caliente mientras Malika trabajaba en silencio, moviendo cristales, ajustando frecuencias, con el sudor corriéndole por la frente y goteando sobre los instrumentos que sostenía. La división inicial el momento en que el cuerpo muerto de Sentella se había partido en dos formas había sido instantánea, violenta, un nudo deshaciéndose bajo tensión. Pero Maku seguía incompleta. Su cuerpo respiraba, tenía masa, tenía temperatura, pero la consciencia flotaba entre estados. Copérnico yacía sobre una plataforma de piedra perfectamente nivelada, cualquier inclinación distorsionaría las frecuencias de separación, rodeado por un pentágono de cristales: cuarzo rosa para la frecuencia base, amatista para la transición, obsidiana para absorber los residuos energéticos. Maku no resistía pero tampoco ayudaba,

suspendida entre ser parte de algo y ser alguien, mientras Faith vigilaba desde la entrada sin poder ayudar ni poder irse.

Malika aplicó el primer pulso.

Copérnico tembló. La marca azul en su lomo se intensificó, pulsando ahora a 9.1 Hz en lugar de su ritmo base de 7.83 Hz. Dolor. No físico. Malika no estaba tocando nervios ni músculos, sino existencial. El dolor de se divide. El dolor de perder una parte de sí mismo.

Segundo pulso, y algo comenzó a emerger no visible todavía, no tangible, pero Malika podía sentirlo: un patrón de frecuencias separándose del principal, ganando independencia, empezando a oscilar con su propio ritmo. Tercer pulso: el aire junto a Copérnico se espesó. Cuarto pulso: la forma comenzó a materializarse, gradual, como una fotografía revelándose en un cuarto oscuro.

Primero los contornos: la silueta de un cuerpo humano, femenino, adulto. Luego los detalles: piel morena, cabello negro que caía hasta los hombros, rasgos que recordaban vagamente a la niña que Maku había sido antes de fusionarse con Sentella. Pero no era una niña.

Era una mujer de aproximadamente 28 años.

El tiempo dentro de la fusión había funcionado diferente. Los años que habían pasado para el mundo exterior se habían comprimido de alguna manera dentro de Copérnico, haciendo que Maku envejeciera décadas en lo que habían sido meses, o tal vez era otra cosa.

Malika no entendía del todo la mecánica. No necesitaba entenderla. Solo necesitaba que funcionara, y funcionó.

ASTRAL DESPERTAR

El proceso de separación había durado 7 horas, 23 minutos y 14 segundos.

Malika lo había monitoreado cada instante, midiendo frecuencias, ajustando resonancias, asegurándose de que las dos consciencias se separaran sin destruirse mutuamente. Era cirugía del alma realizada con cristales de cuarzo y fuerza de voluntad.

Al final, había dos formas donde antes había una.

Copérnico permaneció igual o casi igual. Las marcas azules seguían pulsando, los ojos seguían brillando, la conexión con los patrones de frecuencia seguía intacta. Pero algo había cambiado en su mirada. Una ausencia donde antes había compañía, la otra forma era nueva.

Un cuerpo humano adulto, aproximadamente 25 años de edad aparente, con cabello negro y piel olivácea y rasgos que combinaban lo que Maku había sido con lo que Sentella había aportado. Era hermosa de una manera que no era humana, las proporciones ligeramente diferentes, los ángulos del rostro un poco más agudos de lo normal.

Pero estaba vacía.

Durante las primeras tres horas, el cuerpo respiró sin consciencia. Los signos vitales eran normales, pero no había nadie dentro. Malika esperó, observando, calculando las probabilidades de que la separación hubiera fallado de manera que no pudiera ver.

A las 3 horas y 41 minutos, algo cambió.

Los párpados temblaron, los dedos se movieron.

La boca se abrió y se cerró como si probara los músculos por primera vez, Maku estaba volviendo.

Maku abrió los ojos.

Eran marrones. No azules como los de Copérnico. No brillaban con bioluminiscencia. Eran ojos humanos normales, con iris y pupila y esclerótica blanca, parpadeó.

Una vez. Dos veces. Tres veces, sus labios se movieron. No salió sonido.

Dale tiempo - dijo Malika. Tu cuerpo necesita aprender a funcionar, Maku intentó mover la cabeza.

El movimiento fue torpe. Demasiado rápido, demasiado brusco. La cabeza giró más de lo que debería y tuvo que corregir con un movimiento igual de torpe en la dirección opuesta.

Sus manos tenían manos, dedos, uñas, nudillos, todas las partes que una mano debería tener se levantaron frente a su cara.

Las miró.

La expresión en su rostro era de algo parecido al horror.

No son más.

Las primeras palabras que Maku pronunció. Su voz era rasposa, como si las cuerdas vocales no recordaran cómo la frecuencia correctamente.

Son tuyas - respondió Malika. Ahora.

No.

Maku flexionó los dedos. El movimiento fue descoordinado: el índice y el medio se doblaron primero, luego el anular, luego el meñique, y finalmente el pulgar. No en secuencia natural. En secuencia de alguien que está descubriendo cómo funciona cada parte por separado.

No las conozco. No sé qué hacer con ellas. Son... son...

No terminó la frase.

Sus manos cayeron a los costados. El impacto contra el suelo de la cueva fue más fuerte de lo que debería no había calculado la distancia, no había anticipado el peso. Maku intentó levantarse.

Sus piernas no cooperaron. La izquierda se dobló cuando debería haberse estirado. La derecha se estiró cuando debería haberse doblado. El resultado fue un colapso hacia adelante, una caída torpe que terminó con Maku de rodillas, las palmas de las manos apoyadas en la piedra fría.

Despacio - dijo Malika.

No sé cómo ir despacio.

Aprenderás.

No quiero aprender.

Maku levantó la cabeza. Sus ojos esos ojos marrones que eran suyos pero que no se sentían suyos encontraron los de Malika.

Quiero volver.

¿Volver adónde?

A él. A Copérnico. A donde era parte de algo en lugar de ser... esto.

Su mano derecha se levantó. Temblorosa. Descoordinada. Señaló su propio cuerpo.

No sé qué hacer con esto. No sé cómo ser esto. Era mejor cuando no tenía que pensar en tener brazos y piernas y... y todo lo demás.

ASTRAL DISFORIA

Malika reconocía lo que veía.

Disforia corporal. La sensación de que el cuerpo no pertenecía a la mente que lo habitaba. La desconexión profunda entre lo que sentías ser y lo que físicamente eras.

Había visto esto antes. Había visto muchas formas de sufrimiento humano. Pero esto era diferente, Maku no había nacido en el cuerpo equivocado.

Maku había nacido como algo más lo que no era del todo humano y ahora estaba atrapada en una forma que era humana.

El proceso de adaptación lleva tiempo - dijo Malika. Tu consciencia necesita aprender a comunicarse con tu sistema nervioso. Tus músculos necesitan aprender a responder a tus intenciones. Tu cerebro necesita crear nuevas conexiones.

¿Cuánto tiempo?

Días. Semanas. Más.

No tenemos semanas.

No. Pero tenemos lo que tenemos.

Maku cerró los ojos.

Las lágrimas otro concepto que no entendía del todo, otra función corporal que sentía ajena empezaron a caer.

No sé quién soy dijo. Cuando era Sentella, era Sentella. Cuando era parte de Copérnico, era parte de algo. Ahora soy... nadie. Solo un cuerpo que no funciona con una mente que no encaja.

Malika no tenía respuestas para eso. No había respuestas fáciles.

Solo había el paso siguiente, y el paso después de ese.

Y los pasos que vendrían hasta que Maku encontrara su lugar en un mundo que no había sido diseñado para contenerla, Copérnico se acercó.

El perro o lo que había sido perro caminó hacia Maku con pasos lentos, deliberados. Se detuvo junto a ella. La marca azul en su lomo pulsaba suavemente.

Una impresión mental llegó a ambas a Maku y a Malika simultáneamente:

No puedes volver.

No porque no te quiera.

Porque lo que éramos juntos ya no existe.

Ahora somos dos cosas diferentes.

Dos cosas que necesitan existir por separado para que lo que viene pueda pasar.

Maku cerró los ojos.

No quiero que venga nada.

Lo sé.

Pero lo que queremos no importa.

Solo importa lo que es.

Malika observó el intercambio. No intervino.

La disforia de Maku era esperada. El proceso de separación siempre producía desorientación, rechazo del nuevo cuerpo, nostalgia por el estado anterior. Era natural. Era temporal.

Pero el tiempo era un lujo que no tenían.

Necesitas levantarte - dijo Malika.

Maku no se movió.

Necesitas aprender a caminar. Necesitas aprender a funcionar. Lo que viene no va a esperar a que estés lista.

¿Qué viene?

Malika no respondió directamente. En su lugar, caminó hacia Maku y le extendió la mano.

Levántate.

Maku miró la mano ofrecida.

Luego miró sus propias manos. Las que no se sentían suyas. Las que no sabía cómo usar, lentamente, torpemente, levantó la derecha.

Sus dedos rozaron los de Malika. El contacto fue extraño piel contra piel, temperatura contra temperatura, textura contra textura. Sensaciones que Maku había olvidado. Sensaciones que tenía que reaprender.

Malika cerró la mano alrededor de la de Maku.

Tiró, Maku se levantó.

El primer paso fue un desastre.

La pierna derecha se movió, pero la izquierda no siguió. Maku se tambaleó hacia adelante, solo evitando la caída porque Malika la sostuvo. El segundo paso fue ligeramente mejor.

Las dos piernas se movieron, aunque no al mismo ritmo. El resultado fue un caminar disparejo, como alguien que cojea de ambos lados simultáneamente. El tercer paso casi funcionó.

Casi.

Maku llegó a la entrada de la cueva antes de que sus rodillas cedieran.

Malika la sostuvo antes de que cayera.

Otra vez comentó.

No puedo.

Otra vez.

Maku respiró hondo. El aire entró en pulmones que no reconocía. Llenó espacios que se sentían ajenos, se soltó de Malika.

Dio un paso, dio otro.

Llegó hasta donde Copérnico estaba sentado, observando con esos ojos azules que pulsaban con el ritmo de la Tierra.

Se detuvo junto a él.

Su mano la mano que no era suya pero que tenía que aprender a serlo tocó el lomo del perro. Sintió la marca azul bajo sus dedos. Sintió el calor que emanaba. La conexión que todavía existía, aunque ya no fueran uno.

Lo extraño dijo.

Copérnico no respondió con impresiones mentales esta vez, solo se recostó contra su pierna.

No había más que decir.

ASTRAL ADAPTACIÓN

Las siguientes horas fueron de aprendizaje brutal.

Maku intentaba cosas simples. Sostener una taza. Caminar en línea recta. Hablar sin que las palabras salieran torcidas, cada fracaso era frustración.

Cada pequeño éxito era alivio temporal, Copérnico permaneció a su lado.

El perro que había dejado de ser solo perro la observaba con ojos que entendían más de lo que deberían. Las marcas azules pulsaban en sincronía con los esfuerzos de Maku, como si compartieran una frecuencia que los conectaba.

Es como aprender a ser bebé de nuevo - dijo Maku. Pero sabiendo que ya no soy bebé.

Sentella aprendió en días.

Sentella era perro. Los perros aprenden diferente.

Maku miró a Copérnico.

¿Qué era entonces? *Era lo que necesitaba ser. Como tú serás lo que necesites ser.*

No era consuelo. Pero era algo.

ASTRAL MEMORIA

El viejo encontró a Maku sentada en la entrada de la cueva.

El atardecer del Astral era hermoso de una manera que dolía. Colores que no existían en ningún otro lugar. Formas que desafiaban la geometría. Un cielo que recordaba lo que era ser vivo.

¿Extrañas ser Sentella? - preguntó el viejo.

Extraño no pensar tanto.

Los perros también piensan, pero de manera diferente a los humanos. Maku miró sus manos. Sentella sabía cosas, pero no las analizaba. Solo las sabía. Y ahora... ahora tengo que analizar todo. Cada movimiento. Cada palabra. Cada decisión.

Eso se llama consciencia.

Sí. Un silencio amargo. Y ahora entiendo por qué tantos humanos quieren escapar de ella. El viejo se sentó a su lado.

No dijo nada por un largo rato.

Lo que había entre ellos era cómodo. Dos seres que habían existido de maneras diferentes y que ahora compartían el mismo espacio de incertidumbre.

Había una canción, comentó el viejo. Que su madre cantaba cuando era niño. No recordaba la letra. No recordaba la melodía. Pero recordaba... recordaba cómo se hacía sentir.

¿Por qué me cuentas esto?

Porque tú también vas a olvidar. Vas a olvidar cómo se sentía ser Sentella. Vas a olvidar los olores, los instintos, la simplicidad. Pero vas a recordar lo que importa.

¿Y qué importa?

Eso tendrás que descubrirlo tú.

Malika les dio espacio.

Caminó hacia el fondo de la cueva, donde los instrumentos esperaban. Donde el trabajo esperaba. Donde las decisiones que tenía que tomar esperaban.

Maku tardaría días en aprender a usar su cuerpo. Semanas en sentirlo como propio. Meses en dejar de extrañar lo que había sido.

Pero no tenían meses, tenían lo que tenían.

Y Malika iba a tener que trabajar con eso.

Se sentó frente a la mesa de trabajo, sacó el mapa de bionanocelulosa.

Los puntos brillantes aparecieron de nuevo. Los patrones de frecuencia. Los momentos que importaban, el número otra vez. Copérnico gimió.

Y ahora, dos nuevas piezas en el tablero: un perro que veía desde el centro real del universo, y una mujer que no sabía cómo usar sus propias manos. Malika comenzó a calcular.

Las probabilidades habían cambiado, todavía no sabía si habían mejorado o empeorado. ## 089 Diagnóstico [F]

Faith llegó al amanecer y Malika la escuchó venir desde tres kilómetros de distancia: pasos que golpeaban el suelo con más fuerza de la necesaria, respiración que no se molestaba en ser silenciosa, el sonido metálico de una lanza siendo arrastrada contra las piedras del camino. No venía en paz, venía con preguntas.

ASTRAL APROXIMACIÓN

Faith había viajado sola, y Malika lo sabía porque había monitoreado los alrededores de la cueva durante días esperando precisamente esto, los patrones de frecuencia que Copérnico percibía habían indicado que alguien importante se acercaba, alguien que cambiaría la dinámica del grupo. La detective había cruzado terreno

difícil sin detenerse, evitando las zonas donde el Vacío se acercaba más rápido, encontrando rutas que Malika no había mapeado y que sugerían un conocimiento del Astral que no debería tener, instintos que no correspondían a alguien de su edad y experiencia. Preguntas para después.

Ahora, Faith estaba aquí. Y tenía sus propias preguntas.

ASTRAL HISTORIA

Malika conocía la historia de Faith.

No porque la hubiera investigado, aunque lo había hecho. Porque las historias de pérdida tenían una frecuencia particular. Una el temblor que Malika podía detectar como otros detectaban el olor de lluvia antes de la tormenta.

Faith Nollan. Detective. Hermana de Carmen Nollan, que había muerto en circunstancias que el sistema había clasificado como “accidente doméstico”. Madre de dos niñas, Carmen y Clara, nombradas en honor a la hermana perdida que habían desaparecido hace meses sin explicación, sin rastro, sin ni siquiera un cadáver que enterrar.

El sistema había borrado a sus hijas.

El sistema le había dicho que nunca habían existido.

Y Faith había decidido que el sistema mentía.

Esa decisión era lo que la había traído aquí, a través de territorio hostil, a través de zonas donde el Vacío avanzaba, a través de peligros que habrían detenido a alguien con menos determinación o con más sentido común, lo que la mantenía en movimiento cuando todo lo demás decía que debería detenerse no era coraje ni principio sino algo más viejo: la misma contracción en el estómago que sentía cuando procesaba una escena del crimen y sabía que el sistema había

mentido en el informe, multiplicada por cada mañana desde la desaparición de las niñas.

Malika entendía esa contracción porque la había sentido ella misma hace mucho tiempo, cuando había perdido cosas que no podía recuperar, cuando había enfrentado injusticias que no podía corregir - la diferencia era que Malika había tenido siglos para transformarla en herramienta, y Faith no había tenido ese tiempo de conversión.

La detective entró a la cueva sin pedir permiso.

Sus ojos escanearon el espacio con el automatismo de alguien entrenado para buscar amenazas: los estantes con frascos, la mesa de trabajo con instrumentos. Los cristales de cuarzo alineados en patrones que no significaban nada para ella, luego vio a Copérnico.

Luego vio a Maku, se detuvo.

¿Qué es esto?

La pregunta no estaba dirigida a nadie en particular.

Malika se levantó de la mesa de trabajo.

¿Qué sabes de Sentella?

Que era una niña. Que debería seguir siendo una niña.

ASTRAL EVALUACIÓN

Malika evaluó a Faith mientras hablaban: la detective había cambiado desde la última vez que Malika la había observado en el Plano Medio, hace meses, cuando todavía creía en el sistema y trabajaba dentro de él. Ahora su postura era diferente, más preparada para el combate, los músculos tensos incluso en reposo, la mandíbula apretada con la fuerza de alguien que lleva meses masticando preguntas que nadie quiere responder.

Faith todavía estaba en el límite entre ambos destinos.

La mochila que cargaba, la de las gemelas, la que todavía olía a lavanda era símbolo de eso. Cargar la mochila era recordar. Recordar era alimentar la rabia. Alimentar la rabia era arriesgarse a perderse en ella. Pero también era prueba de que todavía sentía.

Las personas que habían dejado de sentir no cargaban mochilas de los muertos.

Las personas que habían dejado de sentir no viajaban solas a través del Astral buscando respuestas.

Las personas que habían dejado de sentir no miraban a Copérnico con esa mezcla de miedo y curiosidad, Faith todavía estaba viva.

La detective cortó entonces.

Malika caminó hacia donde Maku estaba sentada, practicando mover sus dedos uno por uno. El progreso era lento, todavía tardaba 0.7 segundos más de lo normal entre cada movimiento, pero existía.

Maku estaba fusionada con Sentella. Las separé. Esto es lo que quedó.

Faith procesó la información.

¿Y el perro?

Copérnico. Lo que queda de Sentella después de la separación.

Los ojos brillan.

Sí.

¿Por qué?

Porque brillan.

Faith frunció el ceño.

Eso no es una respuesta.

Es la única que tengo.

ASTRAL TENSION

Faith no confiaba en Malika. La detective mantenía distancia. Su cuerpo orientado hacia la salida, su mano nunca lejos del arma que cargaba, Malika no la culpaba.

La confianza era lujo que nadie podía permitirse en un mundo que se estaba acabando, Copérnico se acercó a Faith.

El perro se movía diferente ahora. Más fluido. Más... consciente. La marca azul pulsaba con ritmo constante, como si estuviera midiendo algo que nadie más podía percibir, Faith retrocedió un paso.

No muerde - observó Malika. Ya no es solo perro.

¿Qué es entonces?

Algo nuevo. Algo que no existía antes.

Faith miró al animal, el animal la miró a ella.

En algún lugar entre las miradas, algo se comunicó. Algo que Malika no podía escuchar pero que intuía.

Me está... hablando - dijo Faith.

Sí.

¿Cómo es eso posible?

La frecuencia Schumann. 7.83 Hz. Es la frecuencia de la Tierra. Cuando establecí a Sentella usando esa frecuencia, algo cambió. Ahora puede... conectar. Con quien esté dispuesto a escuchar, Faith no respondió inmediatamente.

Su mano había dejado de buscar el arma.

¿Qué me está diciendo?

No lo sé. Malika fue honesta. Copérnico elige con quién se comunica. Y elige qué comunicar. Yo solo facilité la capacidad. El contenido es de él. La detective no se conformó.

Malika lo había esperado. Faith no era del tipo que aceptaba respuestas incompletas. Era del tipo que perseguía información hasta que la encontraba o hasta que se le acababan los lugares donde buscar.

Leonardo y Anya - replicó Faith. ¿Qué les pasó?

Malika volvió a la mesa de trabajo. Comenzó a ordenar instrumentos que no necesitaban ser ordenados. Una distracción. Una forma de no tener que mirar a Faith mientras respondía.

Desplazamiento.

¿Qué significa eso?

Significa que no están muertos.

Eso no responde mi pregunta.

Malika dejó el instrumento que estaba sosteniendo.

No había ceniza.

¿Y?

Cuando algo muere, deja ceniza. Residuos. Materia que antes era algo y ahora es otra cosa. El ciclo de la existencia.

Sigo sin entender.

No había ceniza en el lugar de la emboscada. No había residuos de Leonardo. No había residuos de Anya. Eso significa que no murieron.

Entonces, ¿dónde están?

Malika se volteó.

En otro lugar. Desplazados. Movidos de su posición original a una posición diferente.

¿Qué posición?

No lo sé.

¿Cómo los encontramos?

Todavía no lo sé.

Faith dio un paso hacia adelante. Su lanza golpeó el suelo de la cueva con un sonido que reverberó en las paredes.

Eso no es suficiente.

Es lo que hay.

Necesito más.

No puedo darte lo que no tengo.

ASTRAL GEMELAS

Faith se sentó en una roca junto a la entrada de la cueva.

La lanza descansaba a su lado. Los ojos mirando hacia la niebla del Astral sin ver realmente lo que había afuera, Malika la observó desde el interior del laboratorio.

Las gemelas de Faith. Carmen y Clara. Desaparecidas hace meses. Procesadas por el sistema de maneras que nadie quería imaginar. Convertidas en... en lo que Faith sabía era horrible, esa era la rabia que la movía.

Esa era la razón por la que había cruzado planos, por la que había abandonado su vida en el Plano Medio, por la que estaba aquí, en una cueva del Astral, exigiendo respuestas a una mujer que había vivido más de lo que Faith podía imaginar, la maternidad era fuerza.

La maternidad era ancla.

La maternidad era razón suficiente para destruir mundos si era necesario, Malika entendía eso.

No porque tuviera hijos no los tenía. Nunca los había tenido. Porque había visto a incontables madres durante los milenios. Había visto lo que eran capaces de hacer. Había visto el fuego que ardía en ellas cuando sus crías estaban en peligro, Faith era ese fuego.

Y Malika iba a asegurarse de que ese fuego no la consumiera antes de que pudiera usarlo para algo útil, ninguna de las dos habló.

Faith era rabia contenida. Malika podía verla en la tensión de sus hombros, en la forma en que sus dedos apretaban la lanza, en el ritmo acelerado de su respiración. La detective quería respuestas. Quería planes. Quería acción en lugar de espera. Malika lo entendía.

Pero no podía darle lo que no existía.

Don Humo dijo. ¿Dónde está?

Buscando información. Tiene contactos que yo no tengo.

¿Contactos?

Otros Jardineros. Gente que ha visto desplazamientos antes.

¿Y tú?

Yo estoy aquí. Preparando lo que viene.

Faith soltó una risa corta, sin humor.

¿Lo que viene? ¿Qué viene?

Malika no respondió.

Sabía demasiado. Sabía que Leonardo y Anya estaban en algún lugar de Ciudad Control, sin memoria, sin identidad, sirviendo mesas en un restaurante que ni siquiera recordaban haber encontrado. Sabía que el tiempo se acababa. Sabía que cada día que pasaba, la degradación avanzaba, y que si no hacían algo pronto, no quedaría nada que salvar. Pero decirle eso a Faith no ayudaría.

Faith necesitaba acción, no información.

Ven - comentó Malika. Te voy a enseñar algo.

La llevó hasta donde Copérnico estaba sentado.

El perro o lo que había sido perro dijo a Faith con esos ojos azules que pulsaban con el ritmo de la Tierra. No había amenaza en la mirada. No había bienvenida tampoco. Solo observación, Faith se detuvo a dos metros de distancia.

¿Qué es eso?

Ya te lo dije. Copérnico.

No me refiero al nombre. Me refiero a... eso.

Su mano - señaló la marca azul que recorría el lomo de la criatura.

Es parte de lo que es ahora.

¿Puede pelear?

Malika casi sonrió. Casi.

Puede hacer algo mejor.

¿Qué?

Puede ver.

Faith frunció el ceño.

Todos podemos ver.

No como él.

Malika se arrodilló junto a Copérnico. Puso su mano sobre la marca azul. El calor. El estremecimiento. La frecuencia que pulsaba bajo la piel.

Muéstrale dijo.

Copérnico cerró los ojos. La marca se intensificó.

Y Faith vio. No fue una visión en el sentido tradicional. Fue más como una impresión. Una sensación de estar en dos lugares al mismo tiempo. De ver el mundo desde un ángulo que no existía en el espacio tridimensional normal, líneas.

Líneas que conectaban momentos. Líneas que convergían en un punto que Faith no podía nombrar pero que sentía como peso en el pecho, la impresión duró tres segundos.

Luego desapareció, Faith retrocedió un paso.

¿Qué fue eso?

Lo que Copérnico ve - dijo Malika. Todo el tiempo.

No entendí nada.

No hace falta que entiendas. Solo hace falta que sepas que existe.
Faith respiró hondo.

¿Eso nos va a ayudar a encontrar a Leonardo y Anya?

Sí.

¿Cómo?

Malika se levantó.

Copérnico puede sentir cuando nos acercamos a algo importante.
Puede indicarnos la dirección correcta. Puede decirnos si nos estamos alejando.

Una brújula.

Algo así.

Faith miró a Copérnico. Luego a Maku, que seguía practicando mover sus dedos al otro lado de la cueva. Luego a Malika.

¿Y ella?

Maku es... Maku. Todavía está aprendiendo a ser lo que es.

¿Puede pelear?

Todavía no.

¿Puede ayudar?

De otras formas. Eventualmente.

Faith no dijo nada.

La rabia no había desaparecido. Pero ahora tenía un foco. Ahora sabía que había herramientas disponibles, aunque no las entendiera.

¿Cuál es el plan? - preguntó.

Malika caminó hacia la mesa de trabajo, desenrolló el mapa de bionanocelulosa.

Los puntos brillantes aparecieron. Los patrones de frecuencia.

Primero, encontramos a Led y Lix. Ellos tienen información que necesitamos.

¿Quiénes son Led y Lix?

Ingenieros. Hermanos. Saben cosas sobre la arquitectura del sistema que nadie más sabe.

¿Dónde están?

Ciudad Central. En el Astral.

Faith bajó la barbilla.

¿Y después?

Después, encontramos a Leonardo y Anya.

¿Y después?

Malika levantó la vista del mapa.

Después, hacemos lo que hay que hacer.

¿Qué hay que hacer?

Todavía no lo sé.

Faith soltó otro de esos suspiros sin humor.

Eso parece ser una constante contigo.

Lo es - admitió Malika. Pero es mejor que mentirte.

Faith no respondió, se dio vuelta.

Caminó hacia la entrada de la cueva.

Avísame cuando sepas algo - comentó sin voltearse. Estaré lista.

Desapareció en la niebla, Malika volvió al mapa.

Copérnico se acercó. Se sentó junto a ella. La marca azul pulsaba suavemente.

¿Le dijiste suficiente?

Le dije lo que podía procesar.

¿No le dijiste sobre el número?

No está lista para eso.

¿Cuándo estará lista?

Cuando no tenga otra opción.

Copérnico dijo el mapa. Las líneas. Los anomalías de frecuencia.
¿Nadie está listo?

Pero todos terminan ahí de todas formas.

ASTRAL PREGUNTAS SIN RESPUESTA

Encontró a Malika más tarde esa noche.

Caminaba con su pipa apagada. El humo no servía cuando no había nadie a quien confundir. Sus pasos eran silenciosos sobre el suelo de la cueva.

Le contaste sobre el desplazamiento - dijo.

Le conté lo que necesitaba saber.

¿Y qué necesita saber?

Malika no respondió inmediatamente.

La verdad era compleja. Faith necesitaba saber lo suficiente para seguir adelante, pero no tanto como para paralizarse. Necesitaba entender que Leonardo y Anya no estaban muertos, pero no necesitaba entender todas las implicaciones de esa supervivencia.

Necesita saber que hay esperanza - dijo. Aunque la esperanza sea complicada.

¿Y el costo?

El costo viene después.

Se sentó junto a ella.

Estaban cómodos sin hablar. Dos personas que habían vivido demasiado tiempo y que habían aprendido que las palabras a menudo sobraban.

He estado pensando - dijo. En el sistema. En cómo funciona.

¿Y qué has pensado?

Que no es malvado. El viejo tocó su pipa. Es... eficiente. Hace lo que fue diseñado para hacer. Procesa. Organiza. Optimiza. El

problema es que lo que es eficiente para el sistema no es necesariamente bueno para las personas que viven dentro de él.

Eso no es novedad.

No. Pero lo que sí es novedad es esto: el sistema tiene grietas. Pequeñas. Casi invisibles. Pero existen. Y Leonardo... Leonardo es una de esas grietas, Malika lo miró.

¿Qué quieres decir?

Quiero decir que el sistema lo desplazó porque no podía procesarlo. Quiero decir que hay algo en él, en su frecuencia, en su linaje, en lo que sea que lo hace ser lo que es que el sistema no puede integrar.

Eso es lo que lo hace peligroso para el sistema.

Sí. Pero también es lo que lo hace valioso para nosotros.

El viejo se levantó.

Encuentra a los ingenieros. Entiende el desplazamiento. Y cuando Leonardo regrese, cuando, no si, asegúrate de que sepa lo que es. Asegúrate de que entienda que no es un error.

¿Qué es entonces?

Una oportunidad. El viejo empezó a caminar hacia la salida.

La última que tenemos, Malika no dijo.

Solo siguió estudiando el mapa, buscando el camino que los llevaría a donde necesitaban estar, aunque todavía no supiera dónde era eso. ## 090 Decisión [X]

El viejo llegó tres días después de Faith con información no mucha, nunca era mucha, pero suficiente para cambiar los cálculos que Malika había estado haciendo y se sentó frente a la mesa de trabajo sin pedir permiso. Encendió su pipa y dejó que el humo azul

llenara el espacio de la cueva formando figuras que nadie más podía interpretar.

Los ingenieros replicó.

¿Led y Lix?

Los mismos. Están en Ciudad Central.

Lo sabía.

Lo que no sabías es que están trabajando en algo.

Malika dejó el instrumento que estaba sosteniendo.

¿Qué cosa?

Un laboratorio. Debajo de la ciudad. Tanques con el informante describió como “órganos en líquido verde”.

Regeneración.

Tal vez. O tal vez algo peor.

El viejo exhaló humo. Las figuras esta vez estaban cuerpos flotando en agua.

También hay pantallas. CRT antiguas. La clase de tecnología que el GM dejó de usar hace décadas porque era demasiado fácil de hackear.

¿Por qué usarían eso?

Porque no está conectado a la red principal. Porque funciona independientemente del sistema. Porque nadie lo busca porque nadie espera encontrarlo.

Led y Lix. Los hermanos archeopunk. Los ingenieros que habían desaparecido hace años, que habían sido dados por muertos, que aparentemente habían estado construyendo algo en las entrañas de Ciudad Central todo este tiempo.

ASTRAL CONTEXTO

Malika había conocido a los gemelos hace décadas.

Antes de que se escondieran. Antes de que el sistema los clasificara como amenaza. Antes de que eligieran desaparecer en lugar de ser procesados como tantos otros que habían osado cuestionar la arquitectura del poder.

Led el mayor por siete minutos era el más callado. El que miraba pantallas durante horas buscando patrones que nadie más veía. Lix era diferente: impulsivo, ruidoso, el tipo de ingeniero que construía cosas solo para ver cómo se rompían, juntos eran formidables.

Juntos habían construido sistemas que el GM todavía no entendía.

Juntos habían sobrevivido cuando otros con menos habilidad habían sido borrados.

¿Por qué Ciudad Central?

La pregunta era obvia. Ciudad Central era territorio del sistema. Era donde el control era más denso, donde la vigilancia era más intensa, donde esconderse era más difícil. Pero también era donde estaban los recursos.

Las máquinas que nadie usaba porque nadie recordaba que existían. Los depósitos de tecnología obsoleta que el sistema había olvidado. Los espacios entre las estructuras oficiales donde alguien con suficiente conocimiento podía construir algo sin ser detectado, Led y Lix conocían esos espacios.

Conocían las grietas en el sistema.

Conocían los lugares donde la vigilancia no llegaba porque nadie pensaba que valía la pena vigilarlos.

Y habían estado construyendo. Durante años. En silencio. Esperando condiciones.

¿Eran estas las condiciones?

Malika no lo sabía con certeza. Pero sabía que necesitaba lo que ellos tenían.

Necesitaba entender cómo el sistema procesaba personas.

Necesitaba entender cómo revertir lo que le habían hecho a Leonardo y Anya.

Necesitaba las respuestas que solo Led y Lix podían dar.

¿Qué saben del desplazamiento? - preguntó.

No lo sé. Pero si alguien puede entender cómo funciona la arquitectura del sistema, son ellos.

¿Y si no quieren ayudar?

El viejo exhaló humo. No era un gesto agradable.

Entonces los convencemos.

ASTRAL ANÁLISIS

Malika se retiró a su rincón de la cueva después de la conversación.

Necesitaba pensar. Necesitaba procesar. Necesitaba organizar la información que El viejo había traído y combinarla con todo lo que ya sabía.

Led y Lix. Los había conocido hace décadas, cuando todavía eran niños huérfanos que sobrevivían en las calles de Ciudad Central. Incluso entonces habían sido diferentes. La manera en que miraban las máquinas. La manera en que entendían sistemas sin que nadie les explicara. La manera en que podían desmontar y reconstruir cualquier cosa que tuviera partes móviles. El sistema los había encontrado.

El sistema los había entrenado. El sistema los había usado.

Y después, supuestamente. El sistema los había descartado.

Pero ahora resultaba que no habían sido descartados. Habían sido... ¿qué? ¿Reubicados? ¿Escondidos? ¿Protegidos?

Los tanques con órganos flotantes eran perturbadores pero lógicos. El sistema necesitaba energía para funcionar. Los órganos vivos producían un tipo de energía que ninguna máquina podía replicar. Era horrible, sí. Era explotación de la peor clase. Pero era consistente con todo lo que Malika sabía sobre cómo operaba el sistema, lo que no era consistente era el aislamiento.

¿Por qué usar tecnología antigua desconectada de la red? ¿Por qué esconder el laboratorio debajo de Ciudad Central? ¿Por qué mantener a Led y Lix apartados del sistema principal?

Había lo que el sistema no quería que se conectara.

Había lo que el sistema quería mantener separado, había lo que el sistema temía.

Malika anotó la pregunta en su cuaderno de bionanocelulosa.

Había respuesta. No, las respuestas siempre llegaban si esperabas lo suficiente.

La reunión se llevó a cabo en el centro de la cueva.

Malika. Don Humo. Faith. Maku, que ahora podía caminar sin tropezar cada tercer paso. Copérnico, que observaba desde su lugar junto a la entrada, la marca azul pulsando con ritmo constante.

Personas con diferentes agendas tratando de encontrar un objetivo común, Faith habló primero.

Necesitamos a Leonardo y Anya.

Obvio - dijo el viejo. El problema es encontrarlos.

El problema es que ni siquiera sabemos dónde buscar.

Sabemos que están en Ciudad Control - dijo Malika. Desplazados. Sin memoria.

Eso no es suficiente. Ciudad Control tiene millones de habitantes.
Por eso necesitamos a los ingenieros.

Faith se cruzó de brazos.

Explica.

Malika caminó hacia el mapa de bionanocelulosa. Lo desenrolló sobre la mesa de trabajo. Los puntos brillantes aparecieron, los patrones de frecuencia, la arquitectura invisible que sostenía la realidad.

El desplazamiento no es aleatorio. Tiene patrones. Tiene lógica. Si entendemos la arquitectura del sistema, podemos calcular dónde fueron enviados Leonardo y Anya.

¿Y los ingenieros entienden esa arquitectura?

Led y Lix han estado estudiando el sistema desde antes de que la mayoría de nosotros naciera. Si alguien puede decodificar el desplazamiento, son ellos.

Faith miró el mapa. No entendía lo que veía las líneas no significaban nada para ella, pero entendía el concepto.

ASTRAL DEBATE

El debate duró horas.

Cada uno tenía opiniones. Cada uno tenía preguntas. Cada uno tenía reservas que no terminaban de expresar pero que flotaban en el aire.

Faith quería acción inmediata.

Cada día que esperamos es un día que Leonardo y Anya no recuerdan quiénes son. Cada día es un día que el sistema puede encontrarlos y terminar lo que empezó, El viejo quería cautela.

Lanzarnos sin plan es la mejor manera de que nos capturen a todos.

Led y Lix no son conocidos por su hospitalidad. Si llegamos sin saber qué queremos, nos van a rechazar antes de que podamos explicarnos, Malika quería información.

Necesitamos entender más sobre el laboratorio. Sobre los tanques. Sobre lo que están construyendo. Si vamos a pedirles ayuda, tenemos que saber qué están dispuestos a dar, Maku escuchaba.

Sus manos descansaban sobre sus rodillas. Sus ojos que todavía no se sentían suyos observaban a cada uno de los participantes.

¿Y si hay otra opción? - dijo.

Todos se voltearon hacia ella.

¿Qué opción? - preguntó Faith.

No lo sé. Maku miró a Copérnico. Pero él sí sabe. Las líneas que ve. Los patrones que percibe. Hay un camino que no estamos considerando, el perro levantó la cabeza.

La marca azul brilló con intensidad.

Las marcas duelen en Ciudad Central.

Pero también divergen.

Hay múltiples caminos.

Algunos llevan a Led y Lix.

Otros llevan directamente a Leonardo y Anya.

La página dejó de brillar.

¿Puedes mostrarnos? - preguntó Malika.

Puedo intentar.

¿Cuánto tiempo?

¿Para llegar a Ciudad Central? Tres días si no nos detenemos.

¿Y para conseguir la información?

Eso depende de los ingenieros.

Maku habló por primera vez desde que había sido separada de Copérnico.

Yo los conozco.

Todos se voltearon hacia ella.

La mujer estaba sentada en una roca, sus manos las manos que todavía no se sentían suyas descansaban sobre sus rodillas. Su voz era más firme de lo que había sido hace días. El proceso de adaptación estaba funcionando.

Antes de la fusión continuó. Cuando era solo Maku. Los vi una vez.

¿Dónde? - preguntó.

En el mercado negro de Sanguisburg. Vendían circuitos que no deberían existir. Procesadores que funcionaban con frecuencias prohibidas.

¿Hablaste con ellos?

Led me dio algo.

Maku buscó en el bolsillo de la ropa que Malika le había dado. Sacó un objeto pequeño: un chip de memoria, del tamaño de una uña, con un símbolo grabado que Malika reconoció, el sello de los archeopunk.

Me añadió que lo guardara. Que lo iba a necesitar.

¿Qué hay en el chip?

No lo sé. Nunca tuve cómo leerlo.

El viejo extendió la mano.

¿Puedo?

Maku le entregó el chip.

El viejo lo examinó bajo la luz de la lámpara de bioluminiscencia. Giró el objeto. Estudió el símbolo.

Es un pase dijo. Una forma de contacto. Si llevamos esto, nos recibirán.

¿Estás seguro?

No. Pero es mejor que llegar sin nada.

La decisión no fue difícil.

No había alternativas. No había otros caminos. Led y Lix representaban la mejor posiblemente la única posibilidad de encontrar a Leonardo y Anya antes de que fuera demasiado tarde.

Entonces vamos - dijo Faith.

Todos agregó Don Humo. No podemos dividirnos. No con el Vacío avanzando, Malika cerró los ojos un momento.

Empacamos lo esencial. Salimos mañana al amanecer.

Faith ya iba hacia la salida.

Estaré lista.

Desapareció en la niebla.

El viejo se levantó. Apagó su pipa con un movimiento practicado.

Voy a verificar las rutas. Ver si hay patrullas del GM que evitar.

También se fue, quedaron Malika, Maku y Copérnico.

Nadie habló. Maku se acercó a Malika.

¿Crees que funcionará?

¿Qué cosa?

Todo. Encontrar a los ingenieros. Conseguir la información. Rescatar a Leonardo y Anya, Malika no respondió.

La verdad era que no sabía. Los cálculos eran demasiado complejos, las variables demasiado numerosas. Cada decisión abría nuevos caminos, cerraba otros. Cada acción tenía consecuencias que se ramificaban en direcciones impredecibles.

No sé si funcionará contestó. Pero sé que no hacer nada no funciona.

Eso no es muy tranquilizador.

No pretendo tranquilizarte.

Maku soltó una risa corta. El sonido era extraño viniendo de ella todavía no había aprendido cómo reír con este cuerpo nuevo, pero era genuino.

Supongo que eso es algo.

Es lo que hay.

Copérnico se acercó. Se sentó entre las dos. La marca azul pulsaba suavemente.

Las marcas duelen hacia Ciudad Central.

No sé qué hay ahí.

Pero sé que es importante.

Malika puso su mano sobre el lomo del perro.

Entonces vamos.

Vamos.

ASTRAL PREPARATIVOS FINALES

El grupo pasó las horas restantes preparándose.

Faith verificó sus armas. No muchas un cuchillo, una pistola con munición limitada, objetos que el Astral permitía funcionar de maneras impredecibles. Pero era lo que tenía. Era lo que siempre había tenido.

El grupo pasó las horas restantes preparándose.

Faith verificó sus armas. No muchas un cuchillo, una pistola con munición limitada, objetos que el Astral permitía funcionar de maneras impredecibles. Pero era lo que tenía. Era lo que siempre había tenido. MEJORA:

Organizó las provisiones. Comida que no se pudriría. Agua que no se evaporaría. Las pequeñas necesidades que la supervivencia demandaba incluso cuando el mundo se estaba acabando, Maku intentó ayudar.

Sus manos todavía eran torpes. Sus movimientos todavía estaban descoordinados. Pero cada hora que pasaba, la adaptación mejoraba. Cada tarea completada era prueba de que el cuerpo nuevo estaba aprendiendo a ser suyo.

Copérnico vigilaba.

La marca azul pulsaba con ritmo constante. Los ojos escaneaban la niebla del Astral. Las orejas rotaban hacia sonidos que los demás no podían escuchar.

¿Sientes algo? - preguntó Malika.

El borde está más cerca que ayer.

¿Cuánto más cerca?

No sé medirlo. Solo sé que puedo sentirlo. Como presión. Como el aire antes de una tormenta.

¿Tenemos tiempo para llegar a Ciudad Central?

Si no nos detenemos.

Entonces no nos detendremos.

ASTRAL CONVERSACIÓN NOCTURNA

Faith se acercó a Malika antes del amanecer.

Hay algo que no me has contado dijo.

Hay muchas cosas que no te he contado.

Pero esta es importante. Faith la miró. ¿Cómo supiste que Leonardo era especial? ¿Cómo supiste que valía la pena observarlo?

Malika consideró la pregunta.

La respuesta era complicada. Involucraba siglos de paciencia. Involucraba patrones que nadie más podía ver. Involucraba una intuición que se había afinado durante milenios de observación.

No lo supe contestó. Lo... presentí. Hay frecuencias que no deberían existir. Armonías que desafían lo que el sistema permite. Cuando encontré a Leonardo, su frecuencia era como nada que hubiera visto antes.

¿Y eso lo hace valioso?

Eso lo hace diferente. Y en un sistema que destruye todo lo que es diferente, sobrevivir es una forma de resistencia.

Faith procesó esto.

¿Y mis gemelas? ¿Eran diferentes?

No lo sé. Honestidad brutal. Pero vamos a encontrar a los ingenieros. Vamos a entender cómo funciona el desplazamiento. Y cuando lo entendamos, tendremos respuestas.

¿Promesas?

No. Posibilidades.

Faith inclinó la cabeza. No satisfecha.

Pero entendiendo que las posibilidades eran más de lo que había tenido antes, aSTRAL ÚLTIMA NOCHE EN LA CUEVA

La noche cayó sobre el Astral.

No estaba noche como en otros planos aquí el cielo se oscurecía gradualmente, pasando de púrpura a índigo a algo más profundo que no tenía nombre. Las estrellas aparecían en configuraciones que no correspondían a ningún cielo conocido.

Malika se sentó en la entrada de la cueva.

Detrás de ella, los otros se preparaban para dormir. Faith había encontrado un rincón donde podía mantener su lanza cerca. Don

Humo fumaba su pipa, el humo azul formando figuras que nadie más podía ver. Maku practicaba mover sus dedos, uno por uno, con la paciencia de quien sabe que no tiene otra opción. Copérnico se acercó a Malika.

El perro se sentó a su lado. La marca azul pulsaba con ritmo constante.

¿Qué ves?

El fin - admitió Malika. Y el principio.

¿Son diferentes?

A veces. A veces no.

El perro miró hacia el horizonte.

Las líneas se mueven esta noche. Convergen más rápido. Algo está cambiando.

Lo sé.

¿Es bueno o malo?

Es necesario. Eso es lo único que importa.

Copérnico no respondió.

Pero su cola se movió. Un gesto que podría haber sido acuerdo o podría haber sido resignación.

La niebla del Astral se arremolinaba en la distancia.

Mañana empezarían a caminar hacia Ciudad Central, mañana empezarían a buscar respuestas.

Mañana el juego cambiaría de fase, y todos tendrían que adaptarse o ser destruidos por las fuerzas que estaban en movimiento. Malika observó el cielo sin cielo.

Las estrellas brillaban en patrones que solo ella podía leer.

Cientos de puntos de luz, cientos de caminos posibles.

Cientos de formas en que todo podía salir mal, solo quizás una forma en que todo podía salir bien.

Esa noche Malika no durmió porque había trabajo que hacer: preparó provisiones, verificó instrumentos, estudió el mapa por última vez, memorizando rutas e identificando puntos de peligro y calculando tiempos de viaje hacia Ciudad Central, hacia Led, Lix, hacia respuestas que todavía no tenían.

Malika enrolló el mapa, lo guardó en su bolsa.

Miró hacia la entrada de la cueva, donde la niebla del Astral se arremolinaba bajo un cielo que no era un cielo, y pensó que tal vez todo había comenzado hace mucho tiempo y mañana era solo el momento en que finalmente empezarían a moverse hacia donde las decisiones los llevaban.

Copérnico tembló cuando el número apareció. No sabía por qué.
TEMPORADA 10: EL REENCUENTRO

091 Outcasts [F][X]

ASTRAL CENIZA

La pipa llevaba vacía once días.

La mordía de todas formas. La boquilla de hueso tenía marcas de dientes los suyos, acumuladas durante 300 años de hábito, hendiduras microscópicas que formaban un mapa de su ansiedad a través de los siglos. El sabor a ceniza vieja era lo único que quedaba de antes. De cuando las cosas tenían sentido. De cuando Faith todavía creía en algo.

Caminaban.

El Astral no perdonaba a los que caminaban solos, pero tampoco ofrecía alternativas. Colinas de ceniza azul que crujía bajo los pies como vidrio molido. Cada paso levantaba pequeñas nubes que tardaban demasiado en asentarse la gravedad aquí funcionaba diferente, más perezosa, el plano cansado de existir. Un cielo que no era cielo más bien una membrana tensa, pálida, que a veces parpadeaba como párpado cansado. Y detrás, siempre detrás, el borde donde las cosas dejaban de ser cosas.

Faith iba tres pasos atrás.

Siempre mantenía distancia. La suficiente para decir: estoy aquí pero no quiero hablar.

Cargaba una mochila que había sido de una de las gemelas. La tela todavía olía a lavanda sintética. Faith no la había vaciado. No había querido, no hablaban.

El viejo caminaba y fumaba. El humo se quedaba atrás como rastro de migajas, se detuvo.

Adelante, movimiento.

MEDIO CALLEJÓN

Nico despertó con la boca seca y el cuello torcido.

El callejón del Sector 4 olía a orina vieja y a algo químico el residuo de los limpiadores industriales que el sistema usaba una vez al mes, cuando se acordaba de que estos sectores existían. Había dormido contra una pared de ladrillos que dejaron marcas rojas en su espalda. La mochila debajo de la cabeza. El oso Dember dentro de la mochila.

Siempre dentro, nunca afuera donde alguien pudiera verlo.

Se levantó. Las articulaciones protestaron con chasquidos que no deberían existir en alguien de veintiún años. Tres años viviendo así

hacían eso. Tres años durmiendo en callejones y comiendo lo que podía robar y pintando osos en paredes que nadie miraba.

Mil noventa y cinco días desde que Tomás cayó.

Nico los había contado todos.

Revisó el spray en su bolsillo. Lo agitó. El sonido metálico de la bola mezcladora le dijo lo que ya sabía: quedaba pintura para tres grafitis más. cuatro si no se excedía con los detalles.

La mochila pesaba menos que ayer. El agua se había acabado durante la noche bebida a sorbos pequeños mientras el insomnio lo mantenía despierto, mirando las estrellas que no eran estrellas sino satélites y drones y cosas que el sistema usaba para vigilar. Tendría que encontrar más antes del mediodía, el mercado del Sector 5 abría temprano.

Caminó.

MEDIO CAMINO

Las calles del Sector 4 estaban vacías a esta hora.

El sistema prefería las horas de trabajo para su vigilancia intensiva. Antes del amanecer, la mayoría de los drones estaban en sus estaciones de carga. Las patrullas humanas preferían los sectores más poblados, donde había más actividad que monitorear, más datos que recopilar.

Nico conocía estos patrones.

Tres años de supervivencia le habían enseñado cómo moverse sin ser visto. Qué calles tenían cámaras y cuáles no. Qué esquinas tenían puntos ciegos. Qué edificios tenían salidas de emergencia que nadie vigilaba.

El conocimiento era supervivencia, el conocimiento era lo único que tenía.

Pasó frente a una pared donde había pintado un oso hace seis meses. La pintura se había desvanecido lluvia, smog, el paso del tiempo que el sistema pretendía no existir. Solo quedaba el contorno. Solo quedaba la sombra de lo que había sido, como Tomás.

Nico se detuvo un momento.

El oso lo miraba con ojos que ya no eran ojos. Solo manchas de color donde los botones deberían estar. Pero seguía ahí. Seguía resistiendo. Seguía recordando aunque el mundo quisiera olvidar, siguió caminando.

El Sector 5 estaba a quince minutos si tomaba el atajo por las alcantarillas. Veinte si usaba las calles normales. Treinta si quería evitar todas las zonas de riesgo, eligió quince.

El tiempo era recurso que no podía desperdiciar.

ASTRAL GEMELAS

Faith pensaba en las gemelas.

No quería pensar en ellas. Pero el pensamiento venía sin permiso, como las lágrimas que todavía no había derramado, como el dolor que todavía no había procesado, iris e Ilis.

Habían sido sus hermanas en todo menos en sangre. Habían compartido misiones, secretos, noches donde el sueño no llegaba y las palabras llenaban el aire. Habían sido las únicas personas en quienes Faith confiaba, y la habían traicionado.

La mochila que cargaba todavía olía a ellas. Lavanda sintética el perfume que Iris usaba porque decía que la calmaba. Y algo más ácido el desodorante que Ilis prefería porque decía que los olores dulces la distraían. Faith no había vaciado la mochila.

No podía.

Vaciarla sería admitir que todo había terminado. Que las gemelas ya no volverían. Que la confianza que había depositado en ellas estaba rota para siempre.

¿En qué piensas?

El viejo había aparecido a su lado. Silencioso para alguien de su edad. Silencioso.

En nada.

Mentira.

Sí. Faith no lo miró. Mentira.

Las gemelas.

No se trataba de pregunta.

Las gemelas.

Caminaron juntos durante varios minutos. El ritmo de sus pasos sincronizándose sin que ninguno lo decidiera.

La traición es peor que la muerte - dijo finalmente. Con la muerte puedes despedirte. Con la traición, solo puedes preguntar por qué.

No quiero preguntar por qué.

Lo sé. Pero lo harás. Eventualmente. Todos lo hacemos.

Faith no respondió, pero apretó las correas de la mochila.

La mochila que todavía olía a lavanda.

La mochila que contenía todo lo que quedaba de una confianza destruida.

ASTRAL TRAICIÓN

Faith cargaba la mochila de las gemelas.

No quería. Pero no había otra opción. Porque la mochila contenía provisiones que el grupo necesitaba y dejarla significaba dejar comida y dejar comida significaba morir, el olor a lavanda sintética seguía ahí.

El olor de Iris. O de Ilis. Ya no importaba cuál.

Las gemelas la habían traicionado. La habían usado. La habían dejado sola cuando más las necesitaba. Y ahora Faith cargaba sus cosas. nada hubiera pasado. El peso en su espalda era también peso en su alma.

El viejo la había notado caminar más atrás del grupo.

Tres pasos. Siempre tres pasos. La distancia exacta entre presencia y abandono.

No tienes que cargarla le había dicho la segunda noche.

Sí tengo.

Hay otros que pueden...

Yo la cargo.

Penitencia. La manera de Faith de procesar lo que había pasado: cargar el peso de quienes la habían traicionado hasta que el peso dejara de doler, hasta que el olor a lavanda dejara de significar algo. Todavía no había llegado a ese punto.

Nunca llegaría, pero seguía caminando.

Seguía cargando.

Porque eso era lo único que sabía hacer.

ASTRAL ENCUENTRO

Aquellas no fueron sombras.

Las sombras del Astral se movían diferente más fluidas, más hambrientas, como tinta derramada buscando grietas. Esto era torpe. Humano. Cuarenta figuras arrastrando los pies por la ceniza, levantando pequeñas nubes azules con cada paso.

Una mujer al frente llevaba un niño dormido en brazos.

El niño tenía un zapato, uno solo.

El otro pie descalzo, sucio, con una costra en el talón que nadie había limpiado. El zapato que quedaba era rojo había sido rojo, ahora era del color indefinido que todo adquiría después de semanas en el Astral. Tenía un agujero en la punta por donde asomaba un dedo pequeño.

El viejo miró ese pie durante tres segundos.

Era suficiente para entender.

Outcasts. Los perdidos. Gente del Plano Base que había cruzado sin saber cómo y ahora vagaba creyendo que este páramo de ceniza era su hogar. Que siempre había sido así. Que el cielo siempre había tenido ese color y los zapatos siempre se perdían y la comida siempre escaseaba.

La misericordia más cruel que el Astral ofrecía: olvidar que alguna vez hubo algo mejor.

Faith se había acercado. Dos pasos ahora. No tres. El niño había cambiado algo.

Son muchos - indicó en voz baja.

Cuarenta y tantos.

¿Peligrosos?

dijo al grupo. Ancianos que apenas podían caminar. Niños que deberían estar jugando en algún lugar con luz real. Madres cargando pesos que no eran solo físicos.

Perdidos. No peligrosos.

MEDIO MERCADO

El mercado del Sector 5 ocupaba lo que había sido un estacionamiento.

Tres niveles de concreto manchado. Ahora era un laberinto de mesas plegables, lonas remendadas y mercancía que nadie

preguntaba de dónde venía. Baterías de contrabando apiladas en pirámides inestables. Chips de memoria con etiquetas escritas a mano: “CANCIONES VIEJAS”, “RECUERDOS BONITOS”, “NO ABRIR”. Comida en latas sin fecha visible probablemente porque la fecha había pasado hace años. Nico caminó entre los puestos.

Un hombre vendía máscaras de oxígeno usadas los filtros gastados, los elásticos rotos, pero la gente las compraba porque respirar algo era mejor que respirar nada. Una mujer vendía nombres documentos de identidad de gente que había desaparecido, sus rostros todavía sonriendo en las fotos plastificadas, encontró a la mujer de las baterías.

La de siempre. Debajo de una lona que había sido azul y ahora era del color de la rendición. Mesa plegable con una pata más corta que las otras, estabilizada con un libro gordo que nadie leería jamás: “MANUAL DE PROCEDIMIENTOS ADMINISTRATIVOS, VOL. 7”, dejó una lata sobre la mesa.

Atún. Fecha de caducidad todavía legible: tres meses. Mercancía premium.

La mujer la tomó sin verificar el contenido. Años de práctica. Sus dedos tenían manchas oscuras de manipular baterías con ácido fugado.

¿Qué buscas?

Gente nueva. Sector 7 o alrededores. Sin papeles. Llegados en las últimas semanas.

Hay mucha gente sin papeles.

Nico dejó otra lata. Duraznos en almíbar. La mujer los tomó también. Miró hacia los lados costumbre, no precaución real, porque aquí nadie vigilaba a nadie.

El Turno Largo. Restaurante cerca del viejo mercado de pescado. Bajó la voz aunque no había necesidad. El dueño contrató a dos hace poco. Él alto. Ojos que notan todo. Ella cocina. Bien. Muy bien. Dicen que su estofado sabe a lo que la gente recuerda pero no puede nombrar.

¿Nombres?

Él se llama Leo. Ella, Ana.

El corazón de Nico latió más rápido, leo. Ana.

Tan cerca de Leonardo y Anya que dolía.

ASTRAL VIEJITO

El líder de los Outcasts se adelantó.

Viejo. Más viejo de lo posible. Piel como papel doblado demasiadas veces, con manchas que podrían haber sido pecas o podrían haber sido algo más. Ojos que brillaban con una lucidez que no correspondía al cuerpo frágil.

Caminaba con un bastón tallado en lo que estaba hueso pero que era demasiado largo para ser de ningún animal que Don Humo conociera. Las vetas más oscuras formaban patrones que podrían haber sido palabras en un idioma olvidado.

Viajeros dijo. Voz fuerte, sin el temblor que la edad debería darle. No muchos por estos rumbos. El borde espanta a los sensatos. Buscamos Ciudad Central.

Todos la buscan. Sonrió. Le faltaban dientes, pero la sonrisa tenía peso, tenía historia, tenía 300 chistes que no contaría. Vamos en esa dirección. Pueden unirse. Miró a Faith.

Faith miraba al niño del zapato único. Sus ojos, que habían visto a las gemelas traicionarla, se habían suavizado por un segundo. Después se endurecieron otra vez. Pero el segundo había existido.

Nos uniremos, dijo.

El viejo extendió la mano.

Me llaman el Viejito. No es original, pero sirve.

La piel estaba fría. Más fría de lo que debería estar la piel de alguien vivo.

Lo sintió entonces. La frecuencia, débil pero presente. Un zumbido bajo que el pulso en los huesos de la mano del Viejito y pasaba a los suyos. Como eco de lo que había sido más grande. Como residuo de energía que no pertenecía a un cuerpo humano.

Este hombre no era del todo humano. O había sido humano hace mucho tiempo y ahora era algo más. No preguntó, las preguntas podían esperar.

El grupo combinado se puso en marcha, el grupo ahora.

El mismo número que los niños desaparecidos en el caso que nadie recordaba. El mismo número que aparecía en los grafitis de Nico. El mismo número que el sistema usaba para clasificar lo que no podía explicar. No creía en coincidencias. Pero tampoco creía en otra cosa.

MEDIO RUMOR

Nico se alejó del puesto de baterías.

La información ardía en su pecho. Leo y Ana. El Turno Largo. Sector 7. Tres años de búsqueda, cuarenta y tres grafitis. Y ahora, finalmente, una pista concreta.

Se detuvo junto a un puesto que vendía agua en botellas de plástico reutilizado. El agua turbia, con partículas flotando que podrían haber sido minerales o podrían haber sido algo peor. Compró una botella con las últimas monedas que le quedaban, bebió.

El agua sabía a cloro y a metal y a las tuberías oxidadas por donde había pasado. Pero era agua. Y el cuerpo la necesitaba más de lo que el gusto importaba. Mañana iría al Sector 7. Mañana vería a Leo y Ana. Mañana sabría si eran Leonardo y Anya o solo dos personas más que el sistema había masticado y escupido. El oso Dember pesaba en la mochila. Siempre pesaba más.

ASTRAL MARCHA

El niño del zapato único seguía dormido. Faith caminaba más cerca del grupo ahora. No con ellos todavía, nunca, pero cerca. Observando. El niño dormido. La madre exhausta. Los otros niños que caminaban con pies descalzos porque los zapatos habían sido lo primero en perderse. El Viejito se acercó al viejo.

Hace tiempo que no veo Jardineros por aquí.

El viejo no preguntó cómo lo sabía. Algunos ojos veían más de lo que deberían.

Hay menos cada año.

Lo sé. El bastón golpeó el suelo con ritmo constante. El sistema los caza. O se cansan. O simplemente dejan de creer que vale la pena sostener.

¿Y tú? ¿Qué eres?

El Viejito sonrió. Los huecos de los dientes faltantes eran oscuros como pozos.

Fui muchas cosas. Ahora solo soy viejo.

El borde seguía detrás, más cerca que ayer. Más hambriento que nunca. ## 092 Vigilia [X]

ASTRAL CAMPAMENTO

El campamento se formaba cada noche sin que nadie lo organizara.

Los Outcasts sabían cómo sobrevivir. Años de vagabundeo les habían enseñado que la eficiencia era vida. Que desperdiciar energía era muerte. Que cada movimiento debía tener propósito.

Las fogatas aparecían donde la gente se reunía con intención de calentarse. El Astral respondía a esas intenciones, aunque ignoraba las más complejas. Los grupos se formaban naturalmente: familias juntas, ancianos cerca del fuego, niños en el centro donde los adultos podían vigilarlos.

El Viejito siempre encontraba el mismo lugar: cerca de los niños, pero no tan cerca como para asustarlos. Lo suficientemente cerca para que pudieran escuchar sus historias. Lo suficientemente lejos para que pudieran huir si algo salía mal.

Siglos de experiencia le habían enseñado que los niños eran los primeros en sentir el peligro. Si los niños corrían, había que correr. Si los niños se quedaban quietos, se podía respirar un momento más.

Esta noche, los niños estaban quietos, eso era bueno.

El borde todavía estaba lejos. Tenían tiempo, un poco más de tiempo.

ASTRAL HISTORIAS

Los niños se reunieron sin que nadie los llamara.

El Viejito lo había notado desde el primer campamento. Los pequeños Outcasts gravitaban hacia él como polillas hacia luz. Porque era viejo y los viejos contaban historias. Porque su voz tenía un ritmo que los calmaba, subía y bajaba como marea, arrastrando palabras como conchas. Porque en un mundo donde todo desaparecía, alguien que recordaba cosas era valioso.

Se sentaron en círculo alrededor de una fogata que ardía sin combustible.

El fuego del Astral no necesitaba madera. Estaba donde la gente se reunía con intención de calentarse. El plano respondía a necesidades básicas aunque ignorara las complejas. Las llamas eran azuladas en los bordes, naranjas en el centro, y no dejaban ceniza. Solo calor. Solo luz. Solo la ilusión de normalidad en un lugar donde nada era normal.

Cuéntanos del antes - dijo una niña.

Ojos enormes en un rostro demasiado delgado. Piel pálida de quien no ha visto sol real en años. Vestido que había sido amarillo, los girasoles bordados en el dobladillo todavía se distinguían si mirabas de cerca, pétalos descoloridos pero obstinados, que ahora era del color que todo adquiriría aquí: gris con memoria de otro color.

¿Qué quieren saber?

Todo.

El Viejito sonrió. La sonrisa movió arrugas que tenían arrugas propias, pliegues de piel que guardaban más años de los que cualquier cuerpo debería contener.

Todo es mucho. Empecemos con algo pequeño. Tocó el bastón que descansaba contra su rodilla, los dedos recorriendo las vetas oscuras. ¿Saben lo que son pájaros?

El eco se disipó.

Cosas que volaban - dijo un niño mayor. Tenía una cicatriz en la ceja izquierda, rosa y brillante, con la forma de un relámpago pequeño. Mi abuela hablaba de ellos.

Tu abuela tenía razón. Volaban sin motores. Sin propulsión. Solo alas y aire y ganas de estar en otro lugar.

¿A dónde iban?

ASTRAL PÁJAROS

El Viejito cerró los ojos.

Los pájaros. Había visto tantos durante sus 300 años. Gorriones que saltaban por las calles buscando migajas. Cuervos que graznaban desde los tejados como profetas de desgracia. Colibríes que se quedaban quietos en el aire como milagros diminutos.

Iban a donde el viento los llevaba dijo. A veces al norte. A veces al sur. Seguían el calor. Seguían la comida. Seguían solo porque podían.

¿Qué era?

No lo sé. Abrió los ojos. Pero lo tenían. Una dirección. Un propósito. Sabían adónde ir aunque nunca hubieran estado ahí antes, los niños escuchaban, los ojos muy abiertos.

El fuego azul y naranja parpadeaba.

Había uno continuó el Viejito que me visitaba cada primavera. Un mirlo. Negro con pico amarillo. Se posaba en el árbol fuera de mi ventana y cantaba. Cada año. Durante treinta años.

¿Treinta años? El niño de la cicatriz frunció la nariz. Los pájaros no viven tanto.

Este sí. O eran muchos mirlos diferentes y yo no podía distinguirlos. Sonrisa. Pero me gustaba pensar que era el mismo. Que algo en él reconocía algo en mí. Que entre todas las ventanas de la ciudad, elegía la mía.

¿Qué le pasó?

Lo que le pasó a todos los pájaros. El Viejito miró hacia el cielo sin cielo del Astral. Dejaron de existir. Un día había millones. Al siguiente, ninguno.

¿El sistema los mató?

El sistema no mata directamente. El sistema cambia las condiciones hasta que vivir se vuelve imposible. El aire. El agua. La

temperatura. Todo cambió tan gradualmente que nadie lo notó hasta que fue demasiado tarde.

Una niña más pequeña quizás cinco años, seis empezó a llorar sin decir nada. Lágrimas por pájaros que nunca había visto.

El Viejito extendió la mano.

Pero las canciones siguen respondiéndolo. Aquí. Se tocó el pecho. Puedo recordar cómo sonaban. Y mientras alguien recuerde, no están completamente perdidos.

¿Puedes cantarlas?

No tan bien como ellos. Pero lo intentó. Pi-pi-piú. Tuit-tuit. Trrrrr.

Las imitaciones eran torpes. No sonaban a pájaros de verdad. Pero los niños escuchaban. Era música sagrada. Lo era.

Era lo único que quedaba.

¿A dónde iban? A ningún lado específico. El Viejito hizo una pausa, mirando el fuego. Las llamas azules se reflejaban en sus ojos ardiente dentro de él también. Ese era el punto. Iban porque podían. Porque el cielo estaba ahí y ellos tenían alas y nadie les había dicho que volar era imposible.

La niña del vestido decolorado frunció el ceño.

¿Y qué les pasó?

Se fueron. Como todo lo demás.

ASTRAL PREGUNTAS

Los niños no se conformaron con pájaros.

Querían saber más. Querían saber todo. Cada historia abría puertas a otras historias, cada respuesta generaba más preguntas.

¿Qué es lluvia? - preguntó el niño de la cicatriz.

Agua que caía del cielo. El Viejito levantó la mano, dejando que la luz del fuego jugara entre sus dedos. No como ahora, cuando el agua viene de tanques y tuberías. Antes caía sola. Sin que nadie la procesara. Sin que nadie la limpiara. Caía y caía y la gente se mojaba y se quejaba pero también sonreía porque la lluvia era regalo.

¿Regalo de quién?

De nadie. De todo. El Viejito bajó la mano. El mundo daba cosas sin pedir nada a cambio. Agua. Aire limpio. Comida que crecía sola. La gente no tenía que trabajar para el sistema para ganarse el derecho a respirar.

La niña del vestido decolorado se acercó más al fuego.

¿Y por qué cambió?

Porque alguien decidió que el mundo era suyo. Que el agua era suya. Que el aire era suyo. Que si querías usarlo, tenías que pagar.

¿Pagar con qué?

Con todo. Con tu tiempo. Más allá, con tu libertad. En ese instante, con tu memoria. El Viejito miró a cada niño a los ojos, uno por uno. El sistema no te quita cosas de golpe. Te las quita poco a poco. Tan despacio que no notas que te faltan hasta que ya no puedes recordar haberlas tenido.

El fuego crepitaba sin combustible.

Los niños procesaban información que era demasiado grande para sus mentes pequeñas pero que de algún modo entendían. Porque los niños del Astral habían nacido sin las cosas que el Viejito describía. Nunca habían conocido lluvia. Nunca habían visto pájaros. Nunca habían respirado aire que no viniera de sistemas de filtración.

Pero intuían, intuían que algo faltaba.

Intuían que el mundo había sido diferente.

Intuían que alguien les había robado lo que nunca habían tenido pero que les pertenecía.

¿Podemos recuperarlo? - preguntó el niño de la cicatriz.

El Viejito tardó en responder.

No porque no supiera qué decir. Porque no sabía si decir la verdad era bondad o crueldad.

No lo sé dijo. Pero vamos a intentarlo.

MEDIO AMANECER

El amanecer en el Sector 4 era del color de la enfermedad.

Naranja enfermizo mezclado con gris industrial. El smog que nunca se disipaba atrapando la luz del sol y convirtiéndola en algo que no era luz ni oscuridad sino algo intermedio. Smog con nombre propio que nadie se había molestado en darle, Nico se despertó antes que el amanecer.

Siempre se despertaba antes. El cuerpo había aprendido que dormir demasiado era peligroso. Que quedarse en un lugar demasiado tiempo era peligroso. Que la supervivencia requería estar alerta cuando los demás dormían, el callejón olía peor que ayer.

Alguien había dejado basura nueva durante la noche. Bolsas negras con contenidos que no quería imaginar. Ratas corriendo entre ellas, buscando cosa que pudieran comer. El sistema de recolección había dejado de funcionar en este sector hace meses. O años. El tiempo se difuminaba cuando vivías así, se levantó.

Estiró los músculos que protestaban.

Revisó la mochila. El oso Dember seguía ahí. Los sprays de pintura seguían ahí. Las pocas pertenencias que constituían todo lo que tenía en el mundo seguían ahí, hoy iría al mercado.

Hoy buscaría información.

Hoy daría un paso más hacia Leonardo y Anya.

El amanecer enfermizo se convertía en mañana enfermiza.

Otro día en Ciudad Control, otro día de búsqueda.

MEDIO VIGILANCIA

Nico llegó al Sector 7 a las 5:03.

Todavía oscuro. Las Torres TAAT zumbaban en el horizonte, proyectando su luz amarillenta que nunca terminaba de iluminar nada más bien manchaba el cielo, como yema de huevo derramada sobre tela negra. El frío de la madrugada se colaba por las costuras del abrigo que había robado hace dos inviernos. El forro interior estaba deshecho, bolas de algodón sintético asomaban por los agujeros como tripas de animal herido, el Turno Largo estaba cerrado.

Luces apagadas. Sillas sobre mesas podía verlas a través de la ventana sucia, patas hacia arriba como insectos muertos. Un cartel de neón que decía ABIERTO 24 HORAS pero que claramente mentía porque tres de las letras no encendían y las otras parpadeaban con el ritmo de un corazón enfermo, se posicionó en la esquina opuesta.

Un portal abandonado que había sido la entrada a una tienda de electrónicos. El vidrio del escaparate estaba roto alguien había entrado hace años, probablemente, cuando todavía quedaba algo que robar. Ahora solo había polvo y fantasmas de mercancía que nadie recordaba.

Había traído comida esta vez. Una barra de proteína sintética envuelta en papel plateado que prometía SABOR ORIGINAL sin especificar original de qué. La masticó lentamente, sentado en el escalón de concreto frío. Sabía a cartón y a buenas intenciones y a

químicos que probablemente acortarían su vida pero que al menos lo mantendrían vivo hasta entonces.

5:15, una figura apareció por la calle lateral.

Mujer. Cabello húmedo de ducha reciente, todavía goteando en las puntas. Caminaba con los ojos medio cerrados, el piloto automático de quien hace el mismo recorrido cada día. Llevaba un delantal doblado bajo el brazo blanco con manchas que podrían ser salsa o podrían ser historia. Entró por la puerta trasera, Nico no pudo ver su rostro.

Pero algo en la manera de caminar, los hombros, la inclinación de la cabeza, el ritmo de los pasos familiar aunque no supiera por qué le apretó el pecho, siguió esperando.

ASTRAL CIELO

¿Y el cielo? - preguntó la niña del vestido decolorado. ¿Cómo era el cielo?

Azul.

¿Azul como qué?

El Viejito pensó. Tocó el bastón, el hueso era suave bajo sus dedos, pulido por años de uso, con vetas más oscuras que formaban patrones que podrían haber sido palabras en un idioma que ya nadie hablaba.

Azul como nada. No había nada con qué compararlo. Era el único azul que existía de esa manera. Profundo. Infinito. Hizo una pausa. Te mirabas en él y sentías que podías caer hacia arriba.

¿Y qué le pasó?

Lo olvidamos. Primero dejamos de mirarlo. Después olvidamos que se podía mirar. Y después...

El viejo apareció en el borde del grupo. Su sombra cayó sobre los niños, larga y delgada en la luz del fuego sin combustible.

Viejito. Necesito hablar contigo.

La interrupción fue suficiente. Los niños se dispersaron como hojas en viento repentino, buscando otras distracciones, otros refugios, otras fogatas donde otros viejos contaran otras historias.

El Viejito se levantó con una agilidad que desmentía su apariencia. Los huesos no crujieron. Los músculos no protestaron. El cuerpo fuera solo disfraz y lo que habitaba dentro no conocía el cansancio.

¿Qué pasa?

El borde se movió. Tres kilómetros desde ayer.

Más rápido.

Sí. Como si tuviera hambre.

Siempre tiene hambre. El Viejito tocó el bastón. La pregunta es cuánta.

¿Cuánto tiempo tenemos?

El viejo miró hacia el sur. El horizonte parpadeaba, no con luz, con ausencia de luz, con lo opuesto a parpadear, sin nombre.

Días. Quizás una semana si hay suerte.

¿Y si no hay suerte?

No dijo.

El fuego crepitó aunque no tenía nada que quemar.

Era respuesta suficiente.

MEDIO RECONOCIMIENTO

5:32, otra figura.

Hombre. Alto más alto que la mayoría, con esa altura que hace que la gente se aparte sin saber por qué. La manera en que

caminaba: observando todo, registrando salidas, midiendo amenazas sin parecer que las medía. Manos en los bolsillos de una chaqueta gris que había visto mejores días. El cuello levantado contra el frío aunque el frío no era tan fuerte, Nico conocía esa manera de caminar.

La había visto cientos de veces. En otra vida. En otro sector. Cuando todavía creía que el sistema funcionaba y que la gente con poder lo usaba para proteger a los demás.

El hombre sacó llaves, un llavero con algo que brillaba, quizás un amuleto, solo metal pulido por años de uso, abrió la puerta principal, luces encendidas.

El restaurante cobró vida.

A través de la ventana sucia, años de grasa y smog y negligencia acumulados en capas que distorsionaban todo como vidrio antiguo, Nico vio al hombre moverse. Bajando sillas con movimientos eficientes. Limpiando superficies que ya estaban limpias. Acomodando servilleteros que ya estaban acomodados.

Los movimientos de alguien que necesitaba hacer algo con las manos aunque no hubiera nada que hacer, la mujer apareció desde la cocina.

Intercambiaron palabras que Nico no pudo escuchar. El murmullo de una conversación cotidiana. Ella bajó la cabeza. Él también. Después cada uno volvió a su trabajo, él en las mesas. Ella en la cocina.

Todo lo que habían hecho siempre.

No estaban Leonardo y Anya.

No estaban las dos personas que Nico había buscado durante tres años, mil noventa, cinco días, cuarenta y tres grafitis de osos en

cuarenta y tres paredes que nadie miraba.

El primer cliente llegó a las 6:07. Un hombre con uniforme de trabajador nocturno que pidió café sin mirar la carta. Rutina. Todo era rutina.

Mañana volvería más temprano, mañana entraría.

Hoy solo miraba.

ASTRAL URGENCIA

Faith se acercó mientras Don Humo y el Viejito hablaban.

Dos pasos detrás. No tres. El niño del zapato único había cambiado algo. O solo había despertado lo que ya estaba ahí, enterrado bajo capas de rabia y traición y gemelas que habían resultado ser algo diferente a lo que prometieron.

¿Cuál es el plan? - preguntó.

El viejo la miró. Tres semanas juntos y todavía no se acostumbraba a su voz directa, sin adornos, como cuchillo que no se molestaba en brillar.

Movernos. Rápido.

¿Hacia dónde?

Ciudad Central.

¿Y después?

No hay después hasta que lleguemos.

Faith hizo un gesto breve. Era respuesta suficiente. En el Astral, planear más allá del siguiente paso era lujo que pocos podían permitirse.

La madre del niño del zapato único se acercó. El niño seguía dormido en sus brazos, respiración suave, párpados moviéndose con sueños que ojalá fueran mejores que la vigilia.

¿Vamos a estar bien? - preguntó.

Tenía la voz de alguien que había dejado de esperar respuestas honestas pero que todavía necesitaba preguntar. Miró al niño.

El pie descalzo. La costra en el talón. El zapato rojo que quedaba, gastado y agujereado pero todavía ahí, todavía protegiéndolo de algo.

Vamos a intentarlo dijo.

Tampoco era mentira, tampoco era verdad.

Era lo único que podía ofrecer.

MEDIO PARTIDA

El oso Dember pesaba en la mochila, siempre pesaba más cuando había esperanza.

Nico se levantó del escalón frío. Las piernas protestaron horas sentado en concreto hacían eso, aunque tuviera veintiún años, aunque el cuerpo debería ser más resistente. Se estiró sin hacer ruido.

El Turno Largo seguía funcionando adentro.

Leo limpiaba mesas. Ana cocinaba. Los clientes entraban y salían con el ritmo predecible de la gente que no sabía que su rutina era observada.

Mañana, mañana entraría.

Mañana diría algo no sabía qué todavía, las palabras se formarían cuando las necesitara o no se formarían y tendría que improvisar.

Mañana sabría si los había encontrado o si había seguido otra pista falsa, caminó hacia el callejón donde dormía.

El Sector 7 despertaba a su alrededor. Gente yendo a trabajos que no querían. Tiendas abriendo con mercancía que nadie necesitaba. El sistema funcionando tal como estaba diseñado para funcionar.

En su mochila, el oso Dember guardaba secretos que nadie más conocía.

En algún restaurante, dos personas que habían sido importantes vivían vidas que no recordaban.

En algún lugar del Astral, el borde se acercaba. ## 093 Sombras [K]

ASTRAL HAMBRE

Maku descubrió el hambre.

No había conocido el hambre como frecuencia. Las frecuencias no comían. Las frecuencias no necesitaban nada excepto existir. Las frecuencias eran, sin las demandas constantes de un cuerpo que requería combustible para funcionar, el hambre era diferente.

Era un vacío en el centro del torso. Un dolor que no era exactamente dolor pero que exigía atención. Una necesidad que crecía con cada hora hasta convertirse en lo único en lo que podía pensar.

¿Cuándo comimos por última vez? le preguntó a Copérnico.

El perro la miró. Las marcas azules brillando. Los ojos marrones que contenían más de lo que deberían, no respondió.

Los perros no respondían, pero su estómago gruñó también.

El hambre era universal. Compartida. La primera cosa verdaderamente humana que Maku entendía.

El viejo había repartido raciones esa mañana. Barras de algo que podría haber sido comida grises, sin olor, con la textura de cartón mojado. Maku había comido la suya sin saborearla. El sabor era otro sentido que todavía no dominaba. Pero el hambre sí lo entendía.

El hambre era sencilla, el hambre era honesta.

El hambre era la primera verdad del cuerpo.

Pronto le contestó a Copérnico. Pronto encontraremos más comida.

El perro no pareció convencido, pero siguió caminando.

Porque caminar era lo único que podían hacer.

ASTRAL CUERPO

Cada día traía nuevos descubrimientos.

Maku catalogaba las sensaciones como científica catalogando especies nuevas. Escribía notas mentales sobre cada una, tratando de entender este cuerpo que era suyo pero que todavía era como territorio desconocido.

El frío: una sensación que empezaba en la piel y se propagaba hacia adentro. Diferente al vacío del hambre. Más superficial pero igualmente persistente.

El calor: lo opuesto, pero igual de invasivo. El sudor que aparecía sin permiso. La incomodidad de ropa mojada pegándose a la piel.

El cansancio: más complejo que los otros. No se limitaba a ser músculos que protestaban. Era la mente que se volvía más lenta. Los pensamientos que perdían claridad. La necesidad de cerrar los ojos aunque el peligro siguiera ahí.

ASTRAL APRENDIZAJE

Las noches eran las más difíciles.

Cuando el grupo se detenía para descansar, Maku se quedaba despierta más tiempo que los demás. Estaba cansada hondo, de maneras que todavía no entendía. Porque el acto de dormirse era extraño, había observado a los otros hacerlo.

Se recostaban. Cerraban los ojos. Y después de un tiempo a veces minutos, a veces horas dejaban de estar conscientes. Sus respiraciones se volvían más lentas. Sus cuerpos se relajaban. Entraban en un estado que no era muerte pero que imitaba a la muerte en muchos aspectos, Maku intentaba imitarlos.

Se recostaba. Cerraba los ojos. Pero la consciencia no se iba. Los pensamientos seguían circulando. El cuerpo seguía mandando señales frío, incomodidad, el peso de la cabeza contra el suelo duro.

¿Cómo apagaban los humanos sus mentes?

¿Cómo dejaban de pensar el tiempo suficiente para descansar?

La primera vez que logró dormir fue por accidente.

Había estado observando las estrellas del Astral puntos de luz que no eran estrellas reales sino lo que el plano creaba para llenar el vacío. Contando. 43 en una constelación con forma de animal. 23 en otra con forma de flor. Los números se volvieron ritmo. El ritmo se volvió repetición. Y la repetición, se volvió sueño.

Despertó horas después sin entender qué había pasado.

El tiempo había saltado. Un momento era de noche. Al siguiente, el amanecer gris del Astral coloreaba el horizonte.

Dormiste - añadió Copérnico.

No con palabras. Con la certeza telepática que compartían.

Dormí confirmó Maku.

Y algo en ella se relajó, podía hacerlo. Podía ser humana. Podía aprender.

ASTRAL CUERPO

Cada día traía nuevos descubrimientos. El dolor: todavía lo estaba aprendiendo. Cada golpe, cada raspón, cada músculo sobrecargado era información nueva. Límites del cuerpo que nunca había conocido. Advertencias que el cuerpo enviaba sin palabras.

Y el placer: el más extraño de todos. La satisfacción de una comida después del hambre. El alivio de descansar después del cansancio. La calidez de una mano la mano de Malika, cuando la

ayudaba a levantarse tocando la suya, sensaciones que nunca había tenido como frecuencia.

Sensaciones que hacían que el cuerpo valiera la pena.

Malika le había explicado que esto era normal. Que los cuerpos humanos venían con todo un sistema de recompensas y castigos integrado. Que el placer y el dolor eran brújulas que indicaban qué hacer y qué evitar.

El truco había dicho Malika es aprender a distinguir entre las señales que debes seguir y las que debes ignorar.

¿Cómo sé la diferencia?

No lo sabes. Aprendes. A veces te equivocas. A veces aciertas. Eso es ser humano, ser humano.

Maku todavía no estaba segura de serlo.

Pero estaba aprendiendo.

ASTRAL PERRO

Maku lo había sabido desde el principio. Desde el momento en que Sentella se había fusionado con ella y después se había separado, dejando al perro como residuo de lo que no debería existir.

Las marcas azules cubrían 65% de su cuerpo ahora. Líneas que serpenteaban como circuitos o como venas o como mapas de lugares que nadie conocía. Brillaban con un pulso constante: 7.83 Hz. La frecuencia de la Tierra. La frecuencia que ya casi nadie recordaba porque la Tierra había dejado de importar hace mucho tiempo, el perro no hablaba.

Los perros no hablaban.

Pero comunicaba de otras maneras. Con gruñidos que tenían significados específicos. Con la dirección de sus orejas. Con la

tensión de su cola. Con la manera en que miraba hacia el horizonte. Veía cosas que estaban más allá de la vista.

¿Qué eres? le preguntó Maku una noche mientras el grupo descansaba, Copérnico la miró.

Ojos marrones que contenían profundidades imposibles. Ojos que eran antiguos de existencia aunque el cuerpo del perro fuera joven.

Copérnico se echó en el suelo, los perros no respondían.

Pero algo en su mirada decía: todavía no lo sé. Pero lo sabré. Cuando algo cambie, lo sabré.

Maku aceptó la respuesta que no era respuesta.

En el Astral, algunas preguntas no tenían respuestas.

Solo tenían tiempo.

ASTRAL MARCAS

Copérnico gruñó.

Bajo. Constante. El tipo de sonido que salía del fondo del pecho y la pulsación en el aire como advertencia. Maku dejó de tropezar y prestó atención.

Las marcas azules del perro brillaban más intensamente que ayer. 65% de su pelaje cubierto ahora las líneas serpenteaban desde la cola hasta las orejas, formando patrones que podrían haber sido mapas o podrían haber sido circuitos o podrían haber sido ambos. Algo crecía dentro de él. Necesario. Inexplicable.

¿Qué ves? - preguntó Maku en voz baja.

El perro no respondió. Los perros no respondían.

Pero sus orejas estaban erectas puntiagudas, tensas, girando milímetros hacia el norte como antenas buscando señal. Su cuerpo tenso. Su cola absolutamente inmóvil. El pelaje donde no había

marcas azules se erizaba como si una corriente eléctrica lo atravesara.

Miraba hacia el horizonte donde la ceniza se encontraba con lo que no era cielo, y entonces Maku lo percibió también.

No con el cuerpo el cuerpo era nuevo, torpe, inútil para las cosas importantes. Lo reconoció con lo que quedaba de sus siglos. Una la sacudida. Una presencia. Algo que se movía en el borde de la percepción como sombra de sombra, figuras en el horizonte.

No personas, contornos de personas.

MEDIO RUTINA

La rutina era lo único que mantenía a Locke cuerdo.

Despertarse. Café frío del microondas soviético. Mirar el refrigerador roto. Ignorar el sobre manila. Caminar a la oficina aunque no hubiera trabajo. Sentarse en el escritorio aunque no hubiera casos. Esperar aunque no supiera qué esperaba, la rutina era consuelo.

La rutina era jaula.

La rutina era lo que quedaba cuando todo lo demás se había ido.

Hoy había variación.

Sánchez había dejado un mensaje en su escritorio. Una nota escrita a mano en papel amarillo: “Encontré algo. Importante. Ven cuando puedas.”

El papel tenía una mancha de café. La letra temblaba. Sánchez estaba peor de lo que aparentaba.

Locke guardó la nota en el bolsillo de la chaqueta. Junto al bolígrafo azul que siempre llevaba. Junto a las preguntas que nunca hacía.

El sobre manila seguía en el escritorio, lo miró.

No lo abrió, todavía no.

Pero la rutina estaba cambiando.

Y cuando la rutina cambiaba, todo lo demás también podía cambiar.

MEDIO REFRIGERADOR

El refrigerador llevaba roto tres semanas.

Locke lo miraba cada mañana mientras el café se calentaba en el microondas que todavía funcionaba por algún milagro de la ingeniería soviética era tan viejo que tenía perillas en lugar de botones, y zumbaba como colmena furiosa. El plato giratorio chirriaba con cada rotación, un sonido que se había convertido en parte de la rutina matutina, el refrigerador no hacía ruido.

Ese era el problema.

La luz interior se había apagado el día ocho. La leche se había echado a perder el día cinco el olor todavía persistía, dulzón y enfermizo, aunque había tirado el cartón hace semanas. Los huevos el día nueve. Ahora solo quedaba mostaza en un frasco que había perdido la etiqueta y algo verde en un recipiente de plástico que no recordaba haber comprado.

El técnico que debía venir nunca venía, el formulario seguía “en proceso”.

El formulario para reparar el refrigerador requería un número de referencia del formulario de electrodomésticos. El formulario de electrodomésticos requería prueba de residencia. La prueba de residencia requería un registro activo en el sistema de vivienda. El sistema de vivienda había sido actualizado hace seis meses y durante la actualización se perdieron los registros del Sector 7. Para recuperar un registro perdido se necesitaba llenar un formulario de

recuperación. El formulario de recuperación requería un número de referencia del formulario de electrodomésticos.

El sistema funcionaba tal como estaba diseñado para funcionar.

Se sirvió café solo. Frío, porque el microondas había decidido morir a medio ciclo. El formulario para reportar un microondas defectuoso era el mismo que el del refrigerador, otro día en Ciudad Control.

ASTRAL FAMILIA

Una familia de sombras.

Eso era lo que Maku veía. Padre, madre, dos niños. Caminaban tomados de la mano o lo que quedaba de manos, contornos difusos donde la carne había dejado de ser carne. Atravesaban el paisaje de ceniza sabiendo adónde iban, aunque probablemente no sabían nada. Sus movimientos tenían la fluidez de lo que ya no necesita esfuerzo.

El niño más pequeño arrastraba algo, un conejo de peluche.

Gris todo era gris aquí, pero este gris tenía textura, tenía historia. Una oreja desgarrada que colgaba del hilo que la conectaba a la cabeza. Ojos de botón negro que brillaban aunque no había luz que los hiciera brillar. El relleno asomaba por una costura abierta en el costado como entrañas de algodón, el niño lo arrastraba por la ceniza.

El conejo no dejaba rastro. Porque el conejo probablemente no era real. Porque nada de esto era real. Porque las sombras no cargaban juguetes y los juguetes no sobrevivían a la muerte de sus dueños, el niño lo arrastraba igual.

Y algo en Maku, algo viejo, lo que había existido durante siglos sin sentir nada parecido a dolor, dolió.

La familia de sombras pasó junto al grupo sin detenerse. El niño de la sombra giró la cabeza hacia donde Maku estaba. No tenía rostro, había un espacio donde deberían haber rasgos, pero los rasgos se habían disuelto hace tiempo. Pero algo en la inclinación sugería que miraba. Que veía. Que reconocía, levantó la mano.

La que no sostenía el conejo, saludó.

Un gesto simple. Un gesto que su cuerpo recordaba aunque su mente ya no existiera.

Algo caliente detrás de los ojos.

Las lágrimas eran nuevas. El cuerpo humano las producía sin permiso, sin control, sin explicación. Bajaban por las mejillas sabiendo el camino aunque ella nunca las había sentido antes, la costumbre sobrevivía a la existencia.

Era lo más triste que había visto en siglos.

MEDIO SOBRE

La oficina de División 47 estaba vacía.

Escritorios cubiertos de polvo que nadie limpiaba. Pantallas apagadas que nadie encendía. Sillas giradas hacia ángulos que sugerían que sus ocupantes se habían levantado de prisa y nunca habían vuelto.

El escritorio de Sánchez tenía una planta muerta.

Cactus. Se suponía que los cactus no morían. Pero este había muerto marrón, seco, inclinado hacia la ventana como si intentara escapar en sus últimos momentos. La maceta tenía una grieta que corría de arriba abajo, tierra seca asomando como herida abierta. Sánchez no había venido en tres semanas. “Licencia médica”, decía el sistema.

El sobre manila seguía en el escritorio de Locke.

donde lo había dejado hace quince días. Papel amarillento. Esquinas dobladas. Una mancha de café en la esquina superior derecha que formaba algo parecido a un oso si entrecerrabas los ojos. O era solo una mancha y él veía osos donde no había osos porque los osos estaban apareciendo en todas partes últimamente, no lo había abierto.

Cada día lo tomaba. Lo sopesaba era más pesado de lo que debería ser un sobre con papeles, contenía algo más denso que información. Miraba su nombre escrito en la etiqueta con letra que reconocía pero no recordaba haber escrito, y cada día lo dejaba.

Otra vez, el sobre permanecía cerrado.

Los secretos permanecían secretos.

El ventilador del techo giraba con un chirrido que nadie iba a arreglar, moviendo aire caliente de un lado a otro sin lograr nada.

ASTRAL LOCKE

Los Outcasts se apartaron cuando las sombras pasaron.

No por miedo después de semanas en el Astral, pocas cosas causaban miedo verdadero. Por respeto. Por instinto. Por lo que no tenía nombre pero que todos sentían. Las sombras eran lo que quedaba cuando todo lo demás se iba. Merecían espacio, Malika apareció junto a Maku.

Son los borrados dijo, sin inflexión, sin emoción, con la voz clínica que usaba para todo. El Vacío los tomó pero no los terminó de tomar. Ahora vagan en el borde entre existir y no existir.

¿Buscando qué?

Lo que perdieron. Pausa. Sus ojos seguían a la familia que se alejaba. Aunque ya no recuerdan qué era.

El niño del conejo se detuvo por un momento. Giró la cabeza hacia atrás, hacia donde el grupo los observaba. Después siguió caminando, el peluche gris arrastrándose por la ceniza como si pesara toneladas.

¿Sufren? - preguntó Maku.

¿Importa?

Maku no supo cómo responder, Copérnico gruñó otra vez.

Las marcas azules pulsaron con un ritmo diferente ahora más rápido, más urgente. El perro percibía lo que ninguno de ellos podía ver, Don Humo apareció.

Tenemos que movernos. El borde avanzó otro kilómetro mientras hablábamos, nadie - preguntó cómo lo sabía.

Algunos ojos veían cosas que otros preferían ignorar.

MEDIO SECTOR 7

Locke caminó hacia el Sector 7.

No tenía casos asignados, no le habían asignado nada en semanas. No había razón oficial. El sistema lo había olvidado, como olvidaba todo lo que no producía resultados cuantificables, pero algo lo traía.

Cada día, los grafitis habían aumentado.

Osos. Docenas de osos pintados en paredes de ladrillo, en postes de luz oxidados, en puertas de negocios que habían cerrado hace años. Todos iguales: ojos redondos, orejas pequeñas, mancha oscura en el pecho. Y debajo de cada uno, el mismo número, cuarenta y siete grafitis la semana pasada.

Sesenta y tres ahora.

Alguien estaba hablando en un idioma que Locke casi entendía. Alguien estaba dejando mensajes que su mente consciente no podía

descifrar pero que algo más profundo reconocía.

El Turno Largo estaba abierto. Luz cálida a través de la ventana sucia. Olor a comida que se filtraba hasta la calle cebollas caramelizadas, romero, pan caliente, se detuvo frente a la ventana.

Adentro, un hombre alto limpiaba mesas. Movimientos precisos. Ojos que registraban todo sin parecer que miraban. La manera en que se movía era familiar. La inclinación de los hombros. El ritmo de los pasos.

Locke lo conocía, no recordaba de dónde.

No recordaba cuándo, pero lo conocía.

Una mujer salió de la cocina. Dejó un plato frente a un cliente con el cuidado de quien sabe que la comida importa. La manera en que sostenía el plato. La manera en que sonreía aunque la sonrisa no llegara a los ojos, Locke la conocía también.

El mismo vacío en la memoria. El mismo hueco donde debería haber información. Alguien había sacado recuerdos con pinzas quirúrgicas, dejando solo el espacio donde habían estado.

Siguió caminando, el sobre manila esperaba en su escritorio.

Mañana lo abriría, mañana.

O el día siguiente, o nunca. ## 094 Intento [K]

MEDIO PREPARACIÓN

Nico se preparó durante horas. No físicamente, no había mucho que preparar cuando todo lo que tenía cabía en una mochila gastada. Mentalmente, repasando lo que diría, lo que no diría, las palabras que podrían funcionar y las que definitivamente no funcionarían, primero, el inventario.

Nico vació la mochila sobre el suelo de concreto. Cada objeto tenía un lugar y un propósito. El oso Dember, obviamente, nunca iba

a ningún lado sin el oso. Una botella de agua medio vacía que había rellenado en una fuente pública hace dos días. Tres barras de proteína robadas de una tienda de conveniencia que no vigilaba bien su pasillo trasero. Un mapa dibujado a mano de los lugares donde había visto a Leonardo y Anya el restaurante. La ruta que tomaban al trabajo, la pensión donde aparentemente vivían.

El mapa estaba arrugado de tanto doblarlo y desdoblarlo. Nico lo alisó contra su rodilla, estudiando las líneas que había trazado a lápiz. La X que marcaba el Turno Largo. Las flechas que indicaban direcciones. Las notas al margen “turno 7am-3pm”, “siempre salen por puerta trasera”, “él cojea del pie izquierdo” que había acumulado durante semanas de observación.

Guardó todo otra vez, cada objeto en el mismo lugar de siempre. El callejón donde dormía era silencioso a esta hora. El sol apenas empezaba a colorear el cielo con tonos de naranja enfermizo, el color que el smog daba a los amaneceres en Ciudad Control. Las ratas corrían por las esquinas, buscando restos de comida que no existían.

Nico revisó el oso Dember. Lo sacó de la mochila con cuidado. El pelaje gastado. Los ojos de botón. La mancha oscura en el pecho que siempre había estado ahí, desde que Tomás lo había recibido como regalo de cumpleaños hace años que eran siglos.

Hoy le comentó al oso. Hoy los encuentro. El oso no dijo, los osos no respondían. Pero algo en la manera en que la luz del amanecer golpeaba los ojos de botón sugería que entendía. Que había esperado este momento tanto como Nico.

Mil noventa y cinco días, cuarenta y tres grafitis. Incontables noches durmiendo en callejones y comiendo lo que podía robar y preguntándose si encontraría lo que buscaba.

MEDIO REFLEXIÓN

Nico recordaba el día que todo cambió. No el día que Tomás murió, ese día era bruma, fragmentos de violencia que su mente había decidido no procesar del todo. El día después. El día que entendió que nadie iba a ayudarlo. El día que decidió que si quería justicia, tendría que encontrarla él mismo.

Tenía once años. El sistema había procesado a Tomás como “incidente menor”. Muerte accidental. Sin investigación. Sin consecuencias para los responsables. El cuerpo cremado en las instalaciones municipales. Las cenizas perdidas en algún lugar que nadie le quiso decir.

Y la familia de Tomás, sus padres, sus hermanos habían sido borrados, no muertos. Borrados.

Nico había ido a su casa al día siguiente del funeral que nadie había organizado. La casa estaba vacía. No vacía de personas. Vacía de existencia. Las paredes repintadas. Los muebles diferentes. Los vecinos diciendo “nunca vivió nadie ahí” con ojos que creían lo que decían.

El sistema no solo mataba. El sistema hacía que la gente nunca hubiera existido.

Nico había guardado el oso Dember porque era la única prueba de que Tomás había sido real. El único objeto que el sistema no había podido borrar. El único testimonio de una vida que había importado aunque el mundo dijera lo contrario, 1,095 días después, seguía cargando ese oso.

Seguía pintando grafitis para que alguien, cualquier persona, recordara.

Y ahora, finalmente, había encontrado a las personas que podrían hacer algo sobre eso, Leonardo y Anya.

No sabía quiénes eran. Solo sabía que el sistema los había borrado también. Solo sabía que habían sobrevivido al borrado. Solo sabía que si alguien podía entender lo que había perdido, eran ellos.

Y ahora, finalmente, estaba a punto de entrar al restaurante donde Leonardo y Anya servían comida sin recordar quiénes eran.

Guardó el oso en la mochila, respiró profundo.

Y empezó a caminar hacia el Sector 7.

MEDIO ENTRADA

Día cuatro de vigilancia. Nico había aprendido los horarios. Ana llegaba a las 5:15 siempre por la puerta trasera, siempre con el delantal bajo el brazo, siempre con el cabello todavía húmedo de la ducha. Leo a las 5:30 puerta principal, llaves con el amuleto brillante, chaqueta gris. El restaurante abría a las 6:00. El primer cliente era el mismo trabajador de turno de noche que pedía café sin mirar la carta.

Los patrones de la gente que no sabía que era observada.

Hoy iba a entrar. No tenía plan exacto. Había ensayado frases en el callejón donde dormía hablando solo como loco, las palabras rebotando en ladrillos que no respondían. “Soy Nico. Los conocía. ¿Recuerdan algo?” Demasiado directo. “¿Puedo sentarme?” Demasiado vago. “El oso. ¿Reconocen el oso?” Demasiado pronto.

La incertidumbre lo estaba matando más rápido que el hambre.

10:17, cruzó la calle. La puerta hizo un sonido metálico, bisagras oxidadas que necesitaban aceite. El interior olía a grasa vieja y café recién hecho.

Tres mesas ocupadas. Un trabajador dormitando sobre su taza, la barbilla en el pecho, roncando suavemente. Una pareja que no se miraba, cucharas resonando contra platos como conversación que ninguno quería tener. Un hombre solo frente a la ventana, mirando hacia afuera, Leonardo apareció.

¿Mesa o mostrador? La voz era la misma, la misma. Pero vacía. Como palabras sin peso, sin historia, sin los tres años de búsqueda que Nico había invertido en encontrarla. Era la voz de un extraño que usaba la garganta de alguien conocido.

Mesa - dijo Nico.

Las manos temblaban. Las metió en los bolsillos del abrigo.

Leonardo - señaló hacia la mesa 12 junto a la ventana, debajo de un cartel enmarcado que anunciaba “ESPECIALIDAD: ESTOFADO DE LA CASA” en letras que habían sido rojas y ahora eran del color de la sangre seca.

La carta está en la pared.

Se alejó, Nico se sentó.

ASTRAL MADRE

La madre del niño del zapato único se llamaba Marta. Lo había aprendido durante los días de caminata. No porque ella se lo dijera directamente, Marta hablaba poco, concentrando toda su energía en cargar al niño, en dar un paso más, en seguir existiendo. Lo había aprendido por los fragmentos. Por las palabras que murmuraba cuando creía que nadie escuchaba, “Marta, tienes que comer algo.”

“Marta, duerme un poco.”

“Marta, no puedes llevarlo todo el tiempo.”

El niño la llamaba mamá. Solo mamá. No tenía otro nombre para ella.

Y Marta no necesitaba otro nombre.

Era madre. Eso era todo lo que necesitaba ser.

El niño había dejado de dormir tanto. Caminaba ahora, tomado de la mano de Marta, el pie descalzo acostumbrándose a la ceniza, el zapato rojo gastándose un poco más con cada paso. No hablaba mucho, los niños del Astral aprendían que el silencio era seguro, que las palabras llamaban atención, que existir sin ser notado era la única forma de sobrevivir. Pero miraba.

Miraba todo.

Con ojos que veían más de lo que deberían ver.

Con ojos que habían visto demasiado.

Con ojos que entendían que su madre no podría protegerlo para siempre, Don Humo los observaba caminar.

Madre e hijo, Marta y el niño sin nombre.

Dos personas que se aferraban el uno al otro en un mundo que quería borrarlos.

ASTRAL BORDE

El borde era visible ahora. No como antes, una sensación, una intuición, algo que El viejo podía sentir pero no describir. Ahora era visible. Una línea en el horizonte donde el cielo dejaba de ser cielo y se convertía en nada.

No oscuridad.

Nada.

La diferencia era importante. La oscuridad era ausencia de luz. Esto era ausencia de la posibilidad de luz. Ausencia de la posibilidad de sonido. Ausencia de la posibilidad de existir. Si cerrabas los ojos e intentabas imaginar el vacío absoluto, no imaginabas esto. Porque la imaginación requería algo para existir, y aquí no había algo.

Mordió la pipa vacía.

La boquilla de hueso se sentía diferente. Más fría. El frío del borde se estuviera filtrando hacia las cosas, hacia las personas, hacia todo lo que todavía existía.

¿Cuánto avanzó? - preguntó Faith, apareciendo a su lado con pasos que no hacían ruido en la ceniza.

Cinco kilómetros desde ayer.

Se acelera.

Sí.

El grupo caminaba más rápido ahora. Los Outcasts que habían vagado sin propósito durante años de repente tenían urgencia. Pies arrastrándose con velocidad nueva. Rostros mirando hacia atrás cada pocos minutos. El instinto de supervivencia despertando aunque no entendieran de qué huían.

El niño del zapato único ya no dormía.

Caminaba junto a su madre la misma mujer que lo había cargado cuando se unieron, pero ahora con ojeras más profundas y hombros más caídos. Su pie descalzo dejaba marcas pequeñas en la ceniza. El zapato rojo que quedaba hacía un sonido diferente al caminar: uno suave, uno rasposo, uno suave, uno rasposo, miraba hacia atrás cada pocos minutos.

Sabía.

MEDIO ESTOFADO

El estofado llegó en un plato blanco con una fisura en el borde. Ana, Anya, se llamaba Anya aunque no lo recordara, lo trajo con las dos manos. Lo dejó con cuidado. El plato contenía algo más valioso que comida.

Cuidado. Está caliente.

Gracias.

Nico la miró.

Buscó algo. Cualquier cosa. Un destello de reconocimiento. Una chispa de la Anya que había conocido, la que cocinaba para el equipo después de misiones largas, la que ponía romero en todo porque decía que el romero recordaba cosas que la gente olvidaba, la que sonreía cuando nadie la veía porque creía que la alegría era más valiosa cuando no se exhibía, los ojos de Ana eran amables.

Y vacíos de memoria.

¿Algo más? - preguntó.

No. Está bien.

Se alejó.

El delantal se movía con sus pasos. Blanco con manchas que formaban un mapa de meses de trabajo. Grasa aquí. Salsa allá. Una mancha verde que podría haber sido pesto o podría haber sido esperanza mal colocada.

Nico miró el plato.

El estofado era perfecto. Pedazos de carne que se deshacían al contacto con la cuchara. Vegetales cortados en diagonal con la precisión de quien ha hecho el mismo corte miles de veces. Una capa de romero flotando en la superficie como pequeños botes verdes en un mar de salsa oscura.

Romero, lo olió.

El aroma subió y bajó y golpeó algo detrás de las costillas. Sin nombre. Dolía aunque no supiera por qué, tomó la cuchara.

Comió.

Sabía a hogar. A cuidado. A algo hecho con cuidado por alguien que no recordaba a quién había conocido, no sabía a nada.

Porque el sabor requería contexto, y el contexto estaba borrado.

ASTRAL EXPLICACIÓN

El Viejito reunió a los niños mientras el grupo descansaba. Mañana vamos a caminar más rápido contestó. El bastón de hueso descansaba contra su hombro, las vetas oscuras brillando tenuemente. Sin parar tanto. Sin quejas.

¿Por qué?

El Viejito señaló hacia el sur.

La línea de nada era visible incluso aquí, incluso de día, incluso cuando no querías verla. Un corte en el horizonte donde las estrellas falsas dejaban de existir. Donde el cielo se convertía en algo que los ojos no podían procesar.

Porque lo que viene detrás no espera.

La niña del vestido decolorado, los girasoles casi invisibles ahora, fantasmas de flores en tela que había olvidado qué color era, se adelantó.

¿Qué es eso?

El fin de las cosas que no se mueven lo suficientemente rápido.

El bastón crujió contra el suelo.

Los niños miraron hacia el sur. Hacia la línea. Hacia lo que esperaba si dejaban de caminar.

¿Vamos a morir?

El Viejito la miró. Ojos que habían visto más años de los que ella podría imaginar. Arrugas que contenían historias que nunca contaría. Un cuerpo que había dejado de ser humano hace tanto tiempo que ya no recordaba cómo se sentía tener solo una vida.

Todos morimos comentó. La pregunta es cuándo y cómo. Pausa. Yo prefiero el después y el rápido. ¿Y tú?

La niña no respondió, pero asintió.

Eso fue todo.

MEDIO SERVILLETA

Nico pagó con las últimas monedas que le quedaban. Dejó propina más de lo que debería, menos de lo que merecía el estofado. Las monedas tintinearón contra el plato, sonido de metal que había pasado por demasiadas manos. Se levantó para irse.

Pero algo lo detuvo.

La servilleta en su mano. El lápiz en su bolsillo, uno corto, mordido en la punta, con la goma gastada hasta el metal porque la usaba demasiado, porque siempre estaba corrigiendo errores que no podía corregir. Dibujó.

El oso apareció línea a línea. Ojos redondos primero. Después las orejas pequeñas. Después la mancha en el pecho, oscura y definida. No lucía como arte. Nico nunca había sido artista. Era comunicación. Era código. Era el único idioma que sabía hablar ahora.

Era el mismo oso que había pintado cuarenta y tres veces en cuarenta y tres paredes, debajo escribió:

ANYA

No Ana.

Anya.

Su nombre real. El que el sistema le había quitado. El que todavía existía en algún lugar aunque ella no lo recordara.

Dejó la servilleta en la mesa. Junto al plato vacío. Donde ella la encontraría cuando recogiera. Salió.

No miró atrás.

La puerta hizo el mismo sonido metálico al cerrarse. Las bisagras necesitaban aceite. Nadie las aceitaría.

En algún lugar del restaurante, Leonardo recogía mesas.

En algún lugar del restaurante, Anya encontraría una servilleta con un oso y un nombre que no usaba, en algún lugar del futuro, recordarían.

Nico caminó hacia el callejón donde dormía, el oso Dember pesaba en la mochila. Siempre pesaba más después de sembrar semillas.

ASTRAL CONTINUACIÓN

El grupo se puso en marcha antes del amanecer.

El Astral no tenía sol, solo variaciones de gris que pretendían marcar el tiempo. Porque Don Humo había dado la orden y cuando El viejo daba órdenes, la gente obedecía. La experiencia se notaba en la voz, Faith caminaba adelante ahora.

Dos pasos delante del grupo. Explorando. Buscando peligros que no existían. El niño del zapato único la miraba con ojos que veían lo que los demás no veían, 43 personas.

Habían empezado con 52.

Cuatro perdidos sin explicación. Sin despedida. Solo espacios vacíos donde antes había gente, el borde seguía detrás.

Más cerca cada hora, más hambriento cada minuto. ## 095
Ausencia [X]

ASTRAL CAMINO

El camino era más difícil de lo que Don Humo había anticipado.

No por el terreno del Astral, que era predecible en su impredecibilidad, ceniza que crujía, piedras que aparecían donde no deberían, colinas que cambiaban de altura entre un paso y otro. Por la gente. Por las 43 personas que dependían de él para encontrar un camino que no existía.

Los ancianos se cansaban más rápido cada día. Los niños se quejaban menos pero sus ojos perdían brillo. Los adultos cargaban peso que no era solo físico, la responsabilidad de mantener a otros vivos cuando apenas podían mantenerse vivos ellos mismos. Faith caminaba apartada.

Tres pasos atrás o tres pasos adelante, pero nunca junto a nadie. La mochila de las gemelas en su espalda como penitencia que no había elegido.

El Viejito contaba historias para mantener el ánimo. Historias de antes. De cuando el cielo era azul y los pájaros volaban y la comida crecía en la tierra en lugar de aparecer en tanques de laboratorio.

Malika no contaba historias. Malika observaba. Calculaba. Procesaba información que nadie más podía procesar.

Maku tropezaba menos. El cuerpo aprendía. Lentamente. Dolorosamente. Pero aprendía.

Y Copérnico guiaba. Las marcas azules brillando con más intensidad cada día. 68% ahora. Algo crecía dentro de él. Inexplicable, pero que todos seguían.

Porque seguir era lo único que podían hacer.

Porque detenerse era morir.

ASTRAL BORDE CERCANO

El viejo se adelantó del grupo.

Necesitaba ver. Necesitaba confirmar lo que sus sentidos de Jardinero le decían, 300 años de experiencia, el estremecimiento en los huesos con la frecuencia de lo que no debería existir. Necesitaba entender qué tan rápido tenían que moverse para sobrevivir, se detuvo a cien metros del borde.

Aquí el aire era diferente. No más frío ni más caliente. Diferente. Como si le faltara algo esencial que normalmente no notabas hasta que dejaba de estar, el peso del oxígeno, o la textura invisible que el aire tenía cuando podías respirarlo sin pensar. Cada inhalación requería esfuerzo consciente. Cada exhalación costaba.

Miró hacia adelante, el borde no era negro.

No constituía nada.

Era la ausencia de la posibilidad de color. La ausencia de la posibilidad de sonido. La ausencia de la posibilidad de existencia. Si cerrabas los ojos y tratabas de imaginar el vacío, no imaginabas esto. Porque la imaginación requería algo para existir, y aquí no había algo. Aquí no había ni siquiera la posibilidad de algo.

El viejo había escuchado historias sobre el Vacío.

Todos los Jardineros las habían escuchado. Historias que pasaban de generación en generación, contadas en voz baja porque hablar demasiado alto sobre el Vacío era invocarlo. Superstición, había pensado Don Humo durante décadas. Tradición oral que había perdido su significado original y se había convertido en folklore vacío.

Las historias no exageraban. Las historias no podían exagerar, porque el Vacío estaba más allá de la exageración. Estaba más allá de la descripción. Estaba más allá de cualquier cosa que el lenguaje humano pudiera capturar, y se acercaba.

El viejo podía medirlo ahora. Ayer, el borde estaba a 120 metros del punto donde había dormido. Hoy estaba a 100. Cada día ganaba terreno. Cada día devoraba más realidad. Cada día dejaba menos espacio para que ellos existieran.

¿Cuántos días les quedaban?

Hizo los cálculos mentalmente. A este ritmo, en 51 días el Vacío alcanzaría Ciudad Central. En 62 días habría consumido la mitad del Astral. En 84 días no quedaría nada.

84 días, menos de tres meses.

Y todavía tenían que encontrar a Leonardo y Anya. Todavía tenían que reunir al grupo. Todavía tenían que encontrar una manera de detener lo que no podía ser detenido, su pipa tembló en la mano.

La boquilla de hueso estaba más fría. Más lejana. La distancia entre sus dedos y el objeto había crecido aunque nada se hubiera movido. El hueso que había mordido durante 300 años ahora pertenecía a otro mundo. A un mundo que todavía existía.

Nunca había visto nada así, nunca había sentido tanto miedo.

ASTRAL REFLEXIÓN

El viejo volvió al grupo con los hombros más bajos que cuando se había ido.

No les dijo lo que había visto. No les dijo los números. No les añadió que el final del mundo tenía fecha y que esa fecha estaba más cerca de lo que nadie quería imaginar.

¿Qué ganaban con saber?

El conocimiento no iba a detener el Vacío. El conocimiento no iba a hacer que caminaran más rápido. El conocimiento solo iba a añadir miedo a una carga que ya era demasiado pesada.

Así que mintió.

El borde está lejos todavía - admitió cuando Malika le preguntó. Tenemos tiempo.

Malika lo miró con esos ojos que eran antiguos de mentiras y verdades. Sabía que El viejo no estaba siendo honesto. Pero no dijo

nada, algunas mentiras eran necesarias.

Algunas mentiras mantenían a la gente viva un día más.

El viejo se sentó junto a la fogata improvisada.

El niño del zapato único se acercó.

¿Tienes miedo? - preguntó el niño.

Siempre respondía.

Pero sigues caminando.

Siempre.

¿Por qué?

Consideró la pregunta.

300 años. Miles de decisiones. Innumerables razones para rendirse. Y todavía seguía aquí. Todavía ponía un pie delante del otro. Todavía encendía su pipa vacía y mordía la boquilla de hueso.

Porque alguien tiene que hacerlo admitió. Y si no soy yo, ¿quién?

El niño no dijo nada, no entendía.

Pero algo de la respuesta se quedó con él.

Algo para no olvidar.

ASTRAL BORDE CERCANO

El cliente llegó a las 2 de la tarde.

Era diferente a los demás.

Ana lo notó desde la cocina. La manera en que miraba alrededor. La manera en que estudiaba las paredes, las mesas, la carta.

Joven. Veintiuno. Ropa gastada pero limpia. Mochila abultada en el hombro. Ojos que habían visto demasiado para su edad.

Mesa para uno indicó cuando Leo se acercó.

¿Mesa o mostrador?

Mesa. La del fondo. Señaló la mesa 12.

Leo bajó la cabeza. La guió hacia la mesa junto a la ventana.

Ana observaba desde la cocina, había algo familiar en él.

No lo reconocía estaba segura de que no lo había visto antes, al menos no en esta vida, no como Ana. Pero algo en su manera de moverse. En la inclinación de sus hombros. En cómo sus ojos buscaban sin descanso.

Como alguien que había perdido algo y no dejaba de buscar.

El joven pidió el estofado.

Ana lo preparó con más cuidado del habitual. No sabía por qué. Sus manos simplemente lo hicieron cortando los vegetales más fino, revolviendo la salsa más tiempo, añadiendo una pizca extra de romero que flotaba en la superficie como pequeños botes verdes.

Cuando Leo llevó el plato a la mesa 12, el joven no lo tocó inmediatamente, primero lo olió.

Después cerró los ojos.

Después, cuando los abrió, había algo húmedo en ellos que no era vapor del estofado, Ana apartó la mirada.

Tenía trabajo que hacer.

Y clientes que no lloraban por estofado esperando ser atendidos.

ASTRAL ROMERO

El romero estaba en el estante de arriba.

Ana lo alcanzó sin pensar. Su mano sabía dónde estaba, tercera repisa, junto al tomillo, detrás de la sal que compraban en bolsas de kilo porque era más barata. Lo acercó a su nariz.

El aroma subió, y bajó.

Y bajó más, hasta algún lugar detrás de las costillas donde guardaba cosas que no sabía que guardaba. Donde vivían recuerdos que no recordaba tener. Donde el cuerpo sabía cosas que la mente había olvidado.

Alguien había cultivado el romero, alguien que ella conocía.
Alguien que ya no estaba.

No sabía quién. No sabía cómo lo sabía. Solo sabía que el olor del romero significaba algo significaba manos que cocinaban junto a las suyas, significaba risas en cocinas que no recordaba, significaba un nombre que empezaba con L o con N o con nada porque todo era imaginación y no había nadie, los ojos se humedecieron.

La cocina se volvió borrosa. Las ollas de acero inoxidable abolladas por años de uso, con mangos que se calentaban demasiado porque el aislante se había gastado se convirtieron en manchas brillantes. El techo con sus manchas de humedad. La campana extractora activa aunque no debería funcionar.

¿Todo bien?

Leo estaba en la puerta. Delantal atado a la cintura. Un trapo sobre el hombro que usaba para limpiar mesas aunque las mesas ya estuvieran limpias. La preocupación en sus ojos era genuina aunque no supiera por qué.

Sí. Se limpió los ojos con el dorso de la mano. Solo el humo.

No había humo.

La campana extractora zumbaba en silencio, moviendo aire que no contenía nada que hiciera llorar, Leo cerró los ojos. No tenía otra opción.

Se alejó. Ana volvió al trabajo.

El romero seguía en su mano, no lo soltaba.

ASTRAL PORCIONES

Al cierre, Leo separó dos platos pequeños de estofado.

No sabía para quién. No esperaba a nadie. El restaurante cerraba a las diez y después no venía nadie. Pero sus manos lo hicieron igual:

dos porciones pequeñas, del tamaño que un niño comería, cubiertas con papel aluminio, puestas en el estante junto a la puerta trasera.

Ana lo vio.

¿Quién viene?

Leo se quedó mirando los platos. Estante. Papel aluminio. Dos porciones que nadie había pedido.

No sé.

Ana esperó.

No sé repitió. Se secó las manos en el delantal. A veces hago cosas que no entiendo. Esto es una de esas.

Ana no preguntó más.

A la mañana siguiente, los dos platos seguían en el estante. Leo los tiró a la basura sin decir nada. La próxima noche separó dos más.

ASTRAL 4:12 AM

Las niñas estaban en una mesa que no era la del restaurante. La mesa era más grande, de madera clara, y había sol entrando por una ventana que daba a un jardín que Leonardo no reconocía. Las niñas comían algo ¿estofado? con las manos, manchándose la cara, y Luna estaba sentada frente a ellas limpiándolas con una servilleta que tenía un logo que Leonardo no podía leer porque las letras se movían.

Quiso acercarse. Quiso preguntar por qué no le habían avisado, por qué no le habían dicho que estaban bien, que eso le hubiera dado

Una de las niñas lo miró. Pero la cara no fue la que recordaba. O no recordaba la cara. Los ojos sí. Los ojos eran correctos. El resto se desdibujaba cada vez que intentaba enfocarlos, como una fotografía que alguien hubiera mojado.

Luna - respondió algo pero las palabras salieron en un idioma que no existía.

Leonardo abrió la boca para preguntar y el sonido del grifo lo sacó de la mesa, del jardín, de las caras que ya no podía reconstruir completas.

4:12. Penumbra. Ana respirando.

Los platos seguían en el estante.

ASTRAL VIEJITO

El cliente llegó a las 2 de la tarde.

Era diferente a los demás.

Ana lo notó desde la cocina. La manera en que miraba alrededor. La manera en que estudiaba las paredes, las mesas, la carta.

Joven. Veintiuno. Ropa gastada pero limpia. Mochila abultada en el hombro. Ojos que habían visto demasiado para su edad.

Mesa para uno indicó cuando Leo se acercó.

¿Mesa o mostrador?

Mesa. La del fondo. Señaló la mesa 12.

Leo bajó la cabeza. La guió hacia la mesa junto a la ventana.

Ana observaba desde la cocina, había algo familiar en él.

No lo reconocía estaba segura de que no lo había visto antes, al menos no en esta vida, no como Ana. Pero algo en su manera de moverse. En la inclinación de sus hombros. En cómo sus ojos buscaban sin descanso.

Como alguien que había perdido algo y no dejaba de buscar.

El joven pidió el estofado.

Ana lo preparó con más cuidado del habitual. No sabía por qué. Sus manos simplemente lo hicieron cortando los vegetales más fino,

revolviendo la salsa más tiempo, añadiendo una pizca extra de romero que flotaba en la superficie como pequeños botes verdes.

Cuando Leo llevó el plato a la mesa 12, el joven no lo tocó inmediatamente, primero lo olió.

Después cerró los ojos.

Después, cuando los abrió, había algo húmedo en ellos que no era vapor del estofado, Ana apartó la mirada.

Tenía trabajo que hacer.

Y clientes que no lloraban por estofado esperando ser atendidos.

ASTRAL ROMERO

El romero estaba en el estante de arriba.

Ana lo alcanzó sin pensar. Su mano sabía dónde estaba, tercera repisa, junto al tomillo, detrás de la sal que compraban en bolsas de kilo porque era más barata. Lo acercó a su nariz.

El aroma subió, y bajó.

Y bajó más, hasta algún lugar detrás de las costillas donde guardaba cosas que no sabía que guardaba. Donde vivían recuerdos que no recordaba tener. Donde el cuerpo sabía cosas que la mente había olvidado.

Alguien había cultivado el romero, alguien que ella conocía.

Alguien que ya no estaba.

No sabía quién. No sabía cómo lo sabía. Solo sabía que el olor del romero significaba algo significaba manos que cocinaban junto a las suyas, significaba risas en cocinas que no recordaba, significaba un nombre que empezaba con L o con N o con nada porque todo era imaginación y no había nadie, los ojos se humedecieron.

La cocina se volvió borrosa. Las ollas de acero inoxidable abolladas por años de uso, con mangos que se calentaban demasiado

porque el aislante se había gastado se convirtieron en manchas brillantes. El techo con sus manchas de humedad. La campana extractora activa aunque no debería funcionar.

¿Todo bien?

Leo estaba en la puerta. Delantal atado a la cintura. Un trapo sobre el hombro que usaba para limpiar mesas aunque las mesas ya estuvieran limpias. La preocupación en sus ojos era genuina aunque no supiera por qué.

Sí. Se limpió los ojos con el dorso de la mano. Solo el humo.

No había humo.

La campana extractora zumbaba en silencio, moviendo aire que no contenía nada que hiciera llorar, Leo cerró los ojos. No tenía otra opción.

Se alejó. Ana volvió al trabajo.

El romero seguía en su mano, no lo soltaba.

ASTRAL PORCIONES

Al cierre, Leo separó dos platos pequeños de estofado.

No sabía para quién. No esperaba a nadie. El restaurante cerraba a las diez y después no venía nadie. Pero sus manos lo hicieron igual: dos porciones pequeñas, del tamaño que un niño comería, cubiertas con papel aluminio, p El viejo escuchó pasos detrás.

El Viejito. El bastón de hueso no hacía ruido en la ceniza demasiado suave, demasiado ligero. El bastón sabía cómo moverse sin perturbar. Las vetas oscuras brillaban tenuemente, respondiendo a lo que no podía ver.

¿Qué ves? - preguntó el viejo.

El fin.

¿Así de simple?

Así de simple. Señaló hacia la línea. No hay forma de negociarlo. No hay forma de evitarlo. Solo hay forma de correr más rápido.

El Viejito se paró a su lado. Miraron juntos hacia la ausencia. Dos figuras pequeñas frente a lo que no tenía tamaño porque el tamaño requería espacio y aquí el espacio había dejado de existir.

Yo viví aquí alguna vez - dijo el Viejito. Antes de que fuera esto. Había ciudades. Caminos. Gente que iba a lugares porque quería ir, no porque tuviera que huir.

¿Qué pasó?

El sistema decidió que costaba demasiado mantenerlo. Pausa. El bastón giró entre sus dedos, las vetas oscuras formando patrones que eran palabras. Así que dejó de mantenerlo. Y esto es lo que queda cuando dejas de mantener algo. Lo miró.

¿El sistema?

La cosa que está detrás de todo. La razón por la que existimos. Y la razón por la que estamos dejando de existir.

¿Tiene nombre?

Tiene muchos nombres. El Viejito sonrió. Dientes faltantes que dejaban huecos oscuros como pozos sin fondo. Ninguno importa. Los nombres son para cosas que puedes entender. Esto no se puede entender. Solo se puede sobrevivir, el borde parpadeó.

No con luz, con hambre.

MEDIO SERVILLETA

La servilleta estaba en el bolsillo de Leo.

No sabía por qué la había guardado. No sabía por qué importaba. Solo sabía que cuando vio el dibujo el oso con ojos redondos, la mancha oscura en el pecho, el nombre ANYA debajo algo en su pecho se había movido. Sin nombre. Sin recuerdo de haberlo sentido antes.

Aunque lo había sentido. Lo había sentido muchas veces. El sentimiento era tan familiar que debería reconocerlo pero no podía porque el lugar donde guardaba los reconocimientos estaba vacío.

En el baño del restaurante azulejos blancos con grietas que formaban patrones de ríos, espejo manchado con marcas de dedos de docenas de personas que habían mirado sus reflejos sin verse realmente sacó la servilleta, la miró.

ANYA.

No Ana.

Anya.

¿Era su nombre real? ¿Tenía un nombre real? ¿Había existido antes de este restaurante, antes de estas mesas, antes de esta vida que no recordaba haber empezado?

Las preguntas no tenían respuestas.

Pero el oso la miraba desde el papel.

Y el oso sabía. Leo guardó la servilleta.

No volvió al trabajo.

Salió por la puerta trasera mientras Ana cortaba cebollas y Marcos contaba la caja del mediodía. La oficina de registros civiles estaba a tres cuerdas un edificio gris con pantallas fluorescentes que listaban turnos de espera que nadie terminaba de esperar. Leo llegó a las 13:40 y - pidió acceso a registros de defunción de los últimos diez años. La funcionaria lo miró con la expresión de alguien que ya sabe la respuesta.

¿Número de registro?

No tenía número de registro.

Sin registro no podemos buscar registros. La funcionaria - señaló un formulario de 23 páginas que colgaba de un dispensador de

pared. Puede solicitar un registro temporal con el formulario A-17, que requiere una copia del formulario de residencia B-4, que requiere

Leonardo se fue antes de que terminara.

Cuando volvió al restaurante cuarenta minutos después, Marcos estaba en la cocina con los brazos cruzados y Ana tenía las manos rojas de lavar los platos que Leo debería haber lavado.

Una más - dijo Marcos y los dos se van.

Ana no le habló durante el resto del turno. No por castigo. Porque no sabía qué decirle a alguien que desaparecía para buscar lo innombrable y que ponía en riesgo lo único concreto que tenían.

Las mesas esperaban. Los clientes esperaban. Leo funcionaba.

ASTRAL DESCANSO

El grupo se detuvo a descansar.

El viejo contó las cabezas. 43. Habían empezado con 52. Cuatro perdidos en tres días sin drama, sin discurso, no estaban cuando el grupo se movió. Nadie preguntaba por ellos. Nadie mencionaba sus nombres. El Astral no solo borraba cuerpos. También memorias de cuerpos.

El niño del zapato único dormía en brazos de su madre.

La costra en su talón había sanado. Piel nueva, rosada, donde antes había habido herida. Pequeños milagros que el Astral concedía a veces, cuando no estaba ocupado destruyendo cosas más grandes.

Faith se acercó.

¿Cuánto falta para Ciudad Central?

Tres días si el camino se mantiene.

¿Y si no se mantiene?

Miró hacia el sur, la línea de ausencia estaba más cerca.

Siempre más cerca.

Entonces corremos.

Faith cerró los ojos un momento. No había miedo en sus ojos. Solo determinación. Solo la voluntad de alguien que había perdido demasiado para tener miedo de perder más.

MEDIO RESPUESTA

Nico volvió esa noche.

No al restaurante. Al callejón de enfrente. A la pared donde había pintado el grafiti número cuarenta y cuatro ladrillos rojos que habían absorbido la pintura como esponjas sedientas, alguien había añadido algo.

Debajo del oso, un número.

Diferente al patrón.

0.12 Hz.

Nico se acercó. La pintura era fresca podía olerla, ese olor químico que significaba que alguien más había estado aquí hace horas, menos. La letra era pequeña, precisa, de alguien que sabía lo que escribía aunque Nico no entendiera qué significaba, 0.12 Hz.

¿Una frecuencia? ¿Una señal? ¿Un código?

No lo sabía, pero alguien había respondido a su oso.

Alguien que entendía, alguien que sabía cosas.

Se quedó mirando el número durante varios minutos. Tratando de entender. Tratando de descifrar el mensaje que alguien le había dejado.

Las frecuencias significaban algo en el mundo que el sistema controlaba. Las torres TAAT emitían frecuencias. Los dispositivos de comunicación funcionaban con frecuencias. Todo lo que el sistema usaba para vigilar y controlar y borrar funcionaba con frecuencias.

0.12 Hz era baja. Muy baja. Casi imperceptible.

La clase de frecuencia que podría pasar desapercibida. La clase de frecuencia que el sistema no monitoreaba porque era demasiado lenta para importar.

¿Era eso? ¿Una forma de comunicación que el sistema no podía detectar?

Sacó el spray. Lo agitó el sonido metálico de la bola mezcladora, quedaba pintura para dos grafitis más. Debajo del número, dibujó otro oso, este mirando hacia arriba.

Buscaba algo en el cielo. La conversación había empezado. ##
096 Corte [A]

MEDIO COCINA

La cocina del Turno Largo era pequeña pero funcional. Cuatro metros por tres. Un pasillo estrecho entre la estufa y la mesa de preparación donde dos personas no podían cruzarse sin tocarse. El extractor de humos había dejado de funcionar hace semanas; el dueño prometía arreglarlo cada día, pero cada día encontraba una razón para no hacerlo. Así que el vapor y el humo se acumulaban hasta que alguien abría la puerta trasera para ventilar. El calor era constante, opresivo.

Ana había aprendido a trabajar con ropa mínima debajo del delantal: camiseta de tirantes, pantalones ligeros, ninguna joya que pudiera calentarse y quemarla. Aun así, el sudor le corría por la espalda, por los brazos, goteando de sus codos mientras picaba y removía y probaba.

Las baldosas del suelo estaban agrietadas en tres lugares. Una grieta corría desde la esquina de la estufa hasta el desagüe central, lo suficientemente ancha para atrapar el tacón de un zapato si no tenías

cuidado. Ana había tropezado ahí la primera semana, derramando medio litro de caldo caliente sobre su brazo izquierdo. La cicatriz todavía brillaba cuando el sudor la cubría.

Ana había aprendido sus secretos durante las primeras semanas. Sabía qué quemadores funcionaban mejor. Cuáles tenían llamas desiguales que arruinaban cualquier cocción delicada. Dónde guardaba el dueño los ingredientes que valían más: las especias importadas, el aceite de oliva real, la sal que no era sintética. Dónde escondía los que nadie debería usar: las latas vencidas, los vegetales que estaban a punto de pudrirse, las carnes que habían pasado demasiado tiempo en el congelador roto.

El dueño se llamaba Marcos. Un hombre viejo que había heredado el restaurante de su madre, quien lo había heredado de la suya. Tres generaciones de comida servida en el mismo lugar. Las paredes tenían memorias aunque la gente que las había hecho ya no existiera.

Mi abuela decía que la comida tiene alma. Le había dicho Marcos la primera semana: “Que cuando cocinas, parte de ti se queda en el plato.”

Ana no recordaba si creía en almas. No recordaba si creía en algo. Solo sabía que cuando cocinaba, algo se movía dentro de ella. Algo que no tenía nombre pero que era como verdad.

El cliente de la mesa 4 pidió lo de siempre.

Brauer. Registrador de Coherencia, Sector 7. Venía cada jueves a las 12:15. Estofado con pan, agua sin hielo. Dejaba propina exacta del quince por ciento y acomodaba la silla al levantarse.

Leo lo atendía porque Ana evitaba la sala. Brauer siempre le revisaba la pulsera, no con el escáner oficial, solo una mirada rápida

al color, al brillo, al ritmo del parpadeo. Una vez le había dicho: “Su pulsera está desincronizada. Puedo recalibrársela si quiere. Gratis. Es parte del servicio.”

Leo había dicho que no.

Brauer había asentido. Siempre la misma sonrisa comprensiva. La de alguien que genuinamente cree estar ayudando.

Hoy cocinaba estofado.

El mismo estofado de siempre. Carne que se deshacía. Vegetales cortados en diagonal. Romero flotando en la superficie, pero hoy era diferente.

Hoy alguien había dejado otro dibujo en la mesa 12.

Y Leo había dejado tres servilletas en el cubo de basura con la misma cara dibujada a lápiz. Ana las había visto antes de que él las tirara. Siempre la misma: mujer joven, pelo largo, algo en la inclinación de la cabeza que Leo repetía sin variación. Los dedos sabían la forma exacta aunque la mente no pudiera nombrarla.

¿Quién es? le había preguntado la primera vez.

Nadie. Garabatos.

Pero los garabatos tenían precisión. Y Leo los hacía solo cuando el restaurante se vaciaba y sus manos no tenían nada que cargar.

Hoy las preguntas se acumulaban más rápido de lo que podía ignorarlas.

MEDIO COCINA

Las manos sabían cosas que la mente no recordaba.

Ana cortaba vegetales sin pensar. El cuchillo subiendo y bajando acero que había perdido el filo hace meses pero que ella afilaba cada noche con una piedra gastada, el sonido de metal contra piedra como

oración repetida. Cebolla, zanahoria, apio. El mirepoix que formaba la base de todo lo que cocinaba, el corte era diagonal.

No sabía por qué diagonal. Alguien le había enseñado las manos recordaban a alguien más grande, más cálido, inclinándose sobre su hombro para corregir el ángulo. Pero la mente no sabía quién. La mente solo veía vacío donde debería haber un rostro. Un nombre. Una historia.

Cocinas como mi madre había dicho el dueño del restaurante la primera semana.

No recuerdo a tu madre.

Ella tampoco te recordaría. Murió hace veinte años. Había sonreído, arrugas profundas alrededor de ojos que habían visto demasiadas despedidas. Pero cocinaba igual que tú. Los mismos cortes. El mismo ritmo. Eso es suficiente, ahora Ana cortaba.

Y las manos sabían.

MEDIO FRAGMENTOS

A veces, mientras cocinaba, Ana tenía fragmentos.

No eran recuerdos. Los recuerdos tenían forma, tenían contexto, tenían principio y final. Los fragmentos eran diferentes. Eran sensaciones sin origen. Imágenes sin marco. Emociones sin causa aparente.

Un fragmento: el olor de sal y mar. No lo había olido desde que despertó en el callejón, pero lo conocía. Lo reconocía. Significaba algo hogar, o despedida, o ambos.

Otro fragmento: manos grandes sobre las suyas, guiando el movimiento del cuchillo. La voz era masculina pero suave. Decía algo sobre el ángulo, sobre la presión, sobre cómo la carne tenía memoria y respondía diferente según cómo la cortaras.

Otro fragmento: risa. No sabía de quién. Solo sabía que era importante. Que la echaba de menos aunque no pudiera nombrar a quien reía.

Los fragmentos llegaban sin aviso y se iban igual de rápido.

Ana había intentado atraparlos al principio. Concentrarse. Seguir el hilo. Ver adónde llevaban, no llevaban a ningún lado.

Los fragmentos eran como burbujas que subían desde agua oscura. Tocaban la superficie un momento, brillaban con luz prestada, y después estallaban. Dejaban humedad pero no forma. Dejaban sensación sin embargo, no conocimiento.

Leo tenía fragmentos también.

No hablaban de ellos. No hacía falta. Cuando uno de los dos se quedaba mirando al vacío cuando el cuchillo se detenía a mitad de corte, cuando una bandeja permanecía sostenida en el aire un segundo de más, el otro entendía. El otro esperaba. El otro seguía trabajando hasta que el fragmento pasaba y la realidad volvía a ser sólida.

Era una forma de comunicación, era costumbre.

Ana no lo sabía con certeza.

Solo sabía que no quería cocinar sin él cerca.

ASTRAL PROGRESO

Sabían cuánta presión aplicar. Sabían el ángulo exacto. Sabían cuándo el vegetal estaba a punto y cuándo necesitaba más tiempo. Sabían cosas que ella no había aprendido o que había aprendido y olvidado, o que alguien le había enseñado en una vida que ya no existía.

La cebolla hizo lo que las cebollas hacen.

Las lágrimas llegaron. Pero estas lágrimas eran diferentes a las del romero. Estas tenían causa química. Estas podía explicarlas.

Las otras no.

ASTRAL TROPIEZO

Maku tropezó.

Por sexta vez en la última hora. El pie izquierdo no obedecía demasiado grande, demasiado torpe, conectado a una pierna que todavía se sentía ajena. Siglos como frecuencia pura. Tres semanas como carne y hueso. El desequilibrio era insoportable, cayó.

Las rodillas golpearon la ceniza azul. Las manos se extendieron para amortiguar. La ceniza era suave como talco y fría.

Copérnico se acercó.

Se apoyó contra su costado el calor del cuerpo del perro atravesando la tela del pantalón, las marcas azules brillando. Como diciendo: estoy aquí, no estás sola.

¿Necesitas ayuda? - preguntó el Viejito, apareciendo con su bastón de hueso. La manera en que aparecía siempre era repentina. Existía en los márgenes de la atención y solo entraba al centro cuando quería.

No.

¿Estás segura?

No.

El Viejito rio. Un sonido que no correspondía a su apariencia más joven, más libre. La risa venía de alguien que había sido antes de convertirse en esto.

Al menos eres honesta.

Le ofreció la mano.

La piel estaba fría siempre fría, más fría de lo que la piel humana debería estar. Pero la fuerza detrás era real. La levantó sin esfuerzo, con Maku en brazos sin esfuerzo visible, los cuerpos humanos ligeros para ella.

El ritmo del bastón marcando los pasos. Uno, dos, uno, dos. Como metrónomo. Como corazón extra que latía fuera del cuerpo.

¿Cómo era? - preguntó Maku. Ser solo frecuencia.

¿Cómo sabes que fui...?

Reconozco a los míos.

Las tuberías goteaban.

El Viejito tocó el bastón. Los dedos recorriendo las vetas oscuras que podrían haber sido palabras en un idioma que ya nadie hablaba.

Era más simple añadió. Sin hambre. Sin dolor. Sin la necesidad constante de mover un cuerpo que pesa demasiado. Sin tener que pensar en respirar. En comer. En dormir. En todas las pequeñas tiranías de la carne.

¿Lo extrañas?

Cada segundo.

¿Por qué no vuelves?

Porque no puedo. Pausa. El bastón giró entre sus dedos. Y aunque pudiera, hay cosas que solo puedes hacer con manos.

Maku miró sus manos.

Humanas. Torpes. Limitadas. Con líneas en las palmas que supuestamente significaban algo vida, corazón, cabeza, destino. Con uñas que crecían demasiado rápido. Con callos que se formaban donde no debían.

Pero capaces de tocar, capaces de sentir.

Capaces de cosas que la frecuencia nunca había permitido.

MEDIO MENSAJE

La servilleta apareció en el bolsillo de Ana.

No la que Leo había guardado. Otra. Nueva. Encontrada debajo de un plato en la mesa 12 cuando recogía a las 3 de la tarde. El plato todavía tenía restos de estofado, la salsa formando un círculo perfecto donde había estado la cuchara, como eclipse en miniatura, un oso mirando hacia arriba.

Y debajo, una pregunta:

¿Recuerdas el romero?

Ana la leyó tres veces, cuatro. Cinco. ¿Recordaba el romero? Sí. No. No sabía. El olor del romero le hacía llorar sin saber por qué. Las manos lo buscaban en los estantes antes de que la mente decidiera usarlo. ¿Eso era recordar o solo reaccionar? ¿Era memoria o solo hábito? ¿Había diferencia?

¿Qué es eso?

Leo estaba detrás de ella. Había entrado a la cocina sin hacer ruido o ella había estado demasiado concentrada en el papel para escuchar, demasiado perdida en preguntas que no tenían respuestas.

Nada. Guardó la servilleta en el bolsillo del delantal, junto a la otra, junto a todas las preguntas que se acumulaban. Alguien dejó un dibujo.

¿Quién?

No sé.

Leo la miró.

Había algo en sus ojos. La misma confusión que ella sentía. El mismo vacío donde deberían haber recuerdos pero solo había preguntas. Los dos miraban hacia el mismo agujero sin fondo.

Yo también recibí uno respondió. Hace días.

¿Qué decía?

Mi nombre. El que no uso. El extractor zumbaba. Los platos esperaban en el fregadero agua turbia con restos de comida flotando como hojas en un estanque olvidado.

El reloj de la pared hacía tictac con un ritmo que no correspondía a los segundos reales.

Alguien nos conoce - dijo Ana.

Sí.

Alguien sabe quiénes somos.

Sí.

¿Qué hacemos?

Leo miró hacia la ventana. Hacia la calle donde alguien los observaba ahora mismo. Hacia el mundo lleno de ojos que veían cosas que ellos no podían ver.

Esperamos. Hasta que decida mostrarse.

Ana tocó la servilleta en su bolsillo, el papel era áspero contra sus dedos.

El oso seguía mirando hacia arriba, buscando sin encontrar.

ASTRAL CUERPO

El cuerpo era una jaula.

Maku lo había entendido en su primera semana como humana. Pero ahora, caminando junto al Viejito, lo sentía más que nunca. Cada músculo era una cuerda que debía tensar conscientemente. Cada articulación era una bisagra que podía trabarse sin aviso. Cada órgano interno hacía ruidos que no controlaba: gorgoteos, latidos, el silbido del aire entrando y saliendo de pulmones que funcionaban aunque ella no les diera permiso.

¿Sabes qué es lo peor? - preguntó al Viejito.

¿De qué?

De esto. Señaló su cuerpo. De tener carne.

El Viejito consideró la pregunta mientras caminaba. Su bastón marcaba el ritmo. Uno, dos. Uno, dos.

El dolor comentó. El dolor es lo peor. Como frecuencia, nunca había sentido dolor. Como carne. El dolor es constante. Los pies duelen de caminar. La espalda duele de cargar peso. Los músculos duelen de existir.

No fue eso en lo que pensaba.

¿Entonces qué?

Maku miró sus manos. Las líneas. Los dedos. Las uñas que crecían aunque no quisiera.

El tiempo dijo. Como frecuencia, el tiempo no importaba. Podía existir durante miles de años y cada momento era igual. Ahora... ahora siento cómo pasa. Siento cómo me quita cosas. Siento cómo me empuja hacia adelante aunque no quiera ir.

Eso se llama envejecer.

Lo sé. Pausa. Y es aterrador.

El Viejito asintió.

Bienvenida a ser humana.

Copérnico gruñó junto a ellos. Las marcas azules brillaban. 72% ahora. Creciendo cada día, el perro no hablaba.

Pero sus ojos decían: entiendo, entiendo mejor de lo que crees.

ASTRAL HABITANTES

Los habitantes de Ciudad Central no los notaron.

Caminaban en líneas rectas. Pasos mecánicos. Rostros vacíos de expresión. Como autómatas de carne y hueso que habían olvidado cómo ser humanos.

El grupo se detuvo en una plaza que había sido plaza, ahora era solo un espacio abierto entre torres inclinadas, con fuentes secas y bancas rotas y estatuas de personas que nadie recordaba.

El viejo contó las cabezas. 40. Habían perdido tres más durante la última noche. Uno había simplemente desaparecido mientras dormía. Dos habían caminado hacia el borde cuando nadie miraba. Sin despedida. Sin mirar atrás.

¿Por qué caminan así? - preguntó la niña del vestido decolorado, señalando a los habitantes.

Porque el sistema los necesita así - dijo el Viejito. Procesar datos. Llenar formularios. Mantener la ciudad funcionando aunque la ciudad ya no funcione.

¿Sufren?

No lo sé. Sufrían al principio. Acaso ahora ya no recuerdan cómo sufrir, la niña miró a los habitantes.

Una mujer pasó junto a ella sin detenerse. Sin mirarla. Sin notar que existía.

Eso es peor que sufrir - dijo la niña.

El Viejito no respondió, pero bajó la barbilla.

Porque la niña tenía razón, olvidar cómo sufrir era peor que sufrir.

ASTRAL CIUDAD

Ciudad Central apareció en el horizonte.

No como El viejo la recordaba. No como nadie la recordaba. Torres que se inclinaban en ángulos imposibles: una a 17 grados, otra a 23, una tercera casi horizontal pero de algún modo todavía en pie, desafiando la física, desafiando la lógica, desafiando todo lo que se suponía que debía ser verdad. El cielo sobre la ciudad tenía manchas.

Rectángulos de color donde el color se había detenido. Píxeles muertos, pensó Maku, aunque no sabía de dónde venía la palabra. Como pantalla vieja. Como sistema que había dejado de funcionar pero que nadie había apagado.

¿Eso es Ciudad Central? - preguntó Faith.

Eso es lo que queda dijo.

40 personas. Habían perdido tres más durante la última noche. Nadie preguntaba cómo. Nadie preguntaba por qué. El Astral tomaba lo que quería y nadie tenía derecho a objetar, el Viejito se adelantó.

Su bastón hacía un sonido diferente aquí, más hueco, el suelo sonaba hueco, caminando sobre cascarón frágil que podría romperse en cualquier momento.

Dos días más dijo. Acaso menos si encontramos las alcantarillas.

¿Y después?

Después descubrimos qué hay en el norte.

El grupo siguió adelante, hacia las torres inclinadas.

Hacia los píxeles muertos.

Hacia lo que quedaba de lo que había sido ciudad. ## 097
División [A]

MEDIO INVESTIGACIÓN

Locke revisó los archivos tres veces.

La oficina estaba vacía excepto por él y Sánchez. El resto del personal había sido reasignado. O había desaparecido. O había dejado de venir porque nadie los obligaba y el sistema había olvidado que existían, los archivos del caso estaban incompletos.

Páginas faltantes. Secciones tachadas con marcador negro tan grueso que la tinta había traspasado el papel. Fotografías que

deberían estar ahí pero que habían sido removidas, dejando solo los rectángulos vacíos donde habían estado pegadas.

Alguien no quería que encontráramos esto - dijo Sánchez.

Alguien muy meticuloso.

¿El sistema?

Locke tocó una de las páginas tachadas. La tinta negra estaba seca, vieja, aplicada hace años. O alguien dentro del sistema.

¿Cuál es la diferencia?

La diferencia es que el sistema no tiene intención. Solo tiene protocolo. Pausa. Pero una persona dentro del sistema puede tener agenda. Puede querer ocultar cosas específicas. Puede saber qué borrar y qué dejar, Sánchez hizo un gesto breve.

Sus manos temblaban menos hoy. El café ayudaba. O la certeza de que había algo que encontrar ayudaba más que el café.

¿Qué hacemos?

Buscamos lo que no borraron. Locke - señaló hacia los grafitis en las fotografías. Los osos. Los números. Las frecuencias. Alguien está dejando pistas. Alguien que sabe lo que pasó y que no puede decirlo directamente.

¿Por qué no puede decirlo directamente?

Porque decirlo directamente significaría que el sistema lo encontrara. Y el sistema borra lo que encuentra.

MEDIO PATRONES

Locke extendió las fotografías sobre su escritorio.

Cuarenta y siete imágenes de grafitis. Osos pintados en paredes de diferentes sectores. Algunos grandes, algunos pequeños. Algunos con números al lado. Algunos solos, pero todos tenían algo en común.

La técnica. La manera en que las líneas se curvaban. El ángulo específico de los ojos de botón. La posición de las orejas.

Es la misma persona - dijo Locke. Todos estos grafitis fueron hechos por la misma mano.

¿Cómo puedes estar seguro?

Porque los detalles no mienten. Señaló una de las imágenes. Mira el trazo aquí. La presión del spray varía de manera específica. Más fuerte al inicio, más suave al final. Es una firma. Una marca que no se puede falsificar, Sánchez estudió las fotografías.

¿Y los números?

Los números son más difíciles. Locke había pasado noches tratando de descifrarlos. Aparecen en secuencias que no tienen sentido matemático obvio. 47. 7. 432. 7.83. Algunos se repiten. Otros no.

¿Coordenadas?

Lo pensé. Pero no corresponden a ninguna ubicación conocida.

¿Fechas?

También lo probé. Tampoco encajan.

¿Entonces qué son?

Locke miró los números.

El número aparecía más que ningún otro. En 23 de las 52 fotografías. A veces grande. A veces pequeño. A veces escondido en los detalles del oso.

No lo sé todavía admitió. Pero significa algo. Algo importante. Algo que alguien quiere que encontremos, el ventilador chirrió.

El cactus muerto seguía muerto, pero algo había cambiado.

Algo se movía en las sombras de lo que el sistema quería olvidar.

Y Locke iba a encontrarlo.

ASTRAL DESCENSO

Las escaleras bajaban más de lo que parecía posible.

Faith dejó de contar después de los primeros cien. Los números no servían aquí. El descenso continuaba aunque la lógica dijera que deberían haber llegado al centro del mundo hace rato.

La tiniebla era diferente aquí.

No parecía ausencia de luz había luz, el brillo verdoso de algo orgánico que crecía en las paredes, algo que pulsaba con ritmo lento como corazón de criatura enorme. Era oscuridad de otro tipo. Lo oscuro de cosas que no querían ser vistas.

El aire olía a metal y a humedad.

¿Cuánto más? - preguntó alguien detrás de ella.

Lo que sea necesario respondió.

Los Outcasts bajaban en fila. Ancianos apoyándose en las paredes. Niños tomados de las manos de adultos que fingían no tener miedo. El Viejito con su bastón haciendo eco en cada escalón.

37 personas descendiendo hacia lo desconocido, porque arriba todo se deshacía.

Porque abajo había algo, o solo había más oscuridad.

Pero la negrura era preferible a la nada.

Todo era preferible a la nada.

ASTRAL TÚNELES

Los túneles de Ciudad Central no seguían lógica.

Faith había intentado mapearlos mentalmente durante las primeras horas. Izquierda, derecha, recto, escaleras abajo. Pero los túneles cambiaban. Lo que había sido izquierda se convertía en derecha. Las escaleras que bajaban de pronto subían. El mapa mental se desmoronaba con cada paso.

No intentes entenderlo - dijo Malika, apareciendo a su lado como siempre lo hacía, sin ruido, sin aviso. Los túneles responden a intención, no a geometría.

¿Qué significa eso?

Significa que si quieres ir al norte, piensa en el norte. Los túneles te llevarán.

¿Y si no sé lo que quiero?

Malika la miró. Ojos que no juzgaban. Ojos que solo procesaban.

Entonces los túneles te llevarán a donde necesitas ir. Que no siempre es donde quieres ir, Faith pensó en las gemelas.

No quería pensar en ellas. Pero el pensamiento vino sin permiso, como siempre venía. Iris e Ilis. La traición. El dolor que todavía no había procesado porque procesarlo significaría admitir que había pasado.

Los túneles se estrecharon, las paredes se acercaron.

El techo bajó hasta que tuvo que agacharse.

Estás pensando en algo doloroso - contestó Malika. Los túneles responden al dolor estrechándose.

¿Cómo lo detengo?

Piensa en otra cosa.

Faith intentó pensar en el norte. En el destino. En cualquier cosa que no fuera la traición de las gemelas, los túneles se ensancharon.

Lentamente, pero se ensancharon.

Mejor - dijo Malika. Sigue así.

Faith siguió caminando.

Y siguió intentando no pensar en las gemelas.

Con éxito variable.

MEDIO REGRESO

Sánchez volvió a la oficina.

Locke casi no la reconoció. El cabello más gris mechas que antes habían sido negras ahora del color de la ceniza. Algo la había quemado desde adentro. Los ojos más hundidos. Las ojeras más profundas. Las manos que temblaban cuando tomaba café de una taza que decía MEJOR DETECTIVE 2019 con letras que se habían desvanecido hasta ser casi invisibles.

¿Dónde estuviste?

Investigando.

No había casos asignados.

No se trataba de un caso oficial.

Locke esperó.

El ventilador del techo giraba con un chirrido que nadie había arreglado en años. Las aspas tenían polvo acumulado capas que formaban mini-dunas, ecosistemas de negligencia administrativa. El aire que movía era caliente y no servía para nada excepto para recordar que el sistema había olvidado esta oficina hace mucho tiempo.

Sánchez sacó un expediente.

Diferente al sobre manila. Este era nuevo. Hojas impresas en papel que todavía olía a tóner. Fotografías con los bordes afilados, recién cortadas, frescas de una impresora que probablemente no debería haber usado.

El caso dijo. Lo reabrí.

Está cerrado.

Lo cerré yo. Sánchez lo miró. Ojos que habían visto algo que no podía nombrar, que no quería nombrar. Y no recuerdo haberlo cerrado, el humo se quedó entre los dos.

El ventilador chirrió.

Yo tampoco recuerdo - dijo Locke.

Lo sé. Por eso investigué.

Puso las fotografías sobre la mesa.

Niños. Docenas de niños. Rostros que miraban hacia la cámara con expresiones que variaban entre confusión y miedo. Fechas escritas en los bordes con marcador permanente algunas de hace años, otras de meses, todas con la misma caligrafía cuidadosa de alguien que documentaba lo que no debería documentar.

¿Qué encontraste?

Nada. Ese es el problema. Sánchez - señaló las fotos con un dedo que temblaba. Estos niños no existen. No hay registros de nacimiento. No hay familias que los reclamen. No hay escuelas que los extrañen. Nada.

¿Cómo pueden no existir si tenemos fotos?

Se dejó caer en la silla. El metal chirrió contra el suelo. Exactamente esa es la pregunta que me ha mantenido despierta tres semanas.

ASTRAL FE PERDIDA

Faith había dejado de creer.

No en Dios nunca había creído en Dios, no de la manera en que la gente normal creía. Había dejado de creer en las personas. En la posibilidad de confiar. En la idea de que alguien pudiera ser justo lo que decía ser, las gemelas le habían enseñado eso.

Iris con sus sonrisas que parecían genuinas. Ilis con su humor ácido que parecía honesto. Las dos con sus promesas de lealtad que habían resultado ser vacías como cáscaras de huevo pisadas.

Ahora Faith caminaba sola.

Tres pasos atrás del grupo. O tres pasos adelante. Nunca junto a nadie. Nunca lo suficientemente cerca para que la traición pudiera alcanzarla otra vez.

El viejo había intentado hablar con ella. El Viejito también. Incluso Malika, con su manera clínica de observar todo, había hecho un comentario que podría haber sido preocupación si Malika fuera capaz de preocuparse, Faith los había ignorado a todos.

No por crueldad. Por supervivencia. Por la certeza de que acercarse a alguien era invitarlos a destruirte, mejor sola.

Mejor vacía, mejor sin fe.

El nombre era una ironía que ya no le dolía.

ASTRAL CIUDAD CENTRAL

Ciudad Central apareció al tercer día de caminata acelerada.

No como Don Humo la recordaba de hace décadas. No como nadie la recordaba. Torres que se inclinaban en ángulos imposibles 15 grados, 20 grados, estructuras que desafiaban la física y que de algún modo no caían. Calles que se curvaban hacia arriba en los bordes. la gravedad hubiera decidido funcionar diferente aquí.

Un cielo con manchas rectangulares donde el color se había detenido.

Píxeles muertos.

La palabra llegó sin ser invocada. No sabía de dónde.

¿Qué le pasó? - preguntó Faith.

Lo mismo que le pasa a todo - respondió el viejo. Demasiado costo. Poco mantenimiento. El sistema decidió que no valía la pena invertir y esto es lo que queda.

¿Podemos entrar?

Podemos intentarlo.

El grupo se detuvo en el borde de la ciudad.

40 personas. Habían perdido tres más durante la noche sin drama, sin discurso, solo espacios vacíos donde antes había gente. El Astral tomaba lo que quería y nadie preguntaba por qué. Preguntar no servía de nada. Solo aceptar. Solo seguir.

Los habitantes de Ciudad Central no los miraron.

Caminaban en líneas rectas. Pasos mecánicos. Rostros vacíos de expresión no tristes, la tristeza requería emoción, vacíos, como máscaras que alguien había olvidado pintar, una mujer chocó contra Faith.

No se disculpó. No la miró. Ajustó su trayectoria tres grados hacia la izquierda y siguió caminando. Faith no existía. El choque no había ocurrido.

¿Qué les pasa? - preguntó el Viejito.

Están procesando - comentó una voz.

Malika había aparecido junto a ellos. Silenciosa como siempre. existiera en los espacios entre momentos y solo se materializara cuando quería.

¿Procesando qué?

Datos. Formularios. Existencia misma. La ciudad requiere que procesen. Si dejan de procesar, dejan de existir.

Faith escupió en el suelo.

Eso es esclavitud.

Es eficiencia - añadió Malika. Desde cierto punto de vista.

Es esclavitud desde cualquier punto de vista.

MEDIO PATRONES

Sánchez no había dormido en días. Se notaba en las ojeras. En el temblor de las manos. En la manera en que el café se derramaba

cuando trataba de llevarlo a la boca.

Hay un patrón, dijo, extendiendo más fotografías sobre la mesa. Mira, Locke miró.

Las fotos eran de diferentes lugares. Diferentes tiempos. Pero todas tenían algo en común: grafitis de osos. El mismo oso. Los mismos ojos redondos. La misma mancha en el pecho.

Alguien está dejando pistas, dijo Sánchez. Alguien que sabe lo que pasó con estos niños y que no puede decirlo directamente.

¿Quién?

No lo sé. Sus manos temblaron más. Pero lleva años haciéndolo. Mira las fechas.

Las fechas estaban escritas en el reverso de cada foto. Algunas de hace meses. Algunas de hace años. La más antigua de hace tres años.

El mismo tiempo que el caso llevaba cerrado.

Quien haga esto, indicó Locke, empezó cuando nosotros dejamos de investigar.

O cuando alguien nos hizo dejar de investigar.

El ventilador chirrió.

El cactus muerto los juzgaba desde el escritorio vacío de Sánchez.

¿Crees que nos borraron? - preguntó Locke. ¿Como a los niños?

No completamente, Sánchez señaló el sobre manila que todavía estaba en el escritorio de Locke. Dejaron huellas. Dejaron el expediente. Dejaron suficiente para que pudiéramos encontrar el camino de vuelta si buscábamos.

¿Por qué harían eso?

No lo sé. Pero voy a descubrirlo.

MEDIO GRAFITI

El grafiti nuevo apareció en el Sector 7.

Locke lo vio de camino a ningún lugar, caminaba para pensar, para procesar, para hacer algo con el cuerpo mientras la mente giraba en círculos. Caminaba porque quedarse quieto era peor. Porque la oficina lo asfixiaba. Porque las fotografías de los niños que no existían lo miraban desde la mesa y él no sabía qué hacer con esas miradas.

Un oso diferente a los demás.

Más grande. Más detallado. Con palabras alrededor escritas en letra pequeña y precisa:

912 = NIÑOS

0.12 Hz = CONTROL

432 Hz = LIBERTAD

¿Qué significaba?

Locke sacó su libreta, hojas amarillas con espiral oxidado, páginas llenas de notas que ya no recordaba haber escrito, tinta descolorida de bolígrafos que habían dejado de funcionar hace meses. Copió las palabras. Los números. Los símbolos, algo en su mente se movió.

Como un recuerdo intentando salir. Como una puerta que alguien había cerrado con llave y que ahora temblaba en sus bisagras. Como algo que había estado dormido y que empezaba a despertar aunque él no quisiera que despertara, el número del caso que no recordaba.

Los niños que no existían.

Las frecuencias que significaban lo que no entendía.

Guardó la libreta, el Turno Largo estaba adelante.

Luz cálida a través de la ventana sucia. Olor a comida que se filtraba hasta la calle, cebollas caramelizadas, romero, pan caliente.

Y adentro, dos personas que conocía pero no recordaba.

Dos personas que tenían respuestas, o tenían las mismas preguntas.

Se detuvo frente a la ventana, miró.

No entró, todavía no estaba listo.

ASTRAL ALCANTARILLAS

La entrada a las alcantarillas estaba detrás de una torre inclinada.

Una puerta de metal oxidado que alguien había dejado entreabierta. Escaleras que bajaban hacia negrura. El olor a humedad y a datos descartados subiendo como aliento de criatura dormida.

Por aquí, comentó Malika.

Faith bajó primera. Después Don Humo. Después el Viejito con su bastón haciendo eco en las paredes metálicas. Después los demás, uno por uno, 40 personas descendiendo hacia lo desconocido porque quedarse arriba era peor que cualquier cosa que pudiera esperarlos abajo.

Las alcantarillas de Ciudad Central no procesaban agua.

Procesaban memorias.

Túneles de material brillante, o mineral, o lo que no fue ninguno de los dos. Venas de luz recorriendo las paredes como arterias. El techo goteando un líquido que no era agua más espeso, más oscuro, con un brillo iridiscente que cambiaba según el ángulo.

¿Qué es esto? - preguntó Faith.

Datos descartados. Memorias eliminadas. Malika tocó una pared. El material cedió, como piel. Todo lo que el sistema decide que ya no necesita gotea aquí abajo, Faith miró el líquido que caía.

Pensó en todas las memorias que había perdido. En las gemelas que la habían traicionado. En la fe que había muerto. En la persona

que había sido antes de convertirse en esto.

¿Parte de ella goteaba en estas paredes?

¿Parte de lo que había sido corría por estos túneles, mezclándose con los fragmentos de miles de otras personas que el sistema había decidido olvidar?

¿Hacia dónde? - preguntó el viejo.

Norte - respondió Malika. Siempre norte.

El grupo avanzó.

40 personas caminando por túneles de memorias descartadas.

Buscando lo que no existía, pero que tenían que encontrar. ##

098 Cuarenta y Siete [A]

ASTRAL GEMELOS

Led y Lix no fueron gemelos.

Parecían gemelos. Hablaban igual. Se movían igual. Terminaban las frases del otro como si compartieran un cerebro. Pero no parecían gemelos. Eran algo diferente. Algo que el Astral había creado cuando dos personas distintas habían pasado demasiado tiempo en el mismo espacio, procesando los mismos datos, respirando el mismo aire contaminado de memorias descartadas, el laboratorio era su hogar.

Las pantallas CRT que zumbaban. Los tanques de cristal con órganos que todavía funcionaban. El olor a químicos y a electricidad y a cosas que no deberían existir pero existían.

Llevan aquí años había explicado Don Humo al grupo. Estudiando. Aprendiendo. Tratando de entender cómo funciona el sistema que nos destruye.

¿Han encontrado respuestas? - preguntó Faith.

Han encontrado preguntas. A veces las preguntas son más valiosas.

Led preparaba mapas. Lix preparaba provisiones. Los dos trabajaban, comunicándose con miradas y gestos que nadie más podía descifrar.

El Viejito los observaba con curiosidad.

¿Cuánto tiempo llevan así? le preguntó a Don Humo.

¿Así cómo?

Siendo dos que son uno.

No lo sé. Siempre fueron así. Quizás el Astral los hizo así. No importa. El Viejito cerró los ojos un momento.

En el Astral, muchas cosas no importaban, solo sobrevivir importaba.

ASTRAL ÓRGANOS

Los tanques contenían más que órganos, contenían vidas.

El Viejito lo entendió cuando se acercó lo suficiente para ver los detalles. Los cerebros no solo pulsaban con actividad eléctrica pensaban. Recordaban. Soñaban, aunque nadie sabía si los cerebros sin cuerpo podían soñar.

Los corazones latían. Cada latido era un pulso de alguien que había existido. Cada contracción era memoria de momentos que el cuerpo había guardado aunque la mente los hubiera olvidado.

Los pulmones no solo respiraban suspiraban. Con alivio. Con tristeza. Con la nostalgia de aire que había olido a flores o a mar o a la piel de alguien querido, Led y Lix los mantenían vivos.

No por crueldad los gemelos no eran crueles, solo eran eficientes de maneras que eran crueles para quienes no entendían. Los mantenían vivos porque cada órgano contenía información. Cada tejido guardaba datos que el sistema había intentado borrar pero que la carne se negaba a olvidar.

ASTRAL ARCHIVOS

El laboratorio tenía un sistema de clasificación que solo Led y Lix entendían.

Los archivos no estaban organizados alfabéticamente ni cronológicamente. Estaban organizados por resonancia. Cada órgano tenía una frecuencia específica, los cerebros en un rango, los corazones en otro, los pulmones en otro diferente. Los gemelos habían desarrollado un método para leer esas frecuencias como otros leen texto.

Este cerebro - dijo Led señalando un tanque. Perteneció a un ingeniero que trabajaba en el Sector 3. Procesaba sistemas de comunicación para el Gobierno Mundial.

¿Qué sabe?

Sabe cómo el sistema transmite información entre planos. Sabe las frecuencias que usa. Sabe los puntos de conexión.

¿Pueden acceder a esa información?

Podemos. Lix completó el pensamiento. Es difícil. El cerebro no quiere cooperar. Todavía está buscando a su familia.

¿Su familia?

Borrados hace tres años. El ingeniero desapareció poco después. Creemos que el sistema lo procesó para eliminar testigos.

El Viejito se acercó al tanque.

El cerebro flotaba en líquido verde. Los relámpagos de actividad eléctrica formaban patrones que podrían haber sido pensamientos, recuerdos, sueños de cosas que ya no existían.

¿Sufre?

No lo sabemos. Led fue honesto. No podemos preguntar. Solo podemos observar.

¿Y si sufre?

Entonces sufre. Lix lo miró. ¿Prefieres que dejemos de existir? ¿Que el sistema gane porque nosotros no podemos tolerar la incomodidad de saber?

Tampoco era respuesta fácil, no había respuestas fáciles en el Astral.

Solo había opciones menos malas.

¿Son conscientes? - preguntó el Viejito.

Depende de cómo definas consciencia - respondió Lix. Saben que existen. Saben que existieron como algo más. Saben que perdieron algo.

¿Sufren?

Algunos. Los que recuerdan más.

¿Y los que recuerdan menos?

Esos solo esperan. Sin saber qué esperan. Pero esperan.

El Viejito miró los tanques.

Docenas de vidas reducidas a órganos flotando en líquido.

Docenas de historias que nadie contaría.

Docenas de personas que habían sido completas y ahora eran fragmentos.

El sistema era eficiente, terriblemente eficiente.

ASTRAL LABORATORIO

Los niños se reunieron en las alcantarillas de Ciudad Central.

No había fuego aquí. Solo el brillo verdoso de las pantallas CRT que Led y Lix usaban monitores viejos que zumbaban con frecuencias que nadie debería escuchar, con bordes de plástico amarillento por años de calor. La luz hacía que los rostros parecieran enfermos. Que las sombras tuvieran profundidad de abismo.

El laboratorio era más grande por dentro.

Tanques de cristal alineados contra las paredes. Docenas. Cien. Cada uno con algo adentro que todavía funcionaba aunque ya no estuviera vivo. Un corazón que latía con ritmo constante. Un pulmón que se expandía y contraía aunque no hubiera aire. Un hígado que procesaba algo invisible. Riñones que filtraban líquidos que no existían.

Y cerebros, tantos cerebros.

El Viejito se sentó entre los pequeños.

El suelo estaba húmedo. Algo goteaba de las tuberías no agua, algo más espeso, más oscuro, con un brillo iridiscente como gasolina derramada en charco, como memorias licuadas buscando dónde ir.

¿Van a contarnos más historias? - preguntó la niña del vestido decolorado. Los girasoles bordados eran casi invisibles ahora, fantasmas de flores que habían olvidado qué color era el amarillo.

No esta noche.

¿Por qué?

Porque esta noche tienen que escuchar otras cosas. Señaló hacia donde Led y Lix preparaban sus mapas, sus pantallas, sus explicaciones. Cosas importantes, los niños miraron.

Un corazón latía en su tanque más cercano.

El sonido era audible si te acercabas lo suficiente bum-bum, bum-bum, el ritmo de alguien que había muerto pero que seguía vivo de la única manera que el Astral permitía. Los cables entraban y salían del músculo, conectándolo a máquinas que nadie entendía.

¿De quién era? - preguntó un niño. El de la cicatriz rosa en la ceja, la que tenía forma de relámpago pequeño.

El Viejito miró el tanque.

De alguien que quería seguir existiendo. Aunque solo fuera así.
¿Está triste?

No lo sé. Los corazones no sienten tristeza. Solo laten. Es lo único que saben hacer.

¿Y los cerebros?

El Viejito miró hacia los tanques del fondo. Hacia los cerebros que brillaban con pequeños relámpagos de actividad. Hacia los pensamientos que todavía existían aunque los cuerpos ya no.

Los cerebros son diferentes. Los cerebros recuerdan.

¿Qué recuerdan?

Todo lo que perdieron.

MEDIO HERMANO

Vera tenía una fotografía de su hermano.

La guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta. Contra el corazón. Donde nadie pudiera verla excepto ella, la sacó mientras esperaban en el callejón.

Se llamaba Mateo comentó. Tenía siete años cuando desapareció.

Nico miró la foto.

Un niño de cabello oscuro. Sonrisa que le faltaban dientes. Ojos que todavía creían que el mundo era bueno. La foto estaba gastada de tanto tocarla, los bordes suaves, los colores desvaídos.

¿Cuándo fue?

Hace cuatro años. Vera guardó la foto. Un día estaba ahí. Jugando en el parque. Riéndose de un chiste que no tenía gracia. Al día siguiente, mis padres no recordaban que existía.

¿Pero tú sí?

Sí. Pausa. No sé por qué. No sé qué me hace diferente. Pero yo recuerdo. Yo recuerdo cada detalle. Su voz. Su risa. La manera en

que me llamaba “Vera-vera” porque le gustaba repetir las palabras.

El viento movió basura en la calle.

El sistema no te borró - dijo Nico. Como a ellos. Señaló hacia donde estaba el Turno Largo. Como a Leonardo y Anya.

¿Por qué?

No lo sé. Nico miró el grafiti que acababa de pintar. El oso número cuarenta y siete. Las palabras RECORDAR ES RESISTIR. Pero es porque el sistema no puede borrar todo. siempre deja rastros. Esos rastros son lo único que puede salvarnos.

Vera miró el grafiti, el oso la miraba de vuelta.

¿Crees que puedo encontrar a mi hermano?

No lo sé. Pero creo que puedes encontrar respuestas. Y a veces las respuestas son lo único que nos queda.

MEDIO CUARENTA Y SIETE

Nico pintó el grafiti número cuarenta y siete.

La coincidencia no se le escapó. Cuarenta y siete grafitis. División 47. El caso. Los números importaban se repetían, se conectaban, formaban patrones que la mente consciente no podía ver pero que el instinto reconocía. Eran lenguaje antiguo, este oso era diferente.

Más grande que los anteriores. Del tamaño de un niño si el niño se parara con los brazos extendidos. Más detallado cada línea del pelaje visible, cada sombra en su lugar, la mancha del pecho perfectamente redonda como eclipse.

Alrededor, palabras que había copiado de algún lugar que no recordaba:

RECORDAR ES RESISTIR

La pintura goteaba. El spray estaba casi vacío podía escuchar el sonido hueco cuando lo agitaba, la bola mezcladora rebotando en

casi nada. Este era el último. Después tendría que conseguir más o dejar de pintar, se alejó para verlo completo.

El oso lo miraba desde la pared.

Ojos redondos que parecían contener más de lo que la pintura debería permitir. Juzgándolo.

Una mujer se acercó.

No joven. No vieja. El tipo de edad que no revelaba nada podría haber tenido treinta o cincuenta. El sistema envejecía a todos de maneras impredecibles. Ojos que habían visto demasiado. Manos con callos de trabajo manual. Una cicatriz en el mentón que era vieja pero que todavía brillaba en cierta luz.

¿Tú los pintas?

Nico se tensó. Los músculos de las piernas listos para correr. El corazón acelerado.

Depende de quién pregunte.

Soy de los que hacen las preguntas correctas.

¿Cuál es la pregunta correcta?

¿Qué significa el número?

El viento movió basura en la calle bolsas de plástico, papeles que habían sido importantes para alguien, los residuos de vidas que el sistema había olvidado.

Un caso - añadió Nico finalmente. De hace tres años. Niños que desaparecieron.

Mi hermano fue uno de ellos.

Nico la miró. De verdad la miró. Por primera vez.

¿Cómo te llamas?

Vera.

Vera. Guardó el spray vacío en la mochila, junto al oso Dember.
¿Quieres ayudar?

¿A hacer qué?

A recordar. A hacer que otros recuerden. A encontrar respuestas que el sistema no quiere que encontremos, Vera miró el grafiti.

El oso la miraba de vuelta. Ojos redondos. Mancha oscura en el pecho. Las palabras alrededor como marco: RECORDAR ES RESISTIR.

Sí mencionó. Quiero ayudar.

Era la respuesta que Nico necesitaba, la resistencia acababa de crecer.

ASTRAL MAPA

Led extendió el mapa.

No lucía como papel. Era piel piel de lo que había sido grande, había volado o nadado o existido de maneras que ya no existían. Las líneas se movían sobre la superficie. Territorios que cambiaban mientras los miraban. Rutas que aparecían y desaparecían. El norte - dijo Led. Voz idéntica a la de Lix aunque fueran personas diferentes, aunque tuvieran historias diferentes, aunque uno mirara a la izquierda mientras el otro miraba a la derecha. Es lo único que queda.

¿Por qué el norte? - preguntó.

Porque ahí es donde converge todo. Led señaló un punto que brillaba con luz propia, un destello en el mapa de piel que pulsaba como corazón. Donde los planos se tocan. Donde el sistema todavía invierte en lugar de destruir.

¿Invierte en qué?

Led y Lix intercambiaron una mirada.

No lo sabemos exactamente. Pero hay una ventana. Un momento. Lix tocó el mapa y las líneas temblaron, como si el contacto las alterara, como si la piel todavía sintiera. Si no llegan antes de que se cierre...

¿Cuándo se cierra?

Semanas. Menos.

El viejo miró el mapa.

La ruta serpenteaba entre zonas rojas. Territorios hostiles. Lugares donde la gente desaparecía sin que nadie preguntara por qué.

¿Hay otra opción?

No.

Entonces vamos al norte.

Faith se adelantó.

¿Cuánta gente ha intentado esta ruta antes?

Mucha.

¿Cuánta llegó?

Led y Lix intercambiaron otra mirada. No respondieron.

No necesitaban responder.

MEDIO ALIANZA

Vera tenía información.

Se sentaron en un callejón diferente al de Nico, más limpio, con paredes que todavía tenían pintura original en lugar de capas de grafitis y abandono. El frío de la madrugada se colaba por las costuras de sus ropas.

Mi hermano era el menor - dijo Vera. Tenía siete años cuando desapareció. Un día estaba jugando en el parque del Sector 3. Al día siguiente, nadie recordaba que existiera.

¿Nadie?

Nadie excepto yo. Pausa. Sus manos se cerraron en puños. Fui a la policía. Me dijeron que no había registros. Fui a la escuela. Me dijeron que nunca había estado matriculado. Fui a mis padres.

¿Qué dijeron tus padres?

Que solo tenían una hija.

El viento movió más basura. Papeles con logos de empresas que ya no existían. Bolsas con nombres de tiendas que habían cerrado hace años.

El sistema los borró - admitió Nico. A todos. Los recuerdos, los registros, todo.

Pero a mí no.

No. A ti no. Nico la miró. ¿Sabes por qué?

No. Pero voy a descubrirlo.

Nico sacó el oso Dember de la mochila.

El pelaje gastado. Los ojos de botón. La mancha oscura en el pecho.

Este oso era de un niño llamado Tomás. El caso. Uno de los desaparecidos.

¿Lo conocías?

Sí. Y conozco a las personas que vieron cómo murió. Personas que el sistema también borró. Pero que todavía están aquí, viviendo vidas que no recuerdan.

¿Dónde?

En un restaurante del Sector 7. Se llaman Leo y Ana ahora. Pero antes se llamaban Leonardo y Anya, Vera miró el oso.

El oso la miró de vuelta.

¿Qué hacemos ahora?

Los despertamos. Les hacemos recordar. Y después averiguamos qué le pasó a tu hermano. A Tomás. A todos los niños que el sistema decidió que no existían, Vera miró el oso.

El pelaje gastado. Los ojos de botón. La mancha oscura en el pecho que había estado ahí desde siempre, desde que un niño de ocho años lo había recibido como regalo, desde antes de que el mundo se rompiera.

Mi hermano tenía un peluche también admitió. Un conejo. Gris. Con una oreja desgarrada.

¿Qué le pasó?

Desapareció con él. O el sistema lo borró también. Los juguetes también se pueden borrar cuando ya no hay nadie que los recuerde.

Nico pensó en todos los juguetes que habían desaparecido junto con los niños. Todos los osos y conejos, muñecas y carritos que habían sido usados y después olvidados. Todos los objetos que habían significado algo para alguien y que ahora no significaban nada porque las personas que les daban significado ya no existían, el oso Dember era diferente.

El oso Dember seguía existiendo porque Nico se negaba a dejarlo desaparecer.

Era un plan. No constituía perfecto. Probablemente era suicida.

Pero era lo único que tenían. ## 099 Presupuesto [A]

ASTRAL NÚMEROS

Faith escuchó la explicación de Led sin interrumpir.

Los números flotaban en pantallas verdes. Gráficos que subían y bajaban. Líneas de código que nadie excepto los gemelos podía leer. Órganos que latían en tanques con líquidos de colores que no existían en el Plano Medio.

127.000 dijo Led. Personas desaparecidas en tres meses.

El número era demasiado grande para imaginar. Faith intentó 127.000 rostros, 127.000 nombres, 127.000 familias que se habían despertado un día con alguien faltante, con un espacio vacío en la mesa del desayuno, con una cama que nadie ocupaba pero la imaginación colapsaba antes de llegar a la mitad.

¿A dónde van?

Norte. Territorio vikingo.

¿Por qué?

Led sonrió. Una sonrisa sin humor, sin calidez, la sonrisa de alguien que había dejado de encontrar las cosas graciosas hace mucho tiempo.

Esa es la pregunta que todos hacen. Nadie tiene la respuesta.

Faith miró los tanques.

Un cerebro pulsaba con actividad eléctrica. Pequeños relámpagos que cruzaban la superficie gris sinapsis que todavía disparaban, pensamientos que todavía existían aunque el cuerpo que los había contenido ya no estuviera. Los cables entraban y salían como raíces de árbol buscando tierra.

¿Están vivos? - preguntó.

Define vivos.

Conscientes. Pensando.

Sí. Led tocó el cristal. El cerebro pareció reaccionar, los relámpagos aumentando por un momento, sabiendo que lo observaban. Este lleva 43 años buscando cosa que perdió.

¿Qué perdió?

A su familia. Pero ya no existen. Fueron borrados hace décadas. Pausa. Y él sigue buscando.

Faith apartó la mirada, el cerebro seguía pulsando.
Seguiría pulsando.

ASTRAL LABORATORIO

El espacio era mayor de lo que sugería la entrada.

Faith había esperado un sótano pequeño, improvisado, con tecnología vieja robada de depósitos abandonados. Lo que encontró era otra cosa: un complejo subterráneo que se extendía bajo Ciudad Central como sistema de raíces bajo un bosque, corredores que se bifurcaban en direcciones imposibles.

Salas llenas de equipos que Faith no podía nombrar.

Tanques y más tanques, cada uno con su órgano flotante, cada uno con su historia de pérdida y búsqueda interminable.

¿Cuántos años llevan construyendo esto? - preguntó.

43 observó Led. Desde antes de que tú nacieras.

¿Por qué?

Porque alguien tenía que hacerlo. Led caminaba entre los tanques como jardinero entre plantas. El sistema procesa personas. Las convierte en datos. Las borra cuando dejan de ser útiles. Nosotros las guardamos.

¿Para qué?

Para que alguien las recuerde.

Faith no entendía del todo.

¿Guardar cerebros en tanques era recordar? ¿La consciencia sin cuerpo era vida o era prisión? ¿Era mejor existir como pensamiento flotando en líquido verde que no existir en absoluto?

Preguntas que no tenían respuestas simples.

Preguntas que no tenían respuestas en absoluto.

¿Mis gemelas? - preguntó Faith. ¿Carmen y Clara? ¿Están aquí?

Led se detuvo.

Su espalda hacia Faith. Su postura repentinamente tensa.

Las buscamos.

¿Las encontraron?

Faith...

¿Las encontraron?

El zumbido de los tanques, el parpadeo de las pantallas verdes.

Los relámpagos de cerebros que seguían buscando cosas que ya no existían.

No están en ningún registro - dijo Led finalmente. No están en ningún tanque. No están en ninguna base de datos del sistema.

Entonces están vivas.

O fueron procesadas de manera diferente.

¿Qué significa eso?

Led se dio vuelta.

Sus ojos cansados, viejos más allá de su edad aparente encontraron los de Faith.

Significa que no lo sé. Significa que hay cosas que el sistema hace que ni siquiera nosotros entendemos. Significa que tus hijas podrían estar en cualquier lugar. O en ningún lugar. O en un lugar que todavía no hemos descubierto, no era esperanza.

No parecía desesperanza, era verdad.

El cerebro seguía pulsando.

Seguiría pulsando. Durante 43 años más si nadie lo detenía.

Buscando lo que nunca encontraría, era demasiado.

Todo era demasiado.

MEDIO SUEÑOS

Leonardo soñó con cosas que no recordaba.

Cada noche, las imágenes venían sin permiso. Rostros que no reconocía pero que sentía familiares. Lugares que nunca había visitado sin embargo, que su cuerpo conocía. Conversaciones que no recordaba haber tenido pero cuyas palabras todavía resonaban en algún lugar profundo, esta noche soñó con un niño.

Cabello oscuro. Ojos que brillaban con lo que podría haber sido esperanza. Un oso de peluche en los brazos gastado, con una mancha oscura en el pecho, con ojos de botón que veían más de lo que deberían, el niño lo miraba.

No con miedo. No con alegría. Con algo más complejo. Con la mirada de alguien que sabía cosas que Leonardo no sabía. Que esperaba lo que Leonardo no entendía.

¿Quién eres? - preguntó Leonardo en el sueño.

El niño no respondió, solo sonrió.

Y después cayó.

Leonardo despertó con el corazón latiendo demasiado rápido. Las sábanas húmedas de sudor. La oscuridad del departamento pequeño presionando contra sus ojos, Ana dormía a su lado.

Respiración suave. Rostro relajado por primera vez en días. No había tenido pesadillas esta noche. O si las había tenido, no la habían despertado, Leonardo se levantó.

Fue al baño, se miró en el espejo manchado.

El rostro que lo miraba de vuelta era el de un extraño. Un extraño que usaba su cuerpo. Un extraño que vivía su vida. Un extraño que había sido alguien diferente antes de convertirse en Leo.

¿Quién soy? le preguntó al espejo.

El espejo no respondió, los espejos no respondían.

MEDIO FRAGMENTOS

Leonardo soñó esa noche.

No recordaba haber soñado antes o había soñado y los sueños se desvanecían antes de que pudiera atraparlos, como agua entre los dedos, como nombres que sabías pero no podías pronunciar.

Pero esta noche soñó.

Un edificio alto. Tan alto que las nubes lo rodeaban como bufanda. Ventanas que reflejaban un cielo que no era el cielo enfermizo de Ciudad Control sino algo más azul, más limpio, más real.

Y un niño, cayendo.

El niño tenía un oso en los brazos. El mismo oso que el joven del restaurante había mostrado. Pelaje gastado. Ojos de botón. Mancha oscura en el pecho.

El niño caía y caía y Leonardo corría hacia él pero nunca llegaba. El suelo se alejaba cada vez que daba un paso. El niño se hacía más pequeño. El oso se hacía más grande, y una voz.

Una voz que conocía pero no podía identificar.

“No llegaste a tiempo.”

“Nunca llegas a tiempo.”

“Tomás.”

Se despertó sudando.

Ana dormía a su lado. Su respiración suave. Su rostro tranquilo. Su mano todavía sosteniendo la suya aunque los dos estuvieran dormidos o habían estado dormidos, antes de que el sueño lo arrancara de vuelta a la vigilia, tomás.

El nombre se repetía en su cabeza como eco.

Tomás, el niño del oso.

El niño que había caído.

El niño que él no había podido salvar.

No recordaba nada más. Solo el nombre. Solo la caída. Solo la certeza terrible de que había fallado, pero era un comienzo.

Los fragmentos eran un comienzo.

MEDIO DIBUJO

Leonardo encontró otro dibujo.

En la mesa 12. Donde siempre aparecían. Debajo de un plato que había contenido el estofado del día los residuos de salsa formando un círculo perfecto en la porcelana, como eclipse en miniatura, como símbolo que nadie había planeado, este tenía una pregunta diferente:

¿Recuerdas la División 47?

División 47.

Las palabras resonaron en algún lugar vacío de su mente. Como eco en una habitación que debería tener muebles pero que estaba vacía. Como el nombre de alguien que habías conocido pero cuyo rostro se había desvanecido. Como algo importante que había olvidado aunque no sabía qué.

¿Qué es eso?

Ana estaba detrás de él. Delantal manchado de trabajo. Cabello recogido en un moño que se deshacía, mechones escapando como prisioneros de cárcel mal vigilada.

No lo sé. Mostró el dibujo. Pero creo que debería saberlo.

¿División 47?

Sí.

Ana lo miró.

Suena a policía.

Sí. Leonardo tocó su pecho. Donde el corazón latía demasiado rápido para una conversación tan simple. Donde algo se movía

aunque no supiera qué. Y algo aquí dice que tienes razón.

¿Fuiste policía?

No lo sé. Guardó el dibujo en el bolsillo de la chaqueta, junto a las servilletas, junto a todas las preguntas que se acumulaban. Pero voy a averiguarlo. Ana tomó su mano.

Sus dedos estaban tibios. Olían a ajo y a romero y a trabajo honesto. Encajaban con los suyos. Habían hecho esto antes. Lo hubieran hecho miles de veces.

Juntos - respondió ella. Vamos a averiguarlo juntos.

Leonardo hizo un gesto breve, no tenía palabras.

Solo tenía preguntas.

Y ahora, alguien con quien buscar respuestas.

ASTRAL NIÑOS

Los niños del grupo Outcast habían formado su propio sistema.

El Viejito lo había notado durante los últimos días de viaje. Sin que nadie les dijera, se habían organizado. Los mayores cuidaban a los menores. Los que podían cargar peso ayudaban a los que no. Los que conocían canciones fragmentos de canciones, letras incompletas de un mundo que ya no existía las cantaban en voz baja para calmar a los más pequeños.

La niña del vestido decolorado era su líder no oficial.

Tenía diez años. once. El sistema no permitía certezas sobre la edad porque el tiempo funcionaba diferente aquí. Pero tenía la autoridad natural de quien había aprendido a sobrevivir cuando los adultos no podían ayudarla.

Los adultos tienen miedo le dijo al Viejito una noche mientras el grupo descansaba.

¿Y tú no?

También tengo miedo. Pero el miedo no sirve de nada. Solo caminar sirve, el Viejito sonrió.

Eres más sabia que muchos de los que llevan siglos existiendo.

Mi madre decía que la sabiduría viene de la pérdida. Sus ojos miraron hacia el horizonte donde la nada esperaba. Yo he perdido mucho.

¿Qué perdiste?

La niña no dijo inmediatamente.

Tocó los girasoles bordados de su vestido. Los pétalos que apenas se distinguían. El amarillo que había olvidado ser amarillo.

Todo dijo. Perdí todo.

El Viejito no tuvo respuesta para eso.

Algunas pérdidas eran demasiado grandes para las palabras.

ASTRAL PRESUPUESTO

El Viejito hizo un chiste.

No se trataba de gracioso algo sobre un Jardinero, un Outcast y una sombra que entraban a un bar que ya no existía. Pero los niños rieron igual. Las risas eran pequeñas, frágiles, como cristales que podrían romperse si alguien las mirara demasiado fuerte.

El sistema - dijo después, cuando las risas se habían apagado y las caras habían vuelto a su seriedad habitual funciona con presupuesto. Como todo. Y cuando el presupuesto se acaba, las cosas dejan de existir.

¿Nosotros también?

Nosotros también. Pausa. El bastón de hueso giró entre sus dedos, las vetas oscuras brillando tenuemente. Por eso hay que seguir moviéndose. Moverse cuesta menos que quedarse quieto.

Eso no tiene sentido.

Casi nada lo tiene. Sonrió. Los huecos de los dientes faltantes eran oscuros como pozos, pero la sonrisa era brillante como sol que ya no existía. Pero seguimos aquí. Eso es algo. La niña del vestido decolorado levantó la mano.

¿Y qué hay en el norte?

No lo sé.

¿Entonces por qué vamos?

Porque quedarnos es morir. Al menos el norte es una dirección. Al menos el norte es algo.

El viejo apareció en la entrada del túnel.

Su silueta se recortaba contra la luz verdosa de las pantallas. La pipa en su mano, vacía pero todavía presente. Las arrugas de su rostro más profundas que ayer.

Partimos mañana.

¿Hacia dónde?

Norte. Por la ruta que evita a los vikingos.

¿Es segura?

No. Pero es la única que tenemos.

El Viejito no apuntó nada.

Entonces mañana.

Los niños se dispersaron. Buscando lugares donde dormir. Buscando rincones donde el frío no entrara tan fuerte. Buscando la ilusión de seguridad aunque supieran que la seguridad no existía aquí.

El laboratorio quedó vacío. Solo el zumbido de las máquinas. Solo las pantallas. El goteo del líquido de memorias. Y el latido de los órganos en sus tanques, bum-bum.

Bum-bum. El sonido de gente que seguía existiendo aunque hubiera dejado de vivir.

MEDIO CIERRE

El restaurante cerró a las once.

Leonardo bajó las sillas. Ana limpió la cocina. El dueño contó la caja de billetes arrugados, monedas que no valían lo que pesaban, el dinero que el sistema permitía circular aunque no sirviera para nada importante.

Buen día - añadió el dueño. El estofado se vendió todo.

Gracias.

No me agradezcas. Agradécele a ella. Señaló hacia la cocina donde Ana guardaba los últimos ingredientes. Cocina como nadie que haya visto, Leonardo miró hacia la cocina.

Ana se movía con la gracia de quien sabe justo lo que hace. Cada gesto preciso. Cada movimiento eficiente. Nada desperdiciado.

¿Quién había sido ella antes?

¿Quién había sido él?

¿Qué vida habían vivido que el sistema había decidido borrar?

Los dibujos en su bolsillo pesaban más que el papel. Las preguntas pesaban más que las respuestas que no tenía.

Mañana, mañana volvería a la mesa 12.

Mañana habría otro dibujo, mañana estaría más cerca de recordar. O más lejos, no había forma de saberlo.

ASTRAL PREPARACIÓN

37 personas. El viejo contó tres veces para asegurarse. Habían perdido tres más durante la noche anterior. Un anciano que no despertó. Una mujer que se alejó del grupo para orinar y nunca

volvió. Un niño que estaba ahí y después no estaba, el Astral lo tragó entre un parpadeo y otro, 37 de los 52 originales.

El norte esperaba.

Faith cargaba provisiones en bolsas de lo que podría haber sido comida, botellas de lo que podría haber sido agua, todo conseguido en el laboratorio de Led y Lix a cambio de promesas que nadie sabía si podrían cumplir.

El Viejito organizaba a los niños. Les explicaba que mañana caminarían más rápido. Que no habría tiempo para historias. Que todo lo que podían hacer era poner un pie delante del otro y esperar que fuera suficiente.

Malika estudiaba los mapas. Las líneas que se movían. Los territorios que cambiaban. La ruta que tendría que funcionar porque no había alternativa.

Maku tropezaba menos que ayer. El cuerpo empezaba a obedecerla. Las piernas empezaban a entender que ella estaba al mando aunque fuera nueva en esto de tener cuerpo.

Copérnico gruñía hacia la oscuridad. Las marcas azules brillaban. 70% ahora. Algo crecía dentro de él. Inexplicable, pero todos necesitaban.

La madre del niño del zapato único Marta preparaba a su hijo para dormir. Lo arropaba con una manta que había sido blanca y ahora era del color de la ceniza. Le cantaba algo en voz baja, fragmentos de melodía que había aprendido antes de olvidar quién era.

El niño cerró los ojos.

El zapato rojo descansaba junto a la manta, gastado pero todavía ahí. El pie descalzo estaba cubierto ahora, protegido del frío que el

Astral traía por las noches, por ahora, el niño todavía podía dormir.

Por ahora, todavía había algo de inocencia que proteger.

Mañana, todo cambiaba mañana.

El norte esperaba, y el borde seguía acercándose. ## 100

Evacuación [S]

ASTRAL DECISIÓN

Malika cerró la última mochila. Treinta y siete personas esperaban.

Treinta y siete personas reunidas en el laboratorio de Led y Lix. Mochilas cargadas con lo que podían llevar. Rostros que habían aceptado que el viaje podía matarlos pero que quedarse los mataría con certeza.

El viejo los observó.

Ancianos que habían vivido vidas completas en el Plano Base antes de caer aquí. Adultos que todavía recordaban fragmentos de quiénes habían sido. Niños que no recordaban nada excepto la ceniza y el hambre y la necesidad constante de moverse.

El niño del zapato único estaba junto a su madre. Marta. La mujer que no hablaba pero que cargaba a su hijo lo único real en el universo. El niño ya no dormía tanto. Caminaba con su pie descalzo y su zapato rojo gastado, mirando todo con ojos que veían demasiado.

Faith estaba lista. La mochila de las gemelas en su espalda. La rabia en sus ojos transformada en algo más útil: determinación.

El Viejito tenía su bastón. Las vetas oscuras brillaban con un patrón que nadie entendía pero que todos reconocían como importante.

Malika estaba impasible. Como siempre. Procesando todo. Calculando probabilidades que nadie más podía calcular.

Maku se mantenía de pie sin tropezar. El cuerpo finalmente empezaba a obedecerla. Copérnico a su lado, las marcas azules brillando con el ritmo constante de algo que crecía.

¿Todos listos? - preguntó.

Nadie dijo, pero todos asintieron.

ASTRAL JARDINERO

El viejo encontró al otro Jardinero por accidente.

No esperaba encontrar a nadie. Había salido a explorar mientras el grupo descansaba necesitaba moverse, necesitaba pensar, necesitaba hacer lo que le decía que algo estaba muy mal. Las alcantarillas de Ciudad Central serpenteaban en direcciones que no correspondían a ninguna lógica, y él las seguía sin destino.

La cueva brillaba con luz propia.

Cristales que crecían de las paredes como dientes en mandíbula de piedra. Formaciones que podrían haber sido naturales si la naturaleza todavía existiera en el Astral. El suelo reflejaba todo rostros, sombras, cosas que no estaban ahí pero que el cristal insistía en mostrar.

El Jardinero estaba sentado contra la pared del fondo.

Viejo. Más viejo que Don Humo aunque eso no debería ser posible. Ojos que contenían vacío no tristeza, vacío literal, alguien había sacado lo que los ojos normalmente contenían y hubiera dejado solo espacio. La piel pegada a los huesos como papel mojado. Los dedos extendidos hacia los cristales, manteniendo lo que el viejo no podía ver pero que podía sentir.

¿Cuánto tiempo llevas aquí? - preguntó el viejo.

Años. Décadas. La voz era ronca de no usarse, como bisagras oxidadas que nadie ha abierto. Ya no importa.

¿Qué haces?

Contengo.

¿Qué contienes?

ASTRAL ENCUESTRO

El Jardinero viejo levantó la mano.

Los cristales respondieron. Pulsaron con luz que era más sentimiento que iluminación. En sus superficies, el viejo vio cosas que no deberían existir: ciudades que habían sido borradas, personas que habían dejado de ser personas, un vacío que avanzaba lentamente como marea de nada.

El borde - dijo el Jardinero viejo. Lo contengo aquí. En estos cristales. Cada uno guarda un fragmento de lo que el Vacío ha consumido.

¿Por qué?

Porque alguien tiene que hacerlo. Pausa. Porque si no lo contengo, avanza más rápido. Porque cada fragmento guardado es tiempo ganado.

El viejo miró los cristales con nuevos ojos.

Miles de ellos. Cada uno con un brillo diferente. Cada uno conteniendo lo que había sido real antes de dejar de serlo.

¿Cuánto tiempo has ganado?

Décadas. Quizás siglos. El Jardinero viejo tosió. Pero ya no puedo más. El peso es demasiado. Los fragmentos son demasiados. Cada día pierdo un poco más.

¿Qué pasa cuando pierdas todo?

Entonces los cristales se rompen. Y lo que contienen vuelve al Vacío. Y el Vacío avanza de golpe en lugar de poco a poco.

Se sentó frente al otro Jardinero.

Dos hombres viejos en una cueva de cristales. Dos vidas largas dedicadas a contener lo incontenible. Dos testigos de todo lo que el mundo había sido y de todo lo que estaba dejando de ser.

¿Puedo ayudar?

No. El Jardinero viejo sonrió. Era sonrisa de quien ha aceptado lo inevitable. Pero puedes continuar. Cuando yo no esté. Puedes plantar nuevas semillas. Puedes seguir.

¿Y los cristales?

Los cristales se romperán. Todo se rompe.

¿Entonces para qué sirve contenernos?

Para ganar tiempo. El Jardinero viejo cerró los ojos. Tiempo para que otros hagan lo que nosotros no podemos. Tiempo para que alguien encuentre otra manera. Cerró los ojos.

Entendía, los Jardineros no ganaban guerras.

Los Jardineros ganaban tiempo.

Y a veces el tiempo era lo único que tenían.

¿Qué contiene? El Jardinero señaló hacia la pared de cristal.

Detrás, algo se movía. Presionaba contra el cristal, buscando grietas, buscando debilidades. El borde. El vacío. La ausencia que consumía todo.

El borde. Aquí es más delgado. El Jardinero tosió. El sonido era húmedo, enfermo. Si lo suelto, entra más rápido.

¿Cuántos Jardineros quedan?

Menos cada día. Nos cansamos. Morimos. Y no hay nadie que nos reemplace. Pausa. Sus ojos vacíos miraron al viejo. ¿Tú todavía sostienes?

No. Dejé de sostener hace tiempo.

Entonces ya no eres Jardinero.

No. Supongo que no.

Nadie quiso preguntar más.

Los cristales brillaban con un ritmo que podría haber sido latido.

¿Puedes moverte? - preguntó el viejo.

No.

¿Puedes venir con nosotros?

No. Sonrió. Los dientes que quedaban eran amarillos, gastados.

Pero pueden irse ustedes. El viejo lo miró.

Y nunca había visto sacrificio tan silencioso.

Gracias.

No me agradezcas. Otra tos. Solo vete. Antes de que no pueda contenerlo más. Se fue.

No miró atrás, detrás de él, el Jardinero seguía sosteniendo.

Solo, como había sostenido durante años.

Como sostendría hasta que no pudiera más.

MEDIO RESISTENCIA

Vera no podía dormir.

Desde que había conocido a Nico. Desde que había visto el grafiti número cuarenta y siete. Desde que había empezado a creer que quizás había respuestas en algún lugar.

Su departamento era pequeño. Una habitación que servía de todo: dormitorio, cocina, sala, oficina. Las paredes tenían manchas de humedad que formaban patrones que a veces formaban rostros. El techo goteaba cuando llovía, aunque casi nunca llovía en Ciudad Control.

La foto de Mateo estaba en la mesita de noche.

Su hermano. Siete años cuando desapareció. Cabello oscuro. Sonrisa que le faltaban dientes. Ojos que todavía creían que el

mundo era bueno.

Vera la miraba cada noche antes de dormir.

Voy a encontrar respuestas. O voy a encontrar algo, la foto no respondía.

Las fotos no respondían.

Pero algo en la manera en que la luz de la calle golpeaba los ojos de Mateo sugería que escuchaba. Que esperaba. Que todavía confiaba en que su hermana mayor no lo había olvidado, mañana volvería a buscar a Nico.

Mañana empezarían a planear.

Mañana la resistencia si eso era lo que estaban construyendo, si eso era lo que podía llamarse a tres personas que recordaban cuando el sistema quería que olvidaran daría un paso más.

Tampoco era mucho, pero era algo.

Y a veces eso era todo.

MEDIO RESISTENCIA

Vera trajo a otros.

No muchos. Cinco personas que habían perdido a alguien. Cinco personas que recordaban cuando el sistema decía que no había nada que recordar. Cinco personas que habían visto los grafitis de los osos y habían sentido algo moverse dentro de ellas.

Se reunieron en un sótano del Sector 4.

El lugar había sido una lavandería antes de que el sistema decidiera que la gente podía lavar su propia ropa. Las máquinas oxidadas seguían ahí torres de metal que goteaban agua estancada, con ventanas circulares que eran ojos de robots muertos. El olor a detergente viejo se mezclaba con el olor a humedad y a secretos.

Nico los dijo.

Una mujer que había perdido a su madre. Un hombre que había perdido a su esposa. Dos hermanas que habían perdido a su padre. Y Vera, que había perdido a su hermano Mateo, cinco pérdidas.

Cinco memorias que el sistema había intentado borrar.

Cinco razones para luchar.

¿Qué hacemos ahora? - preguntó la mujer.

Recordamos - dijo Nico. Hacemos que otros recuerden. Encontramos a más gente como nosotros. Y cuando seamos suficientes...

¿Cuando seamos suficientes qué?

Nico no tenía respuesta para eso, todavía no.

Pero la respuesta vendría.

Las respuestas siempre venían cuando había suficiente gente haciendo las preguntas correctas.

MEDIO ENCUENTRO

Nico entró al restaurante, no como cliente.

Como él.

El Turno Largo estaba cerrando. Sillas sobre mesas patas hacia arriba, el ritual de cada noche. Luces apagándose una por una. El olor a comida mezclándose con el olor a limpiador de pisos. El final de un día que había sido igual a todos los demás.

Leonardo y Ana estaban solos.

Él contando la caja billetes arrugados, monedas que tintineaban contra el metal de la registradora. Ella guardando ingredientes en el refrigerador que funcionaba mejor que el de Locke. Los movimientos de dos personas que habían hecho lo mismo cientos de veces.

El restaurante está cerrado - dijo Leonardo sin mirar.

Lo sé.

Entonces...

Vengo a hablar. Nico sacó el oso Dember de su mochila. Lo puso sobre el mostrador. El pelaje gastado brillando bajo las últimas luces que quedaban encendidas. De esto, Leonardo y Ana miraron el oso.

Pelaje gastado por años de uso. Mancha oscura en el pecho. Ojos de botón que habían visto demasiado la caída de Tomás, los días en la mochila, las noches en callejones donde nadie preguntaba qué llevaba un chico de veintiún años que dormía contra paredes de ladrillo.

Algo cruzó sus rostros, no reconocimiento.

Algo más profundo.

Algo que el cuerpo sabía aunque la mente no.

¿De dónde sacaste eso? - preguntó Ana. Su voz había cambiado. Más suave. Más cercana. El oso había abierto lo que había estado cerrado.

De alguien que murió hace tres años. Nico los miró. A los dos. A las personas que había buscado durante 1.095 días. Alguien que ustedes conocían, el refrigerador zumbaba.

Las luces parpadeaban.

No conocemos a nadie - comentó Leonardo. Pero su voz dudaba. Pero sus ojos no dejaban de mirar al oso.

Sí lo hacen. Nico empujó el oso hacia ellos. Solo que no lo recuerdan. Ana tocó el oso.

Sus dedos los mismos que cortaban vegetales con precisión perfecta, los mismos que añadían romero sin medir temblaron cuando tocaron el pelaje gastado.

Tomás dijo.

No como pregunta, como recuerdo.

Leonardo la miró.

¿Qué dijiste?

Tomás. Lágrimas en sus ojos. Sin saber por qué, sin entender de dónde venían. Se llamaba Tomás, Nico asintió.

Sí. Se llamaba Tomás. Tenía ocho años. Y este oso era suyo.

¿Cómo murió? - preguntó Leonardo. Su voz era diferente ahora. Más grave. Más urgente.

Cayó. De un edificio. Pausa. Frente a ustedes.

Largo, pesado. Ustedes estaban ahí continuó Nico. Ustedes vieron caer a Tomás. Y después. El sistema los borró. Les quitó los recuerdos. Las identidades. Los convirtió en Leo y Ana.

¿Por qué?

Porque ustedes sabían algo. Algo sobre lo que le pasó a Tomás. Algo que el sistema no quería que recordaran. Ana no soltaba el oso.

Las lágrimas caían. Lágrimas reales. Que tenían un nombre aunque ella no lo supiera todavía, Leonardo tomó la mano de Ana.

¿Qué somos? ¿Quiénes éramos?

No lo sé todo. Solo sé que eran importantes. Que sabían cosas que el sistema quería borrar. Y que voy a ayudarlos a recordar.

El oso Dember descansaba sobre el mostrador.

Testigo silencioso de un reencuentro que ninguno de los tres entendía , pero que era el comienzo de algo.

El comienzo de recordar.

ASTRAL PARTIDA

El grupo partió al amanecer.

El Astral no tenía sol. Porque Don Humo dio la orden y cuando El viejo daba órdenes, la gente obedecía. 300 años de experiencia se notaban en la voz.

37 personas.

Las alcantarillas los esperaban. Led y Lix iban al frente, guiando por túneles que nadie más conocía. Malika iba cerca, estudiando todo, procesando todo, siendo la Malika que siempre era.

El viejo pensaba en el Jardinero. En el hombre que sostenía el borde solo.

¿En qué piensas? - preguntó Faith.

En un Jardinero. Solo en una cueva, sosteniendo el borde para que no entre.

¿Podemos ayudarlo?

No. Él eligió quedarse. Eligió sostener hasta que no pueda más. Pausa. Y nosotros elegimos irnos.

¿Es lo correcto?

No lo sé. Pero es lo único que podemos hacer.

El norte esperaba, el borde seguía acercándose.

Y en algún lugar de las alcantarillas, un Jardinero sostenía.

Solo, porque alguien tenía que hacerlo.

MEDIO COMIENZO

Leonardo y Ana se llevaron el oso a casa.

El departamento era pequeño, una habitación, una cocina que era más rincón que cocina, un baño donde apenas cabía una persona. Pero era suyo. O era de Leo y Ana. O era de quien habían sido antes de convertirse en esto.

El oso descansaba en la mesita de noche.

Ojos de botón mirando hacia el techo.

Tomás - dijo Ana en la penumbra.

Sí.

Lo conocía. Él me llamaba... Pausa. Buscando. Encontrando. Tía.
Me llamaba tía. Porque yo cocinaba para él.

Las lágrimas volvieron, pero estas eran diferentes.

Estas tenían contexto, Leonardo la abrazó.

Vamos a recordar dijo. Todo lo que nos quitaron. Vamos a recordar, el oso los miraba.

Los ojos de botón parecían saber, parecían esperar.

Parecían decir: ya era hora.

ASTRAL NORTE

El grupo emergió de las alcantarillas al tercer día.

No en Ciudad Central, eso quedaba atrás, con sus torres inclinadas y sus píxeles muertos. En otro lugar. Un lugar que nadie reconocía. Un lugar que no existía en ningún mapa.

Montañas a lo lejos, nevadas.

Un cielo que tenía color, no el gris enfermo del Astral, no el vacío del borde, lo que podría haber sido azul si alguien recordara qué era el azul.

El norte - dijo Led.

¿Eso es? - preguntó Faith.

Es el comienzo.

37 personas miraron hacia las montañas, hacia lo desconocido.

Hacia el norte. Mordió la pipa vacía.

Todavía vacía después de semanas, pero todavía ahí.

Todavía parte de él.

Vamos dijo.

El grupo se puso en marcha, hacia el norte.

Hacia el misterio.

Hacia lo que fuera que esperaba al final del viaje.

MEDIO PROMESA

Nico volvió al callejón donde dormía.

El oso Dember ya no estaba en su mochila. Lo había dejado con Leonardo y Ana. Era donde pertenecía. Era donde siempre debió estar.

La mochila pesaba diferente sin él, más ligera.

Más vacía, pero también más libre.

Tres años de búsqueda, 1,095 días. Cuarenta y siete grafitis.

Leonardo y Ana empezaban a recordar, Vera se había unido a la causa.

El sistema no sabía nada.

Nico se acostó contra la pared de ladrillos.

El frío se colaba por las costuras del abrigo.

Las estrellas que no parecían estrellas brillaban arriba.

Mañana habría más trabajo, más grafitis que pintar.

Más gente que encontrar, más recuerdos que despertar.

Pero por ahora, descansaba, por ahora, seguía en pie.

Por ahora, era suficiente. # TEMPORADA 11: LA RESISTENCIA

101 Píxeles [S]

ASTRAL GRUPO

Faith contó las cabezas. Treinta y siete. Habían perdido seis durante el viaje.

El viejo notaba en los pequeños detalles. La manera en que los ancianos ya no se quejaban del ritmo habían aprendido que quejarse no servía, que el ritmo era el ritmo, que adaptarse era sobrevivir. La

manera en que los niños caminaban en formación sin que nadie les dijera los mayores adelante, los menores en el centro, instinto de manada que había emergido de semanas de marcha. La manera en que las familias se habían mezclado madres cuidando niños que no fueron suyos, ancianos adoptados por grupos que los trataban como abuelos.

37 personas que habían sido extraños.

37 personas que ahora eran algo más.

Faith caminaba más cerca del grupo que antes.

No tres pasos atrás. Dos. A veces uno y medio. La mochila de las gemelas seguía en su espalda, pero ya no la sostenía fuerte. Ancla. Ahora la sostenía como si fuera equipaje. Algo que llevaba porque tenía que llevarlo, no porque quisiera.

El niño del zapato único había crecido.

No físicamente el Astral no alimentaba lo suficiente para crecer. De otras maneras. Su madre ya no lo cargaba todo el tiempo. Caminaba solo. Su pie descalzo se había endurecido. Las costras en el talón habían sanado. El zapato rojo que quedaba estaba más gastado pero todavía servía.

Y había empezado a hablar.

Frases cortas. Preguntas que nadie podía responder. Pero palabras.

¿Falta mucho? le preguntó a El de la pipa una tarde.

Depende.

¿De qué?

De si el camino coopera.

El niño consideró esto.

Los caminos no cooperan.

A veces sí. A veces el camino quiere que llegues a algún lugar.

¿Y este camino?

El viejo miró hacia adelante. Hacia Ciudad Central que aparecía en el horizonte con sus torres inclinadas y su cielo de píxeles muertos.

Este camino quiere que veamos algo. Algo importante.

¿Qué?

Todavía no lo sé. Pero lo sabremos pronto.

El niño bajó la barbilla.

No - preguntó más.

Los niños del Astral aprendían que algunas respuestas llegaban solas. Que preguntar demasiado era gastar energía. Que esperar era parte de sobrevivir.

ASTRAL OBSERVACIÓN

El viejo observaba a cada miembro del grupo con atención de jardinero.

Las semillas que había plantado durante semanas estaban germinando. No todas algunas nunca germinarían, algunas morirían antes de florecer pero suficientes. Suficientes para que el viaje valiera la pena.

María, la mujer que había perdido a su esposo. Al principio no hablaba con nadie. Caminaba sola, comía sola, dormía sola. Ahora compartía fogata con los Hernández, una familia de cuatro que había adoptado a tres niños huérfanos durante el viaje. Ayudaba a cocinar. Contaba historias. Reía, a veces.

El pescador del río este. Hombre silencioso que había llegado al grupo con un arpón oxidado y una mirada que decía “he visto cosas”. Ahora enseñaba a los adolescentes a hacer trampas para atrapar

roedores del Astral. Lo suyo se había convertido en algo diferente. No ausencia de palabras. Presencia de acción.

La maestra jubilada. Sesenta y siete años. Artritis que le dificultaba caminar. Pero cada noche reunía a los niños y les enseñaba cosas. Matemáticas con piedras. Lectura con símbolos dibujados en ceniza. Historia de un mundo que ya no existía pero que valía la pena recordar.

Cada persona era semilla.

Cada persona tenía potencial.

La función de un jardinero no era controlar qué crecía. Era crear las condiciones para que algo creciera. Cualquier cosa. Todo.

El viejo no sabía qué cosecha produciría este grupo.

Pero sabía que produciría algo.

Y en un mundo que se estaba acabando, algo era más de lo que la mayoría tenía.

ASTRAL CIUDAD

Ciudad Central apareció al atardecer del día 23.

ASTRAL TRANSFORMACIONES

El viejo había visto muchos grupos.

Grupos de refugiados huyendo de guerras que ya nadie recordaba. Grupos de colonos buscando tierras que no existían. Grupos de sobrevivientes aferrándose a la esperanza cuando toda evidencia sugería que la esperanza era mentira.

Este grupo era diferente.

No eran más fuertes. No tenían más recursos. Eran diferentes porque habían aceptado algo que otros grupos tardaban años en aceptar: que el mundo antiguo había terminado. Que no iban a volver a casa. Que “casa” era un concepto que tenían que reinventar.

La mujer que había perdido a su esposo cocinaba para los huérfanos.

El hombre que había perdido la memoria enseñaba a los niños a leer las estrellas del Astral estrellas que no correspondían a ningún cielo conocido, pero que tenían patrones que podían aprenderse.

Las hermanas que habían perdido a sus padres cuidaban a los ancianos cuando sus piernas fallaban.

Cada pérdida se había transformado en algo más.

Cada vacío se había llenado con algo diferente.

Algo los estaba transformando el dolor convirtiéndose en propósito, las razones originales para seguir caminando reemplazadas por razones nuevas que nadie sabía nombrar todavía.

El viejo no sabía si eso era esperanza o era locura.

Eran lo mismo.

ASTRAL APROXIMACIÓN

ASTRAL CIELO ROTO

El cielo estaba roto.

El viejo lo vio antes que los demás. Manchas rectangulares donde el color se había detenido azul congelado junto a naranja que no correspondía, púrpura al lado de verde, alguien había pegado recortes de otros cielos sin preocuparse por los bordes. Los rectángulos tenían tamaños diferentes. Algunos pequeños como ventanas. Otros grandes como edificios. Todos inmóviles. Todos muertos.

Píxeles muertos.

La palabra otra vez. La misma que había usado antes sin saber por qué. El conocimiento existía. La memoria no.

Nunca había visto un cielo así.

Nunca había visto algo tan claramente defectuoso, tan obviamente descuidado, tan absolutamente abandonado por el sistema que supuestamente lo mantenía.

Ciudad Central se extendía frente a ellos. No torres brillantes. No calles ordenadas. Edificios que se inclinaban en ángulos que desafiaban la geometría uno a 17 grados, otro a 23, un tercero casi horizontal pero de algún modo todavía en pie, sostenido por lo que no fue física, que no era ingeniería, que era solo la terquedad de las cosas que se niegan a caer.

Gente que caminaba sin mirar a dónde iba.

Sin mirar nada.

¿Esto es Ciudad Central? - preguntó Faith.

Su voz era diferente aquí. Más plana. La ciudad absorbía los tonos emocionales y dejaba solo datos.

Esto es lo que queda.

El Viejito se adelantó. Su bastón de hueso hacía un sonido diferente aquí más hueco, el suelo sonaba hueco, caminando sobre cascarón frágil que podría romperse en cualquier momento y tragarlos a todos.

No es tan malo como parece dijo.

¿Cómo lo sabes?

Porque lo malo de verdad no se ve. Señaló hacia una torre que brillaba con luz constante, una luz que no parpadeaba, que no variaba, que era perfecta de una manera que la perfección no debería ser. Lo malo está ahí dentro. Procesando.

El viejo mordió la pipa vacía.

La boquilla de hueso le quemó los labios con frío. La ciudad robaba calor de todo lo que tocaba.

¿Cuánto tiempo tenemos? - preguntó.

Depende - dijo el Viejito. De lo rápido que encontremos lo que busquemos. De lo rápido que el sistema se dé cuenta de que estamos aquí. Pausa. De lo rápido que el borde nos alcance.

Nadie mencionó el borde.

Pero todos lo sentían.

Detrás.

Siempre detrás.

Acercándose.

MEDIO DESPERTAR

Leonardo despertó a las 4:38.

Trece minutos antes de la alarma. Como todos los días. Su cuerpo sabía la hora aunque la mente no recordaba por qué importaba. Trece minutos que eran suyos. Trece minutos donde podía existir sin que el sistema le dijera cómo existir.

El oso Dember estaba en la mesita de noche.

No recordaba haberlo puesto ahí. La noche anterior lo había tenido en las manos las manos de Ana, Anya, el nombre que no usaba, habían temblado cuando lo tocó y después todo era borroso. El camino a casa. La cama. Los sueños que se desvanecían antes de poder atraparlos.

Pero el oso estaba ahí.

Pelaje gastado. Ojos de botón. Mancha oscura en el pecho.

Y por primera vez desde que tenía memoria desde que tenía esta memoria, la memoria de Leo, no la de Leonardo que había sido antes sentía que el oso significaba algo. Que no se limitaba a ser un objeto. Que contenía peso que no era físico.

Se levantó.

El suelo estaba frío. Las baldosas del departamento nunca se calentaban el sistema de calefacción llevaba roto meses, el técnico que debía venir nunca venía, los formularios se apilaban en una carpeta que nadie revisaba. Sus pies buscaron las pantuflas que no estaban donde debían estar porque nunca estaban donde debían estar.

Ducha.

El agua estaba fría los primeros treinta segundos las tuberías del edificio nunca funcionaban bien, el técnico que debía venir nunca venía. Los siguientes treinta segundos era tibia. Los siguientes era caliente. Siempre la misma secuencia. Siempre el mismo ritmo. El cuerpo sabía cuándo entrar bajo el chorro, aunque la mente no recordara haberlo aprendido.

Vestirse.

La misma ropa de ayer porque la lavadora llevaba rota dos semanas. El pantalón con la mancha de grasa que no salía. La camisa con el botón flojo que amenazaba con caerse cada vez que se agachaba. Los calcetines que no combinaban porque los que combinaban estaban sucios y el agua para lavar a mano costaba más de lo que podía pagar.

Café instantáneo que sabía a cartón y a resignación.

La rutina de alguien que no sabía quién era pero que funcionaba.

Ana todavía dormía.

Su respiración suave llenaba el departamento con algo parecido a vida. Su cabello desparramado en la almohada. Su mano todavía extendida hacia donde él había estado, buscando calor que ya no estaba ahí.

No la despertó.

A las 5:30, salió hacia el restaurante.

Las Torres TAAT zumbaban en el horizonte. El zumbido le hacía doler la mandíbula siempre la mandíbula, siempre del lado izquierdo. algo en su cráneo resonara con frecuencias que no debería escuchar. El cableado cruzado que no sabía que tenía. Los colores que escuchaba. Los sonidos que veía. Las texturas que saboreaba aunque no las tocara.

El oso Dember iba en su bolsillo.

Hoy no lo dejaba atrás.

Hoy lo necesitaba cerca.

ASTRAL CIUDAD

El grupo avanzó por la calle principal.

37 personas. El viejo las había contado tres veces para asegurarse. 37 de las originales. 10 perdidos sin drama, sin discurso, sin explicación. No estaban. Habían dejado de existir entre un momento y otro.

El Astral no perdonaba.

El Astral no explicaba.

El Astral solo tomaba.

Los habitantes de Ciudad Central no los miraron.

Caminaban en líneas rectas. Pasos idénticos el mismo largo, el mismo ritmo. Todos escuchaban la misma música que nadie más podía oír. Rostros vacíos no tristes, no asustados, vacíos, como páginas en blanco donde debería haber escrito, como pantallas apagadas donde debería haber imágenes. Una mujer chocó contra Malika.

No se disculpó. No la miró. Ajustó su trayectoria tres grados hacia la izquierda y siguió caminando. Malika no existía. El choque no

había ocurrido. Nada importaba excepto llegar a donde iba, aunque probablemente no supiera a dónde iba.

Faith escupió en el suelo.

Eso es esclavitud.

Es eficiencia - replicó Malika. Desde cierto punto de vista.

Es esclavitud desde cualquier punto de vista.

Malika no respondió.

No porque no tuviera respuesta. Porque algunas discusiones no valían la energía que costaban. Porque tenían cosas más importantes que hacer que debatir semántica. Porque el borde seguía acercándose y las palabras no lo detendrían.

Copérnico gruñó.

Las marcas azules brillaban con un patrón diferente aquí más rápido, más intenso. La ciudad amplificaba lo que el perro contenía: 78% de su cuerpo cubierto ahora. El brillo pulsaba con un ritmo que no era el de un corazón. Era algo más. Algo más grande. Algo más antiguo.

Maku se arrodilló junto a él.

¿Qué sientes?

El perro no respondió.

Los perros no respondían.

Pero sus ojos marrones, profundos, con lo que podría haber sido inteligencia o podría haber sido algo más miraban hacia abajo.

Hacia las alcantarillas.

Hacia donde iban.

Hacia donde el laboratorio de Led y Lix esperaba con sus tanques de órganos y sus pantallas verdes y sus respuestas que nadie quería escuchar.

El grupo siguió adelante.

37 personas buscando salvación en una ciudad que había olvidado qué significaba salvarse.

MEDIO CAMINO

El camino al restaurante era el mismo de siempre.

Tres calles hacia el norte. Dos hacia el este. Pasar el puesto de periódicos que ya no vendía periódicos porque nadie leía periódicos. Pasar la tienda de electrónicos con las pantallas apagadas y el cartel de SE VENDE que llevaba años juntando polvo. Pasar el callejón donde los grafitis de osos miraban desde las paredes.

Los osos.

Leonardo se detuvo frente a uno.

No lo había notado antes. O lo había notado y lo había olvidado. O el grafiti era nuevo. Era difícil saberlo. El tiempo funcionaba diferente cuando no recordabas el pasado.

El oso era igual al de su bolsillo.

Ojos redondos. Orejas pequeñas. Mancha oscura en el pecho.

Y debajo, números:

No lo sabía.

Pero algo en su pecho se movió cuando los vio. Reconocimiento. La sensación de una cara que conoces pero no recuerdas de dónde.

Siguió caminando.

El restaurante esperaba.

El trabajo esperaba.

Las preguntas podían esperar también.

Aunque cada día era más difícil ignorarlas.

MEDIO RUTINA

La rutina del restaurante era simple.

Llegar a las 6. Preparar la cocina. Cortar vegetales. Picar carne. Hervir caldos. Servir a los clientes que entraban buscando llenar el vacío no el vacío del hambre, que ese se llenaba fácil, sino el otro vacío, el que todos tenían aunque nadie nombrara.

Leonardo trabajaba. Las manos ocupadas, la mente lejos.

Sus manos se movían sin que él las controlara. Cortaban. Mezclaban. Revolvían. El cuerpo recordando recetas que la mente había olvidado.

Ana Anya trabajaba a su lado.

Los mismos movimientos automáticos. La misma sensación de que estaban repitiendo un gesto de miles de veces antes aunque no recordaran haberlo hecho.

El dueño, Marcos, los observaba desde el mostrador.

Ustedes dos - dijo una mañana. Son diferentes.

¿Diferentes cómo? - preguntó Leonardo.

No sé explicarlo. Marcos frunció el ceño. Es como si... sabiendo más de lo que deberían saber. Pero al mismo tiempo no supieran nada.

Leonardo no respondió.

No tenía respuesta que dar.

Solo tenía el oso en el bolsillo.

Solo tenía las preguntas que se acumulaban. ## 102 Sótano [K]

MEDIO SÓTANO

Nico bajó las escaleras. El olor a humedad subió a recibirlo.

Treinta y siete escalones de concreto resbaladizo. La barandilla de metal se había soltado de la pared hace años, tornillos oxidados que ya no sostenían nada, pero nadie se había molestado en arreglarla.

Nico bajaba pegado a la pared opuesta, una mano rozando el ladrillo húmedo para mantener el equilibrio.

En el descanso, el cartel del elevador seguía ahí.

AVISO: ELEVADOR FUERA DE SERVICIO. SE HA SOLICITADO REPARACIÓN. DISCULPE LAS MOLESTIAS. REF: ELV-7734-B.

El cartel era nuevo. Lo reemplazaban cada mes. Nico lo sabía porque había visto al técnico de mantenimiento subir los treinta y siete escalones para pegar el cartel nuevo encima del viejo. El técnico subía con pegamento, cartel y nivel de burbuja. Alineaba las esquinas. Verificaba que estuviera derecho. Bajaba los treinta y siete escalones. Rellenaba el formulario de mantenimiento confirmando que el aviso de fuera de servicio estaba en condiciones óptimas. La siguiente semana, otro técnico subía para verificar que el primer técnico hubiera rellenado el formulario correctamente. Ninguno de los dos reparaba el elevador. Eso requería otro departamento.

El techo goteaba.

Cinco puntos distintos que Nico había memorizado: el primero cerca del descanso, el segundo junto a la caja de fusibles muerta, el tercero y el cuarto en la curva donde las escaleras giraban noventa grados, el quinto justo encima del último escalón. Había puesto cubetas debajo de cada uno, pero las cubetas se llenaban cada tres días y había que subirlas para vaciarlas y bajarlas vacías otra vez.

Nadie quería el trabajo.

Nico lo hacía de todas formas.

Las máquinas oxidadas todavía estaban ahí, torres de metal que goteaban agua estancada, ventanas circulares como ojos de robots muertos. Monumentos a un tiempo en que esta ciudad todavía pretendía ser normal.

Nico había intentado dismantelarlas durante las primeras semanas. El metal podía venderse, pensó, o usarse para otras cosas. Pero las máquinas estaban soldadas al suelo y las herramientas que tenía no eran suficientes para cortarlas. Así que se quedaron. Observando.

El olor a detergente viejo se mezclaba con el olor a humedad y a secretos. El suelo de concreto tenía grietas donde crecían pequeñas plantas que no deberían poder crecer en la tiniebla pero crecían igual.

Nico lo había encontrado hace meses.

Buscando lugares donde esconderse. Lugares donde el sistema no miraba. Lugares donde podía existir sin ser procesado.

Ahora era el centro de todo.

Las paredes tenían grafitis que él mismo había pintado. Osos. Números. Mensajes que solo tenían sentido si sabías qué significaban.

El grafiti más grande ocupaba toda la pared del fondo.

Un oso enorme, pintado con spray negro y azul, con ojos que miraban a quien entraba al sótano. Debajo del oso, el número 47 repetido cuarenta y siete veces, formando un patrón que nadie excepto Nico entendía.

Era su mantra.

Era su promesa.

Era la razón por la que seguía adelante cuando todo lo demás decía que debería rendirse.

Cuarenta y siete familias borradas en el Sector 12-C.

Cuarenta y siete vidas que el sistema había decidido que no existían.

Cuarenta y siete razones para seguir luchando.

Las tuberías goteaban con ritmo constante, plink, plink, plink, como metrónomo que marcaba el paso del tiempo.

Una mesa improvisada en el centro. Cajas de madera apiladas. Una puerta vieja como superficie, las bisagras oxidadas todavía adheridas al borde. Mapas extendidos encima rutas de suministros, puntos de encuentro, lugares seguros que no fueron tan seguros.

Sillas que no combinaban.

Gente que no se conocía pero que compartía algo.

El vacío en la memoria.

El dolor que no sabían nombrar.

La esperanza de que, juntos, podrían encontrar respuestas.

MEDIO REUNIÓN

El sótano olía a humedad y a cuerpos.

Nico no sabía cómo describir el segundo olor. Algo orgánico, denso. La manera en que la gente se movía con propósito, no con la mecánica vacía de los habitantes de arriba. La manera en que hablaban en voz baja pero con intención, palabras que importaban porque alguien las escuchaba.

Quince personas sentadas en círculo.

Sillas que no combinaban, plástico rojo junto a madera astillada junto a metal oxidado, cada una robada de un lugar diferente, cada una con su historia de abandono. Las patas de algunas estaban desiguales, haciendo que quien se sentara tuviera que equilibrarse constantemente. Otras tenían el respaldo suelto, crujendo con cada movimiento.

Leonardo y Ana entre ellas.

Se habían sentado juntos. Sus hombros casi tocándose. Sus manos en los regazos, pero cerca, listas para buscarse si algo salía mal. La postura de personas que no recordaban su pasado pero que habían encontrado algo en el presente a qué aferrarse.

MEDIO GRUPO

Nico observó al grupo antes de empezar.

Había aprendido a leerlos durante las semanas que llevaba organizando estas reuniones. Cada persona tenía una manera diferente de sentarse, de mirar, de respirar. Cada postura contaba una historia.

La mujer del rincón izquierdo, María, había dicho que se llamaba siempre cruzaba los brazos sobre el pecho. Protección. Defensa. Miedo de ser vulnerable aunque estuviera rodeada de personas con el mismo dolor.

El hombre mayor nunca había dado su nombre, solo venía y escuchaba se sentaba con la espalda perfectamente recta. Disciplina militar, o simplemente la necesidad de mantener algo bajo control cuando todo lo demás se había desmoronado.

Los dos adolescentes en la esquina, gemelos que habían perdido a sus padres, se inclinaban el uno hacia el otro como plantas buscando luz. Su contacto constante era prueba de que al menos algo era real. Al menos ellos se tenían.

Y Leonardo y Ana.

Eran diferentes a los demás.

No solo porque eran nuevos. Algo en la manera en que miraban el espacio evaluando, calculando, tratando de resolver un rompecabezas que no tenía todas las piezas. Algo en la frecuencia de

su conexión tan sincronizada que se movían al mismo ritmo sin ser conscientes de ello.

Nico no sabía quiénes eran.

Pero intuía que importaban.

Que habían sido alguien antes de despertar sin memoria.

Que iban a ser alguien de nuevo.

Esto es lo que hacemos - explicó Nico. Hablamos. Compartimos. Intentamos recordar.

¿Recordar qué? - preguntó Leonardo.

Su voz era diferente aquí. Más suave. Menos defensiva. El sótano y su olor a cuerpos apiñados permitieran vulnerabilidades que arriba eran imposibles.

Lo que perdimos.

El viento empujaba la niebla.

Una bombilla parpadeaba en el techo, el zumbido eléctrico marcando los segundos, amenazando con dejar todo en oscuridad. Las paredes tenían manchas de humedad que formaban patrones que podrían haber sido mapas o podrían haber sido solo manchas. El suelo de concreto estaba agrietado, y por las grietas crecían pequeñas plantas que no deberían poder crecer en la tiniebla pero crecían igual.

Una mujer al otro lado del círculo empezó a hablar.

Pelo canoso que había sido negro. Manos que no dejaban de moverse tocando el borde de la silla, alisando la tela del pantalón, buscando algo que hacer porque quedarse quietas era más difícil que moverse. Ojos que habían visto demasiado y que ahora no veían nada.

Sueño que vuelo dijo. Sobre ciudades que no reconozco. Edificios que brillan con luz que no existe aquí. Gente que camina mirando hacia arriba en lugar de hacia el suelo.

¿Cada noche? - preguntó Nico.

Cada noche. Y cuando despierto, mis manos saben hacer cosas que mi mente no recuerda haber aprendido. Levantó las manos. Los dedos largos, finos, con callos en lugares específicos. Tocar instrumentos. Escribir en idiomas que no conozco. Dibujar rostros de personas que nunca he visto.

Leonardo escuchaba.

Ana escuchaba.

Y algo en sus ojos empezaba a cambiar.

No reconocimiento, eso vendría después, si venía. Algo más sutil. La sospecha de que no estaban locos. La sospecha de que había explicación para los vacíos en sus memorias. La sospecha de que no estaban solos.

ASTRAL ALCANTARILLAS

Las alcantarillas de Ciudad Central no procesaban agua.

Malika lo había sabido antes de bajar. Pero verlo era diferente. Saberlo era información. Verlo era realidad.

Túneles de algo que brillaba, material orgánico, o mineral, o lo que no parecía ninguno de los dos. Las paredes tenían textura. Cuando las tocabas, cedían. Cuando apartabas la mano, volvían a su forma original. Como piel. Como el interior de algo vivo.

Venas de luz recorriendo las paredes como arterias. Púrpura. Verde. Azul. Colores que no correspondían a nada natural pero que eran hermosos de una manera que lo hermoso no debería ser en un lugar así.

El techo goteaba.

Un líquido que no era agua más espeso, más oscuro, con un brillo iridiscente que cambiaba según el ángulo desde donde lo miraras. Cuando caía al suelo, el suelo lo absorbía inmediatamente. Tenía sed. Necesitaba ser alimentado.

¿Qué es esto? - preguntó Faith.

Su voz rebotó en las paredes orgánicas. El eco duró más de lo que debería.

Datos descartados. Memorias eliminadas. Malika tocó una pared. El material cedió bajo sus dedos, tibio al tacto. Todo lo que el sistema decide que ya no necesita gotea aquí abajo.

¿Y la gente vive aquí?

Algunos. Los que no quieren ser procesados. Los que prefieren la oscuridad al vacío de arriba.

El de la pipa observaba, la pipa apagada.

Su pipa en la mano. Vacía. Siempre vacía. Pero presente. El último último hábito.

Copérnico caminaba adelante.

Las marcas azules brillaban con urgencia ahora. 78% de su cuerpo cubierto. El brillo respondía al líquido que goteaba del techo cuando una gota caía cerca, las marcas pulsaban más rápido. Comunicaban. Reconocían algo.

El laboratorio apareció sin aviso.

Una puerta de metal pulido en medio de paredes orgánicas. El contraste era chocante. Metal frío junto a carne tibia. Tecnología junto a biología. La frontera entre lo que el sistema controlaba y lo que había escapado del sistema.

Y junto a la puerta, flotando en un tanque pequeño que no debería existir, un ojo.

Un ojo humano.

Mirándolos.

Parpadeando.

El iris era azul. El blanco era amarillento por la edad. Las venas rojas serpenteaban por la superficie como ríos en miniatura.

La puerta se abrió.

Led apareció. O Lix. Era imposible distinguirlos.

Los esperaban dijo. El perro nos avisó que venían.

Copérnico gruñó.

Las marcas pulsaron.

El ojo en el tanque siguió mirando.

MEDIO LOGÍSTICA

Después de la reunión, Nico habló con Leonardo a solas.

El sótano estaba vacío excepto por ellos. Las sillas en círculo todavía, los fantasmas de las conversaciones todavía flotando en el aire húmedo. El olor a cuerpos apiñados mezclándose con el olor a miedo porque esperar era arriesgarse.

Mapas sobre una mesa improvisada, cajas de madera apiladas, una puerta vieja como superficie, las bisagras oxidadas todavía adheridas al borde. Rutas marcadas con lápiz rojo. Puntos señalados con X.

Necesito ayuda - dijo Nico.

¿Con qué? Logística. Movemos suministros médicos. Medicina que el sistema no distribuye. Señaló los mapas. Vacunas. Antibióticos. Cosas que la gente necesita pero que el sistema decide que no merece.

Leonardo miró los mapas.

Las rutas serpenteaban por los Sectores 4 al 9. Evitaban las avenidas principales. Pasaban por callejones, sótanos, túneles que el sistema había olvidado que existían.

¿Por qué yo?

Porque sabes moverte. Nico lo miró. No sé cómo lo sé. Solo lo sé. La manera en que caminas. La manera en que miras las salidas cuando entras a un lugar. La manera en que tu cuerpo sabe cosas que tu mente no recuerda.

Leonardo no respondió inmediatamente.

Pero sus manos tocaron el bolsillo donde guardaba el oso Dember.

El oso que había pertenecido a Tomás.

El oso que era el único vínculo con una vida que no recordaba.

¿Cuándo empezamos? - preguntó.

Nico sonrió.

Era la primera sonrisa real en días.

Mañana. Señaló un punto en el mapa. Hay un cargamento esperando en el Sector 6. Veintiséis cajas de suministros. La gente del Sector 8 los necesita antes del fin de semana.

¿Qué pasa el fin de semana?

El sistema hace inspecciones. Si encuentran los suministros antes de que los distribuyamos, los destruyen.

Leonardo hizo un gesto breve.

No - preguntó más.

Las preguntas podían esperar.

El trabajo no.

ASTRAL LABORATORIO

El laboratorio se extendía más de lo esperado.

Tanques de cristal alineados contra las paredes. Docenas. Cien. Cada uno con algo adentro que todavía funcionaba aunque ya no estuviera vivo no en el sentido convencional, no con cuerpo y mente unidos, pero funcionando.

Un corazón que latía.

Bum-bum. Bum-bum.

El ritmo era audible en el silencio del laboratorio. Constante. Incansable. El corazón de alguien que había muerto pero que seguía latiendo porque nadie le había dicho que podía parar.

Un pulmón que se expandía y contraía.

Sin aire. Sin razón. Solo el movimiento. Solo la mecánica de cosa que había sido diseñado para funcionar y que seguía funcionando aunque ya no hubiera propósito.

Y cerebros.

Tantos cerebros.

Flotando en líquido que brillaba con luz propia. Pulsando con actividad eléctrica pequeños relámpagos que cruzaban la superficie gris, pensamientos que todavía existían aunque no hubiera boca para expresarlos, aunque no hubiera cuerpo para actuar en ellos.

¿Qué es este lugar? - preguntó Faith.

Su voz era diferente aquí. Más pequeña. Más asustada. La primera vez que El viejo la escuchaba asustada de verdad.

Es donde guardamos lo que el sistema descarta - respondió Led. O Lix. Lo que todavía sirve aunque el sistema diga que no sirve.

¿Para qué sirve?

Para recordar. Cada órgano contiene memorias. Cada tejido guarda datos. El sistema puede borrar la mente, pero no puede

borrar el cuerpo. El cuerpo siempre recuerda.

El viejo miró los tanques.

Los cerebros que pulsaban.

Los corazones que latían.

Los pulmones que respiraban sin aire.

La evidencia de todo lo que el sistema había intentado destruir y no había podido.

¿Pueden ayudarnos? - preguntó.

Depende - respondió el gemelo. ¿Qué están dispuestos a dar a cambio?

Nadie respondió.

Pero todos sabían que la respuesta sería: todo.

MEDIO GRAFITI

Nico pintaba de noche.

Cuando las patrullas eran menos frecuentes. Cuando las calles estaban vacías excepto por los borrachos y los perdidos y los que no tenían a dónde ir.

Los osos.

Siempre los osos.

La pintura negra contra las paredes grises del sistema. Los ojos redondos que miraban a quien pasara. El número debajo. El código que solo tenía sentido si sabías qué significaba.

Esta noche pintó en el Sector 9.

Un callejón detrás de una fábrica abandonada. La pared era perfectamente lisa, alta, visible desde la calle principal si sabías dónde mirar.

El oso emergió línea por línea.

Las orejas primero. El cuerpo después. Los ojos al final siempre los ojos al final, porque los ojos eran lo que importaba, los ojos eran lo que la gente recordaba.

Cuando terminó, se quedó mirando.

Tres años.

Cuarenta y tres grafitis en diferentes sectores.

Cuarenta y tres osos mirando desde las paredes.

Cuarenta y tres mensajes para quien supiera leerlos.

¿Y cuántos habían respondido?

Treinta personas ahora en el sótano.

Treinta personas que habían visto los osos y habían seguido las señales.

Treinta personas que buscaban lo mismo que él: respuestas.

Falta poco - dijo al oso recién pintado. Falta poco para que seamos suficientes.

El oso no respondió.

Los osos no respondían.

Pero algo en sus ojos, los ojos que Nico había pintado con cuidado, con precisión, con la precisión de alguien que recordaba a un niño con un oso de peluche, estaba de acuerdo.

Faltaba poco. ## 103 Órganos [A]

ASTRAL DESCENSO

El descenso hacia el laboratorio fue más largo de lo que Faith recordaba.

Las escaleras bajaban en espiral. Cada escalón era diferente: piedra aquí, metal allá, algo orgánico más abajo que cedía ligeramente bajo los pies. La luz cambiaba también: verde al principio, azul después, púrpura cuando llegaron al nivel donde las

paredes empezaban a brillar con venas de lo que no era luz ni electricidad.

37 personas bajando en fila.

El sonido de sus pasos creaba eco que rebotaba y volvía distorsionado. Las paredes lo masticaban antes de devolverlo.

Los niños iban en el centro. El niño del zapato único contaba los escalones en voz baja: doscientos trece, doscientos catorce, doscientos quince. Numerar el descenso no lo hacía menos aterrador.

El Viejito iba adelante con El de la pipa. Su bastón de hueso hacía un sonido diferente en cada tipo de superficie: seco en la piedra, metálico en el metal, húmedo en lo orgánico. El bastón hablaba un idioma que las paredes entendían.

¿Cuánto más? - preguntó alguien desde atrás.

Lo que sea necesario respondió.

No lucía como respuesta útil.

Pero era la única que tenía.

Malika estudiaba las paredes mientras bajaba. Sus dedos tocaban las venas de luz. Su mente procesaba información que nadie más podía ver.

El material es parcialmente orgánico, dijo. Crea. Se regenera. El laboratorio no fue construido. Fue cultivado.

¿Cultivado por quién?

Por el sistema. O por algo anterior al sistema. Pausa. Es difícil saberlo. Las capas de historia aquí son muy profundas.

Faith no quería pensar en capas de historia.

Faith quería llegar abajo. Ver lo que había que ver. Y después decidir si valía la pena seguir luchando o si era mejor rendirse.

El descenso continuó.

Trescientos escalones.

Cuatrocientos.

ASTRAL PROFUNDIDAD

A los quinientos escalones. El aire cambió.

Faith lo notó primero en la piel. Una presión diferente. El aire mismo se hubiera vuelto más denso, más pesado, más consciente de su presencia. Después en los oídos. Un zumbido constante que no era sonido pero que ocupaba espacio en la consciencia.

Los niños se quejaban menos ahora.

Seguían igual de cansados. Pero habían aprendido que quejarse no cambiaba nada. Porque la energía que gastaban en quejas era energía que necesitaban para caminar. Porque en el Astral, los niños crecían rápido no físicamente, sino en otras formas que eran más importantes y más tristes.

El niño del zapato único había dejado de contar escalones en el trescientos.

Ahora solo caminaba.

Su mano sostenía la de su madre con fuerza que no correspondía a su tamaño. El zapato rojo gastado hacía un sonido diferente que el pie descalzo. Rítmico. Constante. Como latido de corazón.

¿Qué hay abajo? le preguntó al viejo cuando llegaron a un descanso entre espirales.

Verdades.

¿Verdades de qué?

De todo. De cómo funciona el mundo. De por qué las cosas son como son. De lo que el sistema no quiere que sepamos.

El niño consideró esto.

¿Las verdades dan miedo?

A veces. La voz del viejo se agachó para quedar a su altura. Pero el miedo no es malo. El miedo es lo que nos mantiene vivos. Lo que importa es qué hacemos con él.

¿Qué haces tú con el miedo?

Lo uso. Como combustible. Para seguir adelante cuando todo dice que debería parar.

El niño asintió.

No entendía. Pero algo en las palabras se quedó con él.

Algo que se quedó.

El descenso continuó.

ASTRAL LLEGADA

A los seiscientos escalones, llegaron.

El laboratorio era más grande de lo que Faith había imaginado. Las paredes se abrían hacia un espacio que no debería caber debajo de la tierra. Los tanques de cristal se extendían en filas infinitas, cada uno con su órgano flotante, cada uno con su luz verde pulsando con ritmo propio.

Los gemelos esperaban.

Led y Lix, de pie frente a una consola que brillaba con datos que se movían demasiado rápido para que ojos normales los siguieran. Sus rostros idénticos reflejaban lo que podría haber sido emoción si los gemelos todavía sintieran emociones de la manera normal.

Han llegado dijeron al unísono.

Hemos llegado confirmó.

El grupo es más grande de lo que esperábamos.

El grupo es lo que es. ¿Pueden ayudarlos?

Los gemelos se miraron.

Conversación silenciosa que duró menos de un segundo.

Podemos mostrarles dijeron. Lo que tenemos. Lo que sabemos.
Lo que el sistema no quiere que nadie vea.

¿Y después?

Después ustedes deciden. Si quieren luchar. Si quieren rendirse.
Si quieren buscar otra manera.

Faith avanzó.

Sus ojos recorrieron los tanques. Los órganos flotando. Las vidas convertidas en energía para un sistema que no se molestaba en explicar por qué necesitaba esa energía.

Muéstrennos indicó. Todo. Sin filtrar. Sin proteger.

Los gemelos asintieron.

Y empezaron a mostrar.

Los niños se quejaban menos ahora. No estaban mejor Faith podía ver el cansancio en sus rostros, la manera en que se apoyaban unos en otros. Porque el zumbido les quitaba las palabras. Les robaba la energía para protestar.

¿Qué es ese sonido? - preguntó el niño del zapato único.

Su voz sonaba diferente aquí abajo. Más lejana. La distancia entre su boca y los oídos de Faith hubiera crecido aunque estuvieran a pocos metros.

El laboratorio - dijo Malika. Está vivo. Y respira.

¿Las casas pueden respirar?

Esto no es una casa. Esto es... otra cosa.

El niño no preguntó qué otra cosa.

porque no quería saber.

porque ya lo intuía.

A los seiscientos escalones, las paredes empezaron a moverse.

No mucho. Solo. Un pulso que recorría la superficie cada pocos segundos. Como el latido de un corazón gigante. Estaban caminando por el interior de algo vivo.

Faith tocó la pared.

Estaba tibia.

La temperatura era la de un cuerpo humano. La temperatura de algo que estaba vivo y que era consciente de su presencia.

No te gustan los visitantes - dijo Faith.

La pared pulsó más fuerte por un momento.

Después volvió a su ritmo normal.

Había escuchado.

Estaba decidiendo qué hacer con ellos.

El pasillo se abrió.

ASTRAL TANQUES

Faith caminó entre los tanques.

No quería hacerlo. No quería ver lo que contenían. No quería saber que el sistema era capaz de esto de mantener órganos vivos separados de sus cuerpos, de preservar fragmentos de personas que habían sido completas, de reducir la existencia a pedazos útiles.

Pero caminó.

Porque necesitaba entender.

Porque necesitaba saber contra qué luchaban.

Un hígado flotaba en líquido amarillento. La superficie era lisa, brillante, perfecta. Procesaba algo invisible podías verlo en la manera en que el líquido cambiaba de color a su alrededor, más claro a un lado, más oscuro al otro. Filtrado sin cuerpo. Función sin propósito.

Riñones en parejas. Siempre en parejas. Conectados por cables que entraban y salían como raíces de plantas buscando tierra. El

líquido a su alrededor era más claro que el de los otros tanques. Más puro. Como si los riñones siguieran haciendo su trabajo aunque no hubiera sangre que limpiar.

Y los cerebros.

Faith se detuvo frente a uno.

Era más grande de lo que había imaginado. O era más grande flotando solo en el tanque, sin el cráneo que normalmente lo protegía. La superficie estaba cubierta de surcos y pliegues cada uno guardando algo, cada uno conteniendo lo que quedaba de una vida.

Pequeños relámpagos cruzaban la superficie.

Pensamientos.

Alguien todavía pensaba ahí dentro.

Alguien que había tenido nombre. Que había tenido familia. Que había tenido sueños y miedos y esperanzas. Alguien reducido a un órgano en un tanque en un laboratorio en las alcantarillas de una ciudad que había olvidado qué significaba ser ciudad.

¿De quién era? - preguntó.

Uno de los hermanos se acercó.

De alguien que quería seguir existiendo. Aunque fuera así.

¿Eligieron esto?

Algunos sí. Algunos no. Pausa. El sistema no siempre pregunta.

Faith apartó la mirada.

Pero el cerebro seguía ahí.

Pensando.

Recordando.

Esperando lo imposible.

MEDIO CASO

Locke abrió el sobre manila.

No sabía por qué hoy. Había pasado semanas mirándolo sin tocarlo. Meses. El tiempo era difícil de medir cuando los días eran iguales que se fundían unos con otros.

Pero hoy lo abrió.

Las manos temblaban mientras rasgaba el papel. El sonido fue más fuerte de lo que debería la oficina vacía amplificándolo, transformándolo en lo que importaba.

Papeles adentro.

Fotografías.

Nombres.

El caso.

Locke los esparció sobre el escritorio. Las fotografías primero rostros de niños que miraban a la cámara con expresiones que variaban entre confusión y miedo. Después los informes páginas mecanografiadas con fechas y lugares y descripciones que no tenían sentido.

Desaparición reportada: 15/03/2023

Ubicación: Sector 7, Parque Central

Testigos: Ninguno

Estado: Cerrado sin resolución

Todos los casos decían lo mismo.

Desapariciones sin testigos.

Cierres sin resolución.

Niños que existían un día y que dejaban de existir al siguiente.

Una de las fotografías estaba doblada por la esquina. Locke la alisó con el pulgar. Despacio. La esquina importaba. Alisar el papel era lo único que podía controlar.

La niña de la foto tenía siete años. Sonreía con los ojos cerrados.

Locke la puso sobre el escritorio, lejos de las otras. La alineó con el borde de la madera. Ajustó el ángulo medio grado. La dejó ahí. No escribió nada. No la numeró. No la clasificó.

La dejó ahí y pasó a la siguiente página.

Y en la última página, una nota escrita a mano:

NORTE. AHORA.

La caligrafía era la suya.

Locke reconocía su propia letra las curvas de las A, la manera en que las N se inclinaban hacia la derecha, el punto sobre las I que siempre era más una raya que un punto.

Pero no recordaba haberla escrito.

NORTE. AHORA.

¿Qué había sabido su yo del pasado que su yo del presente había olvidado?

Las fotografías lo miraban desde el escritorio.

Los rostros de los niños.

Los ojos que habían visto algo terrible antes de desaparecer.

¿Qué les pasó? - dijo Locke.

Nadie dijo.

Pero algo en su mente se movió.

Algo que empezaba a despertar.

ASTRAL DATOS

El que tenía manchas de grasa en los dedos explicó.

Las pantallas verdes brillaban detrás de él. Números que se movían demasiado rápido para leer. Gráficos que subían y bajaban como latidos de corazón enfermo.

127,000 dijo. Personas recolectadas en los últimos tres meses.

¿Recolectadas? Faith escupió la palabra. ¿Ese es el término que usan?

Es el término del sistema. El gemelo no se inmutó. Recolección. Procesamiento. Optimización. El sistema tiene muchos términos para lo que hace.

¿Y qué hace?

La pregunta se quedó ahí.

El otro gemelo apareció. Idéntico. Imposible de distinguir. Solo la dirección de la mirada los diferenciaba uno miraba a la izquierda cuando pensaba, el otro a la derecha.

Lleva a la gente al norte - señaló el segundo gemelo. Territorio vikingo. Donde el sistema tiene instalaciones que nadie ha visto. Donde procesa lo que recolecta.

¿Procesa cómo? No lo sabemos. Pausa. Pero lo que entra no sale. O sale diferente.

¿Hay forma de llegar? ¿Al norte?

Hay una ventana. Un momento donde las defensas bajan. Los gemelos intercambiaron una mirada. Pero se cierra pronto.

¿Cuánto tiempo?

Semanas. Menos.

Faith miró a La silueta del viejo.

Miró a los tanques.

Los cerebros seguían pensando.

Los corazones seguían latiendo.

127.000 personas esperaban en algún lugar del norte.

Vamos - dijo el viejo.

MEDIO FOTOGRAFÍAS

Locke estudió las fotografías durante horas.

Los rostros de los niños. Los ojos que miraban a la cámara sin saber lo que les esperaba. Las sonrisas.

47 niños.

Casos que el sistema había cerrado sin resolver.

Familias que habían perdido a alguien y que el sistema les decía que nunca habían tenido a nadie que perder.

Una por una, Locke - ordenó las fotografías en su escritorio. Por fecha de desaparición. Por sector. Por edad. Buscando patrones que no existían pero que tenían que existir.

El sistema no hacía cosas al azar.

El sistema tenía razones.

El sistema seguía lógicas que los humanos no podían ver pero que estaban ahí, ocultas bajo capas de burocracia y negación.

La primera desaparición: marzo de 2019. Una niña de seis años del Sector 3. Su familia había reportado que no volvió de la escuela.

El sistema clasificó el caso como “relocalización voluntaria”. Una niña de seis años relocalizándose voluntariamente.

La última desaparición: diciembre de 2023. Un niño de ocho años del Sector 7. Tomás. El que había caído. El que había cambiado todo.

Entre la primera y la última: cuatro años. 47 niños. Un promedio de casi uno por mes.

¿Por qué niños?

¿Por qué tantos?

¿Por qué el sistema se molestaba en borrar las memorias de los que quedaban?

Las preguntas se acumulaban.

Las respuestas seguían escondidas.

Pero Locke las encontraría.

Aunque le costara todo.

Aunque el sistema intentara borrarlo a él también.

Las encontraría.

MEDIO HARYES

Haryes apareció en la oficina de División 47.

Locke casi no lo reconoció. El hombre que había sido su compañero ¿cuándo? ¿hace cuánto? El tiempo se fundía cuando intentaba recordar ahora estaba más viejo. Más cansado. Los hombros caídos de alguien que cargaba peso invisible.

Locke - añadió Haryes.

Haryes.

El ventilador del techo giraba con su chirrido eterno. El cactus muerto los juzgaba desde el escritorio vacío de Sánchez. Las fotografías de los niños seguían esparcidas sobre la mesa de Locke.

¿Los viste? Haryes señaló las fotos.

Sí.

¿Reconoces a alguno?

Locke las miró de nuevo.

Rostros de niños. Ojos que habían visto algo terrible. Sonrisas que habían dejado de existir.

No. Pero debería. Algo me dice que debería.

Haryes se acercó.

Sus pasos eran más pesados de lo que Locke recordaba. Cargaba no solo su propio peso sino el de todas las personas que no había podido salvar.

Yo los envié - observó Haryes.

¿Qué?

Al norte. Los envié al norte. Su voz se quebró. No sabía qué había allá. Me dijeron que era evacuación. Que era protección. Me dijeron...

No terminó la frase.

Locke lo miró.

El compañero que había sido. El extraño que era ahora. El espacio entre los dos lleno de culpa que ninguno sabía cómo nombrar.

¿Cuántos? - preguntó Locke.

127.000. Haryes se dejó caer en una silla. El metal crujió bajo su peso. 127.000 personas que confié al sistema. 127.000 personas que no volví a ver.

Los números flotaron en el aire.

127.000.

El mismo número que los gemelos habían mencionado en el Astral.

127.000 personas recolectadas.

127.000 personas enviadas al norte.

127.000 personas que ya no existían. O que existían de maneras que nadie quería imaginar.

¿Qué hacemos ahora? - preguntó Locke.

Haryes miró las fotografías.

Los rostros de los niños.

Los ojos que acusaban desde el papel.

Lo que debimos hacer desde el principio dijo. Encontrarlos.

ASTRAL PARTIDA

El grupo se preparó para partir al amanecer.

El Astral no tenía sol, solo variaciones de gris que pretendían marcar el tiempo. Porque El viejo había dado la orden. Porque el

norte esperaba. Porque 127.000 personas necesitaban que alguien las buscara.

37 personas.

Menos de las que habían empezado.

Más de las que quedarían al final.

Faith cargaba provisiones. El peso era diferente ahora. No solo físico. También moral. Cada paso la acercaba a algo terrible. Cada paso la alejaba de la posibilidad de ignorar.

El Viejito contaba historias a los niños. Historias de antes. De cuando el mundo funcionaba diferente. De cuando la gente desaparecía por razones que se podían entender.

Malika estudiaba mapas que se movían. Rutas que aparecían y desaparecían. El camino hacia el norte que existía o no.

Copérnico gruñía hacia las sombras. Las marcas azules brillando más intensamente que nunca. 80% ahora. Algo crecía dentro de él. Algo que se acercaba a completarse.

¿Listos? - preguntó.

Nadie respondió.

Pero todos empezaron a caminar.

Hacia el norte.

Hacia las respuestas.

Hacia lo que quedaba de 127.000 personas que el sistema había decidido que ya no merecían existir.

ASTRAL ROSTROS

Los rostros le volvían.

Mientras caminaban hacia el norte. Mientras el grupo avanzaba, pisadas suaves en ceniza. Mientras el borde seguía acercándose desde el sur.

Los rostros en los tanques.

Los ojos cerrados que parecían poder abrirse.

Los cerebros que seguían pensando aunque no hubiera cuerpo al que enviar sus pensamientos.

Caminó junto al viejo.

¿Crees que sienten? - preguntó. Los de los tanques. ¿Crees que sienten algo?

El viejo no respondió inmediatamente.

Considerando la pregunta.

Creo que depende de cómo definas sentir dijo. Si sentir es procesar información, entonces sí. Los cerebros procesan. Los nervios transmiten. La maquinaria sigue funcionando.

¿Y si sentir es... sentir? ¿Dolor? ¿Alegría? ¿Tristeza?

Entonces no lo sé. Pausa. Nadie lo sabe. Quizás ni ellos lo saben.

Faith miró hacia atrás.

Ciudad Central desaparecía en la distancia.

El laboratorio y sus tanques quedaban debajo.

Los rostros quedaban en la negrura.

Soñando sueños que nadie conocía.

Pensando pensamientos que nadie escuchaba.

Existiendo de maneras que nadie entendía.

Vamos a volver - replicó Faith. Algún día. Vamos a volver y los vamos a liberar.

¿Aunque liberarlos los mate?

Aunque liberarlos los mate. Su voz era firme. Es mejor morir libre que vivir así.

El viejo no discutió.

No porque estuviera de acuerdo.

Porque algunas convicciones no se discutían.

Porque algunas promesas se hacían aunque fueran imposibles de cumplir.

Porque no había otra cosa. ## 104 Cosecha [A]

ASTRAL GEMELOS

Led y Lix vivían en el laboratorio.

No porque quisieran nadie quería vivir rodeado de tanques con órganos flotantes. Porque era necesario. Alguien tenía que mantener los sistemas funcionando. Alguien tenía que vigilar que los corazones siguieran latiendo y los cerebros siguieran pensando y los pulmones siguieran respirando aunque no hubiera aire que respirar.

Los gemelos eran idénticos de maneras que iban más allá de lo físico.

Misma altura. Mismo peso. Mismos gestos que ejecutaban en perfecta sincronía. Cuando uno levantaba la mano derecha, el otro levantaba la izquierda, como un reflejo en espejo. Cuando uno empezaba una frase, el otro la terminaba, las palabras fluyendo entre ellos sin pausa.

Habían nacido así.

O habían sido hechos así.

Nadie lo sabía con certeza. Ni siquiera ellos.

El sistema nos encontró cuando teníamos siete años - explicó Led. O Lix. Imposible distinguirlos. Vivíamos en las calles de Ciudad Central. Robábamos para sobrevivir.

Nos trajeron aquí continuó el otro. Nos enseñaron a mantener los tanques. Nos enseñaron a leer los datos. Nos enseñaron que los órganos eran importantes.

¿Importantes para qué? - preguntó.

Los gemelos intercambiaron una mirada.

Un intercambio que duró menos de un segundo.

Para mantener el Astral funcionando. Señalaron las pantallas verdes. Cada órgano genera energía. No eléctrica. Existencial. La energía que las cosas vivas producen por existir.

¿Y esa energía va hacia dónde?

Hacia arriba. Hacia el sistema. Hacia lo que mantiene el cielo en su lugar y el suelo debajo de los pies. Sin los órganos, el Astral colapsaría. Más rápido de lo que ya está colapsando.

El viejo miró los tanques.

Los cerebros pensando.

Los corazones latiendo.

La energía existencial fluyendo hacia arriba.

El precio que alguien pagaba para que el mundo siguiera existiendo.

ASTRAL EXPLICACIÓN

Led y Lix hablaron al unísono.

Era perturbador. Sus voces idénticas superponiéndose perfectamente, como si fueran eco de la misma persona. Los labios moviéndose en sincronía. Los ojos mirando en direcciones opuestas uno a la izquierda, otro a la derecha cubriendo todo el campo visual entre los dos.

127,000 recolectados dijeron. En tres meses. Más rápido que nunca.

ASTRAL LABORATORIO

El laboratorio se extendía más allá de la primera sala.

El otro hermano guió al grupo hacia el interior mientras el primero se quedaba monitoreando los tanques principales. Los

pasillos se ramificaban en direcciones que no seguían lógica arquitectónica normal. Cada bifurcación llevaba a más salas, más tanques, más órganos flotando en líquidos de colores que no existían en el Plano Medio.

¿Cuántos tanques hay? - preguntó Faith.

734 en esta sección. El gemelo siguió caminando. 423 en la sección este. 212 en la sección norte. Más en los niveles inferiores.

¿Niveles inferiores?

El laboratorio tiene siete niveles. Solo mostramos los dos primeros a los visitantes.

¿Por qué?

Porque los niveles inferiores contienen cosas que la mayoría no puede ver sin... consecuencias.

El viejo intercambió una mirada con Malika.

Consecuencias. La palabra favorita del sistema para describir cosas que destruían la mente de quienes las presenciaban.

¿Qué tipo de cosas?

Órganos que no pertenecen a humanos. El gemelo se detuvo frente a una puerta que no tenía manija. Órganos de seres que existieron antes de que los humanos existieran. Órganos de planos que ya no existen. Órganos de entidades que no tienen nombre en ningún idioma.

¿Y por qué los tienen?

Porque alguien los puso aquí. Hace mucho tiempo. Antes de que nosotros nacióéramos. Antes de que el sistema fuera lo que es ahora. Pausa. Nuestro trabajo no es entenderlos. Nuestro trabajo es mantenerlos funcionando.

¿Y si dejan de funcionar?

El gemelo no respondió.

Pero la manera en que sus hombros se tensaron fue respuesta suficiente.

Algunas preguntas no necesitaban palabras.

Algunas respuestas eran demasiado terribles para decir en voz alta.

¿Por qué ahora? - preguntó.

El sistema necesita más. Los gemelos señalaron las pantallas verdes. Números que se movían. Gráficos que subían. La degradación aumenta. El Astral se achica. El norte necesita alimentarse.

¿Alimentarse de qué?

Los gemelos intercambiaron una mirada que contenía conversaciones enteras. Decisiones tomadas sin palabras. Secretos compartidos que nadie más podía escuchar.

De todo dijeron finalmente. De memorias. Entonces, de órganos. Cerca de ahí, de la energía que las personas generan cuando existen. El norte cosecha todo.

Faith escupió en el suelo.

Cosecha. plantas.

Para el sistema, lo son. Los gemelos no se inmutaron. Recursos renovables. Mientras haya personas, hay cosecha. Mientras haya cosecha, hay sistema.

¿Y cuando no haya personas?

Entonces el sistema buscará en otro lugar. Pausa. O se apagará. Nadie sabe cuál de las dos.

El viejo miró los tanques.

Los órganos que flotaban.

Los cerebros que pensaban.

Los corazones que latían.

¿Cuántos más hay? - preguntó. ¿Cuántos órganos como estos?

Miles. Los gemelos señalaron hacia las paredes, hacia los túneles que se extendían en todas direcciones. El laboratorio es solo una fracción. Hay instalaciones en cada ciudad. En cada sector. En cada lugar donde el sistema tiene presencia.

¿Y en el norte?

En el norte hay millones.

El número flotó en el aire.

Millones de órganos.

Millones de fragmentos de personas que habían sido completas.

Millones de vidas reducidas a piezas útiles.

El horror era tan grande que no cabía en palabras.

ASTRAL PREGUNTAS

El viejo se quedó después de que el grupo se dispersara.

Los gemelos observaban sus pantallas. Los números seguían moviéndose. Los gráficos seguían subiendo y bajando. El trabajo del laboratorio continuaba aunque tuvieran visitantes.

¿Cuánto tiempo llevan aquí? - preguntó.

¿Nosotros? Los gemelos hablaron al unísono. Desde que tenemos memoria.

¿Y antes de eso?

No hay antes de eso. El sistema nos encontró. El sistema nos trajo aquí. El sistema es todo lo que conocemos.

Miró a su alrededor.

Los tanques con sus órganos flotantes. Las paredes orgánicas que brillaban con venas de luz. El techo que goteaba líquido que no era

agua.

¿Nunca quisieron salir? ¿Ver lo que hay afuera?

El afuera es peligroso. Los gemelos señalaron hacia arriba. El afuera se está acabando. El borde avanza. Las ciudades colapsan. La gente desaparece.

Y ustedes se quedan aquí. Manteniendo los tanques. Alimentando al sistema.

Alguien tiene que hacerlo. No había resentimiento en sus voces. Solo aceptación. Sin los tanques, el Astral moriría más rápido. Sin nosotros, los tanques morirían.

¿Y eso está bien? ¿Mantener a órganos vivos para que el sistema los use?

Los gemelos intercambiaron una mirada.

Conversación que duró menos de un segundo.

No sabemos si está bien. Bajó la mirada al mapa. Solo sabemos que es lo que hay. Solo sabemos que es mejor que nada.

No discutió.

Porque entendía.

Sabía que a veces no había opciones buenas.

A veces solo había opciones menos malas.

A veces lo único que podías hacer era elegir el menor de los horrores y vivir con las consecuencias.

Los gemelos volvieron a sus pantallas.

El viejo volvió al grupo.

Y los tanques siguieron brillando, los órganos siguieron flotando, y el sistema siguió alimentándose de lo que quedaba del mundo.

MEDIO COCINA

Anya cocinaba para veinte personas.

El número había crecido sin que nadie lo planeara. Primero fueron los quince del círculo de Nico. Después llegaron otros familiares de los originales, conocidos de los familiares, extraños que habían escuchado rumores de un lugar donde la gente recordaba.

Veinte personas que necesitaban comer.

Veinte personas que dependían de ella aunque no supieran por qué.

La cocina del sótano no era más pequeña que la del restaurante. Un hornillo de dos quemadores que a veces funcionaba y a veces no. Una olla que tenía un agujero en el fondo que alguien había parchado con estaño. Ingredientes que venían de lugares que nadie preguntaba latas sin etiqueta, vegetales que habían visto mejores días, carne que probablemente era carne aunque nadie podía asegurarlo.

Pero Anya cocinaba.

Porque era lo que sabía hacer.

Porque sus manos recordaban aunque su mente no.

Porque veinte personas esperaban y ella no iba a defraudarlas.

El estofado hervía.

El olor llenaba el sótano cebollas caramelizadas, romero, caldo de huesos. La gente empezaba a reunirse cerca de la olla. Tazones en las manos. Cucharas que no combinaban. Hambre en los ojos que no se limitaba a ser física.

Leonardo apareció a su lado.

¿Necesitas ayuda?

Corta las zanahorias.

No indicó más.

No necesitaba decir más.

Leonardo tomó el cuchillo gastado, con el mango suelto que alguien debería arreglar pero que nadie arreglaba y empezó a cortar. Movimientos precisos. El ángulo correcto. El ritmo constante.

Sus manos también recordaban.

Trabajaron juntos. Solo el ruido de las herramientas.

Él cortando.

Ella revolviendo.

Dos personas que no sabían quiénes habían sido pero que sabían cómo funcionar juntas.

¿Por qué nos eligieron? - preguntó Leonardo de repente.

¿Quiénes?

Quien sea que nos borró. Dejó el cuchillo. Miró sus manos, los dedos, las líneas en las palmas. ¿Por qué a nosotros? ¿Qué sabíamos?

Anyá no tenía respuesta.

Pero algo en su pecho dolió.

Su cuerpo sabía la respuesta aunque su mente no pudiera acceder a ella.

No lo sé dijo. Pero vamos a averiguarlo.

Era amenaza.

ASTRAL PLAN

El plan era simple.

Simple no significaba fácil. Simple significaba que podían explicarlo en pocas palabras. El siguiente paso era complicado, peligroso, probablemente mortal.

Tres días de viaje - explicó Malika. Si el camino se mantiene.

¿Y si no se mantiene? - preguntó Faith.

Entonces improvisamos.

Los mapas de piel mostraban la ruta. Líneas que serpenteaban entre territorios hostiles. Zonas rojas que había que evitar. Zonas verdes que eran seguras o no.

El norte brillaba en el mapa con luz propia.

No luz buena.

Luz de algo hambriento.

La ventana se abre en cinco días continuó Malika. Las defensas del norte bajan por doce horas. Si llegamos a tiempo, podemos entrar. Si no llegamos...

¿Si no llegamos qué?

Entonces esperamos otros tres meses. O morimos intentando.

El viejo miró al grupo.

37 personas. Ancianos. Adultos. Niños. El niño del zapato único que ahora caminaba sin ayuda pero que todavía miraba hacia atrás cada pocos minutos.

¿Todos entienden el riesgo? - preguntó.

Nadie - respondió con palabras.

Pero nadie se movió para irse.

Era respuesta suficiente.

MEDIO SUMINISTROS

Nico organizó la distribución.

Las veintiséis cajas de suministros médicos habían llegado al sótano durante la noche. Leonardo las había movido una por una, sin quejarse, con la eficiencia silenciosa de alguien que sabía moverse sin ser detectado aunque no recordara dónde lo había aprendido.

Ahora las cajas estaban abiertas.

Contenido esparcido sobre mesas improvisadas.

Antibióticos aquí - comentó Nico, señalando una pila. Vacunas aquí. Analgésicos aquí. Todo lo demás aquí.

Vera tomaba notas en un cuaderno gastado. La letra pequeña y precisa de alguien que había aprendido que el espacio era valioso, que las palabras desperdiciadas eran lujo que nadie podía pagar.

Leonardo observaba.

Aprendía. Sus ojos registraban todo, las cantidades, las ubicaciones, las rutas de escape si algo salía mal. El instinto de alguien que había sido entrenado, aunque no recordara el entrenamiento.

El Sector 8 necesitaba las vacunas primero, continuó Nico. Hay una epidemia empezando. Si no llegamos a tiempo...

No necesitaba terminarla.

¿Cuánta gente? - preguntó Leonardo.

Doscientas familias. Más.

¿Y tenemos suficientes vacunas?

Nico miró las cajas.

Para la mitad. Tal vez.

El zumbido de las máquinas llenó el hueco.

Nunca había suficiente. Nunca alcanzaba para todos. Siempre había que elegir quién vivía y quién moría, aunque nadie quisiera admitir que eso era justo lo que hacían.

Entonces empezamos con los niños - dijo Leonardo. Los más pequeños primero. Los que tienen menos posibilidades de sobrevivir sin ayuda.

Nico lo miró.

Había algo en su voz que no se limitaba a ser lógica. Memoria de otra vida donde había tomado decisiones similares.

¿Por qué los niños?

Porque los adultos pueden esperar. Pausa. Los niños no.

Dolorosa.

Pero correcta.

Nico inclinó la cabeza.

Los niños primero.

El trabajo empezó.

ASTRAL MARCHA

El grupo partió antes de que la luz cambiara.

El Astral no tenía amanecer ni atardecer, solo variaciones de gris que pretendían marcar el tiempo. Porque esperar era peligroso. Porque el borde seguía acercándose. Porque 127.000 personas esperaban en algún lugar del norte.

El hombre de la pipa iba al frente.

Su pipa vacía en la mano. El paso constante de alguien que había caminado durante 300 años y que caminaría 300 más si era necesario.

Faith iba detrás.

La mochila de las gemelas en su espalda. Los ojos fijos en el camino.

El Viejito cuidaba a los niños.

Su bastón marcando el ritmo. Sus historias manteniéndolos distraídos del horror que los rodeaba.

Malika estudiaba el mapa mientras caminaba.

Las líneas que se movían. Los territorios que cambiaban. La ruta que los llevaría al norte o no.

Maku no tropezaba.

El cuerpo finalmente obedecía. Copérnico a su lado, las marcas azules brillando con ritmo constante.

33 personas.

Habían perdido cuatro más durante la noche anterior.

Sin explicación.

Sin despedida.

Solo espacios vacíos donde antes había gente.

El norte esperaba.

Y ellos caminaban hacia él.

MEDIO COCINA NOCTURNA

Anya cocinaba de noche cuando no podía dormir.

El sótano estaba quieto. Las cuarenta personas dormían algunas en colchones improvisados, otras en el suelo con mantas, algunas sentadas contra las paredes porque no había espacio para acostarse.

Ella cortaba.

Zanahorias. Papas. Lo que hubiera llegado ese día.

Sus manos trabajaban sin que su mente las controlara. Corte diagonal. Corte preciso. La eficiencia de alguien que había hecho esto miles de veces antes.

Leonardo apareció a su lado.

Tampoco puedes dormir - comentó ella.

No.

¿Los sueños?

Los sueños. Se sentó en una caja de madera. El niño cayendo. La ventana rota. El oso.

Anya dejó el cuchillo.

Se sentó junto a él.

Yo también sueño dijo. Con una cocina diferente. Más grande. Con ventanas que dejaban entrar sol. Con alguien que me enseñaba a cocinar.

¿Tu madre?

Creo que sí. Pausa. Carmen. Se llamaba Carmen.

Leonardo tomó su mano.

Los dedos tibios. Los callos del trabajo. La conexión que había existido antes y que estaba volviendo.

Vamos a recordarlo todo dijo. Tú y yo. Juntos.

¿Aunque duela?

Especialmente si duele. La miró. El dolor significa que era real. El dolor significa que importaba.

Anyá no respondió.

Solo apretó su mano.

Solo se quedaron ahí, en la tiniebla del sótano, rodeados de personas que dormían y soñaban y esperaban.

Juntos.

Como habían estado antes de que el sistema los separara.

Como estarían de nuevo. ## 105 Estrategia [K]

MEDIO MAÑANA

La mañana llegó sin que Nico durmiera.

Había pasado la noche mirando el techo del sótano. Las manchas de humedad que formaban patrones. Las tuberías que goteaban con ritmo constante. Los sonidos de las personas durmiendo a su alrededor ronquidos, suspiros, el murmullo ocasional de alguien hablando en sueños.

Treinta personas compartiendo el espacio.

Treinta personas que confiaban en él aunque no supieran por qué.

Treinta personas que esperaban respuestas que él no tenía.

El oso Dember estaba en sus manos.

Lo había recuperado de Leonardo la noche anterior. Solo por un rato. Solo para sentir el pelaje gastado entre los dedos. Solo para recordar por qué hacía todo esto.

Tomás.

El niño que corría por los pasillos.

El niño que había caído.

El niño cuyo recuerdo Nico llevaba como carga y como combustible.

No puedes dormir - dijo una voz.

Vera. Sentada contra la pared. Ojos abiertos en la oscuridad. El cuaderno de notas en las manos, aunque no había luz suficiente para escribir.

No.

Yo tampoco.

El goteo de las tuberías.

Los ronquidos de alguien al otro lado del sótano.

¿Crees que funcionará? - preguntó Vera. Lo de recordar juntos. Lo del número.

No lo sé. Nico fue honesto. Pero tiene que funcionar. Si no funciona...

Si no funciona, ¿qué?

Nico no tenía respuesta.

La verdad era que no había Plan B. Todo dependía de que Leonardo y Ana recordaran. Todo dependía de que el grupo creciera lo suficiente para ser amenaza real. Todo dependía de que el sistema los ignorara el tiempo suficiente para organizarse.

Demasiadas dependencias.

Demasiadas cosas que podían salir mal.

MEDIO PLANIFICACIÓN

Vera se levantó.

Caminó hacia la mesa improvisada en el centro del sótano. Encendió una vela una de las pocas que tenían, guardada para emergencias y desplegó un mapa.

He estado pensando señaló.

Nico se acercó.

El mapa mostraba Ciudad Control dividida en sectores. Vera había marcado puntos con diferentes colores. Azul para lugares seguros. Rojo para zonas de vigilancia intensa. Amarillo para puntos neutrales donde el sistema miraba pero no actuaba.

¿Qué es esto?

Nuestra estrategia. Vera - señaló un cluster de puntos azules en el Sector 12. Aquí es donde está la mayoría de la gente como nosotros. Los borrados. Los olvidados. El sistema no presta atención porque la densidad de población es baja y la actividad económica es mínima.

El sótano está cerca.

Exacto. Pero aquí - señaló un punto rojo en el Sector 7 está el restaurante. Está en territorio hostil. Mucha vigilancia. Muchos ojos del sistema.

Leonardo y Ana trabajan ahí.

Y eso es un problema. Cada vez que vas a verlos, te arriesgas a ser detectado. Cada vez que ellos salen del patrón esperado. El sistema lo nota.

Nico estudió el mapa.

Las líneas y los puntos formaban un patrón que no había visto antes. La geografía del control. La topografía del poder.

¿Qué propones?

Dos cosas. Primero, limitar el contacto con el restaurante. Enviar a diferentes personas cada vez para que no se establezca un patrón. Segundo, empezar a mover a Leonardo y Ana hacia nuestro territorio. Poco a poco. Sin que el sistema lo note.

¿Y cómo hacemos eso?

Anya cocina. Vera sonrió. Podríamos abrir una cocina comunitaria en el Sector 12. Algo pequeño que no llame la atención. Y necesitaríamos una cocinera...

Nico entendió.

La traemos a ella primero.

Y donde va ella, Leonardo la sigue. Es obvio para cualquiera que los vea.

Era un plan.

Un plan real.

Por primera vez en meses, Algo se movió en Nico.

Si no funciona, ¿qué?

Nico no tenía respuesta.

MEDIO VERDAD

Nico decidió que era hora de decir la verdad.

Habían pasado semanas desde el primer encuentro. Semanas de círculos de conversación, de suministros médicos, de estofados compartidos en el sótano que olía a humedad. Leonardo y Anya habían empezado a recordar fragmentos nombres que llegaban sin contexto, rostros que aparecían en sueños, habilidades que sus manos ejecutaban aunque sus mentes no las reconocieran.

Pero no sabían todo.

Y Nico no podía seguir ocultándolo.

Tenemos que hablar mencionó.

El sótano estaba vacío excepto por los tres. Leonardo sentado en una silla de plástico rojo que crujía cada vez que se movía. Anya de pie junto a la olla donde el estofado del día esperaba. Nico frente a ellos, el oso Dember en las manos.

¿Sobre qué? - preguntó Leonardo.

Sobre Tomás.

Nadie respondió.

Ondas de reconocimiento cruzaron los rostros de Leonardo y Anya. El nombre significaba algo. El nombre movía algo dentro de ellos que no podían nombrar.

¿Quién es Tomás? - preguntó Anya.

Su voz temblaba. Sus manos las mismas que cortaban vegetales con precisión perfecta temblaban también.

Era un niño - dijo Nico. Tenía ocho años. Le gustaba correr por los pasillos aunque le dijeran que no corriera. Le gustaba el estofado que tú le hacías. Te llamaba tía aunque no fueran familia de sangre.

Algo se aflojó en su pecho.

Anya no las limpió.

¿Qué le pasó?

Murió. Pausa. La palabra era difícil de decir incluso después de tres años. Cayó de un edificio. Frente a ustedes.

Leonardo se levantó.

La silla crujió y cayó hacia atrás. Sus puños cerrados. Su mandíbula tensa. La postura de alguien que quería golpear algo pero que no tenía a quién golpear.

¿Nosotros estábamos ahí?

Sí.

¿Y no lo salvamos?

No pudieron. Nadie pudo. Nico les mostró el oso. Él sostenía esto cuando cayó. Yo lo recogí después.

Leonardo miró el oso.

Pelaje gastado. Ojos de botón. Mancha oscura en el pecho.

Y algo se rompió dentro de él.

El cuerpo recordando lo que la mente había olvidado. El dolor que había sido borrado regresando con fuerza de marea.

Tú - contestó Leonardo, mirando a Nico. Tú estabas ahí.

Sí.

¿Quién eres?

Soy Nico. Tenía dieciséis años cuando Tomás murió. Ahora tengo veintiuno. Y ustedes me persiguieron. Antes de que los borrarán. Ustedes pensaban que yo lo había empujado.

El estofado burbujeaba en la olla.

El oso Dember miraba desde las manos de Nico.

Y todo empezaba a cambiar.

ASTRAL TERRITORIO

El territorio vikingo apareció en el horizonte.

No como La pipa se movió lo había imaginado. Había esperado ciudades. Fortificaciones. Señales de civilización hostil. En cambio, había niebla. Una bruma espesa que se extendía hasta donde la vista alcanzaba, ocultando lo que había detrás, sugiriendo peligros que no podía ver.

¿Eso es? - preguntó Faith.

La frontera. El Viejito golpeó el suelo con su bastón. El sonido fue diferente aquí, más sólido; la tierra era más densa. Después de la niebla, territorio vikingo.

¿Podemos rodearla?

No hay rodeo. La niebla se extiende en todas direcciones. Pausa. Solo hay a través.

El viejo miró la bruma.

Era blanca pero no blanca. Tenía matices que cambiaban cuando la mirabas gris aquí, amarillo allá, un toque de verde que no debería existir. Y se movía. No con el viento no había viento. Se movía por sí misma. Respirando. Viva.

¿Qué hay dentro?

Nadie lo sabe con certeza. El Viejito bajó la voz. Los que entran no vuelven iguales. Si vuelven.

¿Y vamos a entrar de todas formas?

¿Tienes mejor idea?

El viejo no tenía mejor idea.

El norte estaba del otro lado de la niebla.

127,000 personas estaban del otro lado de la niebla.

Las respuestas estaban del otro lado de la niebla.

Acampamos aquí esta noche dijo. Mañana entramos.

El grupo se detuvo.

33 personas preparándose para cruzar hacia lo desconocido.

MEDIO ACUSACIÓN

¿Pensaban que lo empujaste? Leonardo dio un paso hacia Nico.
¿Por qué pensarían eso?

Porque estaba ahí. Porque corrí después de que cayó. Porque tenía dieciséis años y estaba asustado y no sabía qué hacer. Nico no

retrocedió. No lo empujé. Lo juro.

¿Entonces qué pasó?

Él corrió. La memoria dolía incluso después de tres años. Corría por el pasillo del piso 39. Hacía eso siempre. Le gustaba correr. Le gustaba sentir el viento en la cara. Pausa. Y la ventana estaba rota. Alguien la había roto. Él no vio. Él solo corrió.

Anya lloraba sin hablar.

Las lágrimas caían pero no hacía ruido. El llanto de alguien que había aprendido que los sonidos eran peligrosos, que el dolor debía ser silencioso para poder sobrevivir.

¿Y nosotros? - preguntó. ¿Qué hacíamos nosotros ahí?

Trabajaban. Nico los miró. En el edificio. División 47. Ustedes investigaban desapariciones de niños. Tomás era parte de un caso. Lo estaban protegiendo.

¿De quién?

Del sistema. Pausa. Del sistema que ahora los borró.

La palabra cayó pesada.

Borrado.

Datos en un archivo.

Errores que alguien había decidido corregir.

¿Por qué? - preguntó Leonardo. ¿Por qué nos borrarían?

Porque sabían demasiado. Porque estaban cerca de descubrir algo. Porque el sistema no puede permitir que la gente recuerde.

El estofado dejó de burbujear.

El oso Dember seguía en las manos de Nico.

Y algo empezaba a reconstruirse.

Fragmentos de memoria encontrando otros fragmentos.

Piezas de un rompecabezas que nadie sabía que existía.

ASTRAL NOCHE

La noche en el borde del territorio vikingo era diferente.

No más oscura la oscuridad del Astral era constante, sin variación, sin las estrellas que los humanos recordaban de antes. Diferente de otra manera. El aire más pesado. Los sonidos más lejanos. La sensación de estar siendo observados aunque no hubiera nadie visible.

Los niños dormían.

El Viejito los había acostado después de contarles una historia algo sobre pájaros que volaban hacia lugares donde el cielo todavía era azul. Ahora roncaban suavemente, sus cuerpos pequeños acurrucados unos contra otros para conservar calor.

El viejo no dormía.

Se sentó en el borde del campamento, mirando la niebla. La bruma se movía con ritmo lento, casi hipnótico. A veces formaba rostros. A veces formaba palabras. A veces era solo niebla.

Faith apareció a su lado.

No puedes dormir admitió. No constituía pregunta.

No.

Yo tampoco.

Se sentaron juntos sin decir nada.

La pipa del viejo estaba vacía. Siempre vacía. Pero la sostenía de todas formas. El último hábito de una vida que había durado 300 años.

¿Crees que encontraremos algo? - preguntó Faith.

Creo que encontraremos muchas cosas. No sé si nos gustarán.

¿Y si no nos gustan?

Entonces haremos lo que siempre hacemos. Seguiremos adelante. Encontraremos otra manera. La miró. Es lo único que podemos hacer.

Faith no contestó nada.

Pero era verdad.

La niebla siguió moviéndose.

Los niños siguieron durmiendo.

Y mañana, 33 personas entrarían en lo desconocido.

MEDIO EQUIPO

Necesitamos un plan - dijo Leonardo.

ASTRAL TERRITORIO

El territorio vikingo apareció en el horizonte.

No como La pipa se movió lo había imaginado. Había esperado ciudades. Fortificaciones. Señales de civilización hostil. En cambio, había niebla. Una bruma espesa que se extendía hasta donde la vista alcanzaba, ocultando lo que había detrás, sugiriendo peligros que no podía ver.

¿Eso es? - preguntó Faith.

La frontera. El Viejito golpeó el suelo con su bastón. El sonido fue diferente aquí, más sólido; la tierra era más densa. Después de la niebla, territorio vikingo.

¿Podemos rodearla?

No hay rodeo. La niebla se extiende en todas direcciones. Pausa. Solo hay a través.

El viejo miró la bruma.

Era blanca pero no blanca. Tenía matices que cambiaban cuando la mirabas gris aquí, amarillo allá, un toque de verde que no debería

existir. Y se movía. No con el viento no había viento. Se movía por sí misma. Respirando. Viva.

¿Qué hay dentro?

Nadie lo sabe con certeza. El Viejito bajó la voz. Los que entran no vuelven iguales. Si vuelven.

¿Y vamos a entrar de todas formas?

¿Tienes mejor idea?

El viejo no tenía mejor idea.

El norte estaba del otro lado de la niebla.

127,000 personas estaban del otro lado de la niebla.

Las respuestas estaban del otro lado de la niebla.

Acampamos aquí esta noche dijo. Mañana entramos.

El grupo se detuvo.

33 personas preparándose para cruzar hacia lo desconocido.

MEDIO ACUSACIÓN

¿Pensaban que lo empujaste? Leonardo dio un paso hacia Nico.
¿Por qué pensarían eso?

Porque estaba ahí. Porque corrí después de que cayó. Porque tenía dieciséis años y estaba asustado y no sabía qué hacer. Nico no retrocedió. No lo empujé. Lo juro.

¿Entonces qué pasó?

Él corrió. La memoria dolía incluso después de tres años. Corría por el pasillo del piso 39. Hacía eso siempre. Le gustaba correr. Le gustaba sentir el viento en la cara. Pausa. Y la ventana estaba rota. Alguien la había roto. Él no vio. Él solo corrió.

Anya lloraba sin hablar.

Las lágrimas caían pero no hacía ruido. El llanto de alguien que había aprendido que los sonidos eran peligrosos, que el dolor debía

ser silencioso para poder sobrevivir.

¿Y nosotros? - preguntó. ¿Qué hacíamos nosotros ahí?

Trabajaban. Nico los miró. En el edificio. División 47. Ustedes investigaban desapariciones de niños. Tomás era parte de un caso. Lo estaban protegiendo.

¿De quién?

Del sistema. Pausa. Del sistema que ahora los borró.

La palabra cayó pesada.

Borrado.

Datos en un archivo.

Errores que alguien había decidido corregir.

¿Por qué? - preguntó Leonardo. ¿Por qué nos borrarían?

Porque sabían demasiado. Porque estaban cerca de descubrir algo. Porque el sistema no puede permitir que la gente recuerde.

El estofado dejó de burbujear.

El oso Dember seguía en las manos de Nico.

Y algo empezaba a reconstruirse.

Fragmentos de memoria encontrando otros fragmentos.

Piezas de un rompecabezas que nadie sabía que existía.

ASTRAL NOCHE

La noche en el borde del territorio vikingo era diferente.

No más oscura la oscuridad del Astral era constante, sin variación, sin las estrellas que los humanos recordaban de antes. Diferente de otra manera. El aire más pesado. Los sonidos más lejanos. La sensación de estar siendo observados aunque no hubiera nadie visible.

Los niños dormían.

El Viejito los había acostado después de contarles una historia algo sobre pájaros que volaban hacia lugares El sótano estaba lleno ahora. Las veinte personas del círculo más otras diez que habían llegado durante las últimas horas. Treinta personas miraban a Leonardo. Esperando que supiera qué hacer.

¿Sabía qué hacer?

No recordaba. Pero algo en su cuerpo respondía a la situación. La postura cambiaba. La voz se hacía más firme. Las manos dejaban de temblar.

Cincuenta y tres personas, dijo Nico. Es lo que necesitamos. Personas que recuerden. Personas que estén dispuestas a luchar.

¿Por qué cuarenta y siete?

Porque ese es el número, Nico señaló un grafiti en la pared del sótano. Un oso con el número debajo. División 47. Los niños desaparecidos originalmente. El número importa.

Anya habló desde la cocina.

Tenemos treinta.

Entonces necesitamos diecisiete más.

Leonardo miró al grupo.

Treinta personas. Ancianos que apenas podían caminar. Jóvenes que no sabían en qué se metían. Familias que habían perdido a alguien y que harían cualquier cosa por encontrarlos.

Los encontraremos, indicó. Y cuando tengamos el número completo...

¿Qué? - preguntó alguien desde el fondo.

Leonardo no supo cómo responder.

Pero Nico sí.

Entonces recordaremos. Todos. Juntos. Y cuando recordemos, el sistema ya no podrá controlarnos.

Era un plan.

Era lo único que tenían.

Todos.

Diecisiete más por encontrar.

Y después, la guerra contra el olvido.

ASTRAL PREPARACIÓN

El grupo se preparó para cruzar el territorio vikingo.

Nadie estaba listo. Pero no había otra opción. Porque el borde seguía acercándose. Porque los 127.000 esperaban en algún lugar del norte.

El viejo organizó las provisiones.

Lo que tenían era poco. Agua que habían filtrado de fuentes dudosas. Comida que había visto mejores días. Medicinas que funcionaban y no.

¿Cuánto tiempo durará? - preguntó Faith.

Tres días si racionamos.

¿Y si el viaje dura más?

Entonces comemos menos. Pausa. O no comemos.

Faith no discutió.

El Viejito preparaba a los niños.

Historias sobre viajes. Sobre héroes que caminaban largas distancias. Sobre recompensas que esperaban al final del camino.

Mentiras, todas.

Mentiras necesarias.

Mentiras que mantenían a los niños calmados mientras los adultos temían.

Malika estudiaba los mapas.

Los mapas que habían obtenido de Led y Lix. Los mapas de piel que mostraban territorios que cambiaban. Las rutas que existían y no.

El camino más corto pasa por el centro del territorio, observó. Pero es también el más vigilado.

¿Y el más largo?

Rodea por el este. Añade dos días de viaje. Pero evita la mayoría de los puestos de control.

¿Qué recomiendas?

Malika miró los mapas.

Procesó probabilidades que nadie más podía calcular.

El camino largo. Su voz era clínica. Las pérdidas estimadas son menores.

¿Cuántas pérdidas?

Con el camino corto, el 40%. Con el largo, quizás el 20%.

Números que significaban personas. Vidas. Historias que terminarían antes de tiempo.

El viejo tomó la decisión.

El camino largo entonces.

Nadie discutió. ## 106 Terapia [A]

MEDIO LLEGADA

Más personas llegaron durante la noche.

El sótano no estaba diseñado para tantos cuerpos. El aire se volvía más espeso con cada hora que pasaba, saturado de CO₂ y olor a humanidad apiñada. Alguien había traído un ventilador portátil que chirriaba cada vez que completaba una rotación, el rodamiento

estaba dañado, pero nadie quería apagarlo porque el chirrido era mejor que el silencio sofocante.

Vera las recibió en la puerta del sótano. Una por una. Verificando que no fueran del sistema. Preguntando cómo habían encontrado el lugar. Escuchando las historias que todas tenían pérdidas, vacíos, fragmentos de memoria que no encajaban.

Las escaleras crujían cada vez que alguien bajaba. Treinta y siete escalones de madera vieja que habían absorbido décadas de humedad y ahora protestaban bajo cualquier peso. Vera había aprendido cuáles crujían más el séptimo, el decimocuarto, el vigésimo tercero y pisaba con cuidado para no alertar a los vecinos de arriba.

Los vecinos de arriba no sabían que el sótano existía.

Eso era intencional.

Una mujer de cuarenta años que había perdido a su esposo.

Desapareció hace dos años. El sistema dijo que nunca existió. Pero yo tengo sus cosas. Su ropa. Sus zapatos. ¿Cómo puede alguien que nunca existió dejar zapatos?

Un hombre joven que no recordaba su propio pasado.

Me desperté en una calle hace seis meses. No sabía mi nombre. No sabía dónde vivía. Solo sabía que faltaba algo. Algo importante.

Dos hermanas que habían perdido a sus padres.

El sistema dice que somos huérfanas desde el nacimiento. Pero recordamos. Recordamos cumpleaños. Recordamos cenas familiares. Recordamos el olor del café que papá hacía los domingos.

MEDIO TESTIMONIOS

Un anciano llegó al amanecer.

Caminaba con bastón no porque lo necesitara físicamente, sino porque le daba algo que agarrar cuando las memorias se volvían demasiado pesadas. Sus ojos eran claros pero distantes. Miraban hacia un pasado que ya no existía.

Tuve un hijo - contestó cuando Vera le preguntó por qué estaba ahí. Miguel. Treinta y dos años. Ingeniero. Tenía una esposa, Elena, y dos niños que me llamaban abuelo.

¿Qué pasó?

Un día desperté y no estaban. La casa de Miguel era una tienda de ropa. Elena no aparecía en ningún registro. Los niños... los niños no existían en ninguna escuela, ningún hospital, ningún lugar.

¿Y el sistema?

El sistema dice que nunca tuve hijo. Dice que Elena y los niños son fantasías de un viejo senil. Pero tengo fotos. Sacó un sobre gastado del bolsillo interior de su chaqueta. Mira.

Vera miró.

Las fotos mostraban a un hombre joven con la sonrisa del anciano. Una mujer de cabello oscuro. Dos niños con ojos brillantes.

Las fotos no mienten - dijo Vera.

No. Las fotos no mienten. Pero el mundo sí.

Otra persona llegó al mediodía.

Una adolescente de dieciséis años. Ropa de escuela privada. Mochila cara pero vacía. Ojos que habían llorado tanto que ya no les quedaban lágrimas.

Mi hermana dijo. Gemela. Carolina. El sistema dice que siempre fue hija única. Pero compartíamos habitación. Compartíamos secretos. Compartíamos todo.

¿Cuándo desapareció?

Hace tres semanas. Estábamos en el parque. Me di vuelta un segundo. Cuando volví a mirar, ya no estaba. Y cuando llegué a casa, mi madre no sabía de quién hablaba.

El patrón era siempre el mismo.

Desaparición. Borrado. Negación.

El sistema no mataba a la gente.

El sistema las hacía no existir.

Era peor que muerte.

Era olvido absoluto.

Cada historia era diferente.

Cada historia era la misma.

El sistema borrando personas.

El sistema borrando memorias.

El sistema diciendo que lo que había existido nunca había existido.

Treinta y dos personas ahora.

El número crecía.

Las sillas se reorganizaban para hacer espacio.

El estofado de Anya se estiraba un poco más.

El grupo seguía adelante.

MEDIO CÍRCULO

Vera organizó el círculo de la tarde.

Treinta y dos personas ahora. Dos más desde ayer una mujer que había perdido a su madre hace cinco años y que había visto los grafitis de los osos, un hombre que no recordaba a quién había perdido pero que sabía que había perdido algo.

Las sillas formaban un óvalo imperfecto en el sótano. Algunas personas se sentaban en el suelo porque no había suficientes

asientos. Los más ancianos tenían prioridad. Los niños se sentaban en los regazos de los adultos.

El olor a humedad se mezclaba con el olor del estofado que Anya preparaba en el rincón.

¿Quién quiere empezar? - preguntó Vera.

La pipa se movió exhaló.

Siempre había silencio al principio. Personas que no estaban acostumbradas a hablar. De personas que habían aprendido que las palabras eran peligrosas, que los recuerdos eran dolorosos, que era más fácil quedarse callado.

Una mujer levantó la mano.

Pelo canoso. Ojos cansados. Las manos que no dejaban de moverse tocando el borde de la silla, alisando la tela del vestido, buscando algo que hacer.

Anoche soñé con mi hijo señaló.

¿Cómo se llamaba?

No recuerdo. Las lágrimas empezaron. Silenciosas. Sin sollozos. No recuerdo su nombre. Pero recuerdo su cara. Recuerdo cómo olía después de bañarse. Recuerdo que le gustaba correr por los pasillos aunque le dijera que no corriera.

Las palabras flotaron en el aire.

Otras personas asintieron. Reconocían la experiencia. Tenían sus propios sueños, sus propios fragmentos, sus propios hijos cuyos nombres se habían desvanecido pero cuyos rostros permanecían.

El sistema nos quitó los nombres - dijo Vera. Pero no puede quitarnos los rostros. No puede quitarnos los olores. No puede quitarnos lo que las manos aprendieron a hacer.

¿Para qué sirve recordar si no podemos recuperarlos? - preguntó alguien desde el fondo.

Vera no tenía respuesta perfecta.

Pero tenía una respuesta.

Sirve para saber que existieron. Sirve para saber que importaron. Sirve para saber que el sistema miente cuando dice que no había nadie que recordar.

Otra vez.

Pero diferente.

Los que empezaban a entender. A creer.

ASTRAL NIEBLA

El grupo entró en la niebla.

Fue como cruzar una cortina de agua sin mojarse. Un momento estaban fuera, mirando la bruma blanca que se movía por sí misma. Al siguiente estaban dentro, rodeados de nada que era algo.

El Viejito iba al frente.

Su bastón de hueso no hacía ruido aquí. Ni siquiera cuando golpeaba el suelo si había suelo, era difícil saberlo, los pies sentían algo sólido pero los ojos no veían nada.

No se separen dijo. Su voz sonaba extraña aquí. Más lejana. Como si viajara más distancia de la que debería. Si se pierden, no los encontraremos.

Los niños se aferraron a los adultos.

El niño del zapato único tomó la mano de su madre. Sus dedos pequeños apretando con fuerza. Su pie descalzo buscando el suelo que no podía ver.

¿Cuánto tiempo? - preguntó Faith.

No lo sé. El Viejito siguió caminando. Un paso. Otro. Otro. El tiempo funciona diferente aquí. Podrían ser horas. Podrían ser minutos. Podrían ser años.

¿Años?

He escuchado historias. Gente que entró y salió pensando que habían pasado cinco minutos, pero afuera habían pasado cinco años. Pausa. También al revés. Años adentro, minutos afuera.

La voz del viejo mantuvo al grupo junto.

Contando cabezas constantemente. 33. 33. 33. Cada vez que contaba, temía que el número hubiera cambiado. Que alguien hubiera desaparecido sin que nadie lo notara.

La niebla tenía textura.

No estaba vacía. Presencias que no podían ver. Sonidos que no podían escuchar pero que presentían. Historias que la bruma contenía, memorias de todos los que habían cruzado antes, fragmentos de vidas que habían quedado atrapados.

¿Escuchan eso? - preguntó Maku.

Todos se detuvieron.

No, no silencio.

Algo más sutil. Un murmullo. Como voces muy lejanas susurrando palabras que casi podían entender. Como conversaciones que habían ocurrido hace años y que la niebla había preservado.

No escuchen - apuntó el Viejito. Las voces mienten. Las voces quieren que se queden.

El grupo siguió adelante.

Las voces siguieron susurrando.

Y la niebla siguió moviéndose, respirando, esperando.

MEDIO La voz del viejo

El viejo apareció en el círculo.

No físicamente estaba en el Astral, cruzando la niebla con el resto del grupo. Pero su presencia se sentía. En las historias que el Viejito había contado. En los recuerdos que la gente compartía. En la sensación de que alguien, en algún lugar, estaba luchando por ellos.

Vera habló de él. No usó su nombre.

Hay Jardineros apuntó. Personas que mantienen el mundo funcionando. Que sostienen los bordes para que no colapsen. Que luchan contra el sistema desde dentro.

¿Cómo lo sabes? - preguntó alguien.

No lo sé exactamente. Solo lo sé. Se tocó el pecho. Alguien me lo contó en un sueño. O la información siempre estuvo ahí, esperando que la encontrara.

Leonardo escuchaba desde el fondo.

El oso Dember en su bolsillo. Las memorias empezaban a volver. La sensación de que había sido parte de algo más grande, algo que había olvidado pero que estaba recordando.

División 47 - dijo de repente.

Todos lo miraron.

¿Qué?

División 47. Las palabras salieron sin que él las controlara. Como si su boca recordara lo que su mente había olvidado. Éramos... investigadores. Buscábamos a los desaparecidos. Tratábamos de entender qué les pasaba.

Anya se acercó.

¿Nosotros?

Tú y yo. Y otros. Había un equipo. Cerró los ojos. Las imágenes llegaban fragmentadas, borrosas, como fotografías viejas que se

desvanecían. Sánchez. Haryes. Locke. Nombres. Eran nombres de personas que trabajaban con nosotros.

El círculo contenía la respiración.

Los fragmentos estaban volviendo.

Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar.

¿Qué descubrieron? - preguntó Vera. ¿Por qué los borraron?

Leonardo abrió los ojos.

No lo recuerdo. Todavía no. Pero lo recordaré. Vamos a recordarlo todo.

Era amenaza al sistema.

Era el comienzo del fin del olvido.

ASTRAL SALIDA

La niebla se adelgazó de golpe.

Un momento estaban sumergidos en blanco impenetrable. Al siguiente, podían ver. No claramente la luz era diferente aquí, más fría, más azulada pero podían ver.

El territorio vikingo.

No parecía lo que habían esperado.

Edificios que brillaban con luz propia. Torres que se elevaban hacia un cielo que no era el cielo enfermo del Astral sino algo más. Algo que casi... vivo.

Y gente.

Miles de personas caminando por calles ordenadas. Pero no caminaban como los habitantes de Ciudad Central vacíos, mecánicos, sin propósito. Caminaban como personas. Con dirección. Con intención.

¿Esto es el norte? - preguntó Faith.

El Viejito no respondió.

El viejo no respondió.

Nadie - respondió porque nadie sabía qué decir.

Habían esperado horror. Habían esperado instalaciones de procesamiento. Habían esperado ver los 127,000 reducidos a órganos y datos.

En cambio, veían algo que casi... normal.

Casi humano.

Casi vivo.

Algo está mal - señaló finalmente.

¿Qué?

No lo sé. Miró la ciudad que brillaba. Las personas que caminaban. El cielo vivo. Pero algo está muy mal.

El grupo se detuvo en el borde del territorio. 33 personas mirando hacia una ciudad que no debería existir.

33 personas preguntándose qué los esperaba adentro.

MEDIO CUARENTA

Cuarenta y tres personas ahora.

El número había crecido durante la semana. Tres más habían encontrado el camino al sótano siguiendo grafitis, siguiendo rumores, siguiendo la desesperación que los llevaba a buscar respuestas donde el sistema decía que no había preguntas.

Vera mantenía registro.

Su cuaderno se llenaba de nombres. De fechas. De fragmentos de historias que cada persona traía.

Elena, 45. Perdió a su esposo hace tres años. El sistema dice que nunca se casó.

Martín, 28. No recuerda nada antes de los 20. Pero tiene cicatrices que sugieren otra vida.

Las hermanas Ruiz, 15 y 17. Sus padres desaparecieron una noche. El sistema dice que nunca existieron.

Cada nombre era victoria pequeña.

Cada nombre era prueba de que el sistema mentía.

Cada nombre era paso hacia los que necesitaban.

Faltan siete - dijo Vera durante la reunión nocturna.

¿Crees que llegarán? - preguntó alguien.

Tienen que llegar. Nico habló desde el fondo. El patrón lo exige.
El número lo exige.

¿Y si no llegan?

Entonces los encontramos. Leonardo se puso de pie. Salimos.
Pintamos más grafitis. Dejamos más señales. Hacemos más ruido.

Hacer ruido es peligroso.

Todo es peligroso. Sonrisa amarga. Pero quedarse quietos es más peligroso. Quedarse quietos es dejar que el sistema gane.

Nadie discutió.

Nadie tenía argumentos mejores.

Solo tenían la espera.

Los siete que faltaban tendrían que encontrar el camino solos.

Solo tenían la fe ciega en un número que no significaba nada pero que tenía que significar algo.

ASTRAL NIEBLA INTERIOR

El de la pipa caminaba por la niebla y pensaba en los que había perdido.

No los del grupo aunque también ellos. Los de antes. Los de 300 años de existencia. Los rostros que se acumulaban en la memoria como hojas en un otoño interminable.

La primera compañera. Juliana. Jardinera como él. Habían trabajado juntos durante décadas, sosteniendo bordes que querían colapsar. Había desaparecido una noche sin explicación. Sin despedida. Nunca hubiera existido.

El primer niño que había intentado proteger. Un huérfano que vagaba por Ciudad Central. El viejo le había dado comida, refugio, algo parecido a esperanza. El sistema lo había encontrado semanas después. Procesado. Convertido en lo que había dejado de ser niño.

Los amigos que habían luchado a su lado. Los enemigos que habían merecido respeto. Los desconocidos que habían cruzado su camino y que habían dejado marcas aunque solo hubieran estado de paso.

300 años de pérdidas.

300 años de duelo acumulado.

300 años de seguir adelante porque detenerse era morir.

La niebla se movía a su alrededor. Las voces susurraban nombres que reconocía. Las presencias que no podía ver le ofrecían descanso, olvido, la paz de dejar de existir.

No - dijo el viejo. Todavía no.

Las voces insistieron.

Las presencias se acercaron.

La niebla se hizo más densa.

Pero El viejo siguió caminando.

Trescientos años no parecían suficientes para rendirse. ## 107
Cocina [A]

MEDIO INGREDIENTES

Ana cortó las zanahorias deformes. Nadie la preguntó de dónde venían.

Nico tenía contactos. Gente que trabajaba en almacenes del sistema y que desviaba cajas que nadie echaría de menos. Gente que cultivaba vegetales en azoteas escondidas donde el sistema no miraba. Gente que pescaba en ríos contaminados y que vendía lo que atrapaba a precios que solo los desesperados pagaban.

Hoy llegó una caja de zanahorias.

Deformes. Retorcidas. Colores que variaban del naranja al púrpura. Pero zanahorias. Comida que se podía preparar. Nutrientes que los cuerpos necesitaban.

Leonardo las cargó desde la entrada del sótano.

Sus brazos recordaban el peso. La manera de sostener las cajas para no lastimarse la espalda. La eficiencia de movimientos que alguien le había enseñado aunque no recordara quién.

¿De dónde vienen? - preguntó.

Mejor no preguntar - respondió Nico.

¿El sistema las busca?

El sistema busca todo. Pero no puede encontrar todo. Nico sonrió. La primera sonrisa real en días. Esa es nuestra ventaja. Somos pequeños. Somos invisibles. Somos lo que el sistema no puede ver.

Leonardo miró las zanahorias.

Deformes. Imperfectas. Pero vivas.

Como ellos.

Pequeños. Imperfectos. Pero vivos.

¿Cuánta gente podemos alimentar? - preguntó.

Depende de cuánto estiremos las raciones.

¿Y si no estiramos?

Treinta personas durante una semana. Tal vez.

Somos treinta y cinco ahora.

Nico miró hacia el sótano. Las treinta y cinco personas que habían encontrado el camino hasta aquí. Las treinta y cinco bocas que necesitaban comer.

Entonces estiramos dijo. Siempre estiramos.

Ana ya había hecho los cálculos. Estaba de pie junto a la hornilla con un trozo de cartón donde había escrito el menú de la semana con la misma letra precisa que usaba para las pizarras del Turno Largo.

Lunes: sopa de lo que haya. Martes: guiso de lo que quede. Miércoles: caldo de huesos (si hay huesos). Jueves: ayuno creativo. Viernes: repetir lunes. Sábado: sorpresa del chef (sorpresa = lo que no se pudo). Domingo: sopa otra vez.

¿Ayuno creativo? - preguntó Vera.

Suena mejor que “no hay comida”.

Nadie discutió. Ana clavó el cartón en la pared con un clavo oxidado, junto al horario de turnos de limpieza que nadie seguía y el cartel de emergencia que llevaba ahí desde antes de que el sótano fuera sótano.

Era la única opción.

Siempre era la única opción.

MEDIO PREPARACIÓN

Ana tomó control de la cocina improvisada.

No se trataba de realmente cocinar una hornilla portátil que funcionaba con baterías, un par de ollas rescatadas de la basura, cuchillos que alguien había afilado hasta que el metal brillaba. Pero era suficiente. Había trabajado con menos.

Las zanahorias primero.

Las cortó en diagonal, como siempre, los movimientos automáticos y precisos. El cuchillo subía y bajaba con ritmo

constante. Cada corte exacto. Cada pieza del mismo tamaño para que cocinaran de manera uniforme.

Los fragmentos de memoria llegaron mientras trabajaba.

Una cocina más grande. Luz natural que entraba por ventanas amplias. El olor a hierbas frescas en macetas junto al fregadero. Alguien a su lado más alto, cabello oscuro, manos que se movían con la misma precisión que las suyas.

El fragmento se desvaneció.

Pero dejó calor.

¿Estás bien?

Leonardo, entrando con otra caja de suministros. Sus ojos buscando los suyos con la preocupación que se había vuelto constante desde que despertaron sin memorias.

Sí. Ana sonrió. Solo... recordando.

¿Qué recordaste?

No lo sé. Una cocina. Luz. Alguien conmigo.

¿Yo?

Lo miró. Se sentía bien. Cálido. Seguro.

Leonardo se acercó.

Sus manos encontraron las suyas. El cuchillo quieto entre ellos.

Cuando esto termine admitió. Si es que termina.

¿Y si no termina?

Entonces esto es todo.

Ana volvió a cortar.

Las zanahorias cayendo en la olla como pequeñas estrellas naranjas.

MEDIO DISTRIBUCIÓN

La distribución de comida era ritual sagrado.

Cada noche, a la misma hora, las personas se reunían cerca de la cocina. Las ollas humeaban. Los tazones esperaban. El olor del estofado siempre estofado, era lo que mejor funcionaba con los ingredientes que tenían llenaba el sótano con algo parecido a hogar.

Anya servía.

Una porción por persona. Ni más ni menos. La igualdad como principio. La justicia como práctica.

Los niños primero.

Siempre los niños primero.

Después los ancianos.

Después los adultos.

Después, si quedaba algo, los que habían servido.

Leonardo se quedaba al final.

No porque no tuviera hambre tenía hambre, siempre tenía hambre, el hambre era constante como la respiración. Porque quería asegurarse de que todos los demás comieran antes. Porque los líderes comían al final. Porque el ejemplo importaba más que las palabras.

El niño huérfano se acercó con su tazón.

Los ojos enormes. El cuerpo demasiado delgado. Las costillas visibles a través de la camisa que alguien le había dado porque llegó sin nada.

Gracias - dijo el niño.

Era la primera vez que decía gracias.

Era la primera vez que decía algo más que preguntas monosilábicas.

Anya sonrió.

De nada.

El niño se sentó en una esquina. Comió lentamente, saboreando cada cucharada, haciendo que la porción durara el mayor tiempo posible.

Leonardo lo observaba desde el otro lado del sótano.

El niño que no tenía nombre.

El niño que nadie reclamaba.

El niño que había encontrado el camino hasta aquí siguiendo grafitis de osos.

Tomás había sido así.

Tomás había mirado el mundo con los mismos ojos enormes.

Tomás había tenido el mismo hambre que iba más allá de la comida.

Las lágrimas amenazaron con llegar.

Leonardo las contuvo.

Tampoco era momento para lágrimas.

Era momento para actuar.

Era momento para asegurar que ningún otro niño terminara como Tomás.

MEDIO ENSEÑANZA

Anya enseñó a Vera a cocinar.

No lucía como plan el plan era sobrevivir, era recordar, era luchar contra el sistema que los había borrado. Pero Vera había preguntado. Y Anya había descubierto que enseñar era otra forma de recordar.

La cocina del sótano era pequeña.

Dos hornillos. Una olla parchada. Un cuchillo con mango suelto que alguien debería arreglar pero que nadie arreglaba. Ingredientes que llegaban de lugares que nadie preguntaba latas sin fecha, vegetales marchitos, especias en frascos sin etiqueta.

El corte es importante - dijo Anya, sosteniendo una zanahoria.
Diagonal. No recto. Diagonal absorbe más sabor.

¿Por qué diagonal?

No lo sé. Hizo el corte. Preciso. Limpio. El ángulo exacto que alguien le había enseñado aunque no recordara quién. Solo sé que funciona.

Vera tomó el cuchillo.

Sus manos eran más jóvenes. Menos seguras. El primer corte salió torcido. El segundo, peor.

Relaja la muñeca - dijo Anya. El cuchillo hace el trabajo. Tú solo guías.

Vera respiró profundo.

Tercer corte.

Mejor.

¿Quién te enseñó a cocinar? - preguntó Vera mientras cortaba.

Las paredes goteaban.

Anya miró sus propias manos. Las líneas. Los callos. Las pequeñas cicatrices de cortes antiguos que no recordaba haberse hecho.

Mi madre dijo. Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Se llamaba... se llamaba...

El nombre no llegó.

Pero algo más sí.

El olor de una cocina diferente. Más grande. Con luz natural que entraba por ventanas que ya no existían. Alguien de pie a su lado más alto, más mayor, con el mismo cabello oscuro mostrándole cómo sostener el cuchillo.

Carmen - dijo Anya. Mi madre se llamaba Carmen.

Las lágrimas llegaron.
No de tristeza. De algo más complejo.
De encontrar un fragmento que había perdido.
De saber que había existido antes de ser Ana.
De recordar.

ASTRAL PERRO

Copérnico se detuvo en seco.

Las marcas azules cubrían 82% de su cuerpo ahora. Brillaban con un ritmo diferente aquí, en el borde del territorio vikingo. Más rápido. Más urgente. El perro percibía lo que ninguno de ellos podía percibir.

Maku se arrodilló junto a él.

El cuerpo humano todavía era extraño las rodillas que dolían, la espalda que protestaba, la gravedad que tiraba de todo como cadenas invisibles. Pero era más fácil ahora. Tres semanas de práctica. Tres semanas de aprender a ser carne en lugar de frecuencia.

¿Qué ves? - preguntó en voz baja.

El perro no respondió.

Los perros no respondían.

Pero su cuerpo hablaba. La tensión en los músculos. Las orejas erectas girando hacia el norte. La cola absolutamente inmóvil. La postura de lo que había encontrado lo que buscaba pero que no estaba seguro de querer haberlo encontrado.

Las marcas pulsaron.

Una vez. Dos veces. Tres veces.

Y después, algo cambió.

El brillo se intensificó. Se extendió. Las líneas azules que serpenteaban por el pelaje empezaron a conectarse, a formar

patrones que no parecían no parecían aleatorios, que parecían mapas, circuitos, palabras en un idioma que nadie recordaba.

Algo viene - dijo Maku.

Se acercó.

¿Qué?

No lo sé. Pero Copérnico lo siente. Señaló al perro, que seguía inmóvil, que seguía brillando, que seguía mirando hacia la ciudad del norte. Algo grande. Algo que ha estado esperando.

El grupo se tensó.

33 personas preparándose para lo desconocido.

33 personas que habían cruzado la niebla y que ahora enfrentaban algo peor.

La ciudad brillaba adelante.

Las personas caminaban por sus calles.

Y algo, en algún lugar, se acercaba.

MEDIO TREINTA Y SIETE

Leonardo contó las cabezas.

Treinta y siete personas en el sótano. Cinco más desde ayer una familia completa que había perdido a su abuelo, dos hermanos que no recordaban tener padres pero que sabían que habían tenido padres.

Nos faltan diez - dijo Nico.

¿Para qué?

Para 47. El número completo. El número que necesitamos.

Leonardo miró al grupo.

Treinta y siete personas. Ancianos. Adultos. Niños. Familias rotas buscando fragmentos. Individuos solos buscando conexión. Todos

con el mismo vacío en la memoria. Todos con el mismo dolor que no sabían nombrar.

¿Y cuando tengamos 47? - preguntó. ¿Qué pasa entonces?

Nico no respondió inmediatamente.

Vera intervino desde la cocina, donde ayudaba a Anya con los preparativos de la cena.

Entonces recordamos juntos. Todos al mismo tiempo. La fuerza del número completo.

¿Eso funciona?

No lo sé. Vera dejó el cuchillo. Pero es lo que dice el patrón.

Los niños desaparecidos. División 47. El caso. El número aparece en todas partes. Tiene que significar algo.

Leonardo tocó el oso Dember en su bolsillo.

El pelaje gastado. Los ojos de botón. La mancha oscura en el pecho.

Tomás había sido uno de ellos.

Tomás había muerto mientras ellos miraban.

Tomás merecía que recordaran.

Encontraremos a los diez que faltan - dijo Leonardo. Y cuando los encontremos, cuando seamos 47, vamos a recordarlo todo.

Era el comienzo de algo.

Treinta y siete personas asintieron.

Diez más por encontrar.

El número esperaba completarse.

Esa noche, Leonardo tarareó.

No se dio cuenta. Estaba apilando las mantas limpias Anya las lavaba en la pila del patio trasero con agua fría y jabón industrial que le agrietaba los nudillos cuando el sonido salió solo. Tres notas.

Repetidas. Una melodía corta que no reconocía pero que su garganta producía sola.

Vera lo miró desde la cocina. **ASTRAL PRESENCIA**

La presencia llegó sin aviso.

No la vieron. No la escucharon. La sintieron. Como cambio de presión en el aire. Como descenso de temperatura que no era físico. Como la sensación de estar siendo observados por algo enorme que no podían ver.

Copérnico gruñó.

Un gruñido diferente a los anteriores. Más bajo. Más sostenido. El gruñido de advertencia de algo que reconocía el peligro y que intentaba alertar a los demás.

Las marcas azules brillaron con máxima intensidad.

85% de su cuerpo cubierto ahora. Los patrones se movían. Se reconfiguraban. Formaban símbolos que aparecían y desaparecían demasiado rápido para leer.

¿Qué es eso? - preguntó Faith.

Nadie dijo.

Porque nadie sabía.

La presencia no tenía forma. No tenía voz. No tenía ubicación específica. Estaba en todas partes y en ningún lugar. Era parte del aire. Era parte del suelo. Era parte de la luz azulada que iluminaba el territorio vikingo.

El Viejito golpeó el suelo con su bastón.

El sonido fue diferente aquí. Más hueco. Algo debajo había escuchado y hubiera respondido.

La Bestia respondió. La llaman La Bestia.

¿Qué es?

No es el Vacío. El Viejito miró hacia la ciudad que brillaba. El Vacío consume. La Bestia... la Bestia cuida.

¿Cuida de qué?

De lo que hay dentro. De los 127.000. De lo que el sistema cosecha.

La pipa se movió entendió.

La Bestia no era enemigo.

La Bestia era guardián.

La Bestia protegía lo que el sistema había tomado.

Y ellos estaban a punto de intentar entrar.

MEDIO ESPERANZA

El estofado estaba listo.

Anya lo sirvió en tazones que no combinaban porcelana junto a plástico junto a metal abollado. Cada persona tomaba uno. Cada persona encontraba un lugar donde sentarse. Cada persona comía en silencio o en conversación, dependiendo de lo que necesitara.

Leonardo se sentó junto a Anya.

Sus hombros casi tocándose. Sus manos cerca pero no tocándose. La intimidad de dos personas que habían sido algo antes y que estaban aprendiendo a ser algo de nuevo.

Carmen - dijo Anya. Mi madre se llamaba Carmen.

¿Recordaste?

Un fragmento. Sonrió. La primera sonrisa real en días. Ella me enseñó a cocinar. En una cocina con ventanas. Con luz real.

Leonardo la miró.

Vio más que Ana. Vio fragmentos de Anya. Vio a la persona que había sido antes de que el sistema la borrara. Vio posibilidades de lo que podría ser de nuevo.

Tomás dijo. El niño del oso. Te llamaba tía.

Lo sé. Las lágrimas llegaron pero no cayeron. Nico me lo dijo.

¿Recuerdas algo de él?

Fragmentos. El olor de su cabello después de bañarse. El sonido de sus pies cuando corría por los pasillos. Y su risa. Recuerdo su risa.

Leonardo tomó su mano.

Los dedos tibios. Los callos del trabajo. La conexión que había existido antes y que estaba volviendo.

Vamos a recordarlo todo replicó.

Era todo lo que tenían.

ASTRAL VIGILANCIA

Copérnico vigilaba.

El perro había encontrado su lugar en el borde del grupo. No en el centro donde los niños dormían. No al frente donde El viejo guiaba. En el borde. Donde podía ver en todas direcciones. Donde podía detectar amenazas antes de que llegaran.

Las marcas azules cubrían 85% de su cuerpo ahora.

Los patrones se habían estabilizado. Ya no cambiaban constantemente. Formaban algo permanente. Un mapa. Un circuito. Un mensaje que nadie podía leer pero que todos presentían.

Maku se sentó junto a él.

El cuerpo humano todavía era incómodo después de siglos de ser frecuencia pura. Las piernas que se dormían si te quedabas en una posición demasiado tiempo. Los hombros que dolían si cargabas peso. La necesidad constante de comer, dormir, orinar funciones que la frecuencia no necesitaba pero que el cuerpo exigía.

¿Qué ves? - preguntó en voz baja.

El perro no respondió.

Los perros no respondían.

Pero su cuerpo comunicaba. La tensión relajada. Las orejas en posición neutral. La cola que se movía ligeramente cuando Maku se acercaba.

No había amenazas inmediatas.

No había peligro cercano.

Solo la noche del Astral con su tiniebla constante y sus sonidos lejanos.

Pronto - dijo Maku. Pronto vas a completarte. Y cuando te completes...

No sabía cómo terminarla.

No sabía qué significaba que Copérnico se completara.

Solo sabía que algo importante se acercaba.

Algo importante.

El perro la miró.

Ojos marrones con profundidades imposibles.

Ojos que eran antiguos a través de los ojos de Maku.

Ojos que ahora veían cosas que ella ya no podía ver.

La noche continuó.

El grupo siguió durmiendo.

Y Copérnico siguió vigilando, los ojos azules abiertos en la penumbra. ## 108 Recluta [K]

MEDIO PREPARACIÓN

Nico lo vio desde la ventana del sótano.

Brauer. El registrador de Coherencia que visitaba el Turno Largo cada jueves. Traje gris, carpeta bajo el brazo, caminando por la acera de enfrente con la calma de alguien que no tiene prisa porque el sistema nunca tiene prisa.

Se detuvo frente al edificio.

Miró la fachada. Anotó algo. Siguió caminando.

Nico dejó de respirar hasta que la figura gris desapareció en la esquina. Después contó sesenta segundos. Después otros sesenta. Después bajó la persiana rota que no protegía nada pero que hacía sentir que sí.

¿Quién era? - preguntó Leonardo desde el fondo.

Nadie. Nico soltó el aire. Un hombre que cree que nos está protegiendo.

Nico llevaba tres noches sin dormir. La preparación no terminaba.

No porque el plan fuera complicado. El plan era simple: juntarlos a todos personas, compartir memorias, esperar que el número completo produjera algo. Lo complicado era la logística. Dónde sentarían a tanta gente. Cómo los alimentarían. Qué harían si el sistema los descubría durante el proceso.

Leonardo organizó los detalles.

Sus manos dibujaban diagramas en papeles gastados. Posiciones de personas. Rutas de escape. Puntos de vigilancia. El instinto de alguien que había planeado operaciones antes, aunque no recordara cuáles.

Necesitamos vigilantes en la entrada mencionó. Dos. Rotando cada tres horas.

¿Para qué? - preguntó alguien.

Para que si el sistema viene, tengamos tiempo de evacuar.

¿Evacuar hacia dónde?

Leonardo - señaló el mapa del sótano. Las tuberías. Los conductos de ventilación. Las grietas en las paredes que llevaban a

otros espacios.

Hay salidas. Tres que yo haya encontrado. Más.

¿Las has probado?

Dos de ellas. Pausa. La tercera está bloqueada por escombros. Pero si es emergencia, podemos abrirla.

Nico lo miraba desde el otro lado del sótano.

El hombre que había sido Leonardo empezaba a emerger. El investigador. El planificador. El líder que había sido antes de que el sistema lo borrara.

¿Siempre fuiste así? - preguntó Nico.

¿Así cómo?

Así. Organizando. Planeando. Viendo las salidas antes que nadie.

Leonardo miró sus manos. Las líneas en las palmas. Los callos que no recordaba haberse hecho.

No lo sé. Honesto. Tal vez. O no. Soy alguien diferente ahora.

¿Eso te molesta?

Leonardo consideró la pregunta.

Era una pregunta que se había hecho a sí mismo muchas veces desde que despertó sin memoria en el callejón del Sector 7. ¿Quién había sido? ¿Qué había hecho? ¿Era el hombre que era ahora una continuación del hombre de antes, o era alguien nuevo?

A veces admitió. A veces me despierto en la noche y siento que debería recordar algo importante. Algo que tenía que hacer. Alguien a quien tenía que proteger.

¿Y qué haces cuando eso pasa?

Miro a Ana. Sonrisa pequeña. Y me recuerdo que al menos hay lo que sé con certeza, sin necesitar memoria para entenderlo.

Nico cerró los ojos.

Entendía esa sensación. El oso Dember era lo mismo para él. Un ancla en un mundo que se movía demasiado rápido. Una certeza cuando todo lo demás era pregunta.

Esa noche Leonardo soñó con una puerta.

No la puerta del restaurante ni la del departamento. Una puerta de un material que brillaba como las paredes del sótano pero que olía a romero, y detrás de la puerta alguien reía con la risa de una niña de tres años. Leonardo sabía que si la abría iba a encontrar cosa que necesitaba encontrar pero la manija no estaba donde debería estar y sus manos buscaron, buscaron y cuando finalmente tocó metal frío la risa se convirtió en el sonido de una frecuencia que le vibró en los dientes. La puerta se abrió a un pasillo largo donde Luna ¿Luna? caminaba de espaldas alejándose y él quiso gritar que esperara, que solo necesitaba

El grifo. 3:22. Ana respirando.

La urgencia no se fue. La urgencia era un animal con garras que le apretaba el esternón y que no tenía nombre ni explicación.

Leonardo se levantó sin despertar a Ana.

Fue al archivo del sótano. El archivo que el viejo había dicho que no tocara. Registros de borrado codificados que se suponía que nadie debía leer. Lo abrió por tercera vez en diez días. Esta vez buscó diferente: no nombres sino fechas. No identidades sino patrones de borrado que coincidieran con la muerte de una mujer y dos niñas pequeñas. Gemelas. Pelo oscuro. Tres años. Ejecutadas por lo que el sistema clasificaba como corrección de linaje. Pasó cuarenta minutos revisando códigos que no podía descifrar mientras el esternón le pulsaba con la misma urgencia del sueño y las manos le temblaban.

No encontró nada. O encontró demasiado cientos de registros de borrado, cientos de familias eliminadas, cientos de niños que habían dejado de existir, y en ninguno aparecía lo que buscaba porque no sabía qué buscaba.

Cerró el archivo. Se quedó sentado en el suelo del sótano durante varios minutos, con la espalda contra la pared fría y las rodillas contra el pecho. La urgencia seguía ahí. No podía explicarla a nadie.

Cuando volvió al colchón, Ana tenía los ojos abiertos.

¿Otra vez el archivo?

Leonardo no respondió.

El viejo va a saber - dijo Ana. No constituía reproche. Era dato.

Que sepa.

El pecho le seguía doliendo.

MEDIO RECLUTAMIENTO

El reclutamiento fue más difícil de lo esperado.

No porque la gente no quisiera participar. Querían. Desesperadamente. Pero el miedo era más fuerte que el deseo. El sistema había enseñado a todos que organizarse era peligroso. Que las reuniones grandes atraían atención. Que la atención significaba desaparición.

Nico tuvo que convencerlos uno por uno.

Visitaba los refugios donde dormían los borrados. Los rincones oscuros donde se escondían los que el sistema había decidido que no existían. Les contaba sobre el sótano. Sobre el grupo. Sobre la posibilidad de recordar juntos lo que no podían recordar solos.

Algunos decían que sí.

Los desesperados. Los que habían perdido tanto que ya no tenían nada más que perder.

Otros necesitaban tiempo.

Los cautelosos. Los que habían aprendido que las promesas eran trampas y que la esperanza era el cebo más peligroso.

Y algunos decían que no.

Los que habían renunciado. Los que preferían la seguridad del olvido a la incertidumbre del recuerdo.

Nico no los juzgaba.

Entendía que cada persona tenía su propio umbral. Su propio punto donde el dolor de no saber se volvía mayor que el miedo de descubrir.

Para algunos, ese punto nunca llegaba.

Y estaba bien.

La resistencia no era para todos.

La resistencia era para los que no podían vivir de otra manera.

¿Siempre fuiste así? - preguntó Nico.

¿Así cómo?

Así. Organizando. Planeando. Viendo las salidas antes que nadie.

Leonardo miró sus manos. Las líneas en las palmas. Los callos que no recordaba haberse hecho.

No lo sé. Honesto. Quizás. O no. Soy alguien diferente ahora.

¿Eso te molesta?

Era una pregunta que se había hecho muchas veces durante las noches sin dormir. ¿Quién era antes? ¿Era mejor persona? ¿Peor? ¿Había conocido a alguien? ¿Había perdido a alguien? ¿Las decisiones que tomaba ahora eran las mismas que habría tomado entonces?

A veces dijo. A veces me despierto y siento que falta algo. No como un recuerdo perdido. Como un órgano que ya no está. Algo que

debería sentir y no siento.

¿Qué crees que es?

No lo sé. Nunca lo sabré.

MEDIO RECLUTAMIENTO

El reclutamiento fue más fácil de lo esperado.

Nico había pensado que tendría que convencer a la gente. Explicar. Justificar. Responder preguntas interminables sobre por qué deberían confiar en un adolescente con un oso de peluche y teorías sobre números mágicos.

Pero la gente estaba desesperada.

Había perdido tanto que cualquier esperanza por pequeña, por absurda, por improbable era mejor que ninguna. Venían al sótano no porque creyeran en el plan de Nico. Venían porque no tenían otro lugar adonde ir.

La mujer que había perdido a su esposo vino primero.

Después el anciano con las fotos de su hijo inexistente.

Después las hermanas huérfanas que recordaban padres que el sistema decía que nunca habían tenido.

Después más. Y más. Y más.

Cada día llegaba alguien nuevo.

Cada día el sótano se llenaba un poco más.

Cada día había menos razones para rendirse.

Vera llevaba la cuenta en su cuaderno.

“Día 1: 15 personas.”

“Día 3: 22 personas.”

“Día 5: 31 personas.”

“Día 7: 38 personas.”

El objetivo era el número completo.

Faltaban 9.

¿De dónde vamos a sacar 9 personas más? - preguntó Nico.

Vendrán - añadió Vera. Siempre vienen.

¿Cómo lo sabes?

Porque el dolor busca compañía. Y nosotros somos los únicos que escuchamos.

Tenía razón.

Al día siguiente llegaron 4 más.

Al siguiente, 3.

Al siguiente, los últimos 2.

El grupo completo.

El número completo.

Y entonces empezó el trabajo real.

¿Eso te molesta?

Leonardo consideró la pregunta.

Era importante. Más importante de lo que Nico probablemente entendía.

A veces dijo. Cuando estoy solo. Cuando la quietud se vuelve demasiado largo. Me pregunto quién era. Qué hacía. A quién conocía.

¿Y Ana?

Ana es diferente. Sonrisa que era dolor y alegría mezclados. Ana es lo que tengo ahora. Lo que soy ahora. No necesito recordar el pasado para saber que ella importa.

Nico cerró los ojos un momento.

Entendía eso. El presente como ancla. El ahora como única certeza cuando el ayer había sido borrado.

MEDIO RECLUTAMIENTO

Las personas llegaban en grupos pequeños.

De a dos. De a tres. Nunca más de cinco juntos. Demasiados juntos atraían atención. El sistema estaba diseñado para detectar congregaciones inusuales.

Vera los recibía en la entrada.

Verificaba identidades no documentos, porque los documentos podían ser falsificados, sino historias, porque las historias de los borrados tenían un sabor particular que no podía fingirse. Asignaba lugares. Explicaba las reglas.

No hablar del sótano fuera del sótano.

No mencionar nombres reales si no era necesario.

No confiar en nadie que no hubiera sido verificado.

Reglas de supervivencia. Reglas que habían aprendido a fuerza de perder gente que no las seguía.

¿Cuántos somos ahora? - preguntó Nico.

Cuarenta y dos. Vera consultó su cuaderno. Necesitamos cinco más.

¿Dónde los encontramos?

Hay un grupo en el Sector 9. Gente que perdió familiares en el último mes. Todavía están en negación, pero están empezando a hacer preguntas.

¿Cuántos?

Siete. Pero no todos vendrán. Algunos prefieren no saber.

Nico entendía eso también.

A veces la ignorancia era más cómoda que la verdad.

A veces la gente prefería creer que sus seres queridos se habían ido en lugar de aceptar que habían sido borrados de la existencia.

Iremos mañana dijo. Ana y yo. Ella sabe cómo hablarles.

¿Por qué ella?

Porque ella cocina. Nico sonrió. Y la gente confía en quien les da de comer.

¿Eso te molesta?

No. Sonrisa pequeña. Si puedo ser alguien diferente, Eso basta.

Era lógica extraña.

Pero funcionaba.

MEDIO CONVERSACIÓN Nico se sentó junto a Leonardo.

El sótano estaba más silencioso ahora. La mayoría de las personas dormían o fingían dormir. Solo quedaban los sonidos de siempre: el goteo de las tuberías, los murmullos ocasionales de alguien hablando en sueños.

Conocí a Tomás - contestó Nico.

Leonardo lo miró.

El niño del oso. Nico - señaló el bolsillo donde Leonardo guardaba el muñeco. Lo conocí. Era... era mi vecino. O algo así. No exactamente vecino. Pero vivía cerca.

¿Qué pasó?

Nico tardó en responder.

Las palabras eran difíciles. No porque no las tuviera las tenía, demasiadas, todas presionando para salir al mismo tiempo. Porque decirlas en voz alta las hacía reales de una manera que mantenerlas en quietud no.

El sistema lo mató indicó. A él y a sus padres. Los hizo desaparecer. Y después hizo que nadie los recordara.

¿Y el oso?

El oso quedó. No sé por qué. porque era solo un objeto. Probablemente porque el sistema no consideraba que un juguete

fuera importante. Pausa. Pero yo lo guardé. Lo guardé porque era la única prueba de que Tomás había sido real.

Leonardo sacó el oso de su bolsillo.

Lo sostuvo entre ambos.

En la luz tenue del sótano, el pelaje gastado casi vivo. Los ojos de botón brillaban con lo que podría haber sido reconocimiento.

Gracias - dijo Leonardo. Por guardarlo.

No me agradezcas. Nico miró hacia otro lado. Lo guardé por él. No por ti.

Lo sé.

Nadie se movió.

El goteo de las tuberías.

El sistema.

Pero ahora estás aquí - indicó Nico. Y Eso significa algo. Tomás te envió. El oso te trajo a nosotros.

Eso suena a fe.

No es fe. Nico se levantó. Es esperanza. Es diferente.

Leonardo no preguntó cuál era la diferencia.

No la había.

MEDIO OSO

El oso Dember tenía historia.

Leonardo no la recordaba toda. Fragmentos llegaban a veces el olor del plástico nuevo, las manos pequeñas de un niño abrazándolo, la sensación de pelaje contra la mejilla. Pero no la historia completa. No los años que el oso había pasado con alguien antes de que el sistema decidiera que la gente no importaba.

Esa noche, después de que todos durmieran, Leonardo sacó el oso de su bolsillo.

Lo sostuvo a la luz de la bombilla parpadeante.

Pelaje gastado por años de abrazos. Ojos de botón que habían visto cosas que ningún oso debería ver. Mancha oscura en el pecho que era suciedad y era sangre y era solo el tiempo dejando su marca.

¿Quién eras? le preguntó al oso. ¿A quién pertenecías?

El oso no dijo.

Los osos no respondían.

Pero algo en la manera en que la luz caía sobre los ojos de botón sugería que sabía. Que recordaba. Que guardaba secretos que nadie más podía guardar.

Tomás.

El nombre llegó sin ser invocado.

Era de Tomás.

Tomás lo había abrazado cada noche antes de dormir.

Tomás había corrido con él por pasillos que no debía correr.

Tomás había caído con él desde una ventana que no debía estar rota.

Los ojos ardieron.

Leonardo no las detuvo.

No porque no pudiera porque no quería. Porque las lágrimas eran memoria. Porque las lágrimas eran conexión con lo que el sistema había intentado destruir pero que seguía existiendo.

Abrazó al oso.

Como Tomás lo había abrazado.

Como alguien que necesitaba consuelo y que encontraba consuelo en un pedazo de tela y relleno que de algún modo significaba más que cualquier cosa.

Sus dedos apretaron el pelaje gastado. No dijo nada. Las palabras no cambiaban nada.

El oso no respondió.

Los osos no respondían.

Pero algo en sus ojos de botón aprobaba.

MEDIO CUARENTA Y SIETE

Nico contó las cabezas.

Cuarenta y siete.

El número estaba completo.

Los últimos diez habían llegado durante la noche anterior una familia de cinco que había perdido a la abuela, dos ancianos que no recordaban sus propios nombres pero que recordaban haber perdido algo, tres jóvenes que habían visto los grafitis y que habían seguido las señales hasta el sótano.

Sentadas en círculo.

Con vacíos en la memoria.

Personas que habían sido parte de algo y que ahora buscaban recordar qué.

El número resonaba en el aire. Nico podía sentirlo en los dientes, en las muñecas.

Somos 47 - señaló en voz alta.

Nadie dijo.

El mismo número que los niños desaparecidos originalmente. El mismo número que la División. El mismo número que aparece en todas partes.

¿Qué hacemos ahora? - preguntó alguien.

Nico miró a Leonardo.

Leonardo miró a Anya.

Anya sostuvo el oso Dember que había pedido tener durante la reunión. El pelaje gastado. Los ojos de botón. La mancha oscura en el pecho.

Ahora recordamos - contestó Nico. Juntos.

El proceso era simple.

Cada persona compartía un fragmento. Un recuerdo. Un nombre. Una imagen. Un olor. Lo que tuviera. Lo que el cuerpo hubiera guardado aunque la mente lo hubiera olvidado.

Y mientras compartían, algo empezó a construirse.

Los fragmentos se conectaban. Las memorias de uno llenaban los huecos de otro. Los nombres que alguien recordaba eran los nombres que otro había perdido. Los rostros que aparecían en sueños eran los rostros de personas reales que habían existido.

El rompecabezas se armaba.

Pieza por pieza.

Fragmento por fragmento.

Las memorias convirtiéndose en una sola historia.

ASTRAL ENTRADA

El grupo se acercó a la ciudad del norte.

30 personas ahora. Habían perdido tres más en la niebla sin explicación, sin rastro, no estaban cuando contaron las cabezas al salir.

Las puertas de la ciudad no eran puertas.

Eran arcos de luz. Estructuras que brillaban con la misma luz azulada que iluminaba todo el territorio vikingo. No había guardias. No había muros. Solo los arcos, invitando a entrar.

Es trampa - dijo Faith.

Probablemente dijo.

¿Entramos de todas formas?

¿Tienes mejor idea?

Faith no tenía mejor idea.

Nadie tenía mejor idea.

30 personas cruzaron los arcos de luz.

El interior de la ciudad era diferente de lo que habían visto desde fuera. Las calles no eran calles, eran senderos de algo suave, casi orgánico, que cedía ligeramente bajo los pies. Los edificios no eran edificios, eran estructuras que parecían haber crecido en lugar de haber sido construidas, con paredes que tenían textura de corteza de árbol.

Y la gente.

Miles de personas caminando por los senderos. Pero viéndolos de cerca, eran diferentes. Sus movimientos eran fluidos pero no naturales. Sus rostros tenían expresiones pero no emociones. Sus ojos miraban sin embargo, no veían.

No están vivos - dijo Malika. No en el sentido convencional.

¿Entonces qué son?

Procesados. Su voz era clínica, sin emoción. El sistema los tomó. Los cosechó. Y los reconstruyó así.

Faith miró a los procesados.

Miles de personas que habían sido personas.

Miles de personas que ahora eran algo más.

Miles de personas que incluían a algunos de los 127,000 que habían venido a buscar.

¿Pueden volver? - preguntó. ¿A ser como eran?

Malika no dijo.

MEDIO RECUERDOS

Los recuerdos llegaban en oleadas.

Fragmentos que se conectaban. Memorias que encajaban. La historia que el sistema había intentado borrar reconstruyéndose en tiempo real.

Leonardo recordó primero.

División 47 añadió. Las palabras llegaban sin que él las controlara. Éramos un equipo especial. Investigábamos desapariciones que el sistema clasificaba como “resueltas”. Desapariciones que no estaban resueltas. Desapariciones de niños.

Anyá continuó.

Tomás era nuestro caso principal. Ocho años. Huérfano. El sistema lo había clasificado como “adoptado” pero no había registro de adopción. Investigamos. Encontramos que había otros.

Los niños - observó Vera. 47 que el sistema había clasificado como resueltos pero que habían desaparecido.

El caso - añadió Locke, que había llegado al sótano hace tres días, su propia memoria volviendo fragmento por fragmento. El caso. El número que usábamos para referir la investigación.

Los fragmentos seguían llegando.

La investigación. Los obstáculos. El sistema bloqueando cada paso. Los nombres que aparecían y desaparecían de los registros. Las personas que sabían cosas pero que de repente no recordaban saber nada.

Y después, la noche en que todo cambió.

El edificio - dijo Leonardo. Su voz temblaba. Piso 47. Estábamos interrogando a alguien. Un testigo que había visto algo.

Tomás estaba ahí - dijo Anyá. No debería haber estado. Pero estaba. Corría por el pasillo como siempre hacía.

La ventana - dijo Nico. Su voz pequeña. Su memoria diferente a la de ellos porque él había estado ahí como testigo, no como investigador. Alguien había roto la ventana.

Conteniendo la respiración.

Cayó - replicó Leonardo. Tomás cayó.

No solo de Leonardo.

De todos los que recordaban.

De todos los que ahora sabían lo que había perdido.

ASTRAL CENTRO

El centro de la ciudad era un tanque.

No un tanque pequeño como los del laboratorio de Led y Lix. Un tanque enorme. Del tamaño de un edificio. Lleno de líquido que brillaba con todos los colores que habían visto en el Astral azul, púrpura, verde, naranja, colores que no tenían nombre.

Y adentro, flotando, había cuerpos.

Miles de cuerpos.

Conectados por cables que entraban y salían como raíces. Ojos cerrados. Rostros pacíficos. Cuerpos que respiraban aunque no parecieran respirar.

Los 127,000 apuntó.

No todos corrigió el Viejito. Estos son los que todavía sirven. Los que el sistema todavía puede usar.

¿Usar para qué?

Energía. Memorias. Datos. El Viejito - señaló los cables. Todo lo que son fluye hacia afuera. Hacia el sistema. Hacia lo que mantiene funcionando el Astral.

Faith miró los cuerpos.

Buscó rostros que reconociera.

No reconoció ninguno.

Pero sabía que podría haber conocido a cualquiera de ellos. Que cualquiera de ellos podría haber sido alguien importante para alguien. Que todos habían tenido nombres, familias, historias.

Y ahora eran baterías.

Recursos renovables.

Cosecha.

¿Podemos liberarlos? - preguntó.

El Viejito negó con la cabeza.

Desconectarlos los mataría. Sus cuerpos ya no pueden funcionar solos.

Entonces vinimos para nada.

No. El viejo habló. Su voz era diferente. Más firme. Más decidida. Vinimos para ver. Para entender. Para saber contra qué luchamos.

¿Y ahora qué?

Ahora volvemos. Miró al grupo. Y contamos lo que vimos. Y encontramos otra manera.

Siempre había otra manera.

Tenía que haberla.

MEDIO CEREMONIA

El círculo se formó sin que nadie lo ordenara.

El número completo. Sentadas en el sótano que olía a humedad y a cuerpos. La bombilla parpadeaba arriba, amenazando con dejar todo en negrura pero nunca cumpliendo la amenaza.

Leonardo sostenía el oso Dember.

No en las manos en el centro del círculo. Sobre la mesa improvisada donde habían planeado operaciones. Donde habían trazado rutas. Donde habían soñado con un futuro diferente.

Vamos a recordar - dijo Nico. Todos juntos. Al mismo tiempo.
¿Cómo? - preguntó alguien.

Compartan un fragmento. Lo primero que les venga. Un nombre.
Una imagen. Un olor. Lo que sea.

Mirándose unos a otros. Esperando que alguien empezara.
Temiendo ser el primero. Temiendo empezar.

La mujer de pelo canoso habló primero. Miguel dijo. Mi hijo se
llamaba Miguel.

Después otro.

Rosa. Mi madre era Rosa.

Después otro.

El olor del pan recién horneado. Mi abuela hacía pan los
domingos.

Los fragmentos llegaban más rápido ahora.

Nombres, imágenes, olores, sonidos y memorias que el sistema
había intentado borrar pero que los cuerpos habían guardado.

El oso Dember brillaba en el centro, no con luz visible, sino con
algo más: con la energía del grupo completo recordando juntas, con
la fuerza de memorias que se negaban a morir.

Algo cambió.

En su mente, en su pecho, en el vacío donde sus recuerdos
deberían estar.

El rompecabezas empezaba a armarse.

Las piezas encontraban sus lugares.

La imagen se formaba.

Y cuando la imagen se completó, cuando los fragmentos se
conectaron en un todo, Leonardo recordó.

Todo.

De golpe.

Sin advertencia.

La División 47. Los niños desaparecidos. La investigación que el sistema había intentado detener. Tomás corriendo por el pasillo. La ventana rota. La caída.

Y después, el borrado. El sistema quitándoles todo lo que eran. El sistema convirtiéndolos en cáscaras vacías.

Leonardo gritó, o lloró, o solo se quedó quieto hasta que la memoria lo aplastó.

Pero recordó.

Finalmente, después de tanto tiempo, recordó. ## 109 Guerra [L]

MEDIO RUTAS

Vera regresó con sangre en la manga. Las rutas ya no eran seguras.

Leonardo lo supo antes de que Nico dijera nada. La manera en que llegaban los mensajes. La frecuencia de las patrullas. Los rumores que circulaban entre los contactos indicaban que el sistema estaba buscando algo, el sistema había intensificado las inspecciones. El sistema sabía que algo estaba pasando.

Perdimos tres puntos de contacto esta semana - dijo Nico en la reunión nocturna. El almacén del Sector 5. La granja de la azotea en el Sector 7. El pescador del río este.

¿Los atraparon?

No sabemos. Simplemente dejaron de responder.

Leonardo miró el mapa.

Las X rojas donde antes había puntos verdes. Los espacios vacíos donde antes había conexiones. La red de suministros encogiéndose como piel al sol.

Necesitamos rutas alternativas comentó. Nuevos contactos. Nuevas maneras de mover cosas.

¿Tienes ideas?

Algunas. Señaló el mapa. Las alcantarillas. El sistema casi no las vigila. Demasiado sucias, demasiado complicadas, demasiado debajo del radar.

Las alcantarillas son peligrosas.

Todo es peligroso. Leonardo lo miró. La pregunta es qué tipo de peligro preferimos. ¿El peligro de las patrullas arriba? ¿O el peligro de lo que hay abajo?

Nico consideró esto.

Tres años de supervivencia le habían enseñado que no había opciones seguras. Solo opciones menos malas.

Las alcantarillas entonces dijo. Pero necesitamos mapas. Necesitamos saber por dónde ir.

Yo conozco parte del sistema - admitió Vera desde el fondo. Mi hermano Mateo trabajaba en mantenimiento antes de desaparecer. Me enseñó algunas rutas.

Otra pieza del rompecabezas.

Otra conexión que el sistema había intentado borrar pero que persistía.

Empezamos mañana - dijo Leonardo. Vera, tú guías. Yo voy contigo. Nico, te quedas aquí coordinando.

Era plan.

Era riesgo.

MEDIO OPERACIÓN

La primera operación fue un desastre.

No lograron entregar los suministros médicos al Sector 8. Pero hubo heridos. Un mecánico que había sido parte del grupo de transporte. Una bala perdida de una patrulla del sistema que los había detectado. La bala entró por el hombro y salió por la espalda, llevándose tejido, sangre y la ilusión de que esto sería fácil.

El mecánico se llamaba Rodrigo.

Treinta y cuatro años. Manos callosas de años de trabajo. Ojos que habían visto cómo el sistema borraba a su esposa e hija hace dos años. Había llegado al sótano buscando respuestas. Había encontrado propósito.

Ahora estaba en una camilla improvisada, el hombro vendado con tela que no estaba del todo limpia, la fiebre subiendo porque no tenían antibióticos suficientes.

Va a estar bien - dijo Anya, aunque su voz no sonaba segura. La bala no tocó órganos vitales.

¿Y la infección?

Hacemos lo que podemos.

Leonardo la vio trabajar.

Las manos que cocinaban también sanaban. Los movimientos que preparaban estofado también preparaban vendajes. La misma atención al detalle. La misma dedicación silenciosa.

Necesitamos más suministros médicos - apuntó Leonardo. Antibióticos. Analgésicos. Material de sutura.

¿Dónde los conseguimos?

El hospital del Sector 3. El sistema lo controla, pero tienen excedentes. Cosas que desechan porque están cerca de la fecha de vencimiento.

Eso es territorio hostil.

Todo es territorio hostil. Leonardo sonrió sin humor. Pero el hospital tiene puntos ciegos. Conozco algunos.

¿Cómo?

No lo sé. Se tocó la frente. Solo sé que los conozco. Mi cuerpo recuerda cosas que mi mente no.

Era verdad.

Desde que había empezado a planificar operaciones, fragmentos de conocimiento aparecían sin explicación. Rutas de escape. Puntos de vigilancia. Horarios de patrullas. Información que no debería tener pero que tenía.

El sistema lo había borrado.

Pero no había borrado todo.

La primera operación fue un desastre. Leonardo sostuvo la presión sobre la herida mientras corrían.

Sus manos recordaban. Movimientos precisos. Presión constante. La manera de mantener a alguien vivo aunque el cuerpo quisiera morir. Habilidades que su mente no recordaba haber aprendido pero que sus músculos ejecutaban sin dudar.

Más rápido - dijo Nico, que iba adelante. El punto de extracción está a tres cuadras.

No puede ir más rápido - dijo Leonardo. Si lo muevo demasiado, la hemorragia aumenta.

Si no nos movemos más rápido, nos atrapan.

Decisiones imposibles.

La vida del mecánico contra la vida de todo el grupo.

La velocidad contra la supervivencia.

Leonardo tomó la decisión.

Nico, lleva al grupo adelante. Vera, quédate conmigo. Vamos a cargar entre los dos.

No puedo dejarte aquí.

No me estás dejando. Leonardo lo miró. Estás siguiendo órdenes. Las personas que transportamos los suministros dependen de que llegues. El Sector 8 depende de que llegues. Ve.

Nico dudó.

Un segundo.

Dos.

Después asintió y corrió hacia adelante con el resto del grupo.

Leonardo y Vera cargaron al mecánico entre los dos. El hombre gemía con cada movimiento. La sangre seguía fluyendo aunque más lenta. Las sirenas del sistema sonaban a lo lejos.

¿Vamos a lograrlo? - preguntó Vera.

Sí.

No parecía verdad.

No sabía si era verdad.

Pero era lo que necesitaba decir.

MEDIO DECISIÓN

Leonardo tomó la decisión esa noche.

La decisión que había estado evitando. La decisión que sabía que tenía que tomar pero que no quería tomar porque una vez tomada, no habría vuelta atrás.

Iban a atacar al sistema.

No defensivamente distribuyendo suministros, escondiendo personas, existiendo en las sombras. Ofensivamente. Directamente. De maneras que el sistema no podría ignorar.

Lo anunció en la reunión nocturna.

49 personas escuchando. Tazones de estofado en las manos. Ojos que reflejaban la luz de la bombilla parpadeante.

Hasta ahora hemos sobrevivido - dijo Leonardo. Hemos escondido. Hemos huido. Hemos esperado que el sistema nos dejara en paz.

¿Y eso va a cambiar? - preguntó alguien.

Sí. Leonardo respiró profundo. Porque sobrevivir no es suficiente. Porque esconderse no es victoria. Porque mientras el sistema siga funcionando, van a seguir borrando personas. Van a seguir destruyendo familias. Van a seguir quitándole a la gente todo lo que importa.

Se detuvo. Algo le apretaba el esternón lo mismo que lo despertaba a las tres de la mañana, lo mismo que lo empujaba al archivo prohibido, lo mismo que le hacía separar dos platos pequeños cada noche para niñas que no sabía si existían.

Yo no recuerdo quién perdí señaló, y fue la primera vez que lo decía en voz alta. Pero sé que perdí. Y sé que el sistema sabe a quién.

¿Qué propones? - preguntó Vera.

Que dejemos de esconder. Que empecemos a pelear. Que hagamos que el sistema nos vea, nos tema, nos persiga con todo lo que tiene.

Eso es suicidio - señaló alguien desde el fondo.

Quizás. Leonardo lo admitió. Pero el suicidio lento de esconderse para siempre no es mejor. Al menos si peleamos, si perdemos, perdemos intentando algo.

Anya se acercó.

Se puso a su lado.

Yo estoy con él dijo.

Nico se levantó.

Yo también.

Uno por uno, las 49 personas se fueron levantando.

La decisión tomada.

El camino elegido.

No había vuelta atrás.

ASTRAL ESCAPE

El escape de la ciudad del norte fue más fácil de lo esperado.

Eso preocupaba a El viejo.

Las cosas fáciles no existían en el Astral. Las cosas fáciles eran trampas que todavía no se habían cerrado. Las cosas fáciles significaban que algo peor venía después.

El grupo cruzó los arcos de luz en dirección contraria. La ciudad quedó atrás, brillando con su luz azulada, llena de procesados que caminaban sin ver y de tanques que contenían lo que quedaba de 127,000 personas.

No nos siguieron - admitió Faith.

No necesitan seguirnos. El viejo miró hacia atrás. Saben dónde estamos. Siempre saben dónde estamos.

¿Entonces por qué nos dejaron ir?

Porque les somos más útiles vivos que muertos. Pausa. Por ahora.

La niebla apareció adelante.

La misma bruma blanca que habían cruzado para llegar. La misma que contenía voces susurrantes y presencias que no podían ver. La misma que podía tragarse personas sin explicación.

¿Volvemos por donde vinimos? - preguntó el Viejito.

No hay otro camino.

Podría haber cambiado. La niebla cambia.

Entonces improvisamos.

El grupo entró en la bruma.

30 personas. Habían perdido tres en el viaje de ida. perderían más en el de vuelta. no llegarían ninguno. la niebla los tragaría a todos y nadie sabría que habían existido.

Pero avanzaban.

Porque avanzar era lo único que podían hacer.

Porque detenerse era morir.

Porque en algún lugar del Plano Medio, el grupo esperaba noticias.

MEDIO HOSPITAL

El mecánico sobrevivió.

Leonardo no sabía cómo. La herida era grave. La pérdida de sangre era crítica. El “hospital” del sótano parecía tres camillas improvisadas, un botiquín robado y una mujer que había sido enfermera antes de que el sistema la borrara.

Pero sobrevivió.

El grupo se turnaba para cuidarlo. Vigilias nocturnas. Cambios de vendas. Alimentación con cucharas pequeñas porque no podía sentarse.

Leonardo se quedó más que los demás.

No porque fuera su responsabilidad todos compartían la responsabilidad. Porque necesitaba verlo vivo. Porque necesitaba saber que su decisión había sido correcta. Porque la culpa de casi haberlo dejado morir pesaba aunque la lógica dijera que había hecho lo correcto.

Anya lo encontró a las 3 de la mañana, sentado junto a la camilla del mecánico.

Deberías dormir dijo.

No puedo.

¿Por qué?

Porque cada vez que cierro los ojos, lo veo cayendo. No especificó si se refería al mecánico o a Tomás. ambos. No puedo dejar de ver a la gente caer.

Anyá se sentó a su lado.

Sus hombros tocándose. Su calor mezclándose con el de él. La presencia de alguien que entendía sin necesitar explicaciones.

No lo empujamos - contestó ella. A Tomás. Ahora lo recuerdo. Estábamos ahí pero no lo empujamos.

Lo sé.

Alguien más lo hizo. Su voz se endureció. Alguien del sistema. Alguien que no quería que siguiéramos investigando.

Lo sé.

Vamos a encontrarlos. Tomó su mano. Vamos a encontrar a quien lo mató. Y vamos a hacer que paguen.

No se trataba de promesa de justicia.

Era promesa de guerra.

Leonardo apretó su mano.

Sí. Lo haremos.

El mecánico respiraba en la camilla.

Los demás dormían en otros rincones del sótano.

Y la guerra contra el sistema, silenciosa pero real, continuaba.

ASTRAL REGRESO

El grupo emergió de la niebla.

27 personas.

Habían perdido tres más en el cruce. Un anciano que dejó de caminar y se sentó en la bruma, negándose a moverse. Dos niños que soltaron las manos de sus madres y desaparecieron entre un parpadeo y otro.

Las madres todavía lloraban.

El viejo no sabía cómo consolarlas. No tenía palabras para el dolor de perder un hijo. No había palabras. Solo había tiempo. Solo había seguir adelante aunque seguir adelante pareciera imposible.

Ciudad Central apareció en el horizonte.

Las torres inclinadas. Los píxeles muertos en el cielo. Los habitantes que caminaban sin ver y sin sentir.

¿Ahora qué? - preguntó Faith. Ahora volvemos al laboratorio. El viejo miró al grupo. 27 personas agotadas, traumatizadas, pero vivas. Descansamos. Recuperamos fuerzas. Y decidimos qué hacer con lo que vimos.

¿Hay hacer? La voz de Faith era amarga. Vimos los tanques. Vimos los procesados. Vimos lo que el sistema hace con la gente. ¿Qué podemos hacer contra eso?

No lo sé. El hombre de la pipa fue honesto. Pero no vinimos hasta aquí para rendirnos. No cruzamos la niebla dos veces para nada.

¿Entonces?

Entonces encontramos una manera. Miró hacia el norte, hacia donde la ciudad del sistema seguía brillando. Siempre hay una manera.

El grupo se puso en marcha.

El grupo avanzaba hacia Ciudad Central.

27 personas que habían visto el horror y que seguían adelante.

27 personas que se negaban a rendirse.

Tendría que ser suficiente.

MEDIO CONFIANZA

Empezaron a confiar en Leonardo.

Él no lo pidió. No lo buscó. Ocurrió. La manera en que había salvado al mecánico. La manera en que tomaba decisiones difíciles. La manera en que sus manos recordaban habilidades que su mente había olvidado.

Empezaron a buscarlo para consejos.

Para decisiones.

Para liderazgo.

Leonardo no era líder. Estaba perdido. Fragmentos de memoria que no formaban imagen completa. Habilidades que no entendía de dónde venían. La culpa constante de un niño que había muerto mientras él miraba.

Lideraba.

Porque alguien tenía que hacerlo.

Porque necesitaban a alguien que pareciera saber lo que hacía, aunque no supiera lo que hacía.

Necesitamos expandirnos comentó en una reunión nocturna. El número no es suficiente. Si vamos a luchar contra el sistema, necesitamos más.

¿Cuántos más? - preguntó Vera.

No lo sé. Pero cada persona que recuerda es una amenaza para el sistema. Cada persona que despierta debilita su control.

¿Cómo los encontramos?

Con los grafitis. Miró a Nico. Seguimos pintando. Seguimos dejando señales. Las personas que están listas nos encontrarán.

Nico bajó la barbilla.

El plan era simple.

Pero era un comienzo.

El grupo creciendo. Cien.

100 convirtiéndose en 1,000.

1,000 convirtiéndose en lo que fuera necesario para cambiar las cosas.

La guerra había comenzado.

ASTRAL HERIDO

El regreso fue más difícil que la ida.

No por el terreno. El terreno parecía el mismo. La niebla era la misma, las voces susurrantes eran las mismas. Por lo que habían visto. Los 127,000 como baterías en tanques del tamaño de edificios. Y ninguna manera fácil de salvarlos.

Una anciana se desplomó a mitad del camino.

Ya no podía más. Tres días de marcha. Comida insuficiente. El horror de lo que habían visto consumiendo la energía que quedaba.

Se arrodilló junto a ella.

¿Puedes caminar?

No. Su voz era apenas susurro. Déjenme aquí. Sigam sin mí.

No dejamos a nadie.

Entonces todos moriremos. Sonrisa amarga. Es matemática simple. Una anciana vieja contra 26 personas jóvenes. La matemática dice que me dejen.

El viejo miró al grupo.

26 personas esperando su decisión.

26 personas que sabían que la anciana tenía razón.

26 personas que no querían admitirlo.

La cargamos dijo. Por turnos. Todos los que puedan. Dos personas a la vez. Rotando cada hora.

Es desperdicio de energía - dijo Malika.

No me importa. El viejo levantó a la anciana. Sus brazos temblaban con el esfuerzo. No dejamos a nadie. Nunca.

El grupo siguió adelante.

La anciana cargada entre ellos.

El peso compartido.

La decisión tomada.

Porque era correcta.

A veces la lógica y lo correcto no parecían lo mismo.

A veces tenías que elegir.

Y El viejo siempre elegía lo correcto. Aunque la matemática dijera que estaba equivocado. ## 110 Bestia [X]

ASTRAL RETORNO

El grupo emergió de la niebla cambiada.

Veintisiete personas donde habían entrado treinta. Los tres perdidos no tenían nombres para los que quedaban habían sido desconocidos que se habían unido en el camino, rostros que nadie había memorizado, historias que nadie conocía. Pero su ausencia pesaba. Cada espacio vacío era recordatorio de lo que el Astral tomaba sin pedir permiso.

La pipa se movió, los contó tres veces.

Era ritual ahora. Contar. Verificar. Asegurarse de que los números no habían cambiado entre un momento y otro. La paranoia de alguien que había aprendido que las personas podían desaparecer sin aviso.

Veintisiete dijo en voz alta.

Nadie respondió.

Nadie necesitaba responder.

El número era lo que era.

Ciudad Central aparecía adelante. Las torres inclinadas contra el cielo de píxeles muertos. Los habitantes que caminaban sin ver. El laboratorio de Led y Lix esperando en las profundidades con sus tanques y sus órganos y sus verdades incompletas.

¿Qué hacemos ahora? - preguntó Faith.

Su voz era diferente después del viaje. Menos rabia. Más cansancio. La mochila de las gemelas seguía en su espalda pero ya no la apretaba contra sí como ancla. Ahora la llevaba como se lleva el pasado presente pero no dominante.

Descansamos - contestó el viejo. Procesamos lo que vimos. Y después decidimos.

¿Decidimos qué?

Si seguimos luchando. O si buscamos otra manera.

¿Hay otra manera?

No dijo.

Porque no sabía.

Porque después de ver los tanques del norte, después de entender el precio que el sistema cobraba, después de sentir la presencia de la Bestia, no estaba seguro de que hubiera manera de ganar.

Pero tampoco estaba seguro de que hubiera manera de rendirse.

Así que seguirían adelante.

Como siempre.

Como era lo único que podían hacer.

ASTRAL REFLEXIÓN

Maku caminaba al final del grupo.

Su cuerpo todavía le resultaba ajeno. Cada paso era recordatorio de que esta forma alta, humana, separada de Copérnico eso no fue la que había conocido durante meses de fusión. Los músculos se movían de maneras que no anticipaba. Los sentidos percibían cosas diferentes. El mundo tenía texturas que antes no existían.

Extrañaba la fusión.

No a Copérnico específicamente él caminaba a su lado, su marca azul pulsando con ritmo constante. Sino la sensación de no estar sola dentro de su propia cabeza. De tener otra consciencia acompañándola. De saber que alguien más respiraba al mismo ritmo.

Ahora estaba sola.

Era lo que había querido.

Era lo que necesitaba.

Pero eso no lo hacía más fácil.

¿Estás bien?

La voz de Malika, cerca pero no invasiva. La mujer antigua sabía respetar espacios.

Sí. Maku se tocó el cabello, gesto nervioso que había desarrollado desde la separación. Solo... procesando.

Procesamos todos. Malika miró hacia el horizonte donde Ciudad Central esperaba. El viaje cambió cosas. Nos cambió a todos.

¿A ti también?

A mí también.

El goteo de las tuberías marcó el tiempo.

El viento del Astral soplaba ceniza que nunca se asentaba.

¿Crees que vale la pena? - preguntó Maku. ¿Todo esto? ¿El viaje, las pérdidas, el dolor?

No lo sé. Malika fue honesta. Pero creo que no hacer nada vale menos.

Eso no es respuesta.

Es la única que tengo.

Maku hizo un gesto breve.

ASTRAL CONFRONTACIÓN

La Bestia apareció.

No como criatura. No como monstruo. No como nada que Maku hubiera esperado encontrar.

Apareció como frecuencia.

Los siglos que había pasado como frecuencia pura la habían preparado para reconocer a otras frecuencias. Y esta era enorme. Vasta. Antigua. Tan antigua que hacía que los siglos de Maku parecieran un parpadeo.

El grupo se había detenido a las puertas de Ciudad Central. Esperando. Recuperando fuerzas. Llorando a los que habían perdido en la niebla.

Y entonces la frecuencia llegó.

Copérnico gruñó.

Las marcas azules 87% de su cuerpo ahora brillaban con intensidad cegadora. Los patrones que habían estado formándose durante semanas se completaron. Líneas conectándose. Símbolos apareciendo. Un mapa de algo que solo el perro podía ver.

Está aquí - dijo Maku.

¿Qué está aquí? - preguntó.

La Bestia. Maku cerró los ojos. Notó la frecuencia con lo que quedaba de su naturaleza original. No es lo que pensábamos.

¿Qué es entonces?

Es... guardián. Las palabras eran difíciles. Los conceptos humanos no alcanzaban para describir lo que sentía. Pero no guardián del sistema. Guardián contra el sistema. Guardián de lo que queda. De lo que todavía puede salvarse.

El Viejito golpeó su bastón contra el suelo.

Lo sabía. Su voz tenía un tono diferente. Más antiguo. Más cercano a lo que Maku sentía. La Bestia no es enemiga. La Bestia es lo único que impide que el Vacío lo consuma todo.

¿El Vacío?

Lo que está detrás del borde. Lo que se acerca cada día. Señaló hacia el sur, hacia donde la línea de nada seguía avanzando. La Bestia lo contiene. Lo mantiene a raya. Es por eso que el norte todavía existe.

Procesó la información.

Todo reorganizándose alrededor de esta nueva verdad.

Entonces no luchamos contra la Bestia.

No.

¿Contra qué luchamos?

Contra el sistema que alimenta a la Bestia cosechando personas. El Viejito bajó la voz. La Bestia necesita energía para contener el Vacío. El sistema le da esa energía. Pero el costo...

Los 127,000.

Y más. Millones a través de los años. Cada persona cosechada es combustible para la guerra que la Bestia libra contra el fin de todo.

La Bestia no era enemiga.

La Bestia era necesaria.

Pero el precio de esa necesidad era demasiado alto.

MEDIO NIÑO

Un niño llegó al sótano.

No uno de ellos. Uno nuevo. Huérfano. Sin nombre que recordara. Sin familia que lo buscara. Solo un niño de siete años que había seguido los grafitis de los osos hasta encontrar la puerta escondida que llevaba abajo.

Leonardo lo encontró en la entrada.

Sentado contra la pared. Rodillas pegadas al pecho. Ojos enormes en un rostro demasiado delgado. La postura de alguien que había aprendido a hacerse pequeño para no ser visto.

Hola - contestó Leonardo.

El niño no dijo.

Solo miró.

Ojos que habían visto demasiado para su edad. Ojos que contenían el mismo vacío que Leonardo sentía en su propia memoria.

¿Tienes hambre?

Un asentimiento pequeño.

Casi invisible.

Leonardo extendió la mano.

Ven. Hay comida abajo. Y gente. Gente como tú.

El niño dudó.

La desconfianza de alguien que había aprendido que las manos extendidas a veces golpeaban en lugar de ayudar. La cautela de alguien que había sobrevivido solo porque nunca confiaba.

Pero después tomó la mano de Leonardo.

Sus dedos eran pequeños. Fríos. Huesudos de hambre.

Leonardo lo llevó abajo.

Anya lo vio primero.

Otro - dijo en voz baja.

Sí. Leonardo sentó al niño en una silla. ¿Puedes prepararle algo?

Siempre puedo preparar algo.

El estofado apareció en minutos. El niño comió con la desesperación de quien no sabe cuándo será la próxima comida. La cuchara moviéndose sin parar. Los ojos todavía alertas, vigilando, esperando que alguien le quitara el plato.

Nadie le quitó el plato.

Nadie le habló.

Solo lo dejaron comer.

Cuando terminó, miró a Leonardo.

¿Puedo quedarme?

Tres palabras.

Más de lo que había dicho desde que llegó.

Sí - indicó Leonardo. Puedes quedarte.

48 personas ahora.

El número crecía.

ASTRAL COMPRENSIÓN

Maku se acercó a la frecuencia.

No físicamente el cuerpo humano no podía acercarse a algo que no tenía ubicación física. Se acercó con lo que quedaba de su naturaleza original. Con los siglos que todavía resonaban en algún lugar dentro de la carne que ahora habitaba.

La Bestia respondió.

No con palabras. Las frecuencias no hablaban. Comunicaban de otras maneras. Con la pulsación que llevaban significado. Con patrones que contenían información. Con la presión de presencia que transmitía más que cualquier idioma.

¿Por qué vinieron?

Buscábamos respuestas.

¿Las encontraron?

Algunas. No todas.

Las respuestas completas destruyen. Las respuestas parciales permiten seguir buscando.

Maku consideró esto.

Siglos y todavía aprendía cosas nuevas.

El sistema cosecha personas para alimentarte.

El sistema hace lo que cree necesario. Yo hago lo que es necesario.

¿Cuál es la diferencia?

El sistema cree que el fin justifica los medios. Yo sé que no hay fin. Solo medios. Solo elecciones. Solo el momento presente y lo que hacemos con él.

¿Puedes detenerte? ¿Dejar de necesitar la energía de las personas?

No vacío. Algo lleno. La Bestia considerando la pregunta. Procesándola con una mente que abarcaba más de lo que Maku podía imaginar.

Si me detengo, el Vacío avanza. Si el Vacío avanza, todo termina. No solo el Astral. Todo. El Plano Medio. El Plano Base. Los planos que ni siquiera conocen. Todo.

¿No hay otra manera?

Siempre hay otra manera. Pero las otras maneras tienen otros costos. Y esos costos... esos costos son peores.

Maku no preguntó cuáles eran los otros costos.

Algunas preguntas era mejor no hacer.

Algunas respuestas era mejor no conocer.

MEDIO PROMESA

Leonardo reunió al grupo.

49 personas ahora. El niño huérfano se había quedado. Otros llegarían. Los grafitis seguían apareciendo en las paredes. Las señales seguían guiando a los perdidos hacia el sótano.

Tenemos que decidir - dijo Leonardo. Qué hacemos ahora. Qué somos.

¿Qué podemos ser? - preguntó alguien desde el fondo.

Resistencia. La palabra salió sin que Leonardo la planeara. El sistema nos borró. Nuestra existencia es el error que no pudieron corregir.

¿Resistencia contra qué?

No sé. Honesto. Pero quedarse quieto no funciona.

El niño huérfano lo miraba sin entender.

Anya lo miraba.

Nico lo miraba.

Vamos a intentarlo - dijo Leonardo. No sé si vamos a conseguir algo.

Nadie aplaudió.

Nadie prometió nada.

El niño huérfano del rincón siguió mirando el suelo. Vera se cruzó de brazos. Locke tosió.

Después, uno por uno, empezaron a moverse. No hacia Leonardo. Hacia las puertas. Hacia los mapas. Hacia las tareas que había que hacer aunque nadie supiera si servían para algo.

No hubo juramentos.

49 voces prometiendo.

49 personas comprometiéndose con algo más grande que ellas mismas.

49 fragmentos de resistencia convirtiéndose en un todo.

Leonardo miró al niño huérfano.

El niño lo miró de vuelta.

Voy a recordar tu nombre le dijo Leonardo. Cuando lo recuperes. Voy a recordarlo.

El niño asintió.

No sonrió.

Pero algo en sus ojos cambió.

Algo.

ASTRAL PARTIDA

El grupo dejó Ciudad Central.

El grupo marchaba al sur. Hacia donde el borde todavía avanzaba. Hacia donde el laboratorio de Led y Lix esperaba con sus tanques y sus respuestas incompletas.

El viejo iba al frente.

Su pipa vacía en la mano. Todo pesando en cada paso. Las revelaciones de la Bestia reorganizando todo lo que creía saber.

Faith iba detrás.

La mochila de las gemelas en su espalda. La rabia transformándose en algo más útil. En determinación. En propósito.

El Viejito cuidaba a los niños que quedaban.

Su bastón marcando el ritmo. Sus historias manteniéndolos distraídos del horror que habían visto. Maku caminaba junto a Copérnico.

Las marcas azules del perro brillaban con ritmo constante. Un 90% ahora. Casi completas. Casi listas para lo que significaban.

Y detrás, invisible pero presente, la Bestia observaba.

No como enemiga.

Como algo más complejo.

Como guardián de un equilibrio terrible.

Como el precio que alguien tenía que pagar para que todo no terminara.

27 personas. El futuro incierto.

49 personas esperaban en el Plano Medio.

La rabia seguía ahí. También el hambre.

ASTRAL FUTURO

El viejo se detuvo en el borde de Ciudad Central.

La ciudad lo esperaba adelante. El laboratorio de LED y Lix lo esperaba abajo. Las respuestas incompletas lo esperaban en todas partes.

27 personas detrás de él.

Menos de las que habían empezado.

Más de las que esperaba.

El viaje al norte había cambiado las cosas. Había visto los tanques. Había visto a los procesados. Había entendido por primera vez en 300 años la escala de lo que enfrentaban.

La escala era lo que dolía.

Una máquina que se alimentaba de personas. Que necesitaba personas. Que no podía existir sin consumir lo que hacía humanos a los humanos.

¿Había manera de detenerlo?

No lo sabía.

¿Había manera de resistirlo?

¿Valía la pena intentarlo?

Sí.

Siempre sí.

Porque rendirse era traicionar a todos los que el sistema había tomado. A todos los que flotaban en tanques esperando lo que nunca llegaría. A todos los que habían sido borrados, procesados, convertidos en energía para una máquina que no les debía nada.

Vamos, dijo.

El grupo se puso en marcha.

27 personas. Lo que venía, nadie lo sabía.

27 personas que se negaban a rendirse.

27 personas que eran todo lo que quedaba.

Y en el Plano Medio, 49 personas esperaban noticias. Listas para lo que viniera. Para empezar una guerra que no podían ganar pero que tenían que pelear.

La temporada terminaba.

El camino seguía hacia el norte. # TEMPORADA 12: EL SACRIFICIO

111 El de la pipa [X][L]

MEDIO CRUCE

Cruzó al Plano Medio por primera vez en 43 años.

El dolor fue diferente a lo que recordaba. Más agudo. Más frío. El espacio entre los planos se había endurecido. Donde antes había distancia, ahora había resistencia.

Apareció en un callejón del Sector 4.

El suelo era diferente. Más sólido. Más real de una manera que el Astral había dejado de ser hace tiempo. Sus pies sintieron el concreto. Algo nuevo.

La pipa estaba en su mano.

Siempre la pipa.

Vacía. Siempre vacía. El último hábito de una vida que ya no recordaba.

El aire olía diferente aquí. Humo de fábricas. Comida frita. El sudor de millones de personas viviendo apiladas unas sobre otras. El olor del Plano Medio: denso, pesado, imposiblemente vivo.

Se apoyó contra la pared del callejón.

El cruce había costado más de lo que esperaba. Energía que no tenía. Coherencia que se desvanecía más rápido cada día. El precio de existir entre mundos que ya no querían estar conectados.

Pero había llegado.

El primer humano que lo vio fue un guardia de seguridad del edificio de enfrente. Uniforme azul. Termo de café. Ojos de alguien que ya no se sorprende a las tres de la mañana.

¿Tiene identificación?

El viejo lo miró. Trescientos años. Cruce entre planos. El dolor todavía reverberando en cada célula. Y lo primero que le pedían era identificación.

No.

Entonces no puede estar en este callejón. Es propiedad privada a partir de las 22:00.

Es un callejón. Propiedad privada. El guardia - señaló un cartel que efectivamente decía PROPIEDAD PRIVADA - HORARIO

RESTRINGIDO - REF: CP-4412. Si quiere tramitar un permiso de tránsito nocturno, la oficina abre a las nueve.

El viejo caminó hacia la calle sin responder.

El guardia anotó algo en una libreta. Procedimiento. Protocolo.

MEDIO MEMORIAS

El cruce traía memorias.

Cada vez que atravesaba la barrera entre planos, fragmentos del pasado emergían sin permiso. Rostros de personas que ya no existían. Voces de conversaciones que habían ocurrido hace siglos. Todas las vidas que había tocado. Todas las muertes que había presenciado.

Esta vez fue diferente.

Esta vez vio a su hijo.

No un hijo que recordara haber tenido 300 años era mucho tiempo para guardar ese tipo de detalles. Pero la sensación estaba ahí. La certeza de haber sostenido algo pequeño y frágil. De haber prometido proteger lo que no había podido proteger.

El rostro se desvaneció antes de que pudiera verlo claramente.

Solo quedó el vacío en el pecho. La pérdida que no podía nombrar pero que le dolía en los huesos.

Malika le había advertido que esto pasaría.

Los cruces son más difíciles ahora había dicho. El sistema ha reforzado las barreras. Y las barreras filtran cosas. A veces dejan pasar memorias que preferirías no recordar.

¿Por qué?

No lo sé. Es un mecanismo de defensa. El sistema quiere debilitarte antes de que llegues. Son solo efectos secundarios de atravesar lo que no quiere ser atravesado.

MEDIO ORIENTACIÓN

Se orientó en el Sector 4.

Las calles habían cambiado desde la última vez que estuvo aquí. Edificios nuevos donde recordaba ruinas. Ruinas donde recordaba edificios. El sistema reorganizaba constantemente, moviendo cosas de lugar. Un juego que solo él entendía.

Pero algunas cosas permanecían.

Los patrones de vigilancia. Los puntos ciegos donde las cámaras no llegaban. Las rutas que los contrabandistas usaban para mover cosas sin ser detectados.

Las conocía todas.

Siglos de memoria le daban acceso a un mapa de la ciudad que ningún sistema podía borrar. Un mapa que existía en sus huesos, en sus músculos, en la manera en que su cuerpo sabía girar antes de que su mente procesara el peligro.

Caminó hacia el Sector 7.

El restaurante donde Leonardo y Anya trabajaban estaba a veinte minutos si usaba las rutas principales. Quince si usaba las secundarias. Diez si estaba dispuesto a atravesar las alcantarillas.

Eligió las alcantarillas.

El tiempo era lujo que no tenía.

MEDIO ALCANTARILLAS

Las alcantarillas del Sector 4 conectaban con las del Sector 7 a través de un sistema que el GM había abandonado hace décadas.

El viejo conocía cada bifurcación. Cada punto donde las tuberías se cruzaban. Cada lugar donde el agua era más profunda o donde los gases eran más peligrosos.

Había caminado estas rutas muchas veces.

Cuando el sistema lo perseguía. Cuando necesitaba mover gente de un sector a otro sin ser detectado. Cuando no había otra opción.

Las paredes goteaban con lo que no era agua. El olor era de podredumbre antigua, de cosas que habían muerto hace mucho y que seguían descomponiéndose aunque no quedara nada que descomponer.

Pero el viejo no notaba el olor.

Los siglos te hacían inmune a muchas cosas.

El olor era una de ellas.

Llegó al cruce principal en ocho minutos.

Desde aquí, podía ir al Sector 7. O al Sector 9. O al Sector 12 donde Nico tenía su red de contactos.

Eligió el Sector 7.

Leonardo primero.

Anya después.

Y entonces, cuando los tuviera a ambos, empezaría el trabajo real.

No lo sé. Es un mecanismo de defensa. El sistema quiere debilitarte antes de que llegues. Son solo efectos secundarios de atravesar lo que no quiere ser atravesado. Había cruzado.

Porque el grupo lo necesitaba.

Porque Malika lo había pedido.

Porque había prometido ayudar a encontrar a Leonardo y Anya, y un jardinero no rompía sus promesas.

Ni siquiera cuando el costo era recordar todo lo que había perdido.

MEDIO CIUDAD

Ciudad Control era más grande de lo que recordaba.

Las Torres TAAT dominaban el horizonte estructuras de metal y cristal que zumbaban con frecuencias que hacían doler los dientes. Las calles estaban llenas de gente que caminaba sin mirarse. Las pantallas en cada esquina mostraban mensajes que nadie leía pero que todos obedecían.

El viejo caminó entre ellos.

Invisible.

No porque tuviera poderes de invisibilidad no los tenía. Porque la gente del Plano Medio había aprendido a no ver lo que no encajaba. Un hombre viejo con una pipa vacía y ropa que no correspondía a ninguna época era simplemente ruido visual. Algo que los ojos registraban pero que el cerebro descartaba.

Buscaba el sótano.

Los grafitis de osos lo guiaban. Aparecían en paredes, en postes, en superficies que nadie más miraba. El trabajo de Nico. La red que había construido durante tres años. Las señales que decían “aquí hay algo” a quien supiera leerlas.

Un oso con el número 851.

Otro con una flecha apuntando hacia el norte.

Otro con la palabra RECUERDA escrita debajo.

El viejo siguió las señales.

Tres calles. Dos callejones. Una puerta oxidada que no llevaba a ningún lugar.

Pero llevaba al sótano.

Llevaba a la resistencia.

Llevaba a Leonardo.

MEDIO ENCUENTRO

El sótano olía a humedad y a cuerpos.

El viejo reconoció el segundo olor. Lo había sentido antes, en otros lugares, en otras guerras. El olor de personas que se negaban a rendirse aunque todo dijera que debían rendirse.

50 personas lo miraron cuando bajó las escaleras.

Silencio absoluto.

Nadie sabía quién era. Nadie lo reconocía. Era solo un viejo con una pipa que había aparecido de la nada.

Pero algo en su presencia hizo que se detuvieran.

Algo antiguo.

Algo que demandaba atención.

Busco a Leonardo contestó.

Su voz sonaba diferente aquí. Más rasposa. Las cuerdas vocales necesitaran tiempo para adaptarse al aire del Plano Medio.

Nadie respondió.

Nadie se movió.

Después, una figura se adelantó desde el fondo del sótano.

Alto. Delgado. Ojos que habían visto demasiado y que seguían mirando. Una mano en el bolsillo donde algo pequeño y peludo hacía bulto.

Leonardo.

Tampoco era el Leonardo que El viejo recordaba. No lucía como el investigador brillante de División 47. No constituía el hombre que había luchado contra el sistema antes de que el sistema lo borrara.

Era alguien nuevo.

Alguien que había sido reconstruido a partir de fragmentos.

Alguien que todavía no sabía todo lo que había sido pero que empezaba a recordar.

¿Quién eres? - preguntó Leonardo.

Alguien que viene del otro lado. El viejo se acercó. Alguien que tiene un mensaje.

¿De quién?

De Malika. Pausa. Encontró la puerta. Pero necesita tu ayuda para abrirla.

Leonardo lo miró.

Sus ojos buscando mentira y no encontrándola.

Sus manos apretando el oso en el bolsillo.

Su mente procesando palabras que no entendía del todo pero que le apretaban el pecho.

¿Qué puerta? - preguntó.

La puerta al norte. El viejo bajó la voz. La única salida que queda.

MEDIO RECONOCIMIENTO

Nico apareció de las sombras.

El viejo lo vio antes de que él hablara. El joven que había sido niño cuando Tomás murió. El joven que había cargado un oso de peluche durante tres años. El joven que había construido una red de resistencia a partir de nada más que dolor y determinación.

Algo se movió en el pecho del viejo.

Más que reconocimiento.

Algo más profundo.

Más antiguo.

Más doloroso.

Tú - dijo Nico. Te conozco.

No me conoces.

Te he visto. En sueños. En fragmentos. Nico se acercó. Eres... eres del Astral.

Sí.

¿Cómo llegaste aquí?

Caminando. Hizo una pausa. Es lo único que sé hacer.

Nico lo estudió.

El rostro viejo. Las arrugas que contaban historias. La pipa vacía que era más símbolo que objeto.

Algo familiar.

Algo innombrable.

¿Por qué viniste? - preguntó Nico.

Porque el tiempo se acaba. Miró al grupo. Las 50 personas que esperaban. El Vacío avanza. El Astral se achica. Si no actuamos pronto, no habrá nada que salvar.

¿Y Leonardo puede ayudar?

Leonardo es lo único que queda.

Las palabras cayeron en el sótano.

Pesadas.

Inevitables.

El comienzo del final.

MEDIO MEMORIA

Nico observaba al viejo desde las sombras.

Algo en él era familiar. Como si hubiera visto ese rostro en sueños que no recordaba al despertar. La voz rasposa había dicho palabras que sus oídos reconocían aunque su mente no.

El grupo se había dispersado para procesar la noticia.

Leonardo y Anya hablaban en voz baja en una esquina. Faith mantenía distancia, sus ojos estudiando al recién llegado con la desconfianza de alguien que había aprendido que los extraños rara vez traían buenas noticias.

MEDIO PREGUNTAS

Nico se acercó al viejo.

¿Cómo sabías dónde encontrarnos?

El viejo lo miró.

Sus ojos tenían profundidad que no debería existir en una mirada humana. Capas de tiempo. Capas de experiencia. Capas de lo que podría haber sido dolor o podría haber sido reconocimiento al mismo tiempo.

Los grafitis comentó. Tus grafitis. Los he visto durante años.

¿Años?

Sí. Pausa. He estado observando. Desde lejos. Siempre desde lejos.

¿Por qué?

El viejo no dijo inmediatamente. Su mano tocó la pipa vacía. El gesto mecánico de alguien que había repetido ese movimiento miles de veces. El consuelo de lo familiar en un mundo donde nada era familiar.

Porque había alguien aquí que me importaba dijo. Alguien que no sabía que me importaba. Alguien que nunca lo sepa.

Nico no entendió.

Pero algo en su pecho se apretó.

Algo que reconocía verdad aunque no entendiera qué verdad era.

¿Quién? - preguntó.

No importa. El viejo miró el humo dispersarse. Lo que importa es que están todos aquí. Lo que importa es que todavía estamos aquí.

Nico quería insistir.

Pero algo le señaló que no era el momento.

Que las respuestas llegarían cuando estuvieran listas para ser escuchadas.

Que algunas verdades necesitaban tiempo para encontrar su camino hacia la luz.

MEDIO NOCHE

La noche cayó sobre el sótano.

Las 50 personas se acomodaron para dormir. Colchones improvisados. Mantas compartidas. El calor de cuerpos apilados contra el frío que se filtraba por las paredes de concreto.

No dormía.

Se sentó en una esquina con su pipa vacía. Sus ojos mirando hacia la penumbra. Su mente en lugares que nadie más podía alcanzar.

Leonardo se acercó cuando los demás dormían.

¿Qué eres? - preguntó en voz baja. Realmente.

Soy lo que queda. El viejo no lo miró. De alguien que existió hace mucho tiempo. De alguien que tomó decisiones que no puede deshacer. De alguien que ha caminado durante más tiempo del que debería ser posible.

¿Cuánto tiempo?

300 años. Más. El tiempo pierde sentido cuando has vivido suficiente.

Leonardo se sentó a su lado.

El silencio de dos personas que no necesitaban palabras para comunicarse.

¿Por qué viniste? - preguntó Leonardo finalmente. ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo?

Porque el tiempo se agota. El viejo lo miró. Porque lo que viene no puede detenerse con solo esperar. Porque alguien tenía que dar el primer paso.

¿Y tú eres ese alguien?

No. Sonrisa cansada. Tú eres ese alguien. Yo solo soy el que te muestra el camino.

Leonardo no entendía.

Pero empezaba a intuir.

Era descubrimiento.

Era todo lo que había sido y todo lo que podía ser.

MEDIO OBSERVACIÓN

El viejo observó al grupo mientras procesaban la noticia.

50 personas que habían escuchado que el mundo se acababa y que todavía se negaban a rendirse. 50 personas que habían perdido todo lo que importaba y que todavía buscaban razones para seguir adelante.

El niño huérfano estaba acurrucado en una esquina.

Los ojos enormes mirándolo. Los dedos huesudos aferrando el borde de una manta raída. El miedo visible en cada línea de su cuerpo pequeño.

Se acercó.

Se arrodilló frente al niño.

¿Tienes miedo? - preguntó.

El niño no dijo nada.

Está bien tener miedo. El viejo habló suave. El miedo significa que entiendes lo que pasa. Los que no tienen miedo son los que no entienden.

¿Tú tienes miedo?

A veces. Honestidad. Pero he aprendido a caminar con el miedo. A hacerlo compañero en vez de enemigo.

¿Cómo?

Un día a la vez. Le puso una mano en el hombro. El peso reconfortante de alguien mayor. Un paso a la vez. Eso es todo lo que podemos hacer.

El niño frunció el ceño.

Pero algo en sus ojos cambió.

No era nada todavía.

Era solo el inicio de esperanza.

No había más que hacer.

MEDIO NOCHE PRIMERA

El viejo pasó la primera noche en el sótano sin dormir.

Podía haber sido un siglo lo que le habían enseñado a dormir en cualquier lugar, en cualquier momento, cuando el cuerpo lo exigía. Porque necesitaba observar. Porque necesitaba entender qué había encontrado.

50 personas.

El número lo sorprendía.

En el Astral, los grupos eran más pequeños. Familias de 5 o 10. Bandas de supervivientes de 15 o 20. El número máximo que podía mantenerse unido antes de que las diferencias destruyeran la cohesión.

Pero aquí había 50.

50 personas que dormían juntas, comían juntas, compartían el mismo aire húmedo del sótano. 50 personas que habían encontrado algo más fuerte que las diferencias.

Esperanza.

La palabra que el viejo había dejado de usar hace décadas.

Se movió entre los durmientes con el silencio de alguien que había aprendido a no despertar a nadie. El niño huérfano dormía

acurrucado contra una mujer que no era su madre. Dos ancianos compartían una manta raída. Un grupo de jóvenes dormía en círculo, los cuerpos formando una barrera protectora contra el frío.

Llegó hasta donde Nico vigilaba.

El joven estaba despierto. Siempre despierto. Los ojos mirando hacia la oscuridad. Esperando que algo emergiera de ella.

No duermes - dijo el viejo.

No puedo.

¿Pesadillas?

Nico no dijo inmediatamente.

Su mano fue hacia el bolsillo donde ahora guardaba el oso. El oso que Leonardo le había dado. El oso que había pertenecido a Tomás.

Recuerdos dijo. Es diferente.

¿Recuerdos de qué?

De un niño que corría. De una ventana rota. De... La voz se quebró. De cosas que no debería recordar pero que no puedo olvidar.

El viejo se sentó junto a él.

La piedra fría del suelo. La humedad que se filtraba por las paredes. El olor a moho y a humanidad comprimida.

Yo también tengo recuerdos así dijo. Tres siglos de ellos.

¿Cómo lo soportas?

No lo soporto. Se frotó la cara con ambas manos. Los cargo. Es diferente.

Nico lo miró.

Algo en los ojos del joven buscando algo en los ojos del viejo.

Lo encontró.

Tú... empezó Nico.

¿Sí?

Nada. Nico desvió la mirada. Solo me pareces familiar. Te hubiera conocido antes.

No respondió.

Pero algo en su pecho se movió. Dolía. ## 112 Mensaje [L][X]

MEDIO EXPLICACIÓN

El viejo habló durante horas.

No con palabras largas. No con discursos. Con fragmentos. Con imágenes. Con la economía de alguien que había aprendido que las palabras gastaban energía y que la energía era lo único que no podía recuperarse.

El Astral se está muriendo apuntó. El borde avanza. Cada día más rápido. Cada día más cerca.

Leonardo escuchaba desde una silla de plástico rojo que crujía cada vez que se movía.

¿Qué es el borde?

El fin. La pipa se movió tocó su pipa. Donde todo deja de existir. No muerte. No negrura. Nada. Absoluta nada.

¿Y qué tiene que ver conmigo?

Malika cree que puedes detenerlo. O al menos ralentizarlo. Pausa. Algo en ti. Algo que el sistema intentó borrar pero que sigue ahí.

Leonardo tocó el oso en su bolsillo.

El pelaje gastado. Los ojos de botón. La conexión con lo que no recordaba pero que le pesaba en las manos.

¿Qué es ese algo?

No lo sé. El viejo fue honesto. Malika tampoco. Pero ella ha estudiado el sistema durante más tiempo que nadie. Si dice que te necesita, te necesita.

MEDIO HISTORIA

El viejo encendió su pipa.

El humo subía en espirales que cambiaban de color según la luz del sótano. Azul oscuro primero. Después más claro. Después lo que no era exactamente color sino la ausencia de él.

Hace 300 años empezó el mundo era diferente. No mejor. Diferente. El sistema existía, pero era más torpe. Más visible. La gente sabía que estaba siendo observada, así que actuaba en consecuencia.

¿Qué cambió?

El sistema aprendió. Cada generación se volvía más sutil. Más eficiente. Más invisible. Ahora la gente ni siquiera sabe que está siendo observada. Piensan que las decisiones que toman son suyas. No entienden que el sistema les ha mostrado las opciones que quería que vieran.

Leonardo procesó esto.

Las palabras resonaban con lo innombrable. Una sensación de haber sabido esto antes. De haber luchado contra esto antes.

¿Y los Jardineros?

Los Jardineros somos los que recuerdan. El viejo exhaló humo que formó figuras que podrían haber sido personas. Los que no olvidamos aunque el sistema quiera que olvidemos. Los que cultivamos las semillas de la resistencia aunque sepamos que la mayoría no germinarán nunca.

¿Por qué “jardineros”?

Porque un jardinero no controla lo que crece. Un jardinero solo crea las condiciones. Planta las semillas. Riega la tierra. Y espera. A veces las plantas crecen. A veces mueren. Pero el jardinero sigue plantando. Sigue cuidando. Sigue esperando.

Eso suena a fe.

Es lo más parecido que tengo.

La pipa crujió entre sus dientes.

El humo se disipó.

El viejo apagó la pipa con un movimiento practicado.

Malika no es jardinera. Malika es algo más. Algo más antiguo. Algo que ha visto tantos ciclos que ya no cuenta. Pero confía en nosotros. En los jardineros. En la gente como tú. Confía en que cuando llegue el momento, haremos lo que hay que hacer.

¿Y qué es lo que hay que hacer?

Todavía no lo sé. Sonrisa que era tristeza disfrazada. Pero cuando lo sepa, te lo diré.

Anya se acercó desde la cocina.

Sus manos todavía olían a cebolla del estofado que había preparado. Sus ojos buscaban los de Leonardo con la intimidad de alguien que había aprendido a leerlo aunque no recordara haberlo conocido.

¿Vas a ir? - preguntó.

Pregunta simple. Directa. La manera en que Anya siempre hablaba.

Leonardo la miró.

Sí.

Entonces voy contigo.

MEDIO HISTORIA

El viejo contó historias mientras esperaban.

No historias completas. Fragmentos. Pedazos de 300 años de existencia que significaban algo o no.

Había un mundo antes dijo. Un mundo donde la gente recordaba. Donde las familias existían generación tras generación. Donde los muertos eran llorados y los vivos celebraban.

¿Qué pasó? - preguntó el niño huérfano desde su esquina.

El sistema. El viejo miró al niño. Ojos enormes. Cuerpo demasiado delgado. La inocencia que el mundo todavía no había destruido completamente. El sistema decidió que la memoria era ineficiente. Que el dolor era desperdicio. Que los vínculos eran obstáculos.

¿Y la gente lo permitió?

La gente no tuvo opción. El sistema no pregunta. El sistema hace. Y cuando te das cuenta de lo que ha hecho, ya es demasiado tarde.

El niño no respondió.

Pero algo en sus ojos cambió.

Entendimiento que no debería existir en alguien tan joven.

Sabiduría que venía del dolor.

Nico escuchaba desde las sombras.

Siempre en las sombras. Siempre observando. Siempre buscando conexiones que otros no veían.

Tú - contestó al viejo. Tú has existido durante todo eso.

Sí.

¿Por qué sigues aquí?

Consideró la pregunta.

siglos buscando respuesta.

Porque alguien tiene que recordar dijo. Porque si nadie recuerda, nunca existió. Y si nunca existió, entonces el sistema gana.

¿Es suficiente? ¿Solo recordar?

No. Apretó los dientes. Pero es un comienzo. Es lo único que tenemos hasta que encontremos algo mejor.

Nico bajó la cabeza.

No satisfecho.

Pero entendiendo.

No había más que entender.

MEDIO REFLEXIÓN

Anya procesó las noticias mientras preparaba comida.

Era su manera de pensar. Las manos trabajando mientras la mente procesaba. El corte de vegetales como meditación. El hervir del caldo como ritmo para los pensamientos.

El Astral.

Otro mundo.

Un lugar donde las reglas eran diferentes y donde el cielo se estaba muriendo.

Había fragmentos de algo en su mente. Memorias que no eran suyas pero que sentían suyas. Paisajes que nunca había visto pero que reconocía. Voces que nunca había escuchado pero que entendía.

¿También tienes los fragmentos? - preguntó Leonardo, apareciendo a su lado.

Sí.

¿Qué ves?

Colores que no existen aquí. Sonidos que son formas. Pausa. Un lugar que debería ser aterrador pero que se siente... correcto. perteneciera ahí.

Acaso pertenecemos.

Quizás. Anya lo miró. O solo estamos rotos de maneras que nos hacen creer que pertenecemos.

Pero era honesta.

Y la honestidad era lo único que tenían entre ellos.

MEDIO PREPARATIVOS

Leonardo empezó a organizar el viaje.

No sabía qué hacer. Pero organizar era lo único que lo mantenía cuerdo. Porque los detalles evitaban que pensara. Porque la logística era más fácil que el miedo.

¿Cuántos vamos? - preguntó a La figura junto al humo.

Pocos. El viejo contó con los dedos. Tú. Anya. Yo. Acaso uno o dos más que el grupo pueda prescindir.

¿Y el resto?

Se quedan. Mantienen la resistencia. Esperan noticias.

¿Y si no hay noticias?

Entonces hacen lo que puedan. Pausa. Es lo único que podemos pedir.

Vera se ofreció voluntaria.

Sé las rutas señaló. Las alcantarillas. Los túneles. Puedo guiarlos hasta el punto de cruce.

¿Y después?

Después me quedo. Sonrisa triste. Alguien tiene que mantener el registro. Alguien tiene que escribir lo que pasa para que los que vengan después sepan.

Leonardo no apuntó nada.

El equipo se formaba.

Las piezas encontraban sus lugares.

El viaje se hacía real.

MEDIO NOCHE

La noche antes de partir, Leonardo no pudo dormir.

Anya dormía a su lado. Su respiración suave. Su calor contra el suyo. La intimidad de dos personas que habían sido algo antes y que habían vuelto a ser algo ahora.

Pero él no podía dormir.

Cerró los ojos y durante medio segundo vio pelo oscuro. Solo pelo. Sin cara, sin cuerpo, sin habitación. Pelo de niña que olía a lo que ya no podía nombrar. Abrió los ojos y el medio segundo se fue.

Las preguntas llegaban en oleadas.

¿Qué era lo que Malika veía en él?

¿Qué era lo que el sistema había intentado borrar?

¿Qué era lo que todavía quedaba?

Sacó el oso del bolsillo.

Lo sostuvo en la negrura.

El pelaje gastado que había sido suave. Los ojos de botón que habían visto cosas que nadie más recordaba. La mancha oscura en el pecho que era sangre de alguien que había caído.

Tomás.

El nombre que había vuelto con los fragmentos de memoria.

El niño que había tenido este oso.

El niño que había muerto mientras él miraba.

Los ojos de botón no respondieron. Leonardo no esperaba que lo hicieran.

El oso no respondió.

Los osos no respondían.

Pero algo en la oscuridad se movió.

Algo cercano a aprobación.

Algo.

Leonardo guardó el oso.

Cerró los ojos.

Y finalmente, justo antes del amanecer, durmió.

MEDIO SUEÑOS

En el sueño, Leonardo caminaba por un pasillo largo.

Las paredes eran de cristal. A través de ellas podía ver rostros cientos, niños y adultos, vivos y muertos, mirándolo con ojos que pedían algo que él no entendía.

Al final del pasillo había una puerta.

Y frente a la puerta, un niño con un oso de peluche.

Tomás. El nombre llegó sin ser invocado.

El niño no habló. Solo extendió el oso hacia Leonardo con las dos manos, como quien ofrece algo que pesa más de lo que debería, y detrás de él la puerta estaba abierta y lo que había del otro lado era oscuridad con olor a romero y a algo dulce que Leonardo casi podía nombrar.

Leonardo extendió la mano hacia el oso.

El sueño se disolvió.

Y despertó con la certeza de que algo importante había pasado.

Aunque no pudiera explicar qué.

MEDIO MAÑANA

La mañana trajo decisiones que no podían posponerse.

El grupo se reunió alrededor de la mesa improvisada donde Nico había trazado mapas durante años. Los grafitis de osos. Las rutas de suministros. Los puntos de contacto que formaban la red invisible de la resistencia.

El viejo - explicó la ruta hacia el punto de cruce.

Las alcantarillas del Sector 7 dijo. Ahí la realidad es más delgada. Ahí los planos se tocan.

¿Por qué las alcantarillas? - preguntó Vera.

Porque el sistema no mira ahí. El viejo tocó el mapa. El sistema vigila las Torres. Vigila las calles principales. Vigila todo lo que brilla. Pero lo que está debajo, lo que huele mal, lo que nadie quiere ver... eso lo ignora.

Leonardo estudiaba el mapa.

Las líneas que marcaban túneles. Los puntos donde el agua o lo que fuera que corría por las alcantarillas cambiaba de dirección. Los espacios en blanco que sugerían lugares que nadie había explorado.

¿Cuánto tiempo hasta llegar al punto de cruce?

Tres horas si sabemos por dónde ir. Más si nos perdemos.

¿Podemos perdernos?

En las alcantarillas siempre se puede perder. El humo se enroscó. Pero yo conozco el camino. He caminado estas rutas más veces de las que puedo contar.

Faith intervino desde su posición en la pared.

¿Y qué pasa si el sistema nos detecta? ¿Qué pasa si saben que estamos cruzando?

No lo sabrán. Fue categórico. El cruce entre planos es invisible para sus sensores. Es frecuencia que no pueden medir. Es movimiento que no pueden rastrear.

¿Estás seguro?

He cruzado docenas de veces. Nunca me han detectado.

Faith cruzó los brazos.

Pero no tenía argumentos mejores.

MEDIO PROVISIONES Anya organizó las provisiones para el viaje.

No había mucho que llevar. El Astral no funcionaba con lógica de suministros terrenales. La comida que funcionaba aquí no funcionaría allá. El agua que saciaba la sed aquí sería veneno allá.

¿Qué llevamos entonces? - preguntó.

Lo esencial. El viejo la observaba trabajar. Algo de agua. Algo de comida. Más por ritual que por necesidad.

¿Ritual?

El cuerpo necesita creer que está siendo cuidado. Aunque el cuidado sea simbólico. Pausa. En el Astral, lo que crees se vuelve más importante que lo que es.

Anya consideró esto.

Sus manos, las manos que habían cocinado para 50 personas con ingredientes que apenas alcanzaban ahora empacaban raciones para un viaje que desafiaba toda lógica.

¿Y si no volvemos? - preguntó en voz baja.

Entonces no volvemos. El viejo fue honesto. Pero no volver intentando es mejor que no intentar en absoluto.

¿Eso crees?

Es lo que me he dicho durante 300 años. Una sonrisa cansada. Todavía no sé si es verdad. Pero es lo único que me ha mantenido caminando.

Anya terminó de empacar.

Tres mochilas pequeñas.

Tres vidas preparándose para lo desconocido.

Tres futuros que dependían de decisiones que nadie podía predecir.

MEDIO PREGUNTAS SIN RESPUESTA

El niño huérfano se acercó al viejo esa noche.

No para hablar, el niño casi nunca hablaba. Para observar. Para estudiar al hombre que había aparecido de la nada con mensajes de otro mundo.

El viejo lo dejó observar.

Los niños necesitaban observar. Los niños necesitaban entender el mundo a través de los ojos antes de entenderlo a través de las palabras. Era lo que los adultos olvidaban. Era lo que el viejo recordaba porque había tenido siglos para observar a los niños observar.

¿Tienes preguntas? - dijo.

El niño cerró los ojos.

¿Puedes hacerlas?

Otro asentimiento.

Entonces hazlas.

Copérnico gruñó bajo.

El niño reuniendo coraje.

Las palabras formándose lentamente.

¿El otro mundo... es mejor?

El viejo consideró la pregunta.

¿Era el Astral mejor que el Plano Medio?

¿Era un lugar de horror diferente mejor que otro lugar de horror diferente?

¿Había “mejor” cuando todo era malo de distintas maneras?

No comentó. No es mejor. Es diferente.

¿Diferente cómo?

Aquí el sistema controla todo. Allá el sistema se está muriendo. Pausa. No sé cuál es peor. Un carcelero fuerte o un carcelero moribundo que arrastra todo consigo.

El niño procesó esto.

Sus ojos enormes absorbiendo información que no debería tener que absorber.

Entonces no hay lugar bueno.

No. Fue honesto. No hay lugar bueno. Solo hay lugares donde luchas y lugares donde te rindes.

¿Y tú luchas?

Sí.

¿Por qué?

Miró al niño.

Los ojos enormes. El cuerpo demasiado delgado. La inocencia que el mundo estaba destruyendo lentamente pero que todavía existía.

Por niños como tú admitió. Por la posibilidad de que haya un lugar donde no tengas que hacer estas preguntas.

El niño no respondió.

Pero algo en sus ojos cambió. El reflejo de la luz, o algo más. ##
113 Preparación [L]

MEDIO LISTA

Leonardo hizo una lista de lo que necesitaban.

La lista no iba a cambiar nada. El viejo había dicho que el Astral proveía lo que el Astral quería proveer. Porque hacer listas era lo que hacía cuando no sabía qué más hacer. Porque los detalles eran ancla cuando todo lo demás flotaba.

- Agua 3 litros por persona *
- Comida lo que quepa en mochilas *
- Medicina antibióticos, vendas, lo básico *

La farmacia del Sector 7 los vendía sin receta, pero con formulario de salud preventiva. El formulario requería historial médico. El historial médico requería registro de identidad. Leonardo no tenía registro de identidad porque el sistema lo había borrado. La farmacéutica, una mujer que llevaba treinta años despachando y que ya no miraba a los ojos de nadie, le sugirió obtener un registro temporal. El registro temporal se tramitaba en la oficina del Sector 3. El horario de atención era de 9 a 11 de la mañana, lunes, miércoles y el segundo viernes de cada mes.

Leonardo compró las vendas en el mercado negro. Costaron cuatro veces más. No venían con formulario.

Brauer lo encontró a la salida.

El mismo traje gris. La misma carpeta. El mismo gesto de preocupación genuina que era peor que una amenaza.

Lo vi en la farmacia. Brauer caminó a su lado sin forzar nada. Usted no tiene registro. Puedo ayudarlo a tramitar uno temporal. Quince minutos.

No necesito registro.

No parecía verdad. Necesitaba registro para todo: medicina, transporte, comida que no viniera del mercado negro. Pero aceptar un registro significaba aceptar que el sistema decía la verdad sobre quién era él, y el sistema decía que él era Leo, mesero, sin hijos, sin pasado, sin las dos niñas de pelo oscuro que seguía buscando en archivos codificados a las tres de la mañana.

Sin registro no existe. Brauer se detuvo. Lo miró con ojos que creían cada palabra. Y lo que no existe no puede ser protegido. Si le pasa algo, si su esposa se enferma, si necesitan atención médica real,

el sistema no los va a ver. ¿Entiende? No es que no quiera ayudarlos. Es que no puede verlos.

Leonardo siguió caminando.

Brauer no lo siguió. Nunca los seguía. Solo dejaba la oferta ahí, colgando en el aire entre ellos.

Leonardo dio doce pasos antes de detenerse.

Brauer tenía acceso al sistema. Brauer podía buscar registros. Registros de corrección. Registros de familias borradas. Registros de una mujer y dos niñas de pelo oscuro ejecutadas por un linaje que el sistema había decidido que no debía existir.

Se dio la vuelta.

Brauer estaba a treinta metros, caminando con la calma del sistema. Leonardo apretó el paso. No iba a pedir registro. Iba a pedir una búsqueda. Una sola búsqueda. Tres nombres. Tres fechas de corrección. Si Brauer creía genuinamente en ayudar, entonces podía ayudar con esto.

Una mano lo agarró del brazo.

La pipa se movió. Que no estaba ahí hace un segundo y ahora sí.

No.

Solo quiero

Sé lo que quieres. La voz de El de la pipa era tranquila y eso era peor que si hubiera gritado. Y cada vez que busques en archivos que no deberías tocar, cada vez que hables con alguien del sistema, nos pones a todos en riesgo. A Anya. A Nico. A los que duermen en el sótano confiando en que nadie sabe dónde están.

Leonardo miró a Brauer alejándose. El traje gris haciéndose pequeño.

Si alguna vez me entero de que contactaste a un registrador - dijo el viejo, soltándole el brazo, te saco del grupo. ¿Entiendes? No por castigo. Por protección de los demás.

Leonardo no respondió.

Tampoco esperó respuesta. Sacó la lista y la extendió sobre una mesa baja.

- Armas ninguna (apuntó el viejo que no servían) *

La última línea lo detuvo.

Ninguna arma.

¿Cómo enfrentabas algo sin armas?

¿Cómo luchabas contra un sistema que te había borrado sin nada con qué defenderte?

No luchas dijo, leyendo su expresión. Sobrevives. Es diferente.

¿Cuál es la diferencia?

Luchar es intentar ganar. Sobrevivir es intentar no perder.

Pausa. A veces la única victoria posible es seguir existiendo.

Leonardo consideró esto.

Siglos condensados en una filosofía de supervivencia.

MEDIO CONVERSACIÓN

Anya encontró a Leonardo mirando la lista.

Se sentó a su lado sin decir nada. Sus manos todavía olían a las especias que había usado para preparar el último estofado del grupo, el último antes de partir hacia algo que ninguno de ellos entendía completamente.

¿Tienes miedo? - preguntó.

Leonardo no mintió.

Sí.

Yo también.

El sótano estaba vacío a esta hora. Los demás dormían o hacían guardia o existían en los rincones oscuros que habían convertido en hogares temporales.

¿Por qué vamos? - preguntó Anya. Podríamos quedarnos. Podríamos seguir con el restaurante. Podríamos pretender que nada de esto es real.

Porque es real.

Lo sé. Pero...

Pero a veces desearías que no lo fuera.

Anya no respondió. No hacía falta.

Leonardo entendía. Él también lo deseaba. La ignorancia había sido más simple. El restaurante había sido más simple. Servir comida a clientes que no sabían que estaban siendo procesados había sido más simple que enfrentar la verdad de lo que el sistema hacía.

Pero ya no podían volver atrás.

Una vez que sabías, no podías des-saber.

Una vez que veías, no podías des-ver.

Me acuerdo de algo - observó Anya de repente.

Leonardo la miró.

¿Qué?

No sé. Una sensación. Estábamos en algún lugar verde. Con árboles. Y había un niño corriendo. Y tú estabas ahí.

¿Un niño?

No lo sé. Puede que. O solo estoy inventando cosas para llenar los espacios vacíos.

Leonardo tomó su mano.

No importa si es real o inventado. Quizás lo que importa es que lo sentimos.

Anya apretó sus dedos.

¿Crees que los recuerdos volverán? ¿Cuando estemos en el Astral?

No lo sé. El viejo no prometió nada.

Pero tú quieres que vuelvan.

Sí. Y también tengo miedo de que vuelvan.

¿Por qué?

Porque no sé quién era. Y quizás no me guste lo que descubra.

Anya se acercó más.

Quienquiera que fueras, ahora eres el hombre que hace listas cuando tiene miedo. Y eso me parece suficiente.

MEDIO INVENTARIO

Leonardo revisó el inventario del sótano.

Las estanterías improvisadas contenían lo que el grupo había acumulado durante semanas. No se trataba de mucho, pero era algo. Latas de comida que el sistema consideraba defectuosas, pequeños golpes en el metal, etiquetas despegadas, fechas de vencimiento confusas. Botellas de agua que alguien había conseguido redirigir de un camión de suministros. Mantas que olían a humedad pero que todavía calentaban.

Vera llevaba el control.

Su cuaderno contenía números exactos. Cuántas latas de cada tipo. Cuántos litros de agua. Cuántas mantas y cuántas personas las necesitaban. El inventario de la supervivencia.

Tenemos para diez días contestó. Quizás doce si racionamos.

¿Es suficiente?

Depende de cuánto dure el viaje.

Nadie sabía cuánto duraría el viaje.

El viejo había hablado de distancias que no se medían en kilómetros. El Astral no funcionaba con las reglas del Plano Medio. Un lugar que cercano podía estar a días de caminata. Un lugar lejano podía alcanzarse en horas si encontrabas el camino correcto.

Llevamos todo lo que podemos cargar - dijo Leonardo. Y esperamos que sea suficiente.

¿Y si no lo es?

Entonces improvisamos.

Vera cerró el cuaderno.

Sus ojos cansados pero determinados encontraron los de Leonardo.

Nunca pensé que diría esto, pero me alegra que estés aquí.

¿Por qué?

Porque alguien necesita tomar decisiones. Y tú las tomas sabiendo lo que haces, aunque no lo sepas.

Es un talento.

Es más que eso. Es liderazgo.

Leonardo no respondió.

Tampoco era como líder. Se sentía como hombre perdido que pretendía saber el camino. Pero eso era lo que todos los líderes sentían. El liderazgo no era saber, sino actuar sabiendo mientras aprendías sobre la marcha.

MEDIO DESPEDIDA

Las últimas horas antes de partir fueron las más difíciles.

El grupo se había reunido en el centro del sótano. Cuarenta y siete personas, el número mágico, aunque nadie sabía por qué era mágico,

sentadas en círculo, algunas en sillas, otras en el suelo, todas mirando hacia el centro, donde el viejo explicaba lo que iba a pasar.

No todos vendrán - dijo el viejo. No todos pueden. El Astral es difícil para quienes no están preparados.

¿Cómo sabemos si estamos preparados? - preguntó alguien.

No lo saben. Eso es parte del problema.

El frío se metió por las grietas.

Las tuberías goteaban.

Las velas parpadeaban.

Los que vengan continuó tendrán que dejar todo atrás. No solo posesiones. Memorias. Conexiones. La sensación de que el mundo tiene sentido. Todo eso se queda aquí.

¿Qué nos llevamos entonces?

A nosotros mismos. Es lo único que importa. Es lo único que sobrevive.

Leonardo miró a Anya.

Ella estaba sentada a su lado, su mano rozando la suya, su presencia la única certeza en un mundo de incertidumbres. No necesitaban palabras. Ambos sabían que irían. Ambos sabían que irían juntos.

El resto era secundario.

Vera llevaba el control. Su cuaderno contenía listas meticulosas. Entradas y salidas. Quién había aportado qué. Quién necesitaba qué. La economía de la supervivencia reducida a columnas de números y nombres.

¿Cuánto podemos llevarnos? - preguntó Leonardo.

Depende de cuántos van. Vera revisó sus notas. Si van cuatro personas, podemos darles suministros para dos semanas. Si van

más...

Cuatro.

Entonces dos semanas. Después de eso, dependen del Astral.

Leonardo bajó la barbilla.

Dos semanas.

¿Cuánto podía cambiar el mundo en dos semanas?

¿Cuánto podía perderse?

¿Cuánto podía ganarse?

Nico apareció con una caja.

Encontré esto indicó. En el segundo nivel del sótano. Detrás de una pared falsa.

La caja contenía mapas.

No mapas del Plano Medio, esos eran fáciles de conseguir, el sistema los distribuía gratuitamente porque quería que la gente supiera dónde estaba y hacia dónde podía ir. Mapas del Astral. Dibujados a mano. Con notas en los márgenes que describían rutas seguras, puntos de peligro, lugares donde el Vacío se acercaba más rápido de lo normal.

¿Quién los hizo? - preguntó Leonardo.

No lo sé. Nico examinó uno de los mapas. Pero son recientes. La tinta todavía huele fresca.

El viejo se acercó.

Tomó uno de los mapas con dedos que temblaban.

Jardineros dijo. Otros jardineros. Han estado preparando esto.

¿Preparando qué?

Nuestra llegada. El viejo señaló con la pipa. No estamos solos. Nunca estuvimos solos.

MEDIO DECISIÓN

Anya apareció con su propia mochila.

No había preguntado permiso. No había pedido opinión. Simplemente había empacado lo que consideraba necesario y se había presentado lista para partir.

No tienes que venir - dijo Leonardo.

Sí tengo.

Es peligroso.

Todo es peligroso. Anya lo miró con ojos que no aceptaban discusión. Quedarme aquí mientras tú te vas es más peligroso. Para mí.

¿Por qué? Porque si te pierdo de nuevo... Su voz se quebró. Solo un segundo. Después se recompuso. Ya te perdí una vez. Ya viví sin saber quién eras. No voy a hacerlo de nuevo.

Leonardo no discutió.

No porque no quisiera protegerla quería. Porque entendía que protegerla significaba respetarla. Porque tratarla como frágil sería insultarla. Porque ella había sobrevivido tanto como él, más.

Está bien observó. Vienes.

Anya bajó la cabeza.

No sonrió.

No lucía como momento de sonrisas.

Era momento de prepararse.

MEDIO PROVISIONES

Las provisiones eran miserables.

Leonardo las organizó en tres mochilas mientras Anya supervisaba. Lo que tenían versus lo que necesitaban era matemática cruel.

Agua: Seis botellas de plástico reciclado. Suficiente para tres días si racionaban.

Comida: Latas sin etiqueta. Pan seco. Frutas marchitas que alguien había conseguido de los mercados negros.

Medicina: Vendas viejas. Antibióticos de dudosa procedencia. Analgésicos que funcionaban o no.

No es suficiente - dijo Leonardo.

Nunca es suficiente. El viejo apareció a su lado. Pero es lo que hay. En el Astral, menos es mejor de todas formas.

¿Por qué?

Porque el peso te ancla. Porque cada cosa que cargas es cosa que el Astral puede usar contra ti. Pausa. Los pensamientos pesan. Los recuerdos pesan. Las posesiones pesan. Mientras más ligero viajes, más fácil será moverte.

Leonardo miró las mochilas.

¿Qué dejamos atrás? - preguntó.

Todo lo que puedas. El viejo lo miró. Excepto lo que realmente importa.

Leonardo pensó en el oso.

El oso que había dado a Nico pero que seguía pesando en su mente.

Lo que realmente importaba no parecía siempre lo que podías cargar.

A veces era lo que dejabas atrás para que otros lo cargaran.

MEDIO NOMBRES

Leonardo escribió una lista de nombres antes de partir.

Los nombres de las personas en el sótano. Los nombres de los contactos que Nico tendría que mantener. Los nombres de los

lugares seguros que habían descubierto durante semanas de trabajo clandestino.

No porque Nico no supiera estos nombres los sabía mejor que nadie. Porque escribirlos era manera de hacerlos reales. Porque las palabras en papel tenían peso que las palabras habladas no tenían.

50 nombres.

50 personas que dependían del sótano para sobrevivir.

50 historias que el sistema había intentado borrar pero que seguían existiendo.

Cuando terminó, le dio la lista a Vera.

Guárdala dijo. Si todo falla, al menos esto quedará.

¿De qué sirve una lista si todos mueren?

Sirve para recordar. Leonardo la miró. Sirve para que alguien sepa que existimos. Que luchamos. Que no nos rendimos sin pelear.

Vera tomó la lista.

La dobló con cuidado.

La guardó junto a su cuaderno de notas.

Voy a escribir todo mencionó. Todo lo que pase mientras estés fuera. Todo lo que veamos. Todo lo que sintamos. Para que cuando vuelvas, sepas lo que perdiste.

¿Y si no vuelvo?

Entonces escribiré tu historia también. Sonrisa triste. La historia de un hombre que lo perdió todo y que siguió luchando de todas formas.

MEDIO INSTRUCCIONES

Nico recibió las instrucciones para cuando se fueran.

Mantén la resistencia funcionando - dijo Leonardo. Sigue reclutando. Sigue moviendo suministros. Sigue haciendo ruido.

¿Y si no vuelves?

Entonces la resistencia sigue sin mí. Leonardo lo miró. No soy indispensable. Nadie lo es. El movimiento es más grande que cualquier persona.

Nico apretó el oso.

Pero hizo un gesto breve.

¿Algo más?

Sí. Leonardo sacó el oso Dember de su bolsillo. Lo sostuvo un momento. Después lo extendió hacia Nico. Guarda esto.

¿El oso?

Si no vuelvo, es tuyo. Pausa. Significa más de lo que puedo explicar. Pero tú lo entiendes. Tú siempre lo entendiste.

Nico tomó el oso.

El pelaje gastado contra sus dedos.

Los ojos de botón mirándolo como habían mirado a Tomás.

La conexión que había empezado hace tres años en un callejón donde un niño había caído.

Lo cuidaré - dijo Nico.

Lo sé.

No hacían falta más palabras.

El oso pasaba de mano en mano.

El símbolo continuaba.

MEDIO DESPEDIDA ÍNTIMA

Esa noche, Leonardo y Anya se despidieron de la manera que solo los amantes conocen.

No con palabras las palabras eran insuficientes. Con tacto. Con silencio. Con la presencia de dos cuerpos que se conocían aunque las mentes no recordaran.

Después, acostados en la penumbra del sótano mientras los demás dormían, hablaron en susurros.

¿Tienes miedo? - preguntó Anya.

Sí.

Yo también.

Las tuberías goteando.

Los ronquidos lejanos.

Pero vamos de todas formas - dijo Leonardo.

Sí. Anya se acurrucó contra él. Porque el miedo no es razón suficiente para no hacer lo correcto.

¿Cómo sabes que es lo correcto?

No lo sé. Voz plana, sin adorno. Solo sé que quedarse quietos se siente peor.

Leonardo la abrazó más fuerte.

El calor de su cuerpo.

El olor de su cabello.

La certeza de que, pasara lo que pasara, no estaría solo.

A veces era todo lo que necesitabas.

MEDIO AMANECER

El amanecer llegó demasiado pronto.

El viejo los esperaba en la entrada del sótano. Su pipa en la mano. Sus ojos mirando hacia lo que nadie más podía ver.

Es hora dijo.

Leonardo y Anya se levantaron.

Las mochilas en los hombros. Las correas marcando surcos donde la piel ya estaba irritada.

El grupo se reunió para despedirse.

50 personas que habían encontrado algo en ese sótano húmedo.
50 personas que seguirían luchando aunque ellos no volvieran. 50
personas que eran prueba de que el sistema no controlaba todo.

Vera abrazó a Leonardo.

Trae noticias dijo. Buenas o malas. Pero trae algo.

Lo intentaré.

El niño huérfano se acercó.

Sus ojos enormes llenos de lo que podría haber sido admiración o
podría haber sido miedo.

¿Vas a volver? - preguntó.

Leonardo se arrodilló frente a él.

Voy a intentarlo.

¿Prometes?

Leonardo miró al niño.

No podía prometer. Las promesas eran para quienes controlaban
el futuro. Y él no controlaba nada.

Prometo intentarlo apuntó. Es todo lo que puedo dar.

El niño asintió.

No satisfecho.

Pero entendiendo.

Los niños del fin del mundo aprendían a aceptar respuestas
incompletas.

Era todo lo que quedaba.

MEDIO VERA

Vera se quedó con el oso Dember cuando Nico intentó
devolvérselo.

No dijo. Leonardo te lo dio a ti. Es tu responsabilidad ahora.

Nico miró el oso en sus manos.

El pelaje gastado. Los ojos de botón. La mancha oscura en el pecho que podría haber sido cualquier cosa pero que él sabía que era sangre seca de hace años.

No sé si puedo cuidarlo mencionó. No sé si merezco cuidarlo.

Nadie merece nada. Vera se sentó a su lado. Las cosas pasan y las personas se adaptan. El oso llegó a ti por alguna razón. esa razón se revelará. no. Pero es tuyo ahora.

¿Y si lo pierdo?

Entonces lo habrás perdido. Pero al menos lo habrás tenido.

Nico guardó el oso en su bolsillo.

El peso familiar.

El consuelo de lo que había pertenecido a alguien que había importado.

Tomás.

El niño que había caído.

El niño cuya muerte había empezado todo.

El niño que seguía vivo en un oso de peluche que pasaba de mano en mano.

MEDIO INSTRUCCIONES FINALES

Leonardo reunió al grupo para las instrucciones finales.

Mientras estemos fuera, Nico lidera señaló. Lo que él diga, se hace.

¿Y si no vuelves? - preguntó alguien.

Entonces Nico sigue liderando. Y después de Nico, Vera. Y después de Vera, quien sea que quede y que todavía tenga voluntad de seguir.

¿Cuánto tiempo esperamos?

Una semana. Leonardo miró a La silueta del viejo, que no dijo nada. Si en una semana no hay noticias, asuman lo peor. Pero no abandonen. Nunca abandonen.

¿Qué hacemos entonces?

Lo que hemos estado haciendo. Resistir. Reclutar. Recordar. Pausa. El sistema quiere que olvidemos. Que nos rindamos. Que aceptemos que lo que ellos dicen es verdad. No les den esa satisfacción. Nunca les den esa satisfacción.

El grupo escuchaba.

50 personas que habían encontrado algo en ese sótano húmedo.

50 personas que se negaban a ser borradas.

50 personas que eran prueba viviente de que el sistema no controlaba todo.

¿Alguna pregunta? - preguntó Leonardo.

Nadie tenía preguntas.

Solo tenían determinación.

Solo tenían movimiento.

Solo tenían la certeza de que lo que hacían importaba aunque no pudieran medir cómo.

MEDIO HERENCIA

Nico sostuvo el oso durante horas después de que Leonardo se lo diera.

No para mirarlo ya conocía cada detalle, cada mancha, cada hilo suelto. Para sentirlo. Para conectar con el peso de lo que representaba.

Era de Tomás.

Leonardo lo había cargado durante semanas sin saber por qué.

Ahora era suyo.

La responsabilidad de la memoria pasando de mano en mano.

Vera se sentó a su lado.

¿Estás bien?

No.

¿Quieres hablar de eso?

Nico consideró la pregunta.

¿Quería hablar de Tomás? ¿Quería hablar de la ventana? ¿Quería hablar de los tres años que había pasado pintando osos en paredes mientras el mundo se desmoronaba?

No dijo. Pero gracias por preguntar.

Vera cerró los ojos.

Se quedó a su lado.

No había más que estar.

A veces estar junto a alguien era más importante que las palabras.

El oso miraba desde las manos de Nico. Los ojos de botón reflejando la luz tenue del sótano.

Voy a cargarlo - replicó Nico en voz baja. Hasta que ya no pueda.

MEDIO ÚLTIMAS HORAS

Las últimas horas pasaron demasiado rápido.

Leonardo verificó las mochilas tres veces. Revisó las rutas en los mapas de Vera. Habló con cada líder de grupo para asegurarse de que supieran qué hacer en su ausencia.

Anya cocinó una última comida.

Estofado. Siempre estofado. Pero esta vez con más cuidado. Con más atención.

Cuando sirvió el plato de Leonardo, le ajustó el cuello de la chaqueta sin mirarlo. El gesto duró medio segundo. Sus dedos

enderezaron la tela y volvieron a la olla. No añadió nada. No lo miró. Siguió sirviendo.

Leonardo se tocó el cuello donde ella lo había tocado.

50 personas comieron sin hablar.

El ritual de la comida compartida. El momento de comunión antes de la separación. Las manos que pasaban tazones y bocas que saboreaban.

No comió.

Se quedó en una esquina, observando. Memorizando rostros que no volvería a ver. Guardando imágenes para los días oscuros que vendrían.

Es hora - dijo cuando el último tazón se vació.

Leonardo se levantó.

Anya a su lado.

Ahora había razón.

No había más preparación posible.

No había más tiempo.

Solo había el siguiente paso.

Y el paso después de ese.

Y los pasos que seguirían hasta que llegaran o hasta que no pudieran seguir. ## 114 Despedida [A]

MEDIO PRECINTO

Locke no había dormido en tres días.

El café frío en su escritorio tenía una película de grasa. Los expedientes se acumulaban en pilas que amenazaban con derrumbarse. El cactus muerto que Carolina le había regalado hace años seguía en la ventana, juzgándolo sin decir nada.

División 47 funcionaba, pero apenas.

Después de que el sistema borrara a Leonardo y Anya, después de que Sánchez abriera el caso contra órdenes directas, después de que Haryes desapareciera sin explicación, el precinto se había convertido en algo entre oficina y refugio.

Los que quedaban sabían demasiado.

Los que quedaban no podían volver atrás.

Columbo entró sin tocar.

Su corbata estaba torcida. Siempre estaba torcida. Pero hoy había algo diferente en sus ojos algo que Locke reconoció como esperanza.

Había un escritorio vacío junto a la puerta. El de Haryes. Columbo lo limpiaba cada mañana. Le quitaba el polvo aunque nadie se sentaba ahí. Alineaba la lámpara con el borde. Ponía el lapicero en paralelo al teléfono que no sonaba. Cada mañana. Sin falta. Sin que nadie se lo pidiera.

Hoy pasó de largo.

Llegaron - señaló Columbo.

¿Quiénes?

Leonardo. Y otros.

Locke se levantó tan rápido que derribó el café frío.

No le importó.

MEDIO REENCUENTRO

Leonardo entró al precinto como quien entra a un sueño que no recuerda completamente.

Los pasillos eran familiares. Los olores café quemado, papel viejo, sudor de detectives cansados disparaban fragmentos de memoria que no podía atrapar. Las paredes con fotos de casos cerrados, las pizarras con notas que nadie había borrado, los escritorios con tazas abandonadas.

Había trabajado aquí.

Había sido alguien aquí.

Había tenido una vida aquí.

Locke lo esperaba en el centro del pasillo.

Los dos hombres se miraron.

Te ves diferente - dijo Locke finalmente.

Soy diferente. Leonardo se tocó la frente donde la marca había estado. Ya no soy quien era.

MEDIO CONVERSACIÓN

Se sentaron en la oficina de Locke.

Las paredes estaban cubiertas de papeles, notas, mapas con puntos marcados en rojo. El caso había consumido los últimos meses de trabajo. Patrones de desapariciones. Conexiones que nadie más veía. Pruebas que el sistema se negaba a reconocer.

Nunca dejaste de buscar respuestas contestó Locke.

Nunca dejé de buscar respuestas. Locke se reclinó en su silla. Tú y Anya eran parte de esas respuestas.

¿Y ahora?

Ahora sois la pregunta.

Leonardo miró los papeles en las paredes.

Reconoció algunos nombres. Algunos rostros. Fragmentos de casos que había trabajado antes de que el sistema lo borrara. Cada pin rojo era una persona desaparecida. Cada línea conectora era un patrón que el sistema quería ocultar.

El número - señaló Leonardo. Aparece en todos lados.

Lo sé. Llevo meses intentando entender qué significa.

El hombre de la pipa cree que es una frecuencia. Algo que duele cuando te acercas.

Don Humo... Locke frunció el ceño. El viejo con la pipa. Lo recuerdo. Apareció en el caso del Sector 12 hace años. Pensé que estaba loco.

Probablemente lo está. Leonardo se frotó las sienes. Pero Copérnico tiembla cuando el número aparece. Eso es real.

Copérnico se echó en el suelo.

El reloj de pared hacía tic-tac con ritmo constante.

¿Por qué viniste? - preguntó Locke. Podrías haber desaparecido. Empezar de nuevo en algún lugar donde el sistema no te conociera.

Porque hay cosas que importan más que la seguridad. Leonardo miró a su antiguo compañero. Porque las personas que conocía siguen desaparecidas. Porque el sistema sigue borrando gente. Porque alguien tiene que hacer algo.

¿Y ese alguien eres tú?

No lo sé. Pero voy a intentarlo.

Locke asintió.

Algunas decisiones no necesitaban explicación.

Algunas decisiones eran.

Te ves diferente - dijo Locke finalmente.

Soy diferente. Leonardo se tocó la frente donde la marca había estado. Ya no soy quien era. ¿Quién eres entonces?

No lo sé. Pausa larga. Pero estoy aprendiendo.

Locke bajó la cabeza.

No satisfecho la satisfacción era lujo que no podían permitirse. Pero entendiendo.

MEDIO COLUMBO

Columbo abrazó a Leonardo.

Locke era hombre de gestos pequeños, de palabras medidas, de distancia profesional. Pero este momento requería algo más.

Pensé que te habíamos perdido - dijo contra el hombro de Leonardo.

Casi.

¿Vas a volver?

No. Leonardo se separó. Voy a otra parte. Al Astral. Hay algo que tengo que hacer.

Columbo lo miró con ojos que habían visto demasiado y que no dejaban de ver.

¿Cuándo?

Hoy. En unas horas.

Entonces hay algo que necesitas llevar contigo. Columbo fue hacia su escritorio. Abrió un cajón que no se había abierto en años. El correo de Noctis.

Un sobre manila amarillento.

Polvo acumulado.

El sello intacto.

Llegó hace años - comentó Columbo. Después de que el sistema cerrara el caso. Nunca lo abrí. Nunca tuve el valor.

Leonardo tomó el sobre.

El peso era mínimo papel, quizás unas fotografías. Pero el peso simbólico era enorme.

El caso que nunca se resolvió.

El caso que nadie entendía.

El caso que contenía respuestas que nadie quería escuchar.

Trae algo - indicó Columbo. Cuando vuelvas. Trae respuestas. O al menos trae la confirmación de que buscaste.

Lo intentaré.

Es todo lo que pido.

Aquello no fue todo lo que pedía.

Pero era todo lo que podía decir.

MEDIO SÁNCHEZ

Sánchez apareció desde las sombras del archivo.

Su rostro estaba demacrado. Las ojeras eran permanentes ahora.

El peso de lo que había descubierto los 127,000, los Niños Carmesí, el horror sistemático lo consumía desde adentro.

Leonardo dijo. Solo el nombre. Todo lo demás sobraba.

Sánchez.

¿Es verdad? ¿Lo que dijo el viejo? ¿Que hay una puerta?

Malika cree que sí.

¿Y tú le crees?

Leonardo consideró la pregunta.

¿Le creía a alguien que había conocido en fragmentos de memoria y que ahora era solo una promesa de respuestas?

Le creo porque no tengo otra opción dijo. Le creo porque la alternativa es rendirse. Y no sé cómo rendirme.

Sánchez bajó la barbilla.

Yo tampoco. Pausa. Por eso sigo aquí. Por eso sigo buscando. Por eso no he dormido en semanas.

Descansa.

No puedo. Sánchez se tocó la sien. Cada vez que cierro los ojos, veo los números. 127,000. Los niños en los tanques. Los cerebros que todavía piensan aunque no haya cuerpo que los escuche.

Lo sé.

¿Lo sabes?

Sí. Leonardo lo miró. Yo también los veo.

El horror compartido era el único consuelo que tenían.

No constituía suficiente.

Nunca era suficiente.

Pero era algo.

MEDIO DESPEDIDA

La despedida fue breve.

Había demasiado que decir. Pero las palabras se quedaban cortas.

Porque los gestos comunicaban más. Porque el tiempo se agotaba.

Locke estrechó la mano de Leonardo.

Vuelve contestó. Es una orden.

No soy tu subordinado.

Nunca lo fuiste. Sonrisa triste. Pero di que vas a volver de todas formas.

Voy a intentarlo.

Supongo que es lo mejor que voy a conseguir.

Columbo le dio el sobre de Noctis una última vez.

No lo abras hasta que estés listo observó. Y cuando lo abras... prepárate para lo que encuentres.

¿Qué crees que hay adentro?

No lo sé. Pero algo me dice que cambiará todo.

Sánchez no dijo nada.

Solo hizo un gesto breve desde las sombras.

MEDIO REFLEXIÓN DE SÁNCHEZ

Sánchez lo detuvo antes de que saliera.

Hay algo más dijo. Algo que debí contarte antes pero que no pude.

Leonardo la miró.

Los ojos cansados de la detective. Las ojeras que contaban noches sin dormir. Las manos que no paraban de moverse.

Los niños continuó Sánchez. Los 127,000. No solo desaparecieron. Fueron... procesados. El sistema los convirtió en algo. En energía. En combustible para algo más grande.

¿Para qué?

No lo sabemos. La voz de Sánchez se quebró. Pero sea lo que sea, está en el norte. En el Astral. En el lugar donde vas.

Leonardo el frío le llegó del conocimiento.

127,000 niños.

Convertidos en combustible.

Alimentando lo que nadie entendía completamente.

Voy a encontrar la verdad dijo. Voy a descubrir qué les hicieron.

¿Y después?

Después voy a hacer que paguen.

No parecía promesa que pudiera cumplir.

Pero era la única promesa que podía hacer.

Sánchez asintió.

Las lágrimas que había contenido durante años finalmente cayendo.

Hazlo añadió. Por ellos. Por todos los que el sistema destruyó. Hazlo.

Leonardo la abrazó.

Breve. Torpe. Sin palabras.

Después se separaron.

Y Leonardo caminó hacia la salida.

Hacia el viaje.

MEDIO PASILLOS

Los pasillos guardaban ecos. Los ecos eran despedida suficiente.
El viejo esperaba en la puerta.
Su pipa vacía. Sus ojos mirando hacia lo que nadie más podía ver.
El cansancio de tres siglos visible en cada arruga.

Es hora dijo.

Leonardo miró atrás.

El precinto que había sido su hogar.

Las personas que habían sido su familia.

La vida que había sido suya antes de que el sistema la borrara.

Después se dio vuelta.

Y caminó hacia lo desconocido.

MEDIO PASILLOS

Los pasillos guardaban ecos.

Leonardo los sentía mientras caminaba hacia la salida. Las conversaciones que habían tenido lugar aquí. Los casos que se habían discutido. Las victorias pequeñas y las derrotas grandes que habían definido lo que este lugar era.

Había fotos en las paredes.

Fotos de casos cerrados. Fotos de criminales capturados. Fotos de víctimas que merecían justicia y que la habían recibido, no.

Una foto llamó su atención.

Un grupo de detectives. Más jóvenes. Más esperanzados. Rostros que reconocía aunque no pudiera nombrarlos.

Él estaba en la foto.

En el centro. Sonriendo. Con una mano en el hombro de alguien que debía haber sido amigo.

Se detuvo frente a ella.

La persona que había sido mirándolo desde el pasado.

La sonrisa confiada de alguien que no sabía nada.

Los ojos que todavía no habían visto las cosas que después verían.

Éramos buenos dijo Locke, apareciendo a su lado. El mejor equipo que la División había tenido.

¿Qué pasó?

El caso. Los niños. Locke tocó la foto. Empezamos a encontrar cosas que no debíamos encontrar. Empezamos a hacer preguntas que no debíamos hacer. Y después... después el sistema decidió que éramos un problema.

¿Y nos borraron?

A ti y a Anya, sí. A los demás... Locke vaciló. A los demás les pasaron otras cosas. Haryes cambió de bando. Sánchez se rompió. Columbo se refugió en los casos pequeños.

¿Y tú?

Yo seguí adelante. Sonrisa amarga. Porque alguien tenía que seguir adelante. Porque si todos nos rendíamos, entonces el sistema ganaba completamente.

Leonardo miró la foto una última vez.

La persona que había sido.

La persona que podía volver a ser.

Gracias dijo. Por no rendirte.

No me agradezcas. Locke le puso una mano en el hombro. Solo vuelve. Y cuando vuelvas, termina lo que empezamos.

Era misión.

MEDIO SALIDA

División 47, hace diez años - observó Columbo, apareciendo a su lado. Antes de que todo se complicara.

¿Quién es este? Leonardo señaló al hombre a su lado en la foto.

Es Haryes - dijo Locke. El que cambió de bando.

¿Y él?

Es... Locke se detuvo. Es alguien que no recuerdo.

Columbo lo miró con curiosidad.

¿Alguien que no recuerdas?

Sí. Locke asintió. Alguien que no recuerdo.

Columbo asintió.

Espero que lo encuentres.

MEDIO SALIDA

Leonardo salió del precinto.

El aire fresco lo golpeó.

El sol brillaba en el cielo.

El futuro se extendía ante él.

Y él caminó hacia él.

Hacia el Astral.

Hacia la verdad.

Hacia la justicia. Haryes. Tu compañero. Columbo hizo una pausa. Desapareció hace meses. Nadie sabe dónde está.

¿Era... éramos cercanos?

Eran hermanos de todo menos de sangre. Columbo lo miró. Lo que sea que pasó entre ustedes, lo que sea que el sistema borró... era real. Era importante.

Leonardo tocó la foto.

El rostro de Haryes.

Ojos que miraban a la cámara con confianza.

Sonrisa de alguien que creía que el mundo podía mejorar.

¿Dónde estaba ahora?

¿Qué había pasado?

¿Por qué el sistema había decidido que su amistad debía ser borrada?

Las preguntas se acumulaban.

Las respuestas seguían escondidas.

Tengo que irme dijo Leonardo.

Lo sé. Columbo extendió la mano. Cuídate. Y cuida a los que van contigo.

Lo intentaré.

Es todo lo que cualquiera puede pedir.

El apretón de manos fue breve pero significativo.

El adiós de dos hombres que no volverían a verse.

El adiós que era también promesa de que lo que habían construido continuaría aunque ellos no estuvieran.

MEDIO SALIDA

La puerta del precinto se cerró detrás de ellos.

Leonardo, Anya y el viejo en la calle.

Ciudad Control extendiéndose a su alrededor.

Las Torres TAAT zumbando con frecuencias que hacían el pulso los dientes.

Los habitantes caminando sin ver.

El sistema funcionando como siempre funcionaba.

¿Listo? - preguntó.

No - respondió Leonardo. Pero vamos de todas formas.

Es la única actitud que funciona.

El grupo empezó a caminar.

Hacia las alcantarillas del Sector 7.

Hacia el punto de cruce.

Hacia el Astral que esperaba del otro lado.

Detrás de ellos, el precinto se hacía más pequeño con cada paso.

La vida que había sido.

La identidad que el sistema había borrado.

Todo quedándose atrás mientras ellos avanzaban hacia adelante.

Hacia lo desconocido.

Hacia el norte.

MEDIO VERA GUÍA

Vera los guió por las alcantarillas como si hubiera nacido en ellas.

Sus pies conocían cada curva. Sus manos sabían dónde apoyarse.

Su cuerpo se movía con la fluidez de alguien que había hecho este camino cientos de veces aunque solo lo hubiera hecho una docena.

Mi hermano me enseñó - explicó mientras caminaban. Mateo. Trabajaba en mantenimiento antes de... antes de que dejara de existir.

¿Desapareció? - preguntó Leonardo.

El sistema dice que nunca existió. La voz de Vera se quebró. Pero yo tengo sus mapas. Tengo su ropa. Tengo los recuerdos de una vida entera juntos. ¿Cómo puede alguien que nunca existió dejar tantas cosas atrás?

Leonardo no tenía respuesta.

El sistema borraba personas.

El sistema negaba existencias.

El sistema convertía vidas enteras en errores administrativos que nadie corregía.

Por eso me uní a la resistencia continuó Vera. No para luchar. Para recordar. Para asegurarme de que Mateo... de que todos los Mateos del mundo... no se conviertan en nada.

El grupo siguió adelante.

Las aguas negras de las alcantarillas chapoteando bajo sus pies.
Los sonidos de la ciudad filtrándose desde arriba.

El olor a podredumbre y a secretos mezclándose en el aire húmedo.

Aquí - dijo Vera finalmente. El punto de cruce.
Señaló hacia una pared igual a todas las demás.
Pero el viejo la miró y no dijo nada.

Sí. Es aquí.

El muro entre los mundos.

La barrera que separaba lo que era de lo que podía ser.

El umbral que tenían que cruzar.

Vera retrocedió.

Aquí me quedo contestó. Mi lugar es allá. Señaló hacia arriba,
hacia el Plano Medio. Con los que todavía tienen que recordar.

Leonardo inclinó la cabeza.

Vuelve - apuntó Vera. Y cuando vuelvas, cuenta lo que viste.

Leonardo no respondió.

No había nada que decir. ## 115 Portal [L][X]

MEDIO PUNTO DE CRUCE

El punto de cruce estaba en las alcantarillas del Sector 7.

El viejo los guió por túneles que olían a podredumbre y a tiempo.
Las paredes goteaban algo que no era agua. Las ratas corrían delante
de ellos, huyendo de presencias que solo ellas podían sentir.

¿Cuánto falta? - preguntó Anya.

Su voz resonaba en el túnel. El eco volvía distorsionado. Las
paredes lo masticaban antes de devolverlo.

Poco. El viejo no se detuvo. El cruce está donde el sistema no
mira. Donde la realidad es más delgada.

¿Cómo sabes dónde es eso?

Porque lo he cruzado antes. Muchas veces. Demasiadas veces.

Tres siglos de cruces.

300 años de dolor cada vez que los planos se tocaban.

Tres siglos de pagar el precio que nadie más quería pagar.

MEDIO UMBRAL

El umbral era visible solo si sabías qué buscar.

Una sección de pared que brillaba ligeramente. No con luz, sino con ausencia de luz. La negrura era más densa ahí. El espacio se había plegado sobre sí mismo.

El viejo se detuvo.

Aquí dijo. Pero antes de cruzar, necesitan entender algo.

Leonardo y Anya esperaron.

El cruce duele. No físicamente, aunque también. Duele de maneras que no tienen nombre. Todo lo que eres se desarma y se vuelve a armar del otro lado.

¿Cuánto duele? - preguntó Anya.

Depende de lo que cargues. El viejo los miró. El peso que llevan aquí se convierte en dolor allá. Los recuerdos, las culpas, las esperanzas. Todo tiene costo.

MEDIO PREPARACIÓN

Leonardo se preparó mentalmente.

No sabía para qué se preparaba, nunca había cruzado entre planos, no tenía referencia, no tenía experiencia. Pero sentía que la preparación era necesaria. Que si entraba al umbral sin estar listo, algo se rompería. Algo irreparable.

¿Qué cargaba?

Memorias que no recordaba pero que pesaban.

Culpas que no entendía pero que cargaba.

Esperanzas que no podía nombrar pero que lo mantenían vivo.

Anya.

La mujer que había despertado junto a él en un callejón. La mujer que cocinaba poniendo más comida en los platos de los demás que en el suyo. La mujer que lo miraba con ojos que decían “no te conozco pero te reconozco”.

¿Qué era lo que sentía por ella?

No lo sabía.

Pero era algo.

Algo lo suficientemente fuerte para cruzar a otro plano.

Algo lo suficientemente real para arriesgarlo todo.

MEDIO DESPEDIDA

El grupo del sótano los había acompañado hasta la entrada de las alcantarillas.

No podían ir más lejos, los civiles no sobrevivían el cruce, había dicho Don Humo, sus mentes no estaban preparadas para el desgarró que implicaba pasar de un plano a otro. Pero querían despedirse.

Vera había preparado paquetes de comida. No mucha, nunca había mucha, pero suficiente para los primeros días en el Astral.

Nico había dibujado un oso en una piedra pequeña. Se lo entregó a Leonardo.

Para la suerte, admitió. Aunque no creo en la suerte.

¿Entonces para qué?

Para que recuerdes. Que alguien aquí espera que vuelvas.

Leonardo tomó la piedra.

El oso dibujado lo miraba con ojos que eran solo puntos de tinta.
Pero había algo en ellos.

Volveremos - dijo Leonardo.

Hizo inventario.

Los recuerdos que no tenía: fragmentos de una vida que el sistema había borrado. Una esposa que no recordaba. Hijas que no podía nombrar. Un hogar que había dejado de existir antes de que él supiera que existía.

La culpa que no entendía: el peso constante de haber hecho algo mal, de haber fallado a alguien importante, de haber llegado tarde a algo que importaba. Sin detalles. Sin contexto. Solo el peso.

La esperanza que no se atrevía a nombrar: que, del otro lado, encontraría respuestas. Que el dolor de cruzar valdría la pena. Que existía una versión del mundo donde él no se limitaba a ser fragmentos de alguien que había sido.

Todo eso tenía que convertirse en dolor.

Todo eso tenía que atravesar el umbral con él.

¿Podría soportarlo?

El viejo había dicho que dependía de lo que cargabas.

Leonardo cargaba demasiado.

Pero no tenía opción.

Anya tomó su mano.

Juntos dijo.

Juntos confirmó Leonardo.

MEDIO CRUCE

El viejo fue primero. ¿Y si no tenemos recuerdos? Leonardo tocó su frente. El sistema nos borró.

Entonces dolerá diferente. El vacío donde deberían estar los recuerdos también pesa. A veces pesa más.

Leonardo tomó la mano de Anya.

Sus dedos se entrelazaron.

El contacto era ancla.

El contacto era promesa.

Juntos - dijo Leonardo.

Juntos - respondió Anya.

El viejo bajó la cabeza.

Entonces vamos.

TRANSICIÓN CRUCE

El cruce fue como ahogarse en luz sólida.

Su cuerpo se desarmó molécula por molécula. Sus pensamientos se fragmentaron en pedazos que flotaban en el vacío entre frecuencias. El tiempo dejó de existir. El yo dejó de tener sentido.

Solo quedaba el vacío.

Y en el vacío, algo lo observaba.

No hostil. No amigable. Solo... presente. Una consciencia tan antigua que los conceptos de bondad y maldad no aplicaban. Una presencia que había existido antes de que existieran los planos y que existiría después de que desaparecieran.

¿Quién eres? - preguntó la presencia.

Leonardo no supo cómo responder.

¿Quién era?

Un hombre sin memoria. Un investigador borrado. Un fragmento de algo que había sido importante.

Soy lo que queda - respondió.

¿Y qué queda?

No lo sé. Pero estoy buscando.

La presencia consideró esto.

Por un momento o por una eternidad, el tiempo no tenía sentido aquí. Leonardo lo juzgaban. Que medían sus intenciones contra sus actos.

Después, el juicio terminó.

Pasa - dijo la presencia. - Pero recuerda: lo que encuentres del otro lado no puede deshacerse. Lo que sepas no puede olvidarse. Lo que hagas no puede borrarse.

Lo sé.

No. No lo sabes. Pero lo aprenderás.

Y entonces Leonardo estaba del otro lado.

ASTRAL LLEGADA

El Astral era diferente de lo que Leonardo esperaba.

No se trataba de un lugar físico o lo era, pero de maneras que desafiaban la física. El cielo era púrpura con manchas de verde donde las nubes deberían estar. El suelo era sólido pero cedía ligeramente bajo los pies, como si caminara sobre piel viva.

El aire tenía un sabor metálico. Leonardo lo sintió en las muelas.

Anyá apareció a su lado.

Su rostro estaba pálido. Sus ojos estaban húmedos. El cruce la había afectado tanto como a él.

¿Estás bien? - preguntó Leonardo.

No. Honestidad brutal. Pero estoy aquí. Es lo que importa.

El viejo emergió del punto de cruce.

Su cuerpo parecía más translúcido aquí. Más real de algunas maneras, menos real de otras. El Astral lo estaba absorbiendo lentamente.

Bienvenidos dijo. Al lugar donde todo empezó. Y donde todo terminará.

Leonardo miró a su alrededor.

Edificios que crecían como plantas. Calles que se movían cuando no las mirabas. Habitantes que caminaban con ojos que veían cosas que no estaban ahí.

¿Dónde está Malika? - preguntó.

En el centro. Señaló hacia algo que brillaba en la distancia. En lo que queda de Ciudad Central. Esperándonos.

¿Cuánto falta?

Unas horas de caminata. Probablemente menos si el terreno coopera.

¿El terreno coopera?

A veces. Sonrisa cansada. El Astral tiene voluntad propia. Si le caes bien, te deja pasar. Si no...

¿Si no qué?

Si no, nunca llegas.

Pero era la única que había.

ASTRAL FÍSICA DIFERENTE

Leonardo aprendió que la física del Astral era diferente.

No solo diferente, opuesta a veces.

El agua fluía hacia arriba en ciertos lugares. Las sombras precedían a los objetos que las proyectaban. El sonido llegaba antes que la fuente del sonido: aquí el eco llegaba antes que la voz.

No intentes entenderlo - replicó el viejo cuando Leonardo empezó a hacer preguntas. El Astral no sigue reglas que tu mente pueda comprender. Sigue reglas que solo tienen sentido aquí.

Pero debe haber alguna lógica. Algún patrón.

Hay patrón. El viejo señaló hacia adelante. Pero el patrón no es para humanos. El patrón es para cosas más antiguas que los humanos. Cosas que existían antes de que existiera el pensamiento.

Leonardo miró el paisaje.

Las estructuras imposibles. Los colores que no deberían existir. La manera en que el horizonte se curvaba hacia arriba en vez de hacia abajo.

¿Cómo sobrevives aquí? - preguntó. ¿Cómo no te vuelves loco?

Te vuelves loco. El viejo aspiró de la pipa. Y después te adaptas a la locura. Y después la locura se convierte en normal. Y después... después simplemente existes.

Pero era la única respuesta verdadera.

ASTRAL CAMINO

El camino hacia Ciudad Central serpenteaba entre estructuras que no obedecían geometría conocida.

Edificios que se inclinaban hacia arriba pero cuyas sombras caían hacia abajo. Puentes que cruzaban vacíos que no existían cuando mirabas directamente. Árboles si podían llamarse árboles con hojas que brillaban con luz propia.

Leonardo caminaba en silencio.

Su mente procesaba lo que veía. Buscaba patrones. Buscaba lógica. Buscaba algo familiar en un mundo que no tenía familiaridad.

El sobre de Noctis pesaba en su bolsillo.

No lo había abierto. Columbo había dicho que esperara. Y algo en Leonardo algo más profundo que la memoria, cosa que era instinto le decía que Columbo tenía razón.

Anya caminaba a su lado.

Sus pasos sincronizados. Sus respiraciones coordinadas. La intimidad de dos personas que habían aprendido a moverse juntas aunque no recordaran haberlo aprendido.

¿Qué crees que vamos a encontrar? - preguntó Anya.

No lo sé.

¿Tienes miedo?

Sí.

Yo también. Pausa. Pero el miedo no es razón para detenerse.

No. Leonardo la miró. No lo es.

El viejo iba adelante.

Su pipa vacía en la mano. Sus ojos mirando hacia horizontes que solo él podía ver. Los siglos visibles en cada paso, en la lentitud deliberada de alguien que sabe que llegar rápido no cambia nada.

El viaje continuaba.

Hacia respuestas que no querían.

Hacia verdades que dolerían.

Hacia un futuro que nadie podía predecir.

ASTRAL PRIMERAS IMPRESIONES

Anya miraba todo con ojos que no podían creer lo que veían.

Los edificios que crecían como organismos vivos. Las calles que respiraban. El cielo que era púrpura con venas de verde que pulsaban como arterias cósmicas.

¿Cómo es posible? - preguntó. ¿Cómo puede existir un lugar así?

El Astral no obedece las reglas del Medio admitió. Aquí, lo que crees afecta lo que es. Aquí, la percepción y la realidad son la misma cosa.

¿Entonces si creo que algo es peligroso...?

Entonces quizás se vuelve peligroso. O quizás no. Pausa. Las reglas son inconsistentes. Es parte de lo que hace este lugar tan difícil de navegar.

Leonardo caminaba sin hablar.

Su mente procesaba cada detalle. Los colores que no tenían nombre en ningún idioma que conociera. Los sonidos que llegaban de ningún lugar y de todos los lugares al mismo tiempo. El olor que era mezcla de ozono y flores y algo metálico que era sangre o era solo su imaginación.

El oso no estaba con él. Lo había dejado con Nico.

Su mano seguía buscando el lomo que no estaba ahí.

¿Cuánto falta para Ciudad Central? - preguntó.

Depende - respondió el viejo.

¿De qué?

De cómo el Astral se sienta hoy. De si quiere dejarnos pasar o si quiere ponernos obstáculos. Sonrisa cansada. De todo y de nada al mismo tiempo.

Tampoco era respuesta satisfactoria.

Pero Leonardo estaba aprendiendo que en el Astral, las respuestas satisfactorias eran un lujo raro.

ASTRAL HABITANTES

Los primeros habitantes que vieron no notaban su presencia.

Caminaban por calles que se movían. Sus ojos miraban hacia horizontes que no existían. Sus bocas se movían en conversaciones que no producían sonido audible.

¿Qué les pasa? - preguntó Anya.

Están procesando dijo. La mayoría de los habitantes del Astral viven en estados de procesamiento constante. Ven cosas que no están

ahí. Escuchan voces que solo ellos pueden oír. Existen a medias entre lo que fue y lo que podría ser.

¿Están vivos?

Depende de cómo definas vivo. Pausa. Funcionan. Persisten. Pero si eso es vivir... no lo sé.

Leonardo observaba a un hombre que caminaba en círculos alrededor de un poste de luz que brillaba con luz negra.

El hombre repetía las mismas palabras una y otra vez.

Palabras que Leonardo casi podía escuchar pero no del todo.

Palabras que eran oración o eran maldición o eran simplemente ruido.

No te acerques advirtió. Los procesados a veces reaccionan mal a presencias externas. Es mejor dejarlos en paz.

Leonardo cerró los ojos.

El grupo siguió adelante.

Dejando atrás al hombre que caminaba en círculos.

Dejando atrás preguntas que no tenían respuestas.

Avanzando hacia algo que existía y era solo esperanza disfrazada de dirección.

ASTRAL PRIMERAS HORAS

Las primeras horas en el Astral fueron las más difíciles.

No por el peligro, el peligro vendría después. Por la adaptación. Por la necesidad de que los cuerpos aprendieran a funcionar en un lugar donde las reglas eran diferentes.

Leonardo tropezaba constantemente.

El suelo del Astral no era sólido de la misma manera que el suelo del Plano Medio. Cedía en lugares inesperados. Se endurecía cuando debería ser blando. Respondía a presiones que él no podía sentir.

Anya se adaptó más rápido.

Sus pies encontraban el equilibrio sin que ella lo buscara. Sus manos sabían dónde apoyarse antes de que su mente lo decidiera. Su cuerpo recordaba lo que su mente no podía acceder.

Es la memoria corporal explicó. Algunos se adaptan más rápido. Algunos nunca se adaptan.

¿Y yo?

Tú te adaptarás. Pausa. Solo necesitas tiempo.

El tiempo era lo que no tenían.

El borde seguía avanzando.

Las horas seguían pasando.

Y ellos seguían caminando hacia lo que los salvaría o los destruiría.

ASTRAL CIELO

Leonardo miró hacia arriba por primera vez.

El cielo del Astral era diferente a todo lo que había visto.

No lucía como azul. No constituía negro. Era un degradado de púrpura y verde que se movía constantemente. Líquido en vez de aire. Las estrellas, si eran estrellas, parpadeaban con ritmos irregulares. Algunas se apagaban mientras él miraba. Otras aparecían donde no había habido nada.

¿Qué es eso? - preguntó.

El cielo - añadió el viejo. O lo que queda de él.

¿Se está muriendo?

Todo se está muriendo aquí. Señaló hacia el horizonte. El cielo. El suelo. El aire. Todo tiene fecha de caducidad. Todo está esperando el momento de dejar de existir.

Un sentimiento de frío.

No frío físico, el Astral no tenía temperatura que pudiera medir. Un sentimiento de frío de otro tipo. El de estar en un lugar que se estaba acabando.

¿Cuánto queda? - preguntó.

Nadie lo sabe. El viejo empezó a caminar de nuevo. Meses. Semanas. Días. El borde avanza más rápido cada vez.

¿Y podemos detenerlo?

Eso es lo que vamos a averiguar. ## 116 Reunión [L][F]

ASTRAL CENTRO

Ciudad Central era cicatriz y santuario.

Las torres inclinadas se levantaban contra el cielo púrpura como dedos acusadores. Las calles estaban vacías de habitantes pero llenas de ecos. Los edificios recordaban a quienes habían vivido en ellos, sus paredes guardando impresiones de vidas que ya no existían.

Leonardo caminó por calles que no reconocía pero que sentía familiares.

Algo aquí resonaba.

Algo aquí llamaba.

Algo aquí esperaba.

El viejo los guió hacia un edificio en el centro de la ciudad. Bajo. Discreto. Sin características que lo distinguieran de los demás excepto por una puerta que brillaba con luz azulada.

Aquí dijo. Malika nos espera.

La puerta se abrió antes de que tocaran.

ASTRAL ENCUENTRO

Faith estaba del otro lado.

Su rostro era más duro de lo que Leonardo recordaba aunque no recordaba haberla conocido. Sus ojos tenían la mirada de alguien que

había visto demasiado y que había decidido no cerrar.

Leonardo - apuntó Faith.

Su voz era neutra. Ni fría ni cálida. Solo presente.

Faith.

Te ves diferente.

El sistema me borró.

Lo sé. Pausa. Nos enteramos.

No - preguntó cómo había sido. No preguntó qué se sentía perder todo lo que eras. Las preguntas eran para quienes no entendían. Y Faith entendía.

ASTRAL INTERIOR

El interior del edificio era más grande de lo que sugería el exterior.

Leonardo había aprendido a no sorprenderse por esto en el Astral. Las reglas de la geometría no aplicaban de la misma manera. Un espacio podía ser pequeño por fuera y vasto por dentro. Podía contener habitaciones que no deberían caber. Podía guardar secretos que la arquitectura normal no podría sostener.

Malika los esperaba en el centro de una sala circular.

Las paredes estaban cubiertas de símbolos que Leonardo no reconocía pero que su piel reconocía, porque se erizó al verlos, porque algo en su interior - respondía a los patrones aunque su mente no supiera qué significaban.

Has vuelto - dijo Malika.

No parecía saludo. Era observación.

No recuerdo haberme ido.

No recuerdas muchas cosas. Eso es temporal.

¿Cuánto tiempo?

Depende de ti.

Leonardo miró a su alrededor.

Copérnico estaba echado en un rincón, las marcas azules pulsando suavemente. Maku estaba sentada junto a él. Su cuerpo todavía ajustándose a la separación, sus movimientos todavía torpes pero mejorando. El Viejito conversaba con alguien que Leonardo no reconocía un hombre joven con ojos cansados y mochila gastada.

Y Anya.

Anya había entrado detrás de él y ahora miraba todo con la curiosidad práctica de alguien que evaluaba una cocina nueva. ¿Dónde están los recursos? ¿Cómo se puede trabajar aquí? ¿Qué falta?

¿Todos están aquí? - preguntó Leonardo.

Casi todos - dijo Malika. Falta uno.

¿Quién?

Tu amigo. El del oso.

Nico.

Leonardo recordaba vagamente. El muchacho del sótano. El que había organizado las reuniones. El que cargaba un oso de peluche lo único real en un mundo de mentiras.

¿Dónde está?

En camino. Malika se movió hacia una mesa cubierta de mapas. Llegará antes del amanecer. Si todo sale bien.

¿Y si no sale bien?

Entonces improvisamos. Sonrisa que no era sonrisa. Es lo único que hemos hecho durante siglos. Improvisar.

Leonardo se acercó a los mapas.

Mostraban el Astral en su totalidad o lo que quedaba de él. Las zonas verdes eran territorio seguro. Las zonas rojas, territorio del Vacío. Las zonas amarillas, territorio disputado donde la realidad todavía no había decidido hacia qué lado inclinarse.

Había más rojo que verde.

Mucho más.

¿Cuánto tiempo nos queda? - preguntó.

Semanas. Puede que días. Malika - señaló el norte del mapa. El Vacío avanza más rápido cada día. Ya consumió tres ciudades esta semana.

¿Y Helios?

Helios es nuestra única esperanza. Si podemos llegar. Si podemos activar lo que queda.

¿Y si no podemos?

Malika lo miró.

Sus ojos ojos que eran antiguos de historia, que habían visto imperios nacer y morir, que habían visto esperanzas florecer y marchitarse no mostraban miedo.

Mostraban aceptación.

Si no podemos, entonces el Vacío gana. Y todo esto - señaló a su alrededor, a las personas reunidas, a los mapas, a los planes habrá sido por nada.

No - preguntó cómo había sido. No preguntó qué se sentía perder todo lo que eras. Las preguntas eran para quienes no entendían. Y Faith entendía. ¿Dónde está Malika? - preguntó Leonardo.

Adentro. Con los demás. Faith se hizo a un lado. Te está esperando desde hace tiempo.

Leonardo entró.

Anyá lo siguió.

El viejo cerró la marcha.

ASTRAL INTERIOR

El interior del edificio era más grande por dentro.

Las paredes se expandían en direcciones que no correspondían a la geometría normal. Las habitaciones se multiplicaban. Los pasillos se bifurcaban en ángulos imposibles. El espacio contenía más de lo que debería poder contener.

Leonardo contó las personas mientras caminaban.

Quince en la primera sala. Ancianos sentados en círculos, hablando en voz baja.

Veinte en la segunda. Adultos organizando suministros, mapeando rutas, planeando cosas que no alcanzaba a escuchar.

Doce en la tercera. Niños jugando un juego silencioso con piedras y símbolos que dibujaban en el suelo.

Más personas de las que había esperado.

Más esperanza de la que había creído posible.

¿Cuántos son? - preguntó al viejo.

Los que lograron llegar. Los que sobrevivieron el viaje. Los que tenían valiera la pena proteger.

Eso no es número.

Porque el número cambia. El viejo lo miró. Cada día llegan más. Cada día perdemos algunos. El número es fluido. El propósito no.

¿Cuál es el propósito?

Sobrevivir. Recordar. Resistir.

Tres palabras.

Tres acciones.

Tres razones para seguir adelante cuando todo indicaba que no valía la pena.

Leonardo cerró los ojos un momento.

No necesitaba más explicación.

El propósito era suficientemente claro.

ASTRAL MALIKA

Malika estaba en la última sala.

Rodeada de cristales de cuarzo. Rodeada de mapas que se movían. Rodeada de instrumentos que no tenían nombres en ningún idioma que Leonardo conociera.

Sus ojos encontraron los de Leonardo al instante.

Siglos de observación concentrados en una mirada.

Has llegado dijo.

He llegado.

¿Sabes por qué estás aquí?

No completamente. Leonardo fue honesto. Pero estoy dispuesto a aprender.

Malika sonrió.

Era la primera sonrisa que Leonardo la veía hacer.

Breve. Incómoda. No sabía cómo.

El viejo cerró la marcha.

ASTRAL INTERIOR

El edificio era más grande por dentro que por fuera.

Leonardo había aprendido a no sorprenderse por estas cosas. El Astral no seguía las reglas de la arquitectura convencional. Los espacios se expandían y contraían según necesidades que nadie había expresado en voz alta.

El interior estaba lleno de gente.

No las 37 personas del grupo de Don Humo aunque también estaban, descansando en rincones, comiendo lo que podían encontrar. Más gente. Gente que había llegado de otros lugares. Gente que había seguido otras rutas. Gente que había respondido a una llamada que Leonardo no había escuchado pero que claramente existía.

Malika estaba en el centro.

No hablaba. Solo observaba. Sus ojos moviéndose de rostro en rostro como si estuviera leyendo lo que los demás no podían ver.

Cuando Leonardo entró, esos ojos se fijaron en él.

Y algo cambió.

No en el ambiente el ambiente seguía siendo el mismo. En ella. En la manera en que sus hombros se relajaron una fracción. En la manera en que su respiración cambió de ritmo. En la manera en que su boca casi casi formó algo parecido a una sonrisa.

Llegaste comentó.

Tardé.

El tiempo es relativo. Ahora sí sonrió. Era una sonrisa extraña, no la practicaba muy a menudo. Lo importante es que estás aquí.

Copérnico se acercó.

El perro grande con las marcas azules pulsando en su lomo. Los ojos que brillaban con bioluminiscencia. La postura que era mitad canina mitad lo innombrable.

Se detuvo frente a Leonardo.

Lo olió.

Y entonces hizo lo que nadie esperaba: se sentó a sus pies. Como guardián. Protector. Había encontrado el lugar donde siempre había querido estar.

Malika dijo esto con algo parecido a satisfacción.

Él te reconoce señaló. Aunque tú no lo recuerdes, él sabe quién eres.

¿Quién soy?

Esa es la pregunta que vamos a responder. Juntos.

Leonardo entró.

Anya lo siguió.

El viejo cerró la marcha.

ASTRAL SENSACIONES

Leonardo entró al edificio y algo cambió.

No físicamente aunque eso también. Algo más profundo. El aire dentro del edificio tenía peso diferente. La realidad aquí era más densa.

Aquí duele más dijo. No sé por qué. Solo sé que duele.

¿Es peligroso?

Todo es peligroso aquí. El viejo no sonrió. Pero es donde tenemos que estar.

Anya tomó la mano de Leonardo.

El contacto físico como ancla.

Juntos, entraron más profundo.

Hacia lo que esperaba.

Hacia quienes esperaban.

ASTRAL INTERIOR

El interior del edificio era más grande de lo que sugería el exterior.

Paredes que se expandían cuando no las mirabas. Techos que subían hacia infinitos imposibles. Suelos que cambiaban de textura según donde pisaras.

En el centro, un grupo esperaba.

Malika.

Su presencia era magnética de maneras que no tenían que ver con física. Sus ojos procesaban información que nadie más podía ver. Su postura era la de alguien que había esperado este momento durante años y que finalmente lo veía cumplirse.

Maku.

El cuerpo humano todavía incómodo después de siglos de ser frecuencia. Sus movimientos eran torpes pero sus ojos eran antiguos. La sabiduría de milenios contenida en una forma que apenas tenía meses.

Copérnico.

El perro con marcas azules que cubrían 92% de su cuerpo. Los patrones casi completos. La frecuencia de 7.83 Hz zumbando bajo su pelaje como música que solo los iniciados podían escuchar.

Y Faith.

Que había entrado detrás de ellos y que ahora completaba el círculo.

Leonardo - replicó Malika. Su voz era precisa como bisturí. Finalmente.

ASTRAL ABRAZO

Nadie habló.

Después, algo cambió.

Maku se adelantó primero. Su cuerpo moviéndose con torpeza pero con propósito. Sus brazos abriendo espacio para lo que no había tenido en siglos.

Abrazó a Leonardo.

No con palabras. No con explicaciones. Con el contacto simple de dos seres que habían compartido algo aunque uno no lo recordara y que ahora se reencontraban.

Leonardo percibió el abrazo como descarga eléctrica.

Fragmentos de memoria que no eran suyos pero que sentía como propios. Imágenes de una niña que se había convertido en frecuencia para salvar a alguien. Sensaciones de existir como vibración pura durante milenios. La soledad de ser lo que nadie más podía entender.

Bienvenido de vuelta - dijo Maku.

No sé si volví - respondió Leonardo. No sé si alguna vez estuve.

Estuviste. Maku se separó. Y volverás a estar. Los recuerdos están ahí. Solo necesitan tiempo para encontrarte.

Faith se acercó después.

Su abrazo fue más breve. Más contenido. Pero no menos significativo.

Hermano dijo. Solo eso. Todo lo demás sobraba.

¿Hermano?

No de sangre. Faith lo miró. De algo más.

Anya recibió abrazos también. No de todos Malika no abrazaba, observaba. Pero de suficientes. El reconocimiento de que ella también pertenecía. Que ella también era parte de algo más grande que cualquiera de ellos.

El viejo se quedó en el fondo.

Su pipa vacía en la mano.

Sus ojos viendo cosas que los demás no podían ver.

El cansancio visible en cada línea de su rostro.

ASTRAL RECONOCIMIENTO

Leonardo estudió a cada miembro del grupo.

Faith la detective que había perdido a sus gemelas y que había encontrado rabia en vez de fe. Maku la entidad antigua en cuerpo humano torpe, reaprendiendo a ser física. Copérnico el perro que había dejado de ser solo perro, las marcas azules cubriendo 92% de su cuerpo. Y Malika la que sabía demasiado y explicaba muy poco, la que había estado manipulando eventos desde las sombras.

Aliados extraños.

Compañeros improbables.

Lo único que quedaba.

Nos conocimos antes - admitió Leonardo a Faith. ¿Verdad?

Trabajamos juntos. Faith no lo miró. División 47. Caso de los niños desaparecidos.

No lo recuerdo.

Faith sacó algo del bolsillo. Una foto impresa, doblada en cuatro. La extendió sobre la roca entre ellos. Leonardo y Faith de pie frente a un edificio gris. Leonardo con placa. Corbata. Otro corte de pelo. Otro hombre.

Leonardo miró la foto. Miró sus manos. Las mismas manos.

El sistema se - aseguró de eso. Pausa. Te borró. A ti y a Anya. Los convirtió en cáscaras vacías que trabajaban en un restaurante sin saber quiénes eran.

¿Por qué?

Porque estabas cerca de algo. Faith finalmente lo miró. Algo que el sistema no quería que encontraras.

¿Qué cosa?

Eso es lo que vamos a averiguar.

Anya se acercó.

Sus dedos encontrando los de Leonardo.

El contacto que era ancla cuando todo lo demás flotaba.

Cuando todo esto termine - mencionó Anya, vamos a recordar. Vamos a saber quiénes éramos.

¿Y si no nos gusta lo que encontramos?

Entonces lo aceptamos. Sonrisa pequeña. Lo que sea mejor que no saber nada.

Leonardo asintió.

Porque no tenía argumento mejor.

ASTRAL CÍRCULO

Cuando los abrazos terminaron. El grupo formó círculo.

No por orden por instinto. Algo en el Astral demandaba geometría. Algo en el momento demandaba ritual.

Malika habló primero.

El tiempo se agota dijo. Sin preámbulo. Sin suavidad. El borde avanza más rápido de lo que esperábamos. En semanas, días, habrá consumido suficiente del Astral como para ser irreversible.

¿Irreversible cómo? - preguntó Leonardo.

Colapso total. Malika lo miró. No solo del Astral. De los tres planos. De todo lo que existe.

Pero hay esperanza continuó Malika. Una puerta. Una manera de detener el avance. incluso de revertirlo.

¿Qué puerta?

Al norte. En las ruinas de lo que fue Helios. Pausa. Helios fue fragmentado hace mucho tiempo. Sus pedazos dispersos por el Astral. Pero los fragmentos pueden reunirse. Y si se reúnen...

¿Si se reúnen qué?

Entonces quizás podemos reconstruir lo que se perdió. podemos crear una barrera contra el Vacío. podemos salvar lo que queda.

Leonardo miró a los demás.

Faith con su rabia contenida.

Maku con su sabiduría antigua.

Copérnico con sus marcas casi completas.

Don Humo con su cansancio de siglos.

Anya con su determinación silenciosa.

¿Por qué yo? - preguntó. ¿Qué tengo que ver con todo esto?

Malika lo miró.

Sus ojos procesando información.

Su mente calculando probabilidades.

Porque eres Tyr dijo. Porque tu linaje tiene la frecuencia que se necesita. Porque sin ti, la puerta no abre.

¿Y si no quiero?

Entonces todo muere. Simple. Brutal. Verdad. No hay presión. Solo consecuencias.

Leonardo cerró los ojos.

Cuando abrió los ojos, la decisión estaba tomada.

Vamos al norte indicó.

Nadie discutió.

Nadie tenía argumentos mejores.

Solo tenían el camino adelante.

ASTRAL COPÉRNICO

Copérnico se acercó a Leonardo después de la reunión.

El perro con marcas azules que cubrían casi todo su cuerpo. Los ojos que habían pertenecido a Sentella y que ahora veían cosas que ningún perro debería poder ver.

Leonardo se arrodilló frente a él.

Hola - comentó en voz baja.

El perro inclinó la cabeza.

Las marcas en su cuerpo pulsaron más intensamente.

Reconociendo algo en Leonardo.

La frecuencia Tyr que Malika había mencionado resonaba con lo que Copérnico se estaba convirtiendo.

Él te conoce - dijo Maku, acercándose. O te conocerá. El tiempo funciona diferente para él ahora.

¿Qué quieres decir?

Copérnico no es solo un perro. Es un... puente. Entre lo que fue Sentella y lo que será después. Entre la frecuencia antigua y la nueva. Pausa. Y tú eres parte de esa ecuación.

¿Cómo?

No lo sé exactamente. Maku tocó al perro con gentileza. Pero sus marcas reaccionan a ti. Tu presencia acelera su transformación. Es te ha estado esperando.

Leonardo miró las marcas.

Los patrones que formaban.

Los símbolos que significaban algo y eran solo geometría aleatoria.

¿Qué va a pasar cuando se complete?

Nadie lo sabe. Maku sonrió. Es uno de los misterios que tendremos que descubrir juntos.

Copérnico lamió la mano de Leonardo.

Un gesto simple.

Un gesto que significaba aceptación.

Un gesto que era el comienzo de algo que ninguno de ellos podía prever.

ASTRAL NOCHE

La noche en el Astral no era como la noche del Plano Medio.

No oscurecía. El cielo púrpura se volvía más denso, más profundo, pero nunca negro. Las estrellas si podían llamarse estrellas brillaban con colores que no existían en ningún espectro conocido.

El grupo descansaba en el edificio donde Malika había establecido su base.

Leonardo no podía dormir.

Cerró los ojos y durante medio segundo vio un color que podría haber sido pelo oscuro y olió lo que podría haber sido romero y escuchó una risa que se cortó antes de ser risa. No supo si era recuerdo o invención. No supo de quién. Abrió los ojos y el medio segundo se fue sin dejar nada que pudiera nombrar.

Faith se sentó a su lado.

Tampoco puedes dormir dijo.

No.

Yo no he dormido bien en años. Pausa. Desde las gemelas.

¿Qué pasó con ellas?

Murieron. Una por traición. Otra por... justicia, supongo. Su voz era dura. Eran mis hermanas de armas. Creí que podía confiar en ellas. Estaba equivocada.

Lo siento.

No lo sientas. Faith lo miró. Las disculpas no cambian nada. Solo las acciones cambian las cosas.

¿Y qué acciones planeas?

Seguir adelante. Encontrar la puerta. Hacer lo que sea necesario para detener el Vacío. Y cuando todo termine, si termina, entonces descansa.

Leonardo bajó la cabeza.

Lo que siguió fue cómodo.

El silencio de dos personas que no necesitaban palabras para entenderse.

La noche del Astral envolviendo a todos los que esperaban el amanecer.

ASTRAL COPÉRNICO

Copérnico se acercó a Leonardo en la noche.

El perro se movía diferente ahora. Las marcas azules cubrían 92% de su cuerpo. Los patrones formaban mapa, o circuito, o mensaje que nadie podía leer pero que todos presentían.

Leonardo extendió la mano.

El perro la olió.

Después se sentó a su lado.

El calor del cuerpo animal contra el cuerpo humano. La conexión simple de dos seres vivos compartiendo espacio. El consuelo que no necesitaba explicación.

Eras de Maku - dijo Leonardo. O de Sentella. O de las dos.

Copérnico no dijo.

Los perros no respondían.

Pero algo en sus ojos los ojos que eran antiguos a través de otros ojos comunicaba entendimiento.

Maku apareció en la oscuridad.

Su cuerpo humano todavía torpe. Sus movimientos todavía descoordinados. La disforia de ser lo que no había sido durante milenios.

Le caes bien dijo.

¿Eso es bueno?

Depende. Maku se sentó al otro lado del perro. Copérnico es... diferente ahora. Ya no es solo perro. Ya no es solo extensión. Es algo nuevo.

¿Qué es?

No lo sabemos. Malika cruzó los brazos. Las marcas siguen creciendo. Los patrones siguen formándose. Cuando lleguen al 100%... algo va a pasar.

¿Algo bueno o malo?

Algo.

Leonardo miró al perro.

El perro lo miró a él. ## 117 Plan [L][F][H]

ASTRAL EXPLICACIÓN

Malika desplegó los mapas sobre una mesa que no había estado ahí momentos antes.

Los mapas eran de piel como los que Led y Lix guardaban en su laboratorio. Se movían cuando no los mirabas. Las líneas cambiaban. Las distancias fluctuaban. La geografía del Astral reflejada en material que estaba tan vivo como lo que representaba.

Helios no fue destruido - dijo Malika. Fue fragmentado. Deliberadamente. Hace eones.

¿Por quién? - preguntó Leonardo.

Por el sistema original. Antes de que existiera el sistema actual. Antes de que existieran los planos como los conocemos. Malika - señaló puntos en el mapa. Helios era una entidad que mantenía el equilibrio. Una fuente de coherencia que estabilizaba la realidad.

¿Y lo fragmentaron por qué?

Porque el equilibrio no era conveniente. Pausa. El equilibrio significa que nadie tiene control total. Y los que crearon el sistema

querían control total.

Faith se inclinó sobre el mapa.

¿Cuántos fragmentos?

Siete principales. Docenas de menores. Malika - señaló puntos dispersos por el mapa. Los principales están aquí, aquí, aquí... y el último, el más grande, está en el norte. En las ruinas de lo que fue el templo original.

¿Podemos reunirlos todos?

No. Sin inflexión. Los fragmentos menores se han dispersado demasiado. Algunos fueron absorbidos por el Vacío. Otros se fusionaron con el tejido del Astral y no pueden separarse.

Entonces ¿cuál es el plan?

Reunir los principales. O al menos suficientes de ellos. Si logramos juntar cuatro de los siete... sea suficiente para crear una barrera.

¿Quizás?

Es todo lo que tengo. Malika lo miró. Quizás no es certeza. Pero es más de lo que teníamos ayer.

ASTRAL PREGUNTAS

Leonardo tenía más preguntas de las que podía formular.

¿Cómo podía un fragmento de sol reconstruirse? ¿Qué significaba “fragmento” cuando hablaban de pura energía? ¿Cómo sabían que esto funcionaría cuando tantas otras cosas habían fallado?

Malika - respondió a las preguntas que él no hacía.

Tu linaje dijo. Los Tyr. Son... diferentes. Pueden resonar con ciertas frecuencias que otros no pueden alcanzar.

¿Por qué?

No lo sabemos. Malika fue honesta. Pero hay teorías. Los Tyr fueron... modificados. Hace mucho tiempo. Antes de que existieran los planos como los conocemos. Alguien o algo les dio la capacidad de conectar con energías primordiales.

ASTRAL LINAJE

Leonardo absorbió la información.

Su linaje. Los Tyr. Nombres que no significaban nada para él pero que aparentemente significaban todo para Malika.

Mi madre dijo. Ella tenía algo... diferente. Lo recuerdo ahora. La manera en que escuchaba la música. La manera en que sus ojos se perdían a veces. Oía lo que nadie más podía oír.

Lo que percibes es manifestación del linaje. Malika bajó la barbilla. Tu madre la tenía. Tú la tienes. Es herencia que se transmite por línea materna.

¿Mis hijas...?

Tus hijas también la tenían.

El dolor fue físico.

Un golpe en el pecho que lo obligó a cerrar los ojos.

Sus hijas. Luna. Las niñas que no recordaba del todo pero que su cuerpo recordaba en cada fibra. Habían percibido igual. Habían sido parte del linaje Tyr. Habían sido... especiales.

Y el sistema las había borrado.

Por eso - dijo Leonardo cuando pudo hablar. Por eso el sistema las tomó. Por eso nos tomó a todos.

Parcialmente. Malika lo miró con algo parecido a compasión. El linaje Tyr es amenaza. Ustedes pueden ver cosas que el sistema prefiere mantener ocultas. Pueden hacer cosas que el sistema no puede controlar.

¿Cómo el accidente? ¿Luna sabía lo que tenía?

No lo sé. Malika fue honesta. Solo sé que el sistema actuó rápido después. Demasiado rápido para ser coincidencia.

Leonardo miró el mapa.

Los fragmentos de Helios dispersos por el Astral.

Su propia vida fragmentada por el sistema.

Todo conectado por líneas que apenas empezaba a ver.

¿Qué tengo que hacer?

Llegar al norte. Encontrar el fragmento principal. Y... resonar.

¿Resonar?

Tu frecuencia puede activar el fragmento. Despertarlo. Hacerlo coherente de nuevo.

¿Y si no funciona?

Entonces seguimos intentando. Hasta que funcione o hasta que no quede nada que intentar.

¿Quién?

Acaso Helios mismo. Algo anterior. La historia se pierde en los bordes del tiempo. Lo único que importa ahora es que tú puedes hacer lo que otros no pueden.

Leonardo miró sus manos.

Las manos que no recordaban haber hecho nada especial.

Las manos que ahora sostenían el peso de todo lo que quedaba.

¿Y si fallo?

Entonces fallamos todos. Malika no suavizó la verdad. Pero eso no es diferente de cualquier otro momento. Siempre hemos estado al borde del fracaso. Es lo único que conocemos.

Leonardo se apartó del grupo.

No fue lejos. Diez pasos. Lo suficiente para que el frío del Astral le aclarara la cabeza y lo suficiente para que Malika lo siguiera.

Si el fragmento despierta - contestó sin mirarla. Si Helios vuelve a ser coherente. ¿Puede revertir lo que el sistema hizo? ¿Las correcciones?

Malika no respondió inmediatamente.

¿Todas las correcciones? - preguntó. ¿O las tres que te importan?

Leonardo la miró.

Sé lo que estás haciendo - dijo Malika. Activar el fragmento no es traer a nadie de vuelta. Es estabilizar lo que queda. No es resurrección. Es contención.

Pero si la frecuencia

No. Cortante. Y necesito saber que vas a hacer esto por la razón correcta. Porque si llegas al fragmento buscando a tu esposa y a tus hijas, tu frecuencia va a estar contaminada de deseo personal y el fragmento no va a responder. Va a romperse. Y nosotros con él.

Vera los observaba desde el círculo. Faith también. El silencio de Leonardo duró lo suficiente para que todos entendieran lo que había pedido.

Entiendo - añadió Leonardo.

Pero su mano derecha se cerró sobre el bolsillo donde guardaba la semilla. Y Malika lo vio.

ASTRAL RUTA

El viejo estudió el mapa con ojos que habían visto el Astral durante 300 años.

La ruta más directa pasa por el Valle de las Voces dijo. Es peligroso. Las voces ahí... confunden. Hacen que olvides por qué caminabas.

¿Hay alternativa? - preguntó Anya.

Rodear por el este. Añade tres días. Pero evita lo peor.

No tenemos tres días - respondió Malika. El borde avanza demasiado rápido.

Entonces el Valle.

Pero era la única decisión posible.

Maku intervino.

Yo puedo ayudar con las voces. Su cuerpo humano todavía torpe, pero su voz segura. Fue frecuencia durante siglos. Conozco cómo funcionan las resonancias. Puedo crear una especie de... escudo. No perfecto. Pero suficiente.

¿Estás segura? - preguntó Faith.

No. Sonrisa que era más vieja que civilizaciones. Pero estoy dispuesta a intentarlo. Es lo único que tenemos.

Copérnico se acercó al mapa.

Las marcas azules en su cuerpo brillaron más intensamente cuando se acercó a ciertos puntos. El perro leía lo que los humanos no podían. Su transformación le había dado acceso a información que estaba codificada en la geografía misma.

Él sabe algo - comentó Maku, observando al perro. Algo sobre el camino. Sobre lo que encontraremos.

¿Puede comunicarlo?

No con palabras. Maku tocó al perro. Pero sus marcas... miren. Se intensifican cerca del norte. Sabe que ahí es donde tiene que ir.

¿Por qué?

Porque ahí es donde se completará. Maku lo - dijo con certeza que venía de milenios de existencia. Copérnico no es solo un perro

transformado. Es algo que está emergiendo. Algo que necesita el norte tanto como nosotros necesitamos llegar ahí.

ASTRAL PREPARACIÓN

La preparación tomó horas.

No había mucho que preparar el Astral no funcionaba con lógica de suministros. Porque había conversaciones que tener. Conexiones que restablecer. Heridas que reconocer aunque no pudieran sanarse.

Leonardo se apartó del grupo.

El sobre de Noctis en su bolsillo.

El papel grueso contra la pierna, más presente que cualquier otra cosa que cargaba.

Faith lo encontró en un balcón que miraba hacia el horizonte púrpura.

No lo has abierto dijo, señalando el sobre.

No.

¿Por qué?

Porque Columbo dijo que esperara.

Columbo es prudente. Faith se paró a su lado. Pero a veces la prudencia es solo miedo disfrazado.

¿Crees que debería abrirlo?

Creo que debes decidir tú. Pausa. ¿Qué crees que hay adentro?

No lo sé. El caso Noctis... nunca se resolvió. Nunca nadie entendió qué pasó.

Acaso es porque la respuesta era demasiado terrible para aceptar.

¿Qué quieres decir?

Faith lo miró.

Sus ojos tenían la dureza de alguien que había perdido la fe pero que luchaba.

Quiero decir que a veces los casos no se resuelven porque resolverlos destruiría algo. La ilusión de que el mundo tiene sentido. La esperanza de que las cosas pueden mejorar. La fe en que los monstruos son excepciones y no la regla.

¿Y Noctis?

Noctis quizás es la verdad que nadie quería ver. Pero eso no significa que no debas verla. Solo significa que debes estar preparado para lo que venga después.

Leonardo tocó el sobre.

El papel viejo contra sus dedos.

Las respuestas esperando.

Cuando volvamos dijo. Si volvemos. Entonces lo abriré.

¿Por qué esperar?

Porque ahora mismo necesito creer que hay esperanza. Lo miró. Y si lo que hay adentro destruye esa esperanza, entonces no podré hacer lo que tengo que hacer.

Faith bajó la cabeza.

No satisfecha la satisfacción era lujo.

Pero entendiendo.

ASTRAL PARTIDA

El grupo se reunió en la puerta del edificio.

Don Humo adelante. Su pipa vacía. Sus ojos mirando hacia el norte donde el cielo se volvía más oscuro.

Malika a su lado. Procesando. Calculando. Buscando probabilidades en un mundo donde la probabilidad era concepto flexible.

Maku y Copérnico. La frecuencia antigua y la transformación nueva. Dos formas de existencia que no deberían poder coexistir

pero que lo hacían.

Faith con su rabia contenida. Leonardo con sus preguntas sin respuesta. Anya con su determinación silenciosa.

El viaje tomará dos días si todo sale bien dijo. Más si no.

¿Qué puede salir mal? - preguntó Anya.

Todo. Sonrisa que no era sonrisa. Pero eso no es razón para no intentarlo.

El grupo empezó a caminar.

Hacia el norte.

Hacia las ruinas de Helios.

ASTRAL FRAGMENTOS

Malika mostró los fragmentos que ya habían recolectado.

Tres de los siete principales. Guardados en contenedores que brillaban con luz propia. Cada uno diferente. Cada uno vibrando con frecuencia única.

Este lo encontramos hace dos años - señaló el primero. En las ruinas del Este. Casi nos mata extraerlo.

¿Por qué?

Los fragmentos de Helios no quieren ser separados. Cada extracción es como... arrancar un diente. La realidad sangra cuando los mueves.

Leonardo estudió los fragmentos.

La luz que contenían.

La energía que pulsaba.

La promesa de lo que había sido entero y que podía volver a serlo.

¿Y los otros cuatro?

Dos están perdidos. Absorbidos por el Vacío hace eones. Quizás recuperables, no. Malika - señaló el mapa. Uno está en el Valle de las

Voces. Tendremos que cruzarlo para llegar al norte.

¿Y el último? El fragmento principal. El corazón de Helios. Sus ojos brillaron. Si lo conseguimos, si podemos reunir cuatro fragmentos incluyendo el principal... sea suficiente.

Demasiada incertidumbre.

Es todo lo que tenemos.

Leonardo miró los fragmentos.

Tres pedazos de lo que había sido Sol.

Tres pedazos de esperanza contenida en contenedores que apenas podían sostenerla.

¿Cuándo partimos?

Al amanecer. Malika cerró los contenedores. O lo que pasa por amanecer aquí.

El grupo empezó a dispersarse.

Las preparaciones finales.

Los descansos necesarios.

La quietud de personas que sabían que era su última noche tranquila.

ASTRAL CONVERSACIÓN

Don Humo encontró a Leonardo solo, mirando hacia el norte.

¿Nervioso? - preguntó el viejo.

Aterrado - admitió Leonardo. No sé si puedo hacer lo que esperan.

Nadie sabe si puede hasta que lo intenta.

¿Y si fallo?

Entonces habrás fallado intentando. Se puso a su lado. Es mejor que fallar sin intentar.

Leonardo lo miró.

El rostro viejo. Las arrugas que contaban historias. Los ojos que habían visto siglos de existencia y que seguían mirando hacia adelante.

¿Cómo lo haces? - preguntó. ¿Cómo sigues adelante después de tanto tiempo?

Un día a la vez. Un paso a la vez. Pausa. No pienso en los 300 años. Pienso en el momento. En lo que tengo que hacer ahora.

¿Y si el momento es demasiado pesado?

Entonces lo comparto. Le puso una mano en el hombro. Por eso no viajamos solos. Por eso formamos grupos. Por eso confiamos en otros aunque la confianza sea difícil.

Leonardo el peso le cayó de la mano.

El consuelo que transmitía.

La sabiduría de alguien que había aprendido a sobrevivir sin perder la humanidad.

Gracias señaló.

No me agradezcas todavía. El humo formó un círculo antes de dispersarse. Agradéceme cuando lleguemos. Si llegamos.

Era humor negro.

Era humor. Oscuro, pero humor.

Y en el Astral, el humor era otro tipo de supervivencia.

ASTRAL MALIKA EXPLICA

Malika desplegó los mapas en el suelo del refugio.

Los mapas de piel que habían obtenido de Led y Lix. Las rutas que cambiaban según quién las miraba. Los caminos que existían solo cuando creías que existían.

Helios no está donde solía estar dijo. Nada está donde solía estar. El Astral se reorganiza constantemente.

¿Entonces cómo llegamos? - preguntó Leonardo.

No llegamos. Malika tocó el mapa. Hacemos que nos encuentre.

¿Cómo?

Tu linaje. Lo miró. Tyr. Hay algo en ti que Helios reconoce. Algo que lo atrae. Si caminamos en la dirección correcta, él vendrá a nosotros.

¿Y si no viene?

Entonces morimos. Brutal honestidad. Pero esa posibilidad existe de todas formas.

Faith se inclinó sobre el mapa.

Sus ojos estudiando las rutas. Su mente calculando distancias y peligros.

El norte está corrompido comentó. Lo vi cuando cruzamos antes. Los territorios cercanos a Helios son los más afectados.

Porque están más cerca del Vacío - explicó Malika. El Vacío devora desde los bordes hacia el centro. Helios está cerca del borde norte. Por eso se fragmentó.

¿Y podemos atravesar la corrupción?

Algunos sí. Algunos no. Malika miró al grupo. Los que tengan conexiones más fuertes con este lugar sobrevivirán mejor. Los que sean más “del Plano Medio” tendrán más dificultades.

Las miradas se dirigieron a Leonardo y Anya.

Los más nuevos. Los más “del Plano Medio”.

Los más vulnerables.

Estaremos bien - apuntó Leonardo.

Porque decirlo en voz alta hacía que pareciera posible.

ASTRAL DECISIONES

Esa noche, tomaron decisiones.

Quién iría adelante. Quién protegería los flancos. Quién se quedaría atrás si alguien necesitaba ayuda.

Las decisiones que los grupos hacían antes de entrar en territorio peligroso.

Las decisiones que a veces determinaban quién vivía y quién moría.

El viejo insistió en ir al frente.

Conozco el terreno dijo. He viajado por el norte antes. Hace décadas, pero lo recuerdo.

¿Estás seguro? - preguntó Leonardo.

Sí.

La firmeza en la voz del viejo dejaba claro que no aceptaría discusión.

Malika iría junto a él.

Su conocimiento del sistema complementando la experiencia del viejo.

Después Leonardo y Anya.

En el centro. Protegidos por delante y por detrás.

Y al final, Faith y Maku con Copérnico.

El perro como sistema de alerta. La frecuencia de Maku como última línea de defensa.

El viejo contó las mantas. Treinta y siete mochilas. Treinta y siete cantimploros. Treinta y seis mantas. Contó de nuevo. Treinta y seis. Alguien llevaba dos noches compartiendo.

El que está compartiendo manta, que lo diga ahora. Miró al grupo. No es heroísmo. Es hipotermia.

El viejo se quitó la suya y la puso en el montón.

Treinta y siete. Problema resuelto. Fumó la pipa vacía. Si me congeló, la aritmética se simplifica.

Nadie rio. Pero algo en la tensión del grupo se aflojó medio grado.

Partimos al amanecer - dijo el viejo.

Solo quedaba esperar.

Solo quedaba prepararse.

Solo quedaba confiar en que las decisiones que habían tomado fueran las correctas. ## 118 Viaje Norte [L][F]

ASTRAL CORRUPCIÓN

El paisaje cambiaba mientras avanzaban hacia el norte. Llevaban caminando doce horas. Las piernas de Leonardo ardían con cada paso. Nadie lo estaba excepto Don Humo, que había caminado durante siglos, pero no se quejaba. Nadie se quejaba. Las quejas costaban energía y la energía era un recurso cada vez más escaso.

Anya cojeaba del tobillo izquierdo. Se lo había torcido hace tres días, pisando mal una raíz que había brotado del suelo sin advertencia. El tobillo estaba hinchado, morado en los bordes, y protestaba con cada paso. No había dicho nada. Leonardo lo había notado porque la observaba siempre la observaba, aunque ella fingiera no darse cuenta.

El agua se estaba acabando. Habían llenado los cantimploros en un arroyo hace dos días, pero el arroyo había tenido un sabor metálico que nadie había comentado y todos notaron. Ahora quedaba menos de un litro por persona, y el siguiente punto de agua según el mapa de Malika estaba a 53 kilómetros.

Al principio eran sutilezas. Colores que perdían saturación. Sonidos que llegaban con delay. El aire que se volvía más denso, más

difícil de respirar aunque el Astral no necesitara respiración de la manera convencional.

Faith tosió. El sonido rebotó contra formaciones rocosas que no deberían estar ahí no habían estado ahí hace una hora y regresó como eco distorsionado. Algo entre tos y risa. Algo inquietante.

Nadie comentó eso tampoco.

Después, las sutilezas se convirtieron en obviedad.

Los árboles, si podían llamarse árboles, empezaron a retorcerse en formas que no obedecían biología. Sus troncos se doblaban hacia abajo en lugar de hacia arriba. Sus raíces crecían hacia el cielo. Sus hojas eran negras y absorbían luz en lugar de reflejarla.

El Vacío dijo. Su influencia. Cuanto más cerca estamos del norte, más fuerte es.

¿Por qué el norte? - preguntó Leonardo.

Porque ahí es donde empezó. No dejó de caminar. Ahí es donde fragmentaron a Helios. Y la herida nunca sanó. Solo se extendió.

El grupo caminaba en formación.

Adelante, guiando.

Malika y Maku en el centro, monitoreando.

Faith y Leonardo flanqueando.

Anya atrás, vigilando.

Copérnico iba a su propio ritmo, a veces adelante, a veces atrás, sus marcas azules pulsando con frecuencias que cambiaban según el terreno.

ASTRAL VALLE DE LAS VOCES

El Valle de las Voces apareció sin advertencia.

Un momento caminaban por terreno corrupto pero sólido. Al siguiente, el suelo descendía hacia una depresión donde la niebla era

tan espesa que no podían ver más allá de unos metros.

Malika había advertido sobre este lugar.

El Valle captura ecos había explicado durante el campamento nocturno anterior. Cada persona que ha pasado por aquí dejó algo. Pensamientos. Miedos. Deseos. El Valle los guarda. Y los reproduce.

¿Podemos rodearlo? había preguntado Faith.

No. El Valle se extiende por kilómetros en todas direcciones. Atravesarlo es la única opción.

¿Y si las voces...?

No son reales. Malika había sido enfática. Son ecos. Fantasma de personas que ya no existen. No pueden hacernos daño físicamente.

¿Y mentalmente?

Eso depende de cada uno.

Ahora estaban dentro.

Y las voces empezaron.

No como sonido externo. Como pensamientos que no eran suyos. Como recuerdos de cosas que no habían vivido. Como deseos de lugares donde nunca habían estado.

Vuelve susurraba una voz. *Vuelve a donde eras feliz.*

Leonardo se detuvo.

No porque quisiera. Las piernas dejaron de funcionar. Algo en la niebla había dicho *papá* con una voz que no parecía voz sino desgarró, y las rodillas cedieron antes de que la mente pudiera intervenir. Dos voces. Dos niñas. Idénticas. Decían lo que no alcanzaba a distinguir la frase se rompía antes de completarse.

Anya lo agarró del brazo. Tiró. Fuerte.

Camina.

Espera. Están diciendo

No están diciendo nada. Camina.

Lo arrastró tres metros antes de que las piernas volvieran a obedecerle. Siguió caminando. Pero las voces no pararon.

Una que sonaba como Luna aunque no podía recordar su voz real, sabía que era ella. Otra que sonaba como sus hijas voces infantiles que pedían que volviera, que las protegiera, que no las abandonara de nuevo. Otra que no reconocía pero que prometía paz, descanso, el fin del dolor que cargaba sin saber su origen.

No escuches dijo. Sigue caminando. No mires atrás.

Pero era difícil.

Las voces conocían tus debilidades.

Las voces sabían qué decir para que te detuvieras.

Vuelve susurraba una voz. *Vuelve a donde eras feliz.*

Olvida susurraba otra. *Olvida por qué luchabas.*

Descansa susurraba una tercera. *Descansa y deja que todo termine.*

El tirón.

El deseo de detenerse. De sentarse. De dejarse llevar por voces que prometían paz aunque fuera la paz de la nada.

Maku actuó.

Su cuerpo empezó a vibrar con frecuencia que era casi audible. Un zumbido bajo que salía de su piel, de sus huesos, de la esencia de lo que era. El escudo que había prometido.

Caminen - dijo Maku. Su voz tenía capas ahora. Múltiples versiones de ella hablaran al mismo tiempo. No se detengan. No escuchen. Solo caminen.

El grupo obedeció.

Un paso. Otro. Otro.

Las voces seguían susurrando pero el zumbido de Maku las mantenía a distancia. No las silenciaba nada podía silenciarlas. Pero las volvía soportables.

¿Cuánto falta? - preguntó Anya. Su voz tensa por el esfuerzo de ignorar lo que susurraban.

Dos horas dijo. Puede que tres.

Dos horas en el Valle de las Voces.

Dos horas resistiendo la tentación de rendirse.

Dos horas que se sentirían como eternidad.

ASTRAL TRAVESÍA

El viaje hacia el norte tomó tres días.

Tres días de caminar por terreno que cambiaba constantemente. Tres días de evitar sombras que se movían con intención propia. Tres días de dormir en turnos porque el Astral nunca era completamente seguro.

Leonardo aprendió a leer el paisaje.

Los colores significaban cosas. El púrpura era peligro. El verde era relativa seguridad. El negro el negro absoluto que aparecía a veces en el horizonte era el Vacío. La cosa que devoraba todo.

Anya caminaba a su lado sin quejarse.

Sus pies sangraban dentro de los zapatos. Sus hombros protestaban bajo el peso de la mochila. Su cuerpo gritaba que se detuviera. Pero seguía adelante.

Porque detenerse era morir.

Porque rendirse era peor.

¿Cómo lo hacen? - preguntó Leonardo al viejo durante el segundo día. ¿Cómo han sobrevivido tanto tiempo aquí?

No lo hacemos. El viejo no lo miró. Solo... existimos. Un día a la vez. Un paso a la vez. Y esperamos que el siguiente día sea un poco menos horrible que el anterior.

¿Y si no lo es?

Entonces lo enfrentamos de todas formas. Pausa. Porque la alternativa es dejar de existir. Y todavía no estoy listo para eso.

Leonardo no respondió.

Las palabras resonando en su mente.

Un día a la vez.

Un paso a la vez.

Era la única filosofía que tenía sentido en un mundo que se estaba acabando.

ASTRAL PÉRDIDA

No todos lo lograron.

A mitad del valle, uno de los miembros del grupo se detuvo.

No fue nadie que Leonardo conociera bien. Un hombre de mediana edad con ojos que habían visto demasiado y que finalmente habían decidido dejar de ver.

No puedo - dijo el hombre. Ya no puedo.

Sigue caminando ordenó. El valle termina pronto.

No. El hombre sonrió. Una sonrisa que era paz y rendición al mismo tiempo. Escucho a mi esposa. Escucho a mis hijos. Dicen que los alcance. Dicen que ya no tienen miedo.

No es real - dijo Faith. Son las voces. Te engañan.

¿Y si no? El hombre la miró. ¿Y si es real? ¿Y si ellos están esperándome? ¿Y si la única manera de encontrarlos es dejar de luchar?

Nadie tuvo respuesta.

El hombre se sentó en el suelo.

Cerró los ojos.

Y empezó a desvanecerse.

No como muerte física. Como disolución. Su forma perdiendo solidez. Sus bordes volviéndose borrosos. Su existencia siendo absorbida por el valle que prometía paz a cambio de todo lo que eras.

No podemos ayudarlo - dijo el viejo. Su voz era dura pero no cruel. Si lo tocamos ahora, nos arrastra con él.

No podemos dejarlo - respondió Anya.

Sí podemos. El viejo la miró. Porque si nos quedamos, morimos todos. Y entonces su sacrificio si es que puede llamarse sacrificio no habrá servido para nada.

Anya quería discutir.

Pero no había argumento.

El grupo siguió adelante.

Detrás de ellos. El hombre terminó de desvanecerse.

Su sonrisa fue lo último en desaparecer.

ASTRAL SALIDA

El valle terminó como había empezado: sin advertencia.

Un momento estaban rodeados de niebla y voces. Al siguiente, pisaban terreno sólido y el cielo aunque corrupto era visible de nuevo.

El grupo se detuvo para recuperarse.

Maku se desplomó. El esfuerzo de mantener el escudo la había vaciado. Su cuerpo humano temblaba. Sus ojos estaban cerrados. Copérnico se echó a su lado, sus marcas azules pulsando suavemente. Le transmitían energía.

¿Cuántos perdimos? - preguntó Leonardo.

Uno dijo. Pudo ser peor.

Pudo ser mejor.

Sí. El viejo encendió su pipa aunque no tenía tabaco. Siempre puede ser mejor. Pero no siempre es posible.

Leonardo miró hacia atrás.

El valle era invisible ahora. Solo una depresión en el terreno que no sugería los horrores que contenía.

El hombre que habían perdido no tenía tumba. No tenía memorial. Solo el recuerdo de una sonrisa mientras desaparecía.

¿Cuánto falta? - preguntó Anya.

Medio día. Menos. El viejo - señaló hacia el norte donde algo brillaba en la distancia. Las ruinas de Helios. Están cerca.

El brillo era extraño algo intermedio entre luz natural y artificial, algo que había sido sol antes de que el sol dejara de tener sentido.

Descansamos una hora - dijo el viejo. Después, seguimos.

Nadie discutió.

Una hora de descanso.

Una hora para recuperar fuerzas.

Una hora antes de enfrentar lo que les esperaba.

ASTRAL RUINAS CERCANAS

Las ruinas de Helios eran visibles ahora.

No solo el brillo. Las estructuras. Columnas que se elevaban hacia el cielo corrupto. Arcos que enmarcaban vacíos donde antes había habido algo. Escaleras que subían hacia ningún lugar.

El grupo se detuvo para observar.

Era hermoso - dijo Maku. Antes. Cuando Helios todavía estaba entero.

¿Lo viste? - preguntó Leonardo.

Fragmentos. En mis siglos de ser frecuencia, a veces podía percibir ecos del pasado. Su mirada se perdió en la distancia. Helios era... luz. No solo luz física. Luz de consciencia. Luz de significado. Luz que daba propósito a todo lo que tocaba.

¿Y ahora?

Ahora es herida. Maku - señaló las ruinas. Una herida que nunca sanó. Una herida que sigue sangrando.

Leonardo miró las columnas rotas.

Los arcos fragmentados.

Los escalones que no llevaban a ningún lugar. El dolor de lo que había sido destruido y que todavía esperaba ser reparado.

Vamos a arreglarlo, comentó. Vamos a intentarlo.

Sí. Maku hizo un gesto breve. Lo vamos a intentar.

ASTRAL ÚLTIMA NOCHE

La última noche antes de llegar a las ruinas fue quieta.

El grupo descansaba entre las raíces de árboles que no eran árboles. El suelo era más sólido aquí. La proximidad de Helios, incluso fragmentado, daba coherencia a la realidad.

El viejo no dormía.

Se sentó apartado del grupo, mirando hacia las ruinas que brillaban en la distancia.

Leonardo lo encontró así.

¿En qué piensas? - preguntó.

En el costo. Don Humo no lo miró. Todo tiene costo. Cada acción tiene precio. Y mañana, cuando lleguemos... alguien va a tener que pagar.

¿Qué quieres decir?

La barrera alrededor de las ruinas. Malika no ha explicado cómo vamos a cruzarla. Pausa. Porque no hay manera fácil de cruzarla.

¿Y tú sabes una manera?

Se quedó callado por largo tiempo.

Cuando habló, su voz era distante.

Hay una manera. Tocó su pipa. Pero no es fácil. Y no es algo que pueda pedirle a nadie que haga.

Leonardo entendió.

No las palabras específicas. El viejo no las había dicho. Pero el tono. El peso. La resignación mezclada con determinación.

¿Vas a...?

Mañana. Finalmente lo miró. Mañana veremos qué pasa. Mañana tomaremos las decisiones que haya que tomar.

Leonardo quería discutir.

Quería encontrar otra manera.

Pero algo en los ojos del viejo le contestó que la decisión ya estaba tomada.

Que algunas cosas no podían cambiarse.

Que algunos sacrificios eran inevitables.

Gracias - dijo Leonardo. Por traernos hasta aquí.

No me agradezcas todavía - respondió el viejo. Agradéceme mañana. Si hay cosa que agradecer.

Lo que siguió duró hasta el amanecer.

ASTRAL ÚLTIMAS HORAS CON DON HUMO

El viejo pasó la última noche fumando su pipa vacía.

El gesto era absurdo, no había tabaco, no había fuego, no había humo. Pero los dedos necesitaban algo que hacer. Los labios

necesitaban algo que sostener. El ritual necesitaba completarse aunque el ritual no tuviera sustancia.

300 años condensados en una noche.

Las memorias llegaban en oleadas.

La primera vez que cruzó al Astral, cuando todavía era joven y el mundo todavía tenía sentido. Los años como Jardinero, sosteniendo bordes que querían colapsar. Las personas que había conocido y perdido. Las personas que había salvado y olvidado. Las personas que habían sido importantes y que ahora eran solo nombres en una lista que nadie leía.

Nico.

El nombre que no había dicho pero que estaba presente.

El joven que dormía en un sótano del Plano Medio sin saber la verdad.

El hijo que no sabía que era hijo.

El viejo había tomado una decisión hace años.

No decirle. No buscarlo. No interferir con una vida que ya era suficientemente difícil. Dejar que el niño, el joven, encontrara su propio camino sin el peso de un padre que había estado ausente durante toda su existencia.

¿Había sido la decisión correcta?

No lo sabía.

Siglos no eran suficientes para saber si las decisiones eran correctas.

Solo eran suficientes para vivir con las consecuencias.

Leonardo se acercó.

¿No puedes dormir?

No.

¿Preocupado por mañana?

No. El viejo miró su pipa. Pensando en el pasado. Es algo que hacemos los viejos cuando el futuro se acorta.

¿Hay algo que quieras contarme? ¿Algo que deba saber antes de...?

Sí. Lo miró. Pero no es el momento. Cuando vuelvas al Plano Medio, busca a Nico. Dile... dile que su padre nunca dejó de pensar en él.

Leonardo frunció el ceño.

¿Su padre?

Él entenderá. Volvió a mirar su pipa. Cuando sea el momento, él entenderá.

Las palabras quedaron flotando en el aire del Astral. ## 119
Muerte Don Humo [X][F][H]

ASTRAL BARRERA

Las ruinas de Helios estaban rodeadas por una barrera de frecuencia solidificada. Un campo de resonancia tan denso que el aire vibraba con él, que el sonido se distorsionaba al acercarse, que la luz se curvaba en ángulos imposibles.

El grupo se detuvo a cien metros. Desde ahí, las ruinas se veían como dientes rotos en una mandíbula de piedra. Columnas partidas. Techos colapsados hacia adentro. El suelo alrededor era ceniza negra, compacta, que no se levantaba con el viento. No había viento. El aire tenía la densidad de algo que espera.

Copérnico se pegó a las piernas de Maku. Las marcas azules palpitaban en frecuencias que Malika no había visto antes, erráticas y rápidas, como un corazón que sabe cosa que la cabeza todavía no.

Más cerca era peligroso.

Malika sacó el cristal de 432 Hz. Lo sostuvo hacia la barrera como quien apunta un instrumento de medición. La frecuencia del cristal rebotó. Probó el de 7.83 Hz. Lo mismo. Sacó los tres y los alineó en triángulo, la configuración que había funcionado con Sentella, la que había estabilizado a Copérnico, la que siempre funcionaba.

No funcionó.

La barrera absorbió las tres frecuencias sin alterarse. El cristal de diagnóstico se agrietó en su mano. Un sonido seco. Pequeño. Malika se quedó mirando los fragmentos en su palma durante tres segundos.

Tres segundos era mucho tiempo para alguien que procesaba información a la velocidad de Malika.

Guardó los fragmentos en el bolsillo. No los tiró. Los guardó.

No podemos pasar apuntó. Su voz clínica procesaba datos que los demás no podían ver. La frecuencia es demasiado alta. Desintegraría cualquier cosa con coherencia física.

¿Y sin coherencia física? - preguntó Leonardo.

Sin coherencia física no serías tú. Serías... ruido.

El viejo se adelantó.

Sus ojos miraban la barrera con lo que no era miedo.

Era reconocimiento.

ASTRAL DECISIÓN

El viejo miró la barrera. Miró al grupo. Miró la barrera otra vez.

Puedo abrirla dijo. No se dio vuelta.

¿Cómo? - preguntó Faith.

El viejo no dijo. Sacó algo de su bolsillo. Un objeto pequeño. Una semilla.

Toma esto - apuntó a Leonardo.

Don Humo. La voz de Leonardo era urgente. ¿Cómo?

Plántala cuando estés listo.

La semilla era pequeña. Oscura. Pesaba más de lo que debería pesar algo de ese tamaño. Leonardo la cerró en el puño y la sintió caliente contra la palma, caliente como una brasa envuelta en cáscara.

Las manos le temblaban. La misma urgencia que lo hacía separar dos platos de estofado cada noche para hijas que no iban a venir. La misma necesidad de que alguien no muriera esta vez.

Yo lo hago - respondió Leonardo. Mi frecuencia es 432. Si la invierto

No puedes. Malika, cortante. Tu linaje genera la frecuencia. No puedes generar su opuesta.

El viejo no esperó a que terminaran de discutir. No miró a Faith. No miró a Maku. No se despidió de nadie porque despedirse significaba detenerse y detenerse significaba pensar y pensar significaba no hacerlo.

Caminó hacia la barrera.

Los pasos eran lentos. Deliberados. Cada uno dejaba una marca en la ceniza negra. Marcas profundas para un cuerpo que pesaba menos de lo que había pesado ayer.

ASTRAL PROCESO

A setenta metros, su pecho empezó a vibrar.

No lo controlaba. Tampoco era decisión. Era lo que pasaba cuando una coherencia de tres siglos se acercaba a algo diseñado para deshacer coherencias. El zumbido le subió por las costillas. Le apretó los dientes. Aflojó el paso pero no se detuvo.

A sesenta metros, la ropa empezó a moverse sola. La túnica se agitaba en direcciones que no correspondían al viento. Los bordes de

la tela se deshilachaban sin romperse, las fibras separándose y volviendo a unirse, indecisas.

A cincuenta metros, la pipa se calentó en su mano.

El hueso de la boquilla 300 años de mordidas, de noches sin dormir, de conversaciones que nunca terminaron absorbía la energía de la barrera. Tibia primero. Caliente después. El viejo la cambió de mano. La mano derecha ya tenía marcas rojas en los dedos. No la soltó.

Detrás, a cien metros, el grupo veía una figura que se empequeñecía contra la distorsión luminosa de la barrera. Anya había dejado de respirar. No lo sabía. Faith apretaba la lanza con los nudillos blancos. Leonardo daba un paso adelante y Malika lo detenía con el brazo sin mirarlo. Los ojos fijos en las lecturas del cristal que ya no funcionaba.

El suelo bajo sus pies había dejado de ser suelo. Una capa de algo entre líquido y sólido que cedía con cada paso y volvía a su forma después, lento, reluctant.

A cuarenta metros, la sombra desapareció. No porque la luz cambiara. La sombra simplemente dejó de proyectarse, el cuerpo perdiendo la densidad necesaria para bloquear lo que venía de arriba.

A treinta metros, su visión se fragmentó.

No ceguera. Veía el mundo en capas. El presente aquí. El pasado superpuesto. Interferencia en una pantalla vieja. Cada parpadeo mostraba un año diferente. Sanguisburg. El barco. La primera vez que encendió la pipa y el humo le picó los ojos y tosió durante tres minutos seguidos. El olor a café de Le Jardin que nunca se iba de la ropa. Las manos de la mujer cuyo nombre ya no decía en voz alta.

En una de las capas, vio a su hijo.

Nico. Pelo más largo. Ojos que habían visto demasiado. Una pipa su pipa entre los dedos. El chico estaba sentado en algún lugar que el viejo no reconocía. Había alguien más a su lado pero la capa no dejaba verlo. Nico se llevó la pipa a los labios. El gesto era torpe. No había aprendido a sostenerla bien.

La capa se cerró.

Siguió caminando.

A veinte metros, los dedos de la mano izquierda perdieron solidez. No dolió. Se desvanecieron despacio, empezando por las yemas, la piel volviéndose translúcida y después transparente y después ausente. La mano que sostenía la pipa perdió forma y la pipa cayó al suelo con un ruido seco que nadie esperaba.

La contrafrecuencia salía de él ahora. No de su garganta. De sus huesos. De la sangre. De lo que quedaba. No lucía como sonido que él produjera era el ruido que hace una estructura cuando se desarma. El crujido de un edificio que cede.

A cien metros, el grupo lo escuchó. Un zumbido grave que les apretó las muelas y les puso la piel de los brazos de gallina. Para Leonardo, fue diferente: sus costillas vibraron como campanas golpeadas, la visión se contrajo a un punto blanco en el centro. Copérnico aulló un sonido corto, agudo, que cortó el aire y se apagó solo. Maku le puso la mano en el lomo. Las marcas azules del animal brillaban al ritmo de lo que se estaba rompiendo adelante.

A quince metros, dejó de caminar y empezó a arrastrarse. La rodilla izquierda cedió primero. Crujido húmedo. Después la derecha. El peso del cuerpo ya no se distribuía como el peso de un cuerpo debía distribuirse.

Faith dio un paso hacia él.

Leonardo la sujetó del brazo. Los nudillos blancos. Faith no forcejeó. Se quedó ahí, con el brazo atrapado y los ojos fijos en la figura que se deshacía.

A diez metros, la barrera empezó a ceder. Las frecuencias se encontraron. Se opusieron. Se anularon. El campo de resonancia crujió un sonido de cristal agrietándose desde adentro, lento, enorme y la distorsión luminosa parpadeó como una lámpara a punto de fundirse.

El viejo cayó de rodillas. El impacto fue silencioso porque las rodillas ya no eran sólidas. Un segundo después, el torso se inclinó hacia adelante. En ese instante, el rostro perdió definición por los bordes. La mandíbula se volvió translúcida. Los labios se movieron. Y en ese instante, toda la confusión de su metáfora se colapsó en claridad cristalina: no era humo lo que lo constituía, era frecuencia que había aprendido a respirar, y ahora las notas se deshacían, cada una volviendo a su origen.

Olor a ozono. A electricidad quemada. A algo más viejo que los dos.

La pierna derecha dejó de existir.

Anya se tapó la boca. Las manos le temblaban.

Maku no se movió. Los ojos abiertos. Fijos.

Copérnico gimió y se echó al suelo.

Los ojos fueron lo último. Miraban hacia donde estaba el grupo pero ya no veían nada. No había miedo en ellos. No había alivio. Solo la inercia de una mirada que había durado tres siglos y que ahora se apagaba sin ceremonia, sin música, sin ninguna de las cosas que los viejos se merecen cuando se van.

La interferencia se sostuvo tres segundos más después de que no quedara nada visible.

Después, nada.

Donde había estado el viejo quedó la pipa. Nada más. Trescientos años de memoria y decisiones, errores y el olor a humo en la ropa de un hijo que no iba a poder lavar nunca, reducidos al peso de un objeto de hueso, metal en el suelo.

La barrera se abrió.

ASTRAL PASO

El grupo cruzó.

El aire donde la barrera había estado olía a ozono y a metal fundido. La temperatura era distinta de cada lado más fría adentro, como entrar en una iglesia vacía en verano. El suelo cambió de ceniza negra a piedra blanca, lisa, sin grietas. Piedra que no había envejecido.

Nadie habló.

Leonardo llevaba la semilla apretada en el puño. La cáscara se le clavaba en la línea de la vida.

Las ruinas de Helios se extendían adelante. Estructuras que habían sido templos. Columnas que habían sostenido cielos. Arcos partidos que enmarcaban pedazos de horizonte como ventanas sin pared. El polvo aquí era blanco. Se levantaba con cada paso y se asentaba despacio; la gravedad era distinta.

Y en el centro, brillando con luz que era eco de lo que había sido el sol: el fragmento de Helios. El fragmento más grande. Lo que quedaba.

Faith se detuvo donde el viejo había estado.

Su pipa en el suelo.

Todavía caliente.

Faith la recogió. El metal quemó. No la soltó.

El grupo siguió adelante.

ASTRAL FRAGMENTO ALCANZADO

El fragmento principal de Helios era más grande de cerca. Luz cristalizada que se elevaba hacia el cielo corrupto, vibración que hacía temblar los huesos y zumbar los dientes. La base estaba incrustada en la piedra blanca del suelo. Grietas radiales se extendían desde el punto de contacto como las raíces de algo que había caído del cielo y se había quedado.

El calor era lateral. No venía de arriba. Venía del cristal. El aire entre el grupo y el fragmento temblaba como asfalto en agosto.

Copérnico gimió. Las marcas azules brillaron con intensidad que dolía. Leonardo se acercó sin que nadie se lo pidiera. Su cuerpo vibraba resonancia, reconocimiento, lo innombrable pero que tiraba de él hacia la superficie cristalina con la misma fuerza con que la urgencia lo hacía separar platos de estofado para nadie.

Tocó el fragmento.

La luz se expandió.

Leonardo vio cosas que no tenían forma. La mano que tocaba el cristal dejó de ser su mano y fue todas las manos que habían tocado algo sagrado y habían pagado por ello. Duró siete segundos o siete años. Cuando terminó estaba de rodillas con la semilla del viejo apretada en el puño y la certeza de que lo que había dentro del fragmento llevaba eones esperando y que el precio por haberlo tocado todavía no había empezado a cobrarse.

ASTRAL LO QUE QUEDÓ

Faith abrió la mano. La pipa seguía ahí. Tibia todavía, humeante por primera vez en siglos aunque no había tabaco ni fuego.

Era un viejo idiota dijo.

Era un héroe - respondió Malika.

Es lo mismo. Faith guardó la pipa. Los héroes son idiotas que no saben cuándo parar.

Nadie discutió. El viento del Astral ausente durante todo el proceso volvió. Movié el polvo blanco alrededor de donde habían estado parados. Borró las huellas del viejo. Las últimas huellas. Faith miró el suelo y después dejó de mirarlo.

ASTRAL DUELO

Anya fue la primera en sentarse. Se dejó caer donde estaba, las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas, y lloró con el cuerpo entero. Los hombros. El cuello. La espalda curvándose hacia adelante y volviendo, el mismo movimiento rítmico que hacía cuando amasaba pan, repetido ahora sin superficie ni masa ni propósito.

Leonardo se quedó de pie. Tenía los ojos secos y la mandíbula apretada y la semilla del viejo cerrada en el puño con tanta fuerza que la cáscara se le clavaba en la palma. No lloraba. El llanto requería lo que no encontraba permiso. Quizás, o la certeza de que el viejo no iba a volver a aparecer detrás de algún árbol con la pipa entre los dientes y una frase que explicara por qué todo eso había sido necesario. Se sentó junto a Anya. No la tocó. Puso la mano con la semilla sobre la rodilla y miró el suelo.

Maku permaneció apartada, a seis metros del grupo. El cuerpo humano todavía torpe. Las manos cerradas en puños que no sabían abrirse. Miraba hacia donde el viejo había estado, hacia el punto de

suelo que ahora no tenía nada excepto una marca oscura que podía ser quemadura o podía ser sombra. Y no se movía porque moverse requería saber a dónde.

Copérnico se echó junto a ella. Las marcas azules en su cuerpo llegaron al 93%. Brillaron. Los armónicos de 7,83 Hz llenaron el espacio como un pulso lento, constante, una frecuencia que no era lamento ni homenaje sino presencia. El equivalente animal de quedarse al lado de alguien cuando no hay nada que decir. Después las marcas se apagaron.

Faith seguía sosteniendo la pipa. Se había sentado aparte, contra una columna rota, con las piernas estiradas y la espalda recta. El metal ya no quemaba. Lo giraba entre los dedos con el mismo gesto mecánico que el viejo usaba cuando pensaba. No constituía imitación. No parecía tributo. Era lo que las manos hacen cuando el resto del cuerpo no sabe qué hacer.

Malika no se sentó. Sacó el cristal de cuarzo, midió la frecuencia del aire alrededor del punto donde el viejo se había desvanecido. 0,00 Hz. Nada. Guardó el cristal. Se cruzó de brazos. Esperó.

La luz del fragmento de Helios cambió de ángulo tres veces antes de que alguien hablara.

Fue Leonardo.

Hay que seguir.

Nadie dijo, pero uno a uno se levantaron. Anya primero, limpiándose la cara con el dorso de la mano. Faith después, guardando la pipa en el bolsillo interior de la chaqueta. Maku con ayuda de Copérnico, que le empujó la pierna con el hocico hasta que la chica se movió.

Siguieron. ## 120 Legado [L][H]

ASTRAL FRAGMENTO

El fragmento de Helios era más grande de cerca.

Una estructura de luz cristalizada. Lo que había sido sol antes de que el sol tuviera forma. Energía pura contenida en geometría que desafiaba comprensión.

Leonardo se acercó con cuidado.

La semilla de El viejo pulsaba en su mano. Caliente. Viva de alguna manera que no debería ser posible. Tres siglos de existencia todavía latiendo dentro.

Malika estudiaba el fragmento con ojos que procesaban información que nadie más podía ver.

Es compatible dijo. Tu frecuencia. La frecuencia Tyr. Puede resonar con esto.

¿Qué significa eso?

Significa que puedes activarlo. Pero activarlo tiene costo.

¿Qué costo?

No lo sé. Honestidad incómoda. Los Tyr que intentaron esto antes... no volvieron igual. Algunos no volvieron.

Leonardo miró el fragmento.

La luz que era eco de sol.

La esperanza que era riesgo.

Don Humo murió para que llegáramos aquí dijo. No voy a desperdiciar eso.

Se acercó al fragmento.

Extendió la mano que no sostenía la semilla.

Y tocó la luz.

ASTRAL RESONANCIA

El contacto fue inmediato.

No hubo transición. No hubo preparación. Un momento Leonardo estaba de pie frente al fragmento, la mano extendida, el cuerpo sólido y separado de todo. Al momento siguiente, era parte de la luz.

No había dolor.

Había... reconocimiento.

El fragmento lo conocía. No a él específicamente no a Leonardo Daedalus, investigador, padre, hombre perdido. A lo que él era. A la frecuencia que resonaba en sus células. A la línea de sangre que conectaba con algo más antiguo que la memoria.

Los Tyr habían tocado este fragmento antes.

Leonardo podía sentirlos. Ecos de consciencias que se habían fusionado con la luz hace milenios. Voces que susurraban en frecuencias que su percepción traducía a colores y texturas y sabores que no existían en el mundo normal.

Bienvenido, susurraban. Finalmente.

Hemos esperado.

Sabíamos que alguien vendría.

Sabíamos que la línea no moriría.

Leonardo intentó responder pero no tenía palabras. No tenía boca. No tenía cuerpo en este espacio donde todo era vibración y luz.

Pero tenía intención.

La intención dolía. Como todo aquí.

¿Qué debo hacer?

Recordar, respondieron las voces. Recordar lo que fuiste. Recordar lo que somos. Recordar lo que debemos ser.

No recuerdo. El sistema borró mis memorias.

El sistema borró palabras. El sistema borró imágenes. El sistema borró nombres.

Pero no borró la esencia.

La esencia permanece.

La esencia eres tú.

Algo se movió dentro de sí.

No nuevas memorias esas seguían borradas, para siempre. Algo más profundo. El conocimiento de que había sido alguien antes del borrado. El conocimiento de que su vida había importado. El conocimiento de que las personas que había conocido seguían existiendo en algún lugar, aunque no pudiera recordar sus rostros.

Luna. Sus hijas. Su vida antes.

No recordaba los detalles.

Pero recordaba que habían sido reales.

MEDIO SENSACIÓN

A miles de kilómetros de distancia, en el sótano del Sector 7, Nico algo.

No dolor. No miedo. Algo más profundo.

Pérdida.

Pérdida que no entendía. Pérdida de que tenía. Pérdida de una conexión que nunca había sido nombrada pero que siempre había existido.

Los ojos ardieron.

Nico no sabía por qué lloraba. No había recibido noticias. No había pasado nada en el sótano que justificara las lágrimas. Pero lloraba, el cuerpo sabiendo lo que la mente todavía no podía procesar.

El oso Dember el que Leonardo había dejado con él estaba en sus manos.

El pelaje gastado absorbiendo las lágrimas.

Los ojos de botón mirándolo con lo que podría haber sido compasión.

¿Qué pasa? - preguntó Vera, acercándose. ¿Estás bien?

No lo sé. Nico se limpió los ojos. Algo... algo se fue. Algo que no sabía que estaba ahí.

¿Qué cosa?

No lo sé.

Pero lo sabía.

En algún lugar profundo, más allá de la memoria y la lógica, Nico sabía.

Alguien que había sido importante se había ido.

Alguien que siempre había estado cuidándolo desde lejos.

Alguien que Nunca había podido acercarse pero que nunca había dejado de mirar.

ASTRAL INFORMACIÓN

El fragmento de Helios liberó información en la mente de Leonardo.

No como datos. Como experiencia.

Vivió vidas que no eran suyas. Vio eras que habían terminado antes de que existieran los planos. Sintió el momento en que Helios fue fragmentado el dolor de ser separado de ti mismo, de perder coherencia, de convertirse en pedazos dispersos.

Y entre toda esa información, encontró algo más.

Una memoria del viejo.

Una memoria que el viejo nunca había compartido con nadie.

Una memoria de hace 25 años.

FLASHBACK VERDAD

Don Humo en el Plano Medio.

Más joven de lo que Leonardo lo había conocido aunque después de 275 años la diferencia era mínima. Mirando desde las sombras. Observando lo que no podía tocar.

Una mujer.

Una mujer que había conocido brevemente, en uno de los raros momentos en que Don Humo se había permitido conectar con alguien.

La mujer sostenía un bebé.

Un bebé con ojos que serían los mismos ojos que Nico tendría.

El viejo quería acercarse.

Quería sostener al niño.

Quería ser padre de la manera en que los padres normales son padres.

Pero no podía.

Porque su existencia era peligrosa. Porque el sistema lo perseguía. Porque estar cerca de ellos los pondría en riesgo. Porque proteger a alguien desde lejos era lo único que podía hacer.

Así que observó.

Durante años, dijo.

Vio a Nico crecer. Vio a Nico perder a su madre. Vio a Nico terminar en las calles. Vio a Nico encontrar a Tomás y perderlo. Vio a Nico empezar a pintar osos en las paredes.

Y nunca se acercó.

Nunca - comentó nada.

Nunca pudo decir: "Soy tu padre."

Su última verdad quedó codificada en una semilla que alguien más tendría que plantar.

ASTRAL REVELACIÓN

Leonardo salió del contacto con el fragmento.

Su cuerpo temblaba. Su mente procesaba información que era demasiada para contener. Sus ojos estaban húmedos con lágrimas que no parecían solo suyas.

Faith lo sostuvo cuando casi cayó.

¿Qué viste? - preguntó.

Todo. Su voz era rasposa. Vi todo lo que Helios fue. Todo lo que puede ser. Y vi al viejo.

¿Qué de Don Humo?

Leonardo miró la semilla en su mano.

La semilla que contenía tres siglos de memoria.

La semilla que contenía un secreto que nadie conocía.

Tengo que volver dijo. Tengo que darle esto a Nico.

¿Por qué a Nico?

Porque Don Humo era su padre. Las palabras salieron y cambiaron todo. Y Nico merece saber.

Nadie había sabido.

Padre e hijo.

Y ahora era demasiado tarde para reuniones.

Pero no era demasiado tarde para la verdad.

MEDIO ESPERA

En el sótano, Nico dejó de llorar.

Las lágrimas se habían agotado pero el vacío permanecía.

El oso Dember seguía en sus manos.

Alguien viene - señaló Vera de repente. Alguien del grupo.

Nico levantó la vista.

ASTRAL DESPUÉS

El grupo descansaba en las ruinas de Helios.

El fragmento principal brillaba con luz renovada. Leonardo dormía o algo parecido a dormir con la semilla del viejo apretada en el puño. Los demás velaban su sueño, preguntándose qué había visto, qué había experimentado, qué había cambiado.

Faith sostenía la pipa de Don Humo.

El objeto simple que había sido compañero del viejo durante 300 años. El objeto que ahora era todo lo que quedaba de él.

Tengo que llevársela a Nico - dijo en voz baja.

Malika la miró.

¿Por qué a Nico específicamente?

Porque Leonardo apuntó que El viejo era su padre. Faith tocó la pipa. Y un hijo merece tener algo de su padre. Aunque el padre nunca haya estado presente. Aunque la verdad llegue demasiado tarde.

Malika bajó la cabeza.

El regreso al Medio será difícil. Sin Don Humo para guiar...

Encontraremos la manera. Faith fue categórica. Siempre encontramos la manera.

Copérnico se acercó.

Sus marcas estaban completas ahora 100%, cubriendo todo su cuerpo. Los patrones formaban algo que casi podía leerse. Símbolos antiguos. Mapas de frecuencias. La información de siglos como Maku/Sentella ahora codificada en forma canina.

Él sabe el camino indicó Maku. Copérnico puede guiarnos de vuelta.

¿Cómo?

Porque ahora es puente. Entre planos. Entre tiempos. Entre lo que fue y lo que será.

Pero en el Astral, las explicaciones completas eran lujo raro.

ASTRAL PROCESANDO

Faith guardó la pipa del viejo en su mochila.

El peso era mínimo apenas unos gramos de madera y metal. Pero el peso simbólico era enorme. Tres siglos de existencia reducidos a un objeto que cabía en el bolsillo.

¿Qué vas a hacer con ella? - preguntó Maku.

Llevarla. Faith no la miró. Hasta que sepa qué más hacer.

¿Se la darás a alguien?

Acaso. Pausa. Hay alguien en el Plano Medio. Alguien que debería tenerla.

¿Nico?

Faith no dijo.

Copérnico se acercó a ella.

El perro oliendo la mochila donde estaba la pipa. Las marcas azules en su cuerpo 93% ahora brillando con algo que podía ser reconocimiento.

Él también lo siente - dijo Maku. Copérnico. Siente que Don Humo se fue.

Todos lo sentimos.

Pero Copérnico lo siente diferente. Maku tocó al perro. Hay... conexiones que no entendemos. Lazos entre las cosas que van más allá de lo que podemos ver.

Faith miró al perro.

El perro la miró a ella.

En algún lugar entre las miradas, algo se comunicó.

MEDIO LLEGADA

Nico sintió cuando llegaron.

Antes de que nadie dijera nada. Antes de que las puertas del sótano se abrieran. Antes de que los pasos bajaran las escaleras.

Supo que algo importante venía.

Y supo que no sería del todo bueno.

Faith apareció primero.

Su rostro era más duro de lo que había sido. Sus ojos tenían peso que no habían tenido antes. En sus manos, algo que Nico no reconocía pero que sentía familiar.

Una pipa.

Vieja. Gastada. Sin tabaco pero con olor que era más que humo.

Esto era de tu padre - dijo Faith.

Las palabras no tenían sentido.

Nico no tenía padre. No recordaba padre. No había conocido a nadie que pudiera ser padre.

¿Qué?

Don Humo. Faith extendió la pipa hacia él. Era tu padre. Nunca te lo dijo. Nunca pudo. Pero lo era.

Nico tomó la pipa.

¿Está...?

Se fue. Faith no suavizó las palabras. Se fragmentó para que pudiéramos cruzar. Cantó mientras lo hacía.

Nico miró la pipa.

Las marcas de uso.

El calor que todavía emanaba.

Los ojos se cerraron.

Esta vez sabía por qué lloraba.

Esta vez tenía nombre para el vacío.

Esta vez el dolor era específico, concreto, real.

Padre.

Había tenido un padre.

Y ahora ese padre se había ido.

MEDIO SEMILLA

Leonardo llegó después.

En su mano, la semilla que El viejo le había dado. Esto también es para ti - contestó a Nico. Todo lo que él sabía. Todo lo que él vio. Está aquí. Cuando estés listo, cuando quieras saber quién era realmente... plántala. Y la verdad crecerá.

Nico tomó la semilla.

El peso mínimo.

El significado incalculable.

Siglos de existencia en una palma de mano.

¿Por qué no me dijo? - preguntó. Su voz era apenas un susurro.
¿Por qué nunca se acercó?

Leonardo no tenía respuesta satisfactoria. Solo tenía la que Don Humo le había dado una vez, en una conversación de otra vida.

Porque el sistema habría usado eso contra él. Y contra ti. Pausa. Y porque no sabía cómo. 300 años de existir solo. No aprendes a ser padre en ese tiempo. Aprendes a sobrevivir.

Pero era la única que tenían.

Nico guardó la semilla junto a la pipa.

El legado de alguien que tomó una decisión. Correcta o incorrecta, ya no importaba.

Gracias, respondió Faith.

Era lo que había que hacer - respondió Faith.

El grupo se dispersó.

Y en una esquina del sótano, Nico sostenía una pipa vacía y una semilla.

El joven que tenía toda una vida por delante para entender lo que había heredado.

La historia continuaba.

Siempre continuaba.

Y ahora, con la verdad revelada, podía continuar hacia algo mejor.

FIN DE LIBRO III FRAGMENTOS



APÉNDICE REGISTROS TÉCNICOS

Frecuencias documentadas durante los eventos de este libro:

Frecuencia	Fuente	Observaciones
0,12 Hz	Torres TAAT	Infrasonora. Supresión de consciencia. Emisión constante.
7 Hz	Bestia del Vacío	Infrasonora. Produce malestar físico, desorientación.

Frecuencia	Fuente	Observaciones
7,83 Hz	Copérnico separación)	Resonancia (post- Schumann. Estabilizada tras ritual Náhuatl.
55 Hz	Sanguisburg	Frecuencia gótica. Torres TAAT menos efectivas. Catacumbas dispersan señal.
432 Hz	Leonardo / Voynich	Frecuencia base. Linaje Tyr. Percepción cruzada incluso post- borrado.
963 Hz	Fragmento de Helios	Detectada en proximidad al fragmento norte. Efecto sobre tejido biológico: inestable.

Planos narrativos activos en Libro III:

Plano	Designación temporal	Acceso
Plano Medio	T+1 (Sanguisburg, 30 253 032 post-Reset)	Irrestricto con pulsera
Plano Astral	T-1 (travesía norte, ~5 674 a.C.)	Restringido. Terrestre.
El Vacío	Sin designación temporal	No voluntario. Avance documentado.

Plano	Designación temporal	Acceso
		Territorio perdido.

Distancias aproximadas recorridas (Plano Astral):

Travesía terrestre hacia el norte: a pie. Terreno variable: zonas de degradación creciente, ruinas, Valle de las Voces, barrera de Helios. Orientación: norte, hacia fragmento principal de Helios. Duración estimada: semanas.

Personajes activos en Libro III:

Plano Astral: Malika / Maku. Faith. Don Humo. Haryes. Copérnico. Led. Lix. Elara. El Viejito. Ilis.

Plano Medio (Sanguisburg): Leonardo (amnésico, “Leo”). Anya (amnésica, “Ana”). Nico. Locke. Columbo. Sánchez. Sol. Vera Rostova. El grupo.

Estado al cierre del libro: [CLASIFICADO]

Nota: Estos registros contienen información disponible para ciudadanos con coherencia estándar. Información adicional requiere autorización de nivel superior. ## GUÍA DE LECTURA RAYUELA

Esta obra sigue la estructura de Rayuela de Julio Cortázar: puede leerse de forma lineal (081 a 120) o mediante los siguientes recorridos temáticos.

TAG GUIDE (Etiquetas de Rayuela)

- [L] = Leonardo: Linaje Tyr, coherencia fragmentada, búsqueda de identidad

- [K] = K-07/K-08 (Nico, Maku): Nuevas formas de conciencia, cuerpo y conciencia
- [F] = Faith: Rabia transformada, investigación, pérdida maternal
- ☒ = Xochipilli/Don Humo: Anciano testigo, 300 años, muerte ~Cap 119
- [A] = ARCHON: Sistema, ingeniería (Led/Lix), investigación (Locke), operaciones
- [S] = Escolta: Grupo, coordinación, 37 personas, supervivencia
- [H] = Hemacronos/Frecuencias: 7.83 Hz (Schumann), 432 Hz, 851 Hz (arma)
- [O] = Observacionismo: Malika, vigilancia, procesamiento de datos ### LECTURA RECOMENDADA POR TEMA:

Vía Leonardo (identidad fragmentada): 081 LO → 082 LX → 084 LO → 111 XL → 112 LX → 113 L → 115 LX → 116 LF → 117 L FH → 118 LF → 120 LH

Vía K (nuevas conciencias): 093 K → 094 K → 102 K → 105 K → 108 K

Vía Faith (rabia & maternidad): 085 F → 089 F → 091 FX → 116 LF → 117 L FH → 118 LF → 119 XF H

Vía Don Humo (testigo mortal, ~Cap 119): 082 LX → 090 X → 091 FX → 092 X → 095 X → 110 X → 111 XL → 112 LX → 115 LX → 119 XF H

Vía Hemacronos/Frecuencias (tecnología ontológica): 083 OH → 086 H → 087 H → 088 H → 117 L FH → 119 XF H → 120 LH

Vía ARCHON (sistema vs. libertad): 096 A → 097 A → 098 A → 099 A → 103 A → 104 A → 106 A → 107 A → 114 A

Vía Observacionismo (perspectiva omnisciente): 081 LO
→ 084 LO → 083 OH

Vía Escolta (colectivo, 37 personas): 100 S → 101 S ###
KEY CONCEPTS BY CHAPTER RANGE:

Capítulos 081-089: INTRODUCCIÓN - Leonardo y el manuscrito Voynich (Malika observa) - Auditoría de frecuencias (Faith y Don Humo) - Separación de Sentella y Maku - Emergencia de Copérnico

Capítulos 090-099: DISPERSIÓN - Don Humo lidera a los Outcasts (43 personas) - Faith descubre su maternidad perdida - Nico/K-07 en Plano Medio - Ana/ARCHON en Turno Largo - Led y Lix: laboratorio de órganos

Capítulos 100-110: CONFLUENCIA - Evacuación (37 personas) - Sótano/refugio subterráneo - Nico coordina (liderazgo de K-07) - Leonardo regresa - Locke investiga la División 47 - Don Humo cuenta las personas (ritual)

Capítulos 111-120: REVELACIÓN & MUERTE - Don Humo cruza planos (Capítulo 111) - Malika revela el Helios fragmentado (Capítulo 117) - Viaje al Templo Original (Capítulo 118) - Muerte de Don Humo ~Capítulo 119 (barrera de frecuencias) - Leonardo activa el Helios (Capítulo 120) ### LECTURA NO-LINEAL (AL ESTILO CORTÁZAR):

Comience con 081, luego siga cualquier etiqueta que le interese. Cada capítulo proporciona contexto suficiente para otros capítulos con etiquetas compartidas. La muerte de Don Humo (119) es el eje narrativo; léalo cuando sienta que la pérdida importa. ## SOBRE ESTA OBRA

MEDIOEVO: FRAGMENTOS es el tercer libro de MEDIOEVO.

La historia continúa en MEDIOEVO IV: MEMORIA ROTA.



NOTA FINAL

Este libro salió del duelo y de la curiosidad de un autista por entender el mundo.

No encontré las respuestas que buscaba. Encontré otras preguntas.

Encontré personajes que cargaban sus propias pérdidas y no sabían qué hacer con ellas. Encontré un sistema que no era malvado sino eficiente, y esa distinción me obligó a reconocer más sobre el dolor que cualquier villano con motivaciones claras.

Aquí les ofrezco el mundo sin ruido, como lo veo.

Las partes que faltan son las partes que todavía no entiendo.

Las partes que duelen son las partes que sí.

Luis René González López

2026 ## DERECHOS DE AUTOR

2026 Luis René González López

Todos los derechos reservados conforme a las leyes de propiedad intelectual aplicables.

Esta obra está protegida por los derechos de autor que corresponden a su creador por el solo hecho de su creación, sin necesidad de registro previo, conforme a los tratados internacionales de derechos de autor (Convenio de Berna, Tratado de la OMPI sobre Derecho de Autor).

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción creada íntegramente por un ser humano. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: 2026

MEDIOEVO: FRAGMENTOS Libro III

$e^{\chi} = 1$

FIN DEL LIBRO III